

Un millón de secretos inconfesables

~ ~ ~
C.L. Parker



Un millón
de secretos
inconfesables

~
C.L. Parker



Sandora's
art





Ficha Técnica

P AUTOR/A: **C.L. Parker**

P TÍTULO ORIGINAL: ***A Million Dirty Secrets***

P TÍTULO EN ESPAÑOL: **Un millón de secretos inconfesables**

P SERIE & Nº de SERIE: **Dueto del millonario 01**

Argumento

Delaine Talbot tiene un secreto.

Cuando un asunto de vida o muerte amenaza con acabar con su familia, Delaine decide hacer un sacrificio muy especial. Se ofrece en puja en el club erótico más exclusivo de Chicago.

Ahora, Delaine es propiedad de Noah Crawford, un acaudalado magnate que la introduce en un seductor festín para los sentidos, y despierta en ella deseos con los que ni siquiera se había atrevido a soñar. Noah ignora el motivo por el que Delaine se vendió por tanto dinero, pero para él es un negocio perfecto. Esa mujer bella e inexperimentada satisfará todas sus necesidades, pero jamás conseguirá siquiera rozar su corazón. Casi desde el principio la relación se vuelve más ardiente de lo que ambos habían supuesto.

Cuando se pelean, no se dan cuartel. Cuando se aman, lo hacen sin piedad. Pero esta unión física tan intensa no tarda en dar un en convertirse en algo para lo que ninguno de los dos estaba preparado.

Agradecimientos

La decisión de publicar esta novela en dos volúmenes no fue fácil de tomar, pero me alegro de haberlo hecho. Como es natural, esta página sirve para darles las gracias a las personas que me ofrecieron un poco de su sangre, sudor y lágrimas para ayudarme a conseguirlo, y eso es precisamente lo que ahora voy a hacer.

En primer lugar quiero darle las gracias a Darynda Jones, mi talentosa amiga y mentora. Si no hubiera sido por ti, esta aventura habría tomado un rumbo totalmente distinto. Estoy convencida de que es por algo que la gente se cruza en nuestra vida. Tú te cruzaste en la mía para ayudarme a hacer realidad mis sueños. Me encanta tu cautivador rostro.

Aún no me puedo creer la suerte que he tenido al conocer a mi increíble agente literaria, Alexandra Machinist, y a mi extraordinaria editora, Shauna Summers. Las dos sois mis personas favoritas. Gracias por haber apostado por mí.

Muchísimas gracias a todas vosotras por haberos leído el manuscrito de mi novela: Patricia Dechant, Melanie Edwards, Maureen Morgan y Janell Ramos. Sois mis áncoras de salvación, mis cajas de resonancia y mis mayores animadoras. Os quiero. Y os lo digo de corazón.

También quiero dar un millón de gracias al Parker's Pimpin' Posse, mi equipo de calle, y a los miembros del PNSS. Y sobre todo a vosotras, mis leales lectoras. Ojalá pudiera hacerlo citándoos a cada una por vuestro nombre, porque es gracias a vuestro apoyo que sigo dedicándome a escribir.

D*edico este libro a mi hermana, Jessica Neidlinger. Ella fue la primera en poner la semilla de escribir en mi cabeza y la que la regó y sustentó para verla crecer en la autora en la que hoy me he convertido. Si no fuera por ella, no estaría escribiendo novelas. Mi éxito te lo debo a ti, Jess. Aunque es una forma de hablar, claro está. ¡Ja, ja! Te quiero por todo lo que eres y por todo en lo que me has convertido.*

Prólogo.

Soy una esclava sexual, una mujer que estoy obligada a complacer a un hombre en todo lo que me pida, totalmente sometida a su influencia dominante. Supongo que «puta» es teóricamente la palabra más indicada para referirse a mí. Lo cierto es que le he vendido mi cuerpo a un hombre, a uno solo, a cambio de dinero. Este trato me obliga a serle fiel, discreta y a dejar que haga conmigo lo que se le antoje movido por sus más desaforados deseos.

Lo curioso es que nadie me ha obligado a llevar esta clase de vida. La he escogido yo al no salirme una oportunidad mejor. Él no me ha forzado a llevarla. Ni ha sido él quien me ha buscado a mí. Ni me han secuestrado o golpeado brutalmente para someterme. He sido yo la que lo he decidido por voluntad propia.

Y lo he hecho para salvar una vida.

Me llamó Delaine Talbot, pero puedes llamarme Lanie. Esta es mi historia.

1.

Los sacrificios que hacemos

Lanie

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —me preguntó mi mejor amiga, una cachonda mental, por la que a mí me pareció la millonésima vez a partir de cuando entramos al club nocturno donde ella trabajaba —y jugueteaba— como putilla.

Dez era mi puntal. La que me mantenía a flote cuando la vida se ponía demasiado chungu y en esos momentos yo estaba pasando una temporada malísima. Dez era el diminutivo de Desdémona, que más o menos venía a significar «la diabólica». Se cambió el nombre el día que cumplió los dieciocho, solo porque sus padres se lo habían prohibido cuando aún era menor de edad. Le habían puesto «Princesa» al nacer, hablo en serio, pero si alguna otra persona aparte de ellos intentaba llamarla así, montaba la de San Quintín. Dez era despampanante, la típica chica con dos buenas tetas que sale en las novelas románticas, con una cabellera larga y sedosa, una figura de infarto, unas piernas larguísimas y una cara de diosa. El único problema era que le gustaba demasiado cabalgar. Y además sobre todo tipo de sementales. Como ya he dicho, era una puerca. Pero yo la quería como si fuera de mi propia sangre. Y considerando lo que ya iba a hacer por una persona de mi propia sangre, es mucho decir.

—No, no estoy segura Dez —le solté—, pero no me queda más remedio. Y si no dejas de preguntármelo, acabaré cambiando de opinión y saliendo pitando de aquí. Sabes perfectamente lo miedica que soy.

Pero ella nunca se tomó mi drama demasiado en serio, porque se pasó tres pueblos conmigo. ¡Vaya si se los pasó! Sin sentir ni una pizca de remordimiento.

—¿Y estás dispuesta a que te desvirgue un desconocido? ¿Sin amor de por medio? ¿Sin cenas románticas con champán ni noches fogosas con sesenta y nueve?

Me agobió con tantas preguntas que estuve a punto de estallar, pero sé

que lo hizo porque me quería, para asegurarse de que lo hubiera sopesado todo. Habíamos mirado con lupa los pros y los contras y estaba segura de que no nos habíamos dejado nada por considerar. Pero lo que más me preocupaba era no saber lo que me iba a pasar.

—¿A cambio de la vida de mi madre? ¡Claro que sí! —le respondí mientras la seguía por el oscuro pasillo que conducía a las entrañas del Foreplay, el club donde ella trabajaba. El Foreplay: el lugar que me cambiaría, la vida. En cuanto firmara el contrato ya no podría dar marcha atrás.

Mi madre, Faye, tenía una enfermedad terminal. Siempre había estado delicada del corazón, pero con el paso de los años había ido empeorando. Cuando me trajo al mundo estuvo a punto de morir, pero logró salir con vida de aquella situación y de otras muchas operaciones y procedimientos médicos. Sin embargo, ahora la habían dado por un caso perdido. La vida se le estaba escapando a marchas forzadas.

Estaba tan débil y frágil que permanecía postrada en cama. En el pasado la habían ingresado en hospitales tantas veces que mi padre, Mack, había perdido el trabajo. Se había negado a dejarla sola a cambio de ayudar a una maldita fábrica a ganar más dinero. Y a mí me parecía bien. Ella era su esposa y él se tomó su deber conyugal muy en serio. Se dedicaba a cuidarla en cuerpo y alma al igual que ella lo habría hecho con él si los papeles se hubieran invertido. Pero no tener trabajo significaba no tener seguro médico. Y también, vernos obligados a vivir con los exiguos ahorros que mi padre había logrado reunir durante su mejor época. En resumidas cuentas, tener un seguro médico era un lujo que mis padres no se podían permitir. Qué situación más fantástica, ¿verdad?

Y encima las cosas habían ido de mal en peor. La enfermedad de mi madre había avanzado tanto que si no recibía pronto un trasplante de corazón se moriría. Esta noticia nos había afectado enormemente a los tres, sobre todo a Mack.

Yo veía a mi padre día tras día. Al estar él tan pendiente de mi madre, había descuidado su propia salud, con lo que había adelgazado. Y ahora encima tenía unas ojeras de caballo por no dormir las horas suficientes. Pero aun así siempre intentaba hacerse el fuerte ante mi madre. Ella había aceptado su inminente muerte, pero mi padre... seguía creyendo que saldrían de ese mal trago. El problema era que estaba perdiendo las

esperanzas. Creo que a medida que mi madre languidecía mi padre también se iba apagando.

Una noche, cuando mi madre ya se había dormido, me lo encontré encorvado en su sillón abatible, con la cara sepultada entre las manos y los hombros agitándose convulsivamente, llorando a lágrima viva.

Creyó que a esas horas nadie lo vería. Pero yo le vi.

Nunca lo había visto tan abatido. Tuve el desagradable presentimiento de que si mi madre se moría, mi padre no tardaría también en seguirla. Lloraría su muerte hasta irse al otro mundo. Yo no tenía la menor duda.

Debía hacer algo. Quería desesperadamente mejorar las cosas. Y también que mis padres se sintieran más animados.

Dez era mi mejor amiga. La mejor de todas. Siempre se lo contaba todo, por lo que conocía mi situación. Las situaciones desesperadas exigen medidas desesperadas y después de ver lo desesperada que estaba, me acabó contando los negocios más escandalosos que se llevaban a cabo en las entrañas del Foreplay.

Scott Christopher, el propietario, era por decirlo de alguna manera un empresario agresivo. Básicamente, era un macarra, aunque no de baja estofa. No. Se las había ingeniado para vaciarles los bolsillos a los que estaban forrados de pasta. Era una operación de primera, una subasta en la que las mujeres se vendían al mejor postor. El Foreplay no constituía más que una tapadera, porque esta clase de subastas eran en realidad de lo que Scott vivía. Y además el club era el lugar donde los universitarios iban a correrse sus juergas, ligando y empinando tanto el codo que apenas recordaban cómo se llamaban, lo cual era la tapadera ideal para el lujoso local que había debajo. Por lo que yo tenía entendido, algunas de las mujeres —incluida yo— participábamos voluntariamente, y en cambio otras lo hacían para saldar las deudas contraídas con Scott. Vender sus cuerpos era el último recurso para pagarle lo que le debían, aunque significara perder su libertad.

Dez me contó que los clientes eran siempre hombres con unas cuentas bancarias exorbitantes. Incluso los magnates más ricos del mundo tenían unas fantasías de lo más viciosas que no querían que salieran a la luz. Y por una cantidad adecuada de dinero, podían encontrar a alguien dispuesto a ofrecerles su cuerpo sabiendo que no revelaría a nadie su secreto. Pero

era cuestión de suerte, podía tocarme un tipo cortés y amable o un puro tirano que disfrutara sometiendo a su esclava sexual. Y a juzgar por mi pasado, seguro que me tocaría lo último. Como no había tenido demasiada suerte en la vida, no esperaba que el destino me sonriera esta vez.

La enfermedad de mi madre no solo le exigía un constante sacrificio a mi padre, sino también a mí. Yo no le guardaba rencor por ello, pero en lugar de ir a la universidad me había quedado cuidando de ella para que mi padre no perdiera el trabajo. Pero ahora que él lo había dejado, no tenía ningún sentido para ellos que yo me quedara también en casa. Aunque nunca lo había hecho por obligación. Era mi madre y la quería. Además, aún no sabía lo que iba a hacer con mi vida. A lo mejor pensarás que una chica de veinticuatro años ya debería tener las cosas claras, pero en mi caso no era así.

Tal vez no fue una buena idea infundirles esperanzas, pero como ya he dicho, mis padres estaban empezando a darse por vencidos, e ilusionarse un poco no les haría ningún mal. De modo que me las ingenié para convencerles de que gracias a mis buenas notas me habían concedido una beca fabulosa con todos los gastos pagados para estudiar en la Universidad de Nueva York. Sí, en aquel momento de mi vida era algo que por desgracia no me iba a pasar, pero mis padres no lo sabían, y eso era a fin de cuentas lo que importaba. Estar tan lejos de casa significaba que no podría visitarlos tan a menudo como antes, y por más que me doliera estar separada de mi madre moribunda durante tanto tiempo, era absolutamente necesario para que mi plan funcionara. Si tenía suerte, nunca se llegarían a enterar. Pero ¡vete a saber! Como ya te he dicho, yo no había sido demasiado afortunada en la vida.

El trato que había hecho con Scott era que iba a vivir con mi «propietario» durante dos años. Ni más ni menos. Después de ese tiempo, sería libre de vivir mi propia vida. No sabía qué clase de vida llevaría después de aquella experiencia, pero tenía que seguir siendo positiva. Además, dos años no eran nada comparados con los años de vida que le podría prolongar a mi madre y, de paso, a mi padre.

Las notas graves que llegaban de arriba del club retumbaban a través de las paredes y el corazón me empezó a latir a su cadencia, pero intenté decirme desesperadamente que no estaba en ese lugar para dejarme envolver por la música y pasar un buen rato, como las otras personas que

no tenían idea de lo que se estaba tramando bajo sus pies. Las mujeres de ahí abajo estaban sumergidas en algo totalmente distinto.

Nos encontramos con el portero del club que sostenía una tablilla con una lista VIP en la mano. Como sabía quiénes éramos y por qué estábamos allí, nos dejó pasar enseguida. Casi me echo atrás al pasar por delante del montón de chicas alineadas en el pasillo. Se trataba de un grupo muy variado, algunas eran elegantes y otras con pinta de conocer el oficio, aunque quizá fuera la primera vez que participaban en una oferta tan jugosa. Estaban plantadas ante un gran espejo que cubría la pared opuesta y llevaban un número pegado con cinta adhesiva sobre el vientre desnudo.

—Es un espejo de dos vistas para observarlas sin que se den cuenta —me explicó Dez—. Cada cliente dispone de un prospecto en el que aparece la descripción de las chicas que se subastarán esta noche. Las meten en este pasillo para exhibirlas a los peces gordos como en una feria de ganado. Este método les permite examinar la mercancía y decidir por qué chica desesperada van a pujar.

—¡Vaya, gracias por decírmelo, Dez! No sabes lo bien que me ha sentado —le solté.

—¡Oh, lo siento! No lo he hecho aposta —me respondió ella intentando hacer que me sintiera mejor—. Tú eres demasiado especial para esta clase de chanchullos y lo sabes de sobra. No eres como *ellas* —añadió señalando con la cabeza a las otras chicas del pasillo—. Pero lo entiendo. Lo haces por Faye y me parece el acto más altruista de todos los que he oído hablar nunca en mi vida.

Esas otras chicas podrían también tener su propia Faye en casa, pensé desviando la mirada para no establecer contacto visual con ellas.

Llegamos a la puerta que había al final del pasillo y Dez dio unos golpecitos en ella. Una voz nos gritó que entrásemos, pero cuando Dez haciéndose a un lado me indicó que pasara me asaltó el pánico. Estaba a punto de tener un ataque de ansiedad, lo sabía.

—¡Eh, mírame! —exclamó Dez obligándome a volverme hacia ella—. No tienes por qué entrar si no quieres. Todavía podemos dar media vuelta y largamos de aquí.

—No, debo hacerlo —respondí temblando como un flan por más que intentase controlarme.

—Yo no puedo entrar contigo. A partir de ahora tendrás que apañártelas tú sola —me dijo sin poder ocultar del todo sus remordimientos y su preocupación.

Asentí con la cabeza y clavé la vista en el suelo para que no viera que se me humedecían los ojos.

Dez me abrazó de pronto con tanta fuerza que casi me dejó sin aliento.

—¡Tú puedes hacerlo! Y de paso igual te lo pasas fenomenal en la cama. ¡Vete a saber! Un donjuán podría estar al otro lado del espejo deseando estrecharte entre sus brazos loco por ti.

—¡Venga, y qué más! —le solté logrando sonreír un poco antes de separarme de su seguro abrazo—. Todo irá bien. Solo asegúrate de que el gilipollas que acabe conmigo cumpla el trato a rajatabla. Si no lo hace, espero que mandes al FBI a este lugar disparando con sus metralletas a todo trapo.

—¡Claro que lo haré! Ya sabes mi número de teléfono y como no me llames para ponerme al día, soy capaz de hacerte una visita. Ahora tengo que volver al bar antes de que me despidan y de quedarme sin saber con quién te has ido. Pero recuerda que me caes bien, ¡mierda! —Dez no era una sensiblera, pero sé que se trataba de su forma de decirme *te quiero*—. ¡Dales guerra, nena! —añadió besándome en la mejilla antes de darme un azote en el trasero y alejarse por el pasillo. No estaba bromeando. Vi cómo encorvaba la espalda y se secaba los ojos con la yema de los dedos cuando creyó que no la veía.

—Tú también me caes bien —repetí en voz baja, porque ya no me podía oír.

Me volví hacia la puerta, mentalizándome para no perder la sangre fría y echarme atrás. Pero al pensar en mi madre vi que no tenía otra opción. Así pues abrí la puerta y entré con paso firme en el despacho para ultimar los términos del contrato.

El despacho de Scott me pareció el de un puto mafioso forrado de pasta. El suelo estaba cubierto de lujosas alfombras, del centro del techo colgaba una araña de luces preciosa, unas vitrinas iluminadas exhibían diversos objetos que debían valer una fortuna y las paredes estaban forradas de exquisitas obras de arte. De unos altavoces invisibles salía música clásica para intentar darme una sensación de falsa seguridad. La música y la

elegante decoración creaba la ilusión de ser un lugar refinado para que los clientes se sintieran más a gusto en él, pero yo no era tonta. Por más que el mono se vista de seda, mono se queda.

Scott estaba en el despacho con un cigarrillo en una mano y un vaso de whisky en la otra, recostado en un sillón abatible con los pies encima del escritorio, dirigiendo con los dedos una orquesta invisible como si no tuviera otra cosa que hacer.

Se giró para mirarme y sonrió burlonamente antes de enderezarse y apagar el cigarrillo en un cenicero de mármol.

—¡Ah, señorita Talbot! Me preguntaba si serías tan amable de honrarnos con tu presencia esta noche.

Irguiendo la espalda y metiendo la barbilla hacia dentro, le miré a los ojos. Era yo quien había decidido acudir y tenía la sartén por el mango hasta que me entregara el dinero. Quería dejarle claro a Scott Christopher que para mí no era más que un intermediario.

—Dije que vendría y aquí estoy.

Se levantó y se dirigió hacia mí sin intentar disimular siquiera que me estaba examinando de arriba a abajo.

—No estás nada mal, nena. Si no hubieras venido habría mandado a un equipo de rescate para que te buscara y te encontrara. Esta noche me vas a hacer ganar mucha pasta.

—¿Me puedes repetir los términos de mi contrato de nuevo para firmarlo de una vez? —le solté exasperada suspirando.

No confiaba en él por una buena razón. Traficaba con seres humanos sin sentir el menor remordimiento. ¡Cómo iba a confiar en alguien que vivía de ese negocio! De haber tenido otra elección, no estaría ahora plantada aquí dejando que un tipo de su calaña me comiera con los ojos.

—De acuerdo —respondió volviendo al escritorio. Abrió una carpeta de papel manila con mi nombre escrito en negrita en la cubierta—. Te garantizo personalmente que la clientela de esta noche será de lo más discreta. En realidad es un requisito esencial para todos los que visitan mi local. Todos ellos son peces gordos, la crema de la crema de los caballeros... y tienen unas cantidades de dinero tan exorbitantes que no saben qué hacer con él. Solo ellos saben la razón por la que están interesados en la clase de mercancía con la que trato, y mientras me

paguen, yo no me meto en sus asuntos.

Además de salvarle la vida a mi madre, al menos tenía el consuelo de saber que alguien con tanta pasta me permitiría pagar la intervención quirúrgica que ella necesitaba haciendo gala de una gran discreción. Nadie con tanto dinero querría que la gente se enterase de que estaba metido en esos chanchullos. Y yo tampoco quería que mis padres lo supieran. Si lo llegaran a descubrir se morirían del disgusto y no aceptarían nunca lo que estaba intentando hacer por ellos.

La otra ventaja, o al menos eso era lo que yo esperaba, era que alguien que podía darse el lujo de realizar este tipo de transacciones iba a ser también lo bastante refinado como para no hacerme la vida imposible. Yo no era una ingenua, sabía que en este mundo había personas muy retorcidas llenas de sucias manías, pero esperaba que no me tocara una de ellas.

—Supongo que te parece bien el veinte por ciento acordado, ¿verdad? —me preguntó hojeando el contrato.

—¿Crees que soy imbécil? Quedamos en un diez por ciento —repliqué sin que su intento de sacarme más pasta de la estipulada me hiciera la menor gracia.

—Es verdad, es verdad. El diez por ciento, eso era lo que quería decir —respondió haciéndome un guiño que me dio escalofríos. Empujó el contrato hacia mí y me ofreció un bolígrafo—. Firma aquí... y aquí.

Garabateé mi descuidada firma sobre las líneas que él me indicó, sabiendo que estaba hipotecando los dos siguientes años de mi vida. Aunque el sacrificio valía la pena.

Al cabo de poco me condujeron a otra habitación donde me dijeron que me desnudara y me pusiera el biquini más diminuto que había visto en mi vida. Dejaba al descubierto todas las redondeces de mi cuerpo y supuse que estaba concebido precisamente para eso. Los hombres querían ver la mercancía antes de pagar una fortuna. Yo lo entendía, pero no por ello dejaba de sentirme menos expuesta y vulnerable. Una estilista me peinó y maquilló dándome sorprendentemente un aspecto elegante en lugar de hacerme parecer una puta barata.

Después Scott adhirió el número sesenta y nueve a mi vientre desnudo. Mantuve la cabeza erguida mientras me unía a las otras chicas alineadas delante del espejo de dos vistas. La peor parte era que vete a saber quiénes

me estaban mirando o qué había al otro lado del espejo. Pero lo que sí veía era mi propio cuerpo y aunque no fuera una creída, debo admitir que me veía estupenda comparada con las otras candidatas.

Nunca me había considerado una chica despampanante, pero era guapa. Tenía una abundante cabellera rubia y unos apagados ojos azules que pese a no ser especiales, habían estado llenos de vida en el pasado. Eso fue cuando la enfermedad de mi madre aún no había empeorado tanto. Yo no tenía un cuerpo perfecto, aunque no era ni demasiado grueso ni demasiado delgado y tenía curvas en los lugares donde siempre había creído que eran los correctos. En resumidas cuentas, no estaba nada mal, al menos eso esperaba.

Las mujeres fueron saliendo una por una de la habitación. Al principio creí que significaba que las preferían a ellas antes que a mí, y me sentí como la niña rellenita en clase de gimnasia a la que siempre elegían como última opción. Pero entonces dijeron mi nombre y me dirigí a la misma puerta negra por la que había visto desaparecer a las otras chicas. En cuanto entré, Scott me condujo al centro de la habitación. Estaba rodeada de camarines de paredes acristaladas. En cada uno había una mesita sobre la que descansaba una pequeña lámpara que despedía una luz mortecina, un teléfono y una cómoda poltrona roja de terciopelo. Era evidente que lo único que los ocupantes de los camarines tenían en común era el dinero, todos estaban forrados.

El primer camarín lo ocupaba un jeque que llevaba unas gafas oscuras, un largo turbante blanco y un traje. Estaba flanqueado por dos mujeres que habían estado en el pasillo conmigo unos instantes antes, cubriéndole de besos mientras le acariciaban la entrepierna y el pecho. Al apartar la vista avergonzada, vi al hombre del otro camarín.

Este tipo era enorme, una auténtica mole. Se parecía a Jabba el cavernícola. Me vino a la cabeza la imagen de la princesa Leia encadenada a su lado y sentí un estremecimiento a lo largo del espinazo. De pequeña nunca me había imaginado como la princesa Leia y sin duda no iba a hacerlo a estas alturas.

En el siguiente camarín había un tipo canijo con dos guardaespaldas gigantescos plantados a su lado con las manos cruzadas delante del cuerpo, y supuse que probablemente era la actitud más relajada que sabían adoptar. El tipo menudo, sentado con las piernas cruzadas con aire delicado, estaba

tomando a sorbos un cóctel de frutas adornado con una sombrillita. Llevaba la chaqueta blanca echada sobre los hombros como si él fuera demasiado chic para ponérsela. Supuse que eran los hombres lo que en realidad le iban. No me pareció un tipo intimidante. Seguramente estaba en este lugar para fingir que se acostaba con un bomboncito mientras recibía en secreto otra clase de visitas, tú ya me entiendes.

Miré el último camarín y suspiré decepcionada para mis adentros al ver que la luz estaba apagada. Por lo visto quienquiera que lo ocupara había elegido a su chica y se había largado. Vaya, los especímenes que quedaban no eran para tirar cohetes que digamos.

Pero de pronto una lucecita anaranjada parpadeó en medio de la oscuridad como las brasas en la punta de un pitillo al dar alguien una calada. Al mirar con más detenimiento vi el perfil de un tipo sentado con toda tranquilidad en una poltrona. La figura se inclinó hacia delante un poco para cambiar de postura, permitiéndome verle mejor, aunque no del todo.

—Caballeros —anunció Scott dando una palmada mientras se quedaba plantado a mi espalda—. Aquí tienen a la encantadora Delaine Talbot, la número sesenta y nueve de la lista de esta noche. Creo que ya se habrán dado cuenta de sus virtudes, pero permítanme que les destaque algunos de sus mejores atributos.

»En primer lugar ha llegado hasta nosotros por su propia decisión. Como pueden apreciar es una chica espectacular que les hará la vida infinitamente más fácil si necesitan ir a un evento social acompañados de una pareja. Es joven, aunque no demasiado, de modo que sus amigos y su familia tenderán más a creer que mantienen una relación tradicional con ella, si consideran este aspecto importante. Es culta y educada, tiene la dentadura intacta y una buena salud. Y no se droga, de ahí que no necesitarán esperar a que se someta a una cura de desintoxicación antes de hacer con ella... y con su cuerpo, lo que les plazca.

»Y probablemente la mayor ventaja de todas es que todavía está sin estrenar. Es decir, es una virgen de primera, mis queridos caballeros. Inmaculada, intacta... pura como la nieve recién caída. Es perfecta para aprender lo que ustedes quieran enseñarle, ¿no les parece? Dicho esto, empecemos la subasta en un millón de dólares. ¡Y que el cabrón más afortunado gane la puja! —concluyó con una amplia y falsa sonrisa.

Volviéndose hacia mí, me guiñó el ojo y luego salió de la habitación.

La plataforma sobre la que yo estaba se puso a girar en medio de la habitación y aunque no lo hiciera a demasiada velocidad, me cogió por sorpresa y me tambaleé un poco antes de recuperar el equilibrio. Empecé a girar y a girar mientras la subasta comenzaba. No se oía ninguna voz, solo un ocasional zumbido cuando las luces que había sobre las puertas se encendían. Podía ver a los tipos sentados tras ellas cogiendo el teléfono que había a su lado para hablar por el auricular antes de que la luz de su puerta se encendiera, y supuse que era su forma de pujar.

No tenía idea de si estaban ofreciendo grandes sumas de dinero por mí. Solo esperaba que recaudara lo bastante para pagar la intervención quirúrgica de Faye. Al poco tiempo, el jeque y el tipo canijo se retiraron de la subasta, dejando a Jabba el cavernícola y al Hombre Misterioso pujando. Desconocía cómo era físicamente el Hombre Misterioso, pero seguro que sería mejor que si me tocaba Jabba el cavernícola.

Los dos empezaron a hacer sus ofertas a un ritmo más calmado y yo me sentía cada vez más mareada por no dejar de dar vueltas y vueltas en la plataforma. Solo quería que la subasta terminara de una vez para conocer mi suerte y acabar con el asunto. Todavía estaba esperando que me tocara el misterioso desconocido.

La luz de Jabba el cavernícola fue la última en encenderse y yo sabía que ahora le tocaba pujar al Hombre Misterioso, pero permaneció callado. Me empecé a sentir aterrada cuando Scott regresó a la habitación y se quedó plantado junto a mí. Le sonrió a Jabba y luego arqueando las cejas, le lanzó una mirada interrogante al Hombre Misterioso. Yo sabía por la expresión de mi cara que le estaba suplicando que fuera él quien ganara la subasta, no sabía si al tipo esto le influiría de un modo u otro, pero al menos debía intentarlo.

Los segundos se me hicieron eternos. Todo parecía moverse a cámara lenta y me sentía aturdida y mareada. Sabía que si mi cerebro no recibía oxígeno me desmayaría en cualquier momento, pero conteniendo la respiración rezaba para que el Hombre Misterioso viniera a buscarme y para no lamentar que hubiera ganado él.

—Por lo visto ya tenemos al ganador... —empezó a decir Scott, pero se detuvo al ver que la luz de la puerta del Hombre Misterioso se encendía emitiendo un zumbido.

Volví a respirar, sintiendo un agradable hormigueo en el cerebro al llenárseme del preciado oxígeno. Me giré expectante hacia Jabba el cavernícola. Suspiré aliviada al ver que sacudía la cabeza agitando la mano en el aire despechado antes de forcejear para apartar la poltrona y apagar la luz de la mesilla.

—Ya tienes un propietario, señorita Talbot —me cuchicheó Scott arrimándose demasiado a mi oído—. Ve a reunirte con tu amo.

—¡No pienso llamarle así! —le solté en voz baja para que solo él me oyera, cuando me obligó a bajar de la plataforma.

—Le llamarás como a él le venga en gana si quieres recibir los dos millonazos que ha pagado por ti —me replicó agarrándome del codo y conduciéndome al camarín del Hombre Misterioso.

—¿Dos millones de dólares? —le pregunté atónita apartando con brusquedad el brazo, porque no entraba en el trato dejar que me manoseara y ese tío ya me estaba empezando a hartar. Pero él me volvió a agarrar, esta vez con más firmeza, obligándome a andar.

—¿Cómo? ¿Es que no te parece bastante? ¡Eres muy codiciosa, nena! —me soltó. Y sin darme la oportunidad de responder, abrió la puerta de cristal del camarín del Hombre Misterioso y entró tirando de mí.

Noté un fuerte olor a cigarrillo, pero curiosamente no me desagradó.

—Aquí tiene a la señorita Delaine Talbot —anunció Scott a la figura envuelta en la oscuridad—. Enhorabuena, señor Crawford. Estoy seguro de que la chica vale hasta el último céntimo que ha pagado por ella.

—Envíame el contrato a mi dirección —repuso una voz grave y sensual surgiendo de la sombra. La cereza de la punta del cigarrillo se encendió iluminando un poco sus rasgos antes de volver a desaparecer—. Y ¡por amor de Dios!, aparta tus manazas de mi propiedad. No pienso pagar por una mercancía dañada.

Scott me soltó al instante y yo me froté la parte interior del codo sabiendo que al día siguiente tendría un moratón.

—Como usted quiera —dijo Scott haciéndole una reverencia con brusquedad—. Tómese su tiempo. Pero ándese con ojo, porque es una leona.

Como yo no estaba segura de lo que se suponía que debía hacer, me

quedé plantada en el camarín durante lo que me pareció una eternidad sintiéndome de lo más violenta.

Cuando me había logrado convencer a mí misma de que ambos pensábamos quedamos allí hasta que transcurrieran los dos años del contrato, él suspiró al fin y apagó el cigarrillo. De pronto el camarín se iluminó, y me quedé cegada unos instantes, porque mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad.

Pero en cuanto le vi, el estómago me dio un vuelco y creo que el corazón me dejó de latir durante uno... o dos... o quizá tres instantes.

Era guapísimo. Tuve que esforzarme por no comérmelo con los ojos. Se quedó sentado con una sonrisita de suficiencia mientras yo le contemplaba. Vestía todo de negro, con un traje hecho a medida. Iba sin corbata y con los botones de la parte de arriba de la camisa desabrochados, revelando las clavículas y una traza de su pecho torneado cubierto de un ligero vello. Le reseguí con la mirada los fuertes tendones del cuello hasta llegar a su prominente mandíbula, sombreada por una incipiente barba. Tenía unos labios carnosos de un precioso color rosado, una nariz recta y perfecta y unos ojos... ¡Dios mío, qué ojos! Nunca había visto unos ojos color avellana tan intensos, animados a su vez con tantas tonalidades, y unas pestañas tan largas. Llevaba el pelo castaño oscuro corto, un poco más largo en la parte de arriba, y un flequillo estilo cresta. Era probablemente el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Alzando la mano, se pasó sus largos dedos por entre el pelo. No sé si lo hizo irritado porque me lo estaba comiendo con los ojos o por ser un hábito suyo, pero el gesto me pareció muy sexi.

Me empecé a preguntar por qué un tipo tan adorable necesitaba llegar al extremo de adquirir una pareja cuando saltaba a la vista que podía tener todas las mujeres que quisiera. Pero entonces abrió la boca, recordándome que no era un encuentro con mi príncipe azul y que esperaba ciertas cosas de mí que yo debía hacer, me gustara o no.

—Veamos si vales el dinero que me has costado —dijo suspirando mientras se bajaba los pantalones y liberaba una polla enorme.

Me lo quedé mirando boquiabierta, sin poder creer que esperara desvirgarme en un antro como aquel. Yo sabía que ahora le pertenecía, ¡pero se estaba pasando!

—Arrodíllate, Delaine, o no hay trato y ya puedes irte con el culo gordo de la otra habitación. Parecía estar babeando por ti —me dijo con una sexi sonrisita mientras se frotaba la imponente verga—. Demuéstrame que estás contenta de que haya sido yo con quien te has ido.

Pero me había topado con mi primer problema: nunca le había hecho una mamada a un tío.

2.

Mi reflejo nauseoso

Lanie

—Delaine, me estás haciendo perder el tiempo y por lo visto también el dinero.

—¿Quieres que...? ¿Aquí? ¿Ahora? —le pregunté hecha un manojo de nervios.

—¿Es que no me has entendido? —me contestó el Hombre Misterioso arqueando una ceja.

Me arrodillé entre sus piernas, sintiendo un nudo en la garganta. Por suerte el suelo estaba frío, porque me hizo tomar conciencia del tórrido ambiente que se respiraba en el camarín. Invasión por una oleada de calor, noté que me había puesto más colorada que un hierro al rojo vivo. Intenté respirar hondo para no vomitar sobre su regazo. No creo que esto le hubiera hecho ninguna gracia.

Suspiró irritado por la espera, por lo que me puse más nerviosa aún. El corazón me martilleaba en el pecho.

—Métete mi polla en la boca, señorita Talbot.

Me incliné hacia delante y al agarrársela descubrí que era tan gorda que ni siquiera la podía rodear con la mano. ¡Válgame Dios! ¡Cómo esperaba que me cupiera en la boca algo de ese calibre! Cometí el error de alzar la vista. Lo descubrí levantando una ceja, expectante, y por un instante me pareció ver un tic en sus mandíbulas, como si él estuviera tan nervioso como yo. Pero me dije que no podía ser y volví a lo mío, un menester que sin duda esperaba que cumpliera hacendosamente.

Estoy segura de que mientras estudiaba su polla intentando descubrir la mejor manera de hacer lo que me pedía debí de parecer estúpida. Todas aquellas noches en las que me había quedado en casa de Dez para aprender a besar y a hacer mamadas llevada por su insistencia ahora ya no me parecían tan absurdas. Vale, lo había hecho con un plátano, pero comparado con el viril atributo del Hombre Misterioso, le tendría que

haber inyectado una tonelada de esteroides para que estuviera a su altura.

La cabeza de su polla estaba lubricada y me pregunté qué se suponía que debía hacer con eso que rezumaba, y abriendo la boca lo lamí con la punta de la lengua. Oí al Hombre Misterioso sisear ligeramente de placer y tomándomelo como una buena señal se la besé, pero no fue un beso para nada sexi. Más bien era como darle un beso en la calva a mi tío Fred, aunque en realidad no se pareció en nada a besar su pelada cabeza. ¡Madre mía!, no tenía idea de lo que estaba haciendo y mis intentos por salir airosa de la situación me estaban haciendo pensar cosas de lo más absurdas. Vi que esas elucubraciones eran mi mecanismo de defensa. Pero aun así, me estaba yendo por las ramas en el momento más inapropiado.

Cerré los ojos y exhalé el aire lentamente, intentando encontrar un hueco dentro de mí donde me sintiera como una voluptuosa zorra. La imagen de su rostro invadió mis pensamientos y de súbito, animada de una especie de fogosidad, me volví más atrevida. Le rodeé el glande admirablemente abombado con los labios y se lo chupé un poco. Después abriendo más la boca, me metí su polla hasta el fondo, pero apenas conseguí cubrirla, porque como ya he dicho, era gigantesca. Estaba casi segura de que se me iban a trabar las mandíbulas.

—Venga, seguro que te la puedes meter más adentro —me retó.

Empujé hasta sentir la cabeza de su polla en mi garganta y creí que se me iban a desgarrar las comisuras de la boca. Sería más fácil si mis mandíbulas fueran como las de las boas, que se tragan a sus presas de una sola pieza. Y fue en ese momento cuando me puse a rezar para que no se me desencajaran.

Me saqué un poco la polla de la boca y me la volví a meter, pero esta vez supongo que mi reflejo nauseoso decidió no colaborar. Cuando me rozó la campanilla, me dieron arcadas y se produjo una reacción en cadena. Al intentar contenerme para no vomitarle encima, hiqué sin querer los dientes en la sensible piel del cipote. Él lanzó un grito de dolor y me apartó con brusquedad antes de volver casi a rastras a la poltrona para alejarse de mi boca asesina.

—¡Joder! —gritó y luego se puso a examinar su pene. Yo no le había hecho en absoluto un rasguño a su gran bebé—. Estás de broma, ¿verdad? ¿Es que no le has chupado nunca la polla a un tío? —me soltó enojado. Aunque frunciera el ceño, seguía siendo guapísimo—. Porque es la peor

mamada que me han hecho en la vida.

Ahora sí que lo detestaba de verdad.

—Lo siento, yo nunca...

—¿Nunca has chupado una tranca? —me preguntó incrédulo. Negué con la cabeza—. ¡Por Dios! —murmuró sacudiendo la cabeza mientras se pasaba las manos por la cara sorprendido y respiraba hondo.

Su poca sensibilidad ante la situación, o tal vez su hipersensibilidad a ella, me sacó de mis casillas. Sabía que era mejor que me quedara calladita —porque no hay que olvidar que él podía hacer conmigo lo que quisiera—, pero acabé estallando.

—¡Tú y tu descomunal y prodigiosa verga os podéis ir a la mierda! —le grité con tanta vehemencia como pude—. Tal vez no sea la clase de chica que se pasa el día chupando pollas por ahí —estoy segura que de haberlo sido no habría pagado dos millones de dólares por mí— y lo siento si te he hecho daño, pero aunque fuera una experta en este tipo de menesteres, yo... Es imposible que alguien se pueda tragar algo tan gordo. Eres un *friki*, pero al menos lo he intentado, gilipollas.

Yo y mi desinhibido cerebro habían contraído un serio caso de diarrea verbal. Estaba probablemente a punto de perder el contrato y de echarlo todo al garete. Se quedó sentado mirándome. Se le crispó la cara pasando de la sorpresa a la ira, y luego pareció estar confundido e incluso un poco cortado. Abrió y cerró la boca un par de veces como si fuera a decir algo, pero cambió de opinión. Al cabo de unos instantes giró la cabeza a un lado y luego me miró de nuevo.

—¿Me estás diciendo que tengo una polla de un tamaño tan insospechado que resulta incluso espectacular? —me preguntó con una sonrisita petulante.

Me senté sobre los talones y me crucé de brazos, no sabía dónde meterme, porque supongo que técnicamente eso era lo que le había dicho. Pero no pensaba admitirlo de nuevo.

—¿Tienes alguna experiencia sexual?

Volví a sacudir la cabeza.

Suspiró pasándose los dedos por entre el cabello otra vez. Parecía estar a miles de kilómetros de distancia, preguntándose si se quedaría o no

conmigo. Y al final se subió los pantalones y se levantó cuan alto era. Yo parecía una pigmea a su lado.

—Vamos —me dijo.

—¿Adónde? —le pregunté dispuesta a suplicarle que no me vendiera a Jabba el cavernícola.

—A casa —respondió simplemente.

—¿Estás loco? —le solté levantándome apresuradamente. Y eché a correr para darle alcance mientras él salía furioso del camarín dando grandes zancadas.

—Me has puesto de muy mala leche, pero estoy intentando controlarme —dijo cruzando el pasillo sin volver siquiera la cabeza para mirarme—. Supongo que si me fijo en el lado bueno de la situación significa que puedo enseñarte a hacer todo lo que a mí me gusta. Pero ahora se me ha puesto tan dura y gorda como el estado de Texas y no me hace demasiada gracia que digamos. ¿Dónde están tus bártulos?

—En una de las habitaciones que dan al pasillo.

No cruzamos ni una palabra más mientras nos dirigíamos a la habitación donde me había cambiado y dejado mis cosas, incluyendo el móvil. Él me esperó fuera, junto a la puerta, mientras yo me sacaba las diminutas piezas que se suponía debían hacer la función de biquini y me volvía a poner la camiseta sin mangas y la falda, ahora al menos ya no me sentía tan expuesta como antes. Luego el Hombre Misterioso me condujo afuera por la parte trasera del Foreplay. Supuse que era la puerta reservada a esa clase de invitados. Cuando llegamos al aparcamiento, se encaminó hacia una limusina donde un tipo bajo y rubio con un traje negro y gorra de chófer le esperaba junto a la portezuela.

—Señor Crawford —le saludó el tipo con la cabeza y un rostro inexpresivo, mientras le abría la puerta de atrás.

—Samuel —le respondió él protegiéndome la cabeza con la mano para hacerme subir al coche—, hoy pasaremos la noche en casa.

—De acuerdo, señor —dijo el chófer mientras el señor Crawford, alias el Hombre Misterioso, se sentaba pegado a mi lado en el largo asiento trasero de la limusina, pese a lo amplio que era. Aunque probablemente el espacio vital era un lujo del que yo no podría gozar durante los dos próximos años.

El coche se puso a circular por las calles de Chicago en cuestión de segundos. El señor Crawford lanzó un largo suspiro y cambió de postura mientras tiraba de sus pantalones. Tomando nota me dije: «¡No te metas con Texas!» Una sonrisita asomó a mis labios.

—¿Vives en Chicago? —me preguntó rompiendo el silencio.

—No. En Hillsboro —le respondí simplemente.

Contemplé las luces de la ciudad desfilando por la ventanilla. Las calles estaban llenas de transeúntes despreocupados que parecían no tener ningún problema en la vida. Supuse que en otras circunstancias, si el mundo no nos odiara tanto a mi familia y a mí, yo podría haber sido uno de ellos. Pero tal como me iban las cosas, no era este el caso.

—¿Por qué haces esto, Delaine?

No estaba preparada para divulgar esta información y sin duda no figuraba en mi contrato. Preferí no intimar demasiado con el hombre que me acababa de comprar.

—¿Y por qué lo haces tú? —le repliqué.

Por lo visto se me habían estropeado los filtros de mi cerebro.

Volvió a fruncir el ceño y en cierto modo me arrepentí de haber sido tan impertinente teniendo en cuenta todas las formas con las que él me podía castigar. Aunque solo se arrepintió una pequeña parte de mí.

—¿Eres consciente de que ahora me perteneces? Es mejor que no se te olvide. No soy un tipo cruel por naturaleza, pero tu descaro y tu irritante actitud están a punto de hacerme perder la paciencia —me advirtió con una expresión severa.

Seguramente yo debía parecer un gatito asustado, porque así era como me sentía, pero aun así le miré a los ojos, mi orgullo me impidió apartar la vista. O a lo mejor no despegaba los ojos de él por miedo, por si advertía algún movimiento repentino. Pero lo más probable es que se debiera a que era un ejemplar hermosísimo y maldije a la mujer fogosa que había en mí por ser tan débil.

—Oye, sé que no es la situación ideal para ti y que probablemente tienes tus razones para haberla aceptado, al igual que yo —empezó a decir—. Pero como tenemos que convivir durante dos años, será mucho más fácil para ambos si al menos intentamos llevarnos bien. No quiero estar

peleándome contigo a todas horas. Y *no* pienso hacerlo. Harás lo que te pida y sanseacabó. Si no quieres contarme nada de tu vida personal, de acuerdo. No te haré más preguntas. Pero ahora me perteneces y no toleraré el menor desacato, Delaine. ¿Lo has entendido?

Arrugué el ceño y apreté los dientes.

—Perfectamente. Haré lo que me pides, pero no esperes que me guste.

Una perversa sonrisita afloró a sus labios y entonces puso una mano sobre mi muslo desnudo. Lentamente empezó a acariciarme la piel mientras sus dedos ascendían y se metían bajo mi falda. Se arrimó a mí hasta que noté su cálido aliento en mi cuello y se me erizó el vello con una sacudida de placer.

—Oh, pues a mí me parece que sí te va a gustar, Delaine.

Su voz rasposa me hizo sentir unas cosas que deberían darme asco y luego pegó sus labios debajo de mi oreja y me besó con la boca entreabierta mientras posaba sus largos dedos en el hueco de mis piernas. Mi cuerpo estúpido y traidor respondió a sus caricias permitiendo que sus expertas manos hicieran conmigo lo que quisieran. Creo que incluso se escapó un gemido de mis labios cuando él apartó de súbito la mano.

—¡Ah, ya hemos llegado! Hogar, dulce hogar —exclamó al detenerse el coche.

Al arrancarme de la acometida de placer que el Hombre Misterioso me había provocado, miré por la ventanilla tintada. La casa no era siquiera una casa, sino una mansión. Era enorme. Podía albergar una ciudad entera. Si no lo conociera, hubiera pensado que era para intentar compensar su gusanito, pero por supuesto no era este el caso.

El señor Crawford —¡por Dios!, odio llamarle así— bajó del coche y me ofreció su mano para ayudarme a salir. Decliné su ofrecimiento y me bajé yo sola. En medio del enorme camino circular de ladrillos de la entrada, había una fuente de piedra tenuemente iluminada con luces blancas. Unas columnas de agua se alzaban de ella y caían en una piscina de cristal. Al volverme para contemplar el resto del entorno, no vi más que césped perfectamente cortado y arbustos tallados en forma de ciervos.

¡Jolín! ¿Es que era la casa de Eduardo Manostijeras o qué?

—Es por aquí, señorita —me indicó Samuel tomando la bolsa de mis manos y haciendo que me volviera a fijar en la casa.

La escalinata que conducía al porche estaba decorada a ambos lados con esculturas de cemento en forma también de ciervos. Tenían la cabeza agachada y una pata levantada, como preparándose para enfrentarse con sus gigantescas astas. Hasta juraría haber oído un débil bramido de combate y todo, pero no podía ser que estuvieran vivos.

Unas columnas blancas que se alzaban hasta la enorme galería de la segunda planta flanqueaban la entrada. Samuel abrió de par en par la puerta doble para que entrásemos y el Hombre Misterioso me indicó con un ademán que pasara yo primero. El suelo era de mármol y el alto techo tenía forma abovedada.

Pero lo que me llamó la atención sobre todo fueron las escaleras. Estaban en medio de la entrada y se extendían hasta un rellano donde se dividían en dos tramos que conducían a direcciones opuestas de la casa. Parecía uno de esos escenarios en los que una deslumbrante princesa aparece en lo alto de las escaleras y espera a que anuncien su llegada a la multitud que la observa pasmada a sus pies mientras ella desciende grácilmente para saludar a los invitados.

Yo, en cambio, seguramente tropezaría en el primer escalón y bajaría rodando por la escalera como una pelota para acabar estampándome estrepitosamente contra el suelo. Y no sería un elegante descenso. Créeme.

—¿Qué te parece? —me preguntó el Hombre Misterioso abriendo los brazos con vehemencia para que admirara su mansión. Saltaba a la vista que estaba orgulloso de ella.

—¡Bah!, no está mal si lo que te gusta es alardear de estar forrado —le solté encogiendo los hombros como si me estuviera aburriendo soberanamente.

Pero en realidad estaba impresionada. Muy impresionada.

—Heredé la casa. Y no me gusta alardear de ser rico —añadió—. Subamos arriba para estar en un sitio más cómodo y dormir un poco. Ha sido un largo día y tengo el presentimiento de que mañana lo será todavía más, y seguramente cada día a lo largo de los siguientes dos años de mi vida.

Se giró y empezó a subir las escaleras, esperando que yo le siguiera.

—Por lo visto estamos de acuerdo en algo, señor Crawford —le dije.

Se paró en seco y me lanzó una mirada exasperada.

—Me llamo Noah —puntualizó en tono solemne, y luego siguió subiendo la escalera—. Solo los sirvientes me llaman señor Crawford.

—¿No soy yo acaso una sirvienta? Porque me estás pagando para que me quede en tu casa, como a ellos —le solté.

—Créeme, a ellos no les pago tanto como a ti —replicó girando en el rellano para subir la escalera de la derecha—. Tú no te separarás de mí durante los próximos dos años y la gente tendrá que creer que somos una pareja de verdad. Y si vas por ahí llamándome señor Crawford no se lo van a tragar.

—De acuerdo, *Noah* —respondí pronunciando su nombre para ver cómo sonaba en mi boca—. ¿Cuál es mi habitación? —le pregunté al llegar a un largo pasillo con las paredes decoradas con pinturas de grandes dimensiones.

—Nuestra habitación es la del final del pasillo —repuso sin detenerse.

—¡Espera! ¿Has dicho nuestra habitación?

—Sí, dormirás conmigo. ¿Acaso no te lo especificaron?

—Pero si ni siquiera hemos hablado de los términos del contrato —le recordé.

Abrió la puerta del final del pasillo y yo le seguí. En cuanto entramos a la habitación, cerró la puerta y me inmovilizó contra ella arrimándose a mi cuerpo.

—Los términos del contrato son muy sencillos —dijo rozándome con los labios la piel del cuello—. Ahora tú me perteneces y yo puedo hacer contigo lo que se me antoje.

Me besó con ardor en la boca, pero no le devolví el beso. Luego deslizó con suavidad sus labios sobre los míos, intentando que yo le respondiera.

—Bésame, *Delaine* —dijo pegando sus labios a los míos y presionando eso que abultaba bajo sus pantalones contra mi parte más femenina—. Te gustará, te lo garantizo.

No se me había ocurrido que quizá tuviera razón, pero yo sabía que había estado tentando mi buena suerte con él y que lo más probable es que no siguiera aguantando mis impertinencias. Mi madre necesitaba aquella intervención quirúrgica y estaba segura de que durante el tiempo que

íbamos a estar juntos haríamos cosas mucho más íntimas que esta, así que no me quedó otra que aguantarme y aceptarlo.

Respiré hondo, con mi pecho pegado al suyo, y entonces separé los labios y tomé su labio inferior entre los míos. Él gimió de placer y, poniendo su muslo entre mis piernas y agarrándome de las caderas, inclinó la cabeza para poder maniobrar mejor. Dejé que deslizara su lengua por mis labios y en ese instante supe que nunca me arrepentiría de ello.

No se podía decir que yo hubiera besado a muchos chicos ni que fuera ninguna experta en ese sentido, pero era increíble lo que él podía hacer con su lengua...

Posé mis manos en sus bíceps, notando sus fuertes músculos sobresaliendo bajo la chaqueta. Quería pegarme más a él y como creí que le gustaría que tomara la iniciativa, deslicé mis manos bajo su chaqueta para acariciarle el pecho. Luego se las puse sobre los hombros para sacársela. Pero él la atrapó con una mano y la dejó sobre la silla que había a nuestro lado antes de agarrarme las caderas de nuevo y pegarme a su cuerpo. Yo le rodeé el cuello con las manos y le envolví con mi lengua la suya, chupándosela con suavidad. Él gimió de placer con su boca unida a la mía pero de pronto se apartó, dejándome plantada allí con los ojos cerrados, la cabeza ladeada, las manos alzadas en el aire y los labios fruncidos dispuestos a besarle.

Fue como la incómoda escena de *Dirty Dancing* en que Baby sigue moviendo el esqueleto embelesada sin darse cuenta de que Johnny se ha largado dejándola plantada en un lugar lleno de desconocidos.

—¿Lo ves? Ya te dije que te gustaría —afirmó con una ligera sonrisita.

No era justo que él estuviera tan campante mientras yo estaba a punto de reventar del calentón.

—No te preocupes, ya reemprenderemos más tarde lo que hemos dejado, pero primero son las obligaciones y después el placer —dijo dando un par de pasos hacia atrás—. En cuanto a los términos del contrato, me aseguraré de que te manden el dinero anónimamente al número de cuenta que has indicado, tal como especificaste. Espero que seas discreta en cuanto a los detalles de nuestra relación, y si tú lo eres, yo también lo seré. Mi familia y mis colegas creerán que nos hemos conocido en uno de mis numerosos viajes de negocios y que estamos locamente enamorados. Me acompañarás

a diversos eventos sociales comportándote como la educada dama que se espera que seas. En casa, compartirás mi cama y estarás siempre disponible de cualquier forma física que yo necesite. Y te advierto que tengo mucha imaginación. ¿Me he dejado algo?

Seguramente, pero todavía estaba flotando por el beso que me había dado y no tenía la cabeza clara, por lo que asentí con la cabeza simplemente.

—Estupendo —dijo tumbándose en la cama enorme (yo estaba empezando a descubrir que todo lo que tenía que ver con él era grande)—. Y ahora desnúdate —añadió apoyándose en los antebrazos.

—¿Qué? —le dije perpleja casi ahogándome del susto.

—Delaine, veremos muchas otras partes de nuestro cuerpo desnudo, así que olvídate de tu modestia y pudor —puntualizó mirándome de arriba abajo al tiempo que se lamía sugerentemente los labios. Sus ojos se encontraron con los míos y la expresión de sus penetrantes ojos color avellana casi hicieron que me flaquearan las piernas—. Enséñame tú el tuyo y yo te enseñaré el mío.

Era un buen trato, ¿no? Me descalcé al tiempo que me agarraba la camiseta por el dobladillo y me la quitaba rápidamente.

—Más despacio —me dijo con voz ronca, haciendo que me detuviera.

Puse los ojos en blanco porque era la escena típica.

—Ahora solo falta la música para que te haga un *striptease*.

—Veo que ya estás captando mis gustos —respondió guiñándome el ojo, y luego cruzó la cama a gatas y cogió el control remoto de encima de la mesilla de noche. Pulsó un botón y una melodía sensual empezó a sonar, aunque no se veía de dónde procedía, porque parecía salir de todas partes.

—¡No! Yo... No puedo. Quiero decir... Que yo no...

—¡Era una broma! —exclamó apagando la música y volviendo al lugar de la cama donde estaba tendido. Tal vez te lo pida en otra ocasión.

Suspiré aliviada y luego me bajé la cremallera de detrás de la falda y dejé que esta me cayera a los pies antes de pasar por encima de ella.

—¡Párate! —exclamó Noah levantándose de la cama. Se acercó a mí. Sintíendome de lo más cortada, me tapé el pecho con un brazo y el vientre con el otro, y clavé los ojos en el suelo. El dio una vuelta a mi alrededor.

Sentí sus ojos posados en mí, en todo mi cuerpo. Y entonces noté que arribaba su pecho a mi espalda. Con las palmas vueltas hacia arriba, deslizó la punta de sus dedos a lo largo de mis brazos hasta llegar a mis manos y entonces me las agarró para apartármelas del cuerpo.

—No te cubras —me susurró deslizando sus labios por la curva de mi cuello.

Se apartó un poco y dejó caer mis manos a ambos lados de mi cuerpo antes de deslizarme las suyas por los brazos para llegar a los hombros y descender por mi espalda. No se detuvo hasta llegar al cierre del sujetador y antes de que me diera cuenta, ya me lo había desabrochado. Deslizó sus dedos debajo de los tirantes y lentamente me los sacó por los hombros y los brazos, dejándome con el pecho al aire. Sentí de nuevo su cálido cuerpo contra el mío y su aliento tibio se extendió por mi piel al exhalar él lentamente. Fue besándome con la boca entreabierta a lo largo de mi cuello y de mi hombro, dejando tras de sí un reguero de ardientes llamas. Me estremecí, pero estaba segura de que era por sus caricias y no por estar pasando frío. Mi cuerpo estaba tan caliente que pensé que me iba a arder.

Y entonces sentí sus manos en mis caderas. Hundió sus dedos bajo la cinturilla de mis medias y empezó a bajármelas despacio, tan despacio que me puse tensa sin saber qué debía hacer.

—Relájate, solo quiero verte. Toda entera —me susurró con voz tranquilizadora.

Respiré hondo e intenté relajarme un poco. Aunque no me resultó fácil, porque como ya he dicho, era guapísimo y en unas circunstancias normales me habría gustado saltarle encima y apretar mi cuerpo contra el suyo en aquella especie de extravío.

Y de pronto me había bajado las medias y las tenía en los tobillos.

Me quedé plantada como Dios me trajo al mundo, totalmente expuesta y vulnerable ante el hombre que me acababa de comprar para su propio placer.

—No te lo has pasado tan mal después de todo, ¿verdad? —me dijo haciendo una pausa esperando oír una respuesta que no hacía falta que yo le diera porque era evidente que me había gustado, y él lo sabía—. Ahora me toca a mí. Puedes quedarte de espaldas o darte la vuelta y mirar.

Sabía lo que él estaba haciendo. Me dejaba elegir. Aunque en realidad no

era así. Porque si me quedaba como estaba, parecería una niñita asustada. Y si me daba la vuelta, parecería estármelo pasando tan bien como él. Tanto si me quedaba quieta como si me volvía, él saldría ganando.

Entonces me giré. Si iba a perder, quería mi premio de consolación. Y a esas alturas verle el cuerpazo a un tío que estaba para comérselo era un buen premio.

Noah me echó de nuevo una de esas irritantes miraditas sexis, era evidente que se alegraba de mi decisión. Y yo en el fondo también. Le contemplé mientras se desabrochaba los botones de la camisa, uno a uno, con sus ágiles dedos. Eran gruesos y largos y además pornotásticos, como Dez diría. Sacó su torneado pecho mientras se quitaba la camisa, revelando una camiseta sin mangas ceñida a su musculoso cuerpo que le quedaba estupenda.

Ya basta. Estaba ahí por una razón.

Me acerqué a él mientras se disponía a sacársela y poniendo mis manos sobre las suyas, le detuve. Él me miró alzando una ceja y yo hice lo mismo, retándole a impedírmelo. Pero no lo hizo. Le puse las manos en las caderas y deslizándolas hacia arriba le fui sacando la camiseta por su largo torso. Levantando los brazos dejó que se la quitara y cuando lo hice la arrojé al suelo. Bueno, eso intenté, pero él atrapándola en el aire con rapidez la dejó con soltura sobre el respaldo de la silla, junto con la chaqueta y la camisa.

Antes de darle tiempo a volverse hacia mí, ya le estaba abriendo la hebilla del cinturón. Sin sacárselo, le desabroché los pantalones y luego le bajé la cremallera.

—Te mueres de ganas, ¿verdad? —me preguntó sonriendo maliciosamente.

Mi única respuesta fue mirarle a los ojos y bajarle los pantalones un poco hasta las caderas. ¿Y qué había bajo los pantalones? Unos bóxers deliciosos. Rojos. Unos bóxers rojos que cobijaban un orgulloso soldado con casco.

Aunque ya hubiera visto antes su maravilloso platanazo de cerca, lo que más cachonda me puso fue lo sexi que le quedaban los calzoncillos. Te permitían ver con suficiente detalle lo que ocultaban sin desvelártelo todo, como una cesta llena de cosas deliciosas esperando a ser desenvuelta, por decirlo de alguna manera.

Noah se metió los pulgares bajo la cinturilla de los bóxers, sin dejar de mirarme, y luego se sacó los calzoncillos. Pero solo fue después de cogerlos él y darme la espalda, cuando yo me atreví a mirarle con más detenimiento. Cruzó la habitación hasta llegar a una serie de puertas, supuse que sería un armario, y mientras tanto dejé que mis ojos vagaran por sus fuertes hombros y su musculosa espalda hasta...

—Me estás mirando el culo, ¿verdad? —me preguntó sin volverse.

Aparté la cabeza rápidamente hacia otro lado para que no me pillara mirándole.

—Pues no —le repuse con voz quebrada por la deliciosa escena que acababa de ver, y me aclaré la garganta para disimular.

—¡Sí, claro! —me repuso con sorna cerrando las puertas del armario. Se dirigió hacia su chaqueta, cogió un paquete de cigarrillos y un mechero del bolsillo interior y luego se encaminó al sillón que había junto a la ventana y se sentó, totalmente desnudo. Como yo no sabía lo que se suponía que debía hacer, me lo quedé mirando mientras él encendía el cigarrillo y dejaba el mechero y la cajetilla en la mesita situada al lado.

Me quedé hipnotizada por la forma en que sus labios hacían el amor al cigarrillo a cada calada de nicotina. Se agarró la polla con la otra mano y se puso a frotársela comiéndome con los ojos.

—Ven aquí —me dijo meneando la cabeza para que me acercara.

Yo titubeé, viendo cómo la polla se le iba poniendo tiesa ante mis ojos.

—Es hora de que aprendas tu primera lección —añadió sin cortarse un pelo y sin parar de masturbarse—. Te voy a enseñar a chupar una polla como es debido.

Admito que tragué saliva. Y por una buena razón, teniendo en cuenta mi primer intento, ya que fue el funeral de su pene. Sabiendo que no tenía elección, me dirigí al lugar donde estaba sentado y me arrodillé entre sus piernas abiertas esperando sus instrucciones.

—Me has malentendido. Quiero que te sientes en el sofá —dijo apagando el cigarrillo en el cenicero que reposaba encima de la mesita antes de levantarse y tirar de mí. Me senté en el sofá al que Noah me llevó y él se quedó plantado frente a mí. Totalmente desnudo.

—Ahora voy a follarte por la boca, Delaine. Es la manera más fácil de

enseñártelo. En cuanto veas lo que me gusta, lo harás mejor la próxima vez. Espero que lo aprendas rápido.

Se cogió la polla con una mano y me puso la otra en la nunga, empujándome la cabeza hasta pegar su glande a mis labios.

—Bésamelo, y no temas usar la lengua.

Abrí la boca y le acaricié la cabeza de la polla deslizando la lengua a su alrededor, cubriéndolo con mis labios.

Él gimió de placer.

—¡Joder, cómo me gusta! Sigue. Ahora chúpamela un poco.

Lamiéndole el glande, me lo metí en la boca y lo chupé como si fuera un pirulí. Además, después de escuchar sus instrucciones quería lucirme en ello.

—Ahora agarra la base de mi polla y apriétala un poco.

Hice lo que me pidió y la sentí enardecerse más todavía en mi boca. Él me presionó la cabeza hacia delante para que me la metiera más adentro mientras meneaba las caderas con un cadencioso vaivén.

—¡Oh, Dios, sí! Sigue así —dijo gruñendo de placer mientras me la metía hasta el fondo. Para que no fuera como las típicas actuaciones del Foreplay, se la agarré un poco más arriba de la base para que no me la hincara hasta la campanilla.

Agarrándome del pelo de la nunga, Noah fue moviendo mi cabeza hacia adelante y atrás. En cuanto mi boca se acostumbró a su invasión, él meneó las caderas más deprisa. La habitación estaba sumida en el silencio, solo se oían mis ávidos chupeteos y los profundos gemidos de placer que salían de su garganta mientras se miraba follando por la boca.

Puso un pie sobre el sofá para empujar mejor con las caderas mientras me metía y sacaba la polla. Sus embestidas adquirieron un ritmo más rápido y empezó a gruñir a cada acometida. Me noté el surco entre mis muslos vergonzosamente mojado y me horroricé al pensar que pudiera mancharle el sofá. Gemí excitada al descubrir que le gustaba tanto y se ve que esto le inflamó, porque él también gimió hincándomela en la boca con más ardor aún.

—¡Joder! Cuando vi esa carnosa boca tuya tan follable supe que serías muy habilidosa en esto —susurró con voz jadeante y rasposa mientras

seguía follándome por la boca, y yo estaba deseando que me tocara, porque Noah estaba como un tren.

Cuanto más gemía él, suspiraba e incluso gruñía, más segura me sentía yo. Al advertir sus huevos oscilando con fuerza, quise palparlos para notar mejor cómo eran. Y los rodeé suavemente con mi otra mano.

—¡Mierda, mierda, mierda! Vas a hacer que me corra.

Era lo que yo quería, pero no tenía idea de lo que se suponía que debía hacer cuando le pasara.

—¡Oh... Dios! —gimió follándome por la boca más rápido aún. Agarrándome por el pelo con sus largos dedos, empujaba y apartaba mi cabeza para que se acoplara al ritmo de sus ardientes acometidas. Me lo sujetaba con tanta fuerza que debería haberme dolido, pero solo me puso más cachonda aún.

—Veamos si te lo puedes tragar —me soltó con rudeza y antes de procesar yo lo que esto significaba, me hincó la polla hasta la campanilla. De su pecho salió un profundo gemido de deleite y entonces noté un chorro espeso y caliente deslizándose por mi garganta.

Me atraganté hasta que, superando mis instintos, empecé a tragármelo. Te mentiría si te dijera que era más rico que el chocolate, las gominolas o que alguna otra golosina parecida. Pero tampoco sabía tan mal. El sentido común me decía que debería estar asqueada, pero a juzgar por la reacción de este absoluto desconocido que había pagado dos millones de dólares para que yo fuera su esclava sexual y podérmelo hacer cuando le viniera en gana, no era para tanto.

Sacó su polla de mi boca y me sonrió.

—Me has hecho una mamada de puta madre.

Me limpié los restos de semen de la boca con el dorso de la mano intentando poner cara de asco, porque no quería que supiera que en cierto modo me había gustado. Pero él simplemente soltó unas risitas como respuesta.

—En el baño encontrarás un elixir bucal.

Apartándose, tiró de mí cogiéndome de la mano para que me levantara del sofá y me condujo a otra serie de puertas. Entramos juntos al baño y sacó una botella de elixir bucal de debajo de la piletta y me la entregó. Vertí

un poco en el tapón y me enjuagué la boca mientras él cogía una toallita, la humedecía con agua y se limpiaba. Hasta estando flácida su polla era gigantesca.

—Ten —me dijo entregándome un cepillo de dientes nuevo precintado aún.

Nos quedamos plantados cada uno ante una pileta, la suya y la de su pareja, y nos frotamos los dientes en medio de un incómodo silencio. Yo no cesaba de ver reflejada en el espejo su boca sonriendo socarronamente alrededor del cepillo de dientes, y estaba casi segura de que se lo estaba pasando en grande mirando mis tetas bambolearse mientras me los cepillaba. Como no podía soportar su cara socarrona, aparté la vista y me puse a mirar el baño. Parecía diseñado para un rey y la bañera era la pieza principal. Consistía en un jacuzzi lo bastante grande para contener al menos cuatro personas, con un grifo de bronce en un extremo. Estaba equipado con dos escalones de acceso y dos más en el interior. Dentro también había un par de bancos para sentarse, uno a cada lado, que llegaban hasta la mitad del jacuzzi. Estaba segura de que se podían montar unas juergas impresionantes dentro. Por alguna razón me dieron ganas de darle una colleja al venirme este pensamiento a la cabeza.

Pero ¿qué diablos me estaba pasando? Estaba plantada en bolas, cepillándome los dientes al lado del hombre que acababa de conocer sin saber aún nada de él, que hacía solo unos instantes me había follado por la boca hasta quedarse bien ancho, y encima quería darle una colleja por celebrar unas salvajes orgías en su descomunal bañera. Debía haberme empalado el cerebro con su polla, porque esa reacción no tenía ningún sentido.

Reprimiendo mis horrendas ganas de arrojarle la pasta dental a la cara, la escupí en su lugar en la pileta. Mi boca estaba limpia, pero seguía sintiéndome sucia.

—Vayamos a acostarnos —dijo él después de escupir el dentífrico y enjuagarse la boca.

Le lancé una mirada asesina, pero le seguí de todos modos al dormitorio.

—Mm..., perdona —dije parándome en seco mientras se dirigía a la cama—. Estoy desnuda. ¿Dónde has dejado mis cosas?

—Yo duermo desnudo y ahora tú también lo harás —puntualizó

apartando la colcha para que nos metiéramos debajo de ella.

Resoplando, rodeé la cama echa un basilisco y me tumbé en la otra punta, lo más lejos posible que pudiera estar de él sin caerme al sudo.

—Ven, Delaine.

¿Estaba de guasa? ¿Es que no le bastaba que yo durmiera desnuda? ¿Que él durmiera desnudo? ¿Que los dos acabásemos de cepillarnos los dientes desnudos después de follarme por la boca desnudo y de haberme hecho pensar que celebraba orgías de lo más desenfrenadas desnudo en el baño? ¿Y ahora encima quería dormir abrazado a mí desnudo?

—Te he dicho que vengas —dijo alargando el brazo en medio de la cama. Rodeándome la cintura con él, me ciñó fuertemente contra su pecho—. Así es mejor —añadió mientras hundía su cara en mi nuca—. Ahora procura dormir un poco. Lo vas a necesitar.

¿Cómo quería que me durmiera con una polla descomunal pegada a mi culo?

3.

Una cuestión de cuernamen

Noah

A la mañana siguiente me desperté, medio dormido, con la polla dura como una puta piedra metida entre algo cálido y blando. Mi mano rodeaba algo inconfundiblemente femenino y precioso, y lo estrujé para asegurarme de que era real. Odio las tetas de silicona y aunque había visto las de Delaine a través del pedacito de tela que llevaba en el club —y luego cuando se sacó el sujetador anoche—, no sabes si son de verdad hasta que las palpas. A pesar de que la industria de la cirugía estética esté progresando a pasos agigantados en esta cuestión, las artificiales no se pueden comparar a un buen par de tetas reales en las manos de uno.

Y ahora ya no me cabía la menor duda, las suyas eran naturales y además innegablemente perfectas.

Deslicé el pulgar por su pezón, gozando con la forma en que se puso enhiesto al acariciarlo. Delaine tenía una boca deliciosa —¡vaya qué boca! —, pero sospechaba que cuando hubiera sentido mis caricias, la usaría para suplicarme que quería más en lugar de para ver de cuántas formas me podía fastidiar en cuanto la abría.

Al levantarme de la cama a mi pesar, advertí que Delaine gemía protestando por ello. Seguía durmiendo profundamente y no se había dado cuenta de que me echaba de menos. De haber estado despierta estoy seguro de que se habría alegrado de perderme de vista.

Así que me tendría que haber sentido como un gilipollas, porque yo, un absoluto desconocido, la estaba obligando a hacer cosas que no quería, pero era ella la que había accedido a este trato. Además, había señales de que seguramente le gustaba que la obligaran a desatar la bestia sexual que llevaba dentro. Había visto la expresión de sus ojos mientras le metía la polla en la boca la noche anterior. Le había encantado, y yo me alegraba, porque pensaba metérsela muchas veces más.

Me dirigí pesadamente al baño y abrí el grifo del agua caliente para

llenar el enorme jacuzzi. Era la primera vez que lo usaba desde que *los* había pillado *en* él en plena faena.

Yo era el principal accionista del Loto Escarlata, la compañía de mi padre. Mi madre, Elizabeth, que a lo largo de su vida había sido budista, fue la que le puso el nombre a la compañía. La flor de loto al principio no es más que una semilla en el lodoso fondo de un estanque y poco a poco va creciendo hasta salir a la superficie para florecer. El color rojo simboliza el amor, la pasión, la compasión y todo lo relacionado con el corazón. Mi padre, Noah sénior, pensó que el nombre le iba como anillo al dedo a la compañía. El Loto Escarlata era el lugar donde la gente podía llevar sus más genuinas ideas —las ideas cercanas y queridas que no podían materializar por falta de capital— y verlas crecer hasta florecer. El Loto Escarlata les ayudaba a realizarlas a cambio de recibir una parte de las ganancias. Mi madre había insistido en que la compañía colaborara en mejorar el mundo, con lo que realizar obras benéficas era tan importante para nosotros como la idea de fomentar el desarrollo.

Hacía casi seis años que mis padres habían muerto en un accidente de coche, dejándomelo todo a mí: el dinero, la casa y las acciones de la compañía que mi padre había adquirido. Pero ninguna de estas cosas podía reemplazar su presencia y además no me las merecía en absoluto.

El socio de mi padre, Harrison Stone, que llevaba jubilado ya tres años, había entregado todas sus acciones a David, su único hijo. David y yo habíamos sido amigos íntimos en la infancia. Al triunfar nuestros padres, era prácticamente imposible saber quiénes eran amigos nuestros de verdad y quiénes nos lamían el culo para sacarnos tajada. David y yo habíamos aprendido a base de palos que solo podíamos depender el uno del otro. Nos metíamos continuamente en problemas, retándonos para hacer sin siquiera pensarlo las proezas más ridículas. Pero nuestros padres siempre acababan arreglando nuestros estropicios, no podían permitirse que los herederos de la fortuna del Loto Escarlata salieran en las noticias de los periódicos sensacionalistas. Habría sido muy malo para los negocios. Además algún día seríamos los directores de la compañía y nadie en su sano juicio querría poner sus valiosas ideas en las manos de un par de gamberros que tenían fama de echarlo todo a perder.

Nunca pensé que tuviera que hacerme cargo de la compañía a los veintidós años, cuando me acababa de licenciar. David en aquella época ya

empezaba a hacerle sombra a su padre y a aprender los entresijos del negocio. Juntos éramos invencibles y nos convertimos rápidamente en la comidilla del mundo empresarial. Al decidir asociarnos, como nuestros padres, ya sabíamos que íbamos a formar un buen equipo.

O al menos eso creíamos.

Resulta que David nunca estuvo de acuerdo en la cantidad de dinero que la compañía «derrochaba» en obras benéficas. Era un codicioso hijo de puta y creyó que llenar su propio bolsillo era muchísimo más importante que ayudar a los menos afortunados. Pero la beneficencia había sido la pasión de mi madre, y también la de mi padre, por eso yo no daba mi brazo a torcer. Además me hacía sentir muy bien corresponderle al mundo de alguna manera.

Hacía cosa de un año que había volado a Nueva York para tener una cita con una agencia especializada en proyectos comunitarios dedicada a ayudar a los niños de la calle a llevar una vida mejor. Al volver me encontré a David en el jacuzzi con mi novia Julie, con la que llevaba dos años saliendo.

Para ser más preciso, le estaba dando por el culo mientras ella gritaba: «¡Tu polla es más grande que la de Noah!»

Pero no era verdad. Entré para comprobarlo con mis propios ojos. Además en aquella época eso no era algo que me preocupara, porque estaba enamorado de Julie y David lo sabía. O al menos eso creía yo.

También sabía que iba a pedirle que se casara conmigo al volver de Nueva York y él había hecho todo lo posible para hacerme cambiar de idea. David era un puto machista. Estaba convencido de que las mujeres solo servían para satisfacer sus deseos sexuales.

«La mujer con la pata quebrada y en casa, y asegúrate de que sepa que eres tú quien manda», me soltaba. «Hay demasiados coños en el mundo como para atarte al de una sola mujer.»

Me decía que los tipos como nosotros no se podían fiar de ninguna, porque todas eran un puñado de putas, unas buscadoras de oro que solo querían una gran cuenta bancaria o una gran polla. Creía que yo era un estúpido por enamorarme y que al querer a una mujer me convertía en un calzonazos y un débil.

Y tenía razón. Después de pillarlo con Julie me quedé hecho trizas, al

igual que su nariz, su rótula y tres de sus costillas.

Se la había follado para demostrarme que él estaba en lo cierto. Y aunque nuestra amistad terminara, seguíamos siendo socios. Hice lo imposible por comprarle su parte de la compañía, pero se negó a vendérmela. Y yo no pensaba ni por asomo renunciar a la compañía que a mis padres les había costado tanto crear. Así que hice de tripas corazón y fui a trabajar cada día con la cabeza bien alta, realizando los negocios habituales.

Aprendí mi lección y me negué a volver a enamorarme de una mujer para que no me hiciera daño de nuevo.

Pero me sentía solo. Y estaba un poco enganchado a los chochetes.

Por supuesto había tenido escarceos con varias mujeres, pero siempre cortaba la relación por lo sano en cuanto veía que se encariñaban demasiado conmigo. El sexo era para mí una forma muy terapéutica de sacarme las frustraciones de encima, pero las mujeres no parecían querer estar con un tipo con esta mentalidad. Había algunas que me habían dicho que entendían que solo las quisiera para follar, pero acababan siempre cogiéndome cariño y queriendo que sintiera cosas que yo no sentía ni quería sentir, con lo que no les quedaba otra que largarse.

Podía haber tenido ligues de una noche, pero eso era como jugar a la ruleta rusa con mi polla, incluso protegiéndome con un condón, y por suerte ya me había dado el lote en mi juventud.

Ahora lo que quería era tener a la misma mujer en mi cama cada noche y cada mañana, alguien que me recibiera al volver a casa después de una larga y agotadora jornada laboral, deseosa de complacerme. Alguien que colmara todas mis necesidades, sin compromisos de por medio. Sí, sé que era la fantasía de cualquier hombre y que muy pocos podían hacerla realidad, pero yo tenía bastante dinero como para comprar esa fantasía. Y lo hice.

Y así fue cómo acabé conociendo a Delaine.

En mi mundo siempre se habían dado las típicas charlas entre hombres. Se dice que las mujeres cotillean a todas horas, pero los hombres hacemos también lo mismo. La única diferencia es que nosotros somos más discretos.

Una tarde en la que había estado jugando al golf con un inversor del

Loto Escarlata, me enteré de las subastas. Fui al lugar a investigar un poco y después de hablar con el propietario, me picó la curiosidad. Evidentemente no quería poseer a nadie en contra de su voluntad, pero Scott me aseguró que las chicas del «menú» lo hacían por voluntad propia y que aquella noche en particular podía encontrar una virgen. Para mí esto era un requisito esencial. Me preocupaban las enfermedades venéreas o gastarme una cantidad estratosférica de dinero en una mujer para acabar descubriendo que estaba preñada de otro.

Y esto no me hacía ninguna gracia.

Mientras estaba sentado en aquel camarín, totalmente a oscuras porque no quería que nadie me reconociera, dejé que cada una de las chicas expuestas se fuera marchando sin pujar siquiera por ellas. Es decir, hasta que *ella* se subió a la plataforma. Delaine Talbot.

Había leído en el prospecto las especificaciones y el contrato que había propuesto y estaba intrigado. Como es natural, me había preguntado por qué una chica que parecía llevar una vida tan saludable estaba dispuesta a hacer algo tan descabellado, pero reprimí mi curiosidad porque como ya he dicho, no quería comprometerme con ella. En el contrato se ofrecía por dos años, y eso era justo lo que yo andaba buscando. Dos años en los que poder follar de todas las maneras que pudiera imaginar era un buen plazo para olvidarme de mi novia o enamorarme de nuevo. Y cuando ella se fuera, podía dar a mis amigos la razón más antigua de todas: «Simplemente la relación se enfrió».

Cuando vi a Delaine supe que tenía que ser mía.

Además de ser el contrato ideal, ella era el ejemplar perfecto. Se veía una chica tan saludable como sus especificaciones y su aspecto no era demasiado voluptuoso ni artificial que digamos. Al final de la subasta vacilé, no estaba seguro de si seguir pujando, pero entonces fue cuando ella me lanzó esa mirada, como si me suplicara en silencio que no la dejara en manos de la asquerosa bola de sebo del otro camarín.

Puede que ella me diera un poco de pena, lo cual probablemente debería haber sido la primera señal de que era una mala idea. Pero con todo, hice la última oferta.

Y la segunda señal fue cuando mientras estaba arrodillada me hincó el diente en la polla. Eso me hizo ver las malditas estrellas y me mostró que

yo había pegado bocado a algo que era demasiado para mí, y lo más irónico es que era ella la que me había mordido. Pero la cuestión era que Delaine nunca había hecho una puta mamada. ¡Qué alucinante! Yo sabía que era virgen, pero según mi propia experiencia la mayoría de vírgenes habían hecho al menos otras cosas para correrse aunque estuvieran por estrenar, por decirlo de alguna manera.

¿Y la mayor señal de todas? Esa jodida boca suya que no paraba de meterse conmigo.

Pero el trato estaba hecho. Había metido la pata hasta el fondo, era el peor error de mi vida, pero un trato es un trato. Pensaba cumplir con los términos del contrato hasta el último día y esperaba que ella hiciera lo mismo.

Pero para serte sincero, pensé que sus sarcásticos comentarios me pondrían cachondo. No creo que se me hubiese puesto tan dura con alguien que hiciera todo cuanto yo le pidiera. Ella tenía fuego y hielo corriendo por las venas y no me lo iba a poner fácil.

Lo cual era precisamente lo que iba a hacer que esta situación fuera incluso más excitante para mí.

Normalmente yo no era un gilipollas, pero me tomaba los negocios muy en serio. Además era un jodido cachondo mental y ella me había demostrado tener grandes aptitudes cuando mientras la follaba por la boca me tocó los huevos sin yo pedírselo. Enseñarle a hacer las cosas que me gustaban y ver su sexualidad despertar y crecer iba a ser una escena de lo más deliciosa. Y yo estaba en primera fila.

Cerré el grifo en cuanto se llenó la bañera y me dirigí al dormitorio. Apartando la sábana deslicé mis manos por la piel de melocotón de su culo. Técnicamente ahora era mío. Ella se movió un poco, dormida, y frunció el ceño.

—Delaine, es hora de levantarte —le dije en voz baja.

—¿Mmm? —murmuró ella sin intentar siquiera abrir los ojos.

—Si no levantas el culo de la cama te la voy a meter por la retaguardia —le cuchicheé al oído esta vez de una manera más tajante, y luego deslicé la punta de mi dedo por su ojete, aplicando un poco de presión para que se diera por aludida.

Saltó de la cama al instante, aturdida y confusa, hasta que logrando

enfocar los ojos se me quedó mirando. Vi el momento en que descubrió dónde estaba y por qué se encontraba allí. Tenía el pelo desgredado y anudado, y el ligero maquillaje que llevaba en los párpados se le había corrido bajos los ojos.

—Es hora de bañarme —le dije.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver conmigo? —me soltó desplomándose en la cama de nuevo y se cubrió luego con la sábana.

¿Y a que no sabes lo que esa descarada boca suya me hizo en ese momento? Pues como era de esperar, ponérmela al instante tan dura como el titanio.

Cogí su delicado cuerpo y me la cargué sobre el hombro para llevarla al baño. Ella pataleó como protesta y me azotó el culo desnudo, pero no se imaginaba que lo único que hacía era ponerme más cachondo aún.

La arrojé a la bañera y me reí con ganas cuando cayó dentro con un fuerte chapoteo. El agua salió proyectada al aire, empapándole el pelo y haciendo que le cayera todo lacio delante de la cara. Parecía un gato mojado. *Mmm... un gatito húmedo.*

—¿Por qué diablos has hecho eso? —gritó ella echándose el cabello hacia atrás.

—Porque me vas a enjabonar y no quiero oír ni una queja —le respondí metiéndome también en la bañera.

Intentó alejarse de mí, pero agarrándola por los antebrazos, tiré de ella para sentarla a horcajadas en mi regazo. Mi polla quedó apretujada entre los dos y Delaine soltó un grito ahogado al ver que ya la tenía dura por ella.

—Así me gusta. Esta postura es mucho más cómoda —dije empujando hacia arriba las caderas para que ella pudiera sentirla cuan larga era—. ¿No te parece?

Estaba furiosa.

—Te odio.

—¡Me da igual! —repliqué—. Ahora lávame el pelo e intenta ser sensual al hacerlo.

Resoplando enojada, agarró el frasco de champú. Yo cerré los ojos, gozando de su chochito caliente apoyado sobre mi palpitante y turgente prominencia mientras me masajeaba el cuero cabelludo con los dedos.

Advertí que me clavaba las uñas en la piel, probablemente para que no me quedaran ganas de pedírselo nunca más, pero solo me produjo el efecto contrario.

Me encantaba el sexo a lo bestia y ella ni siquiera me estaba arañando en serio.

Tarareando agradecido, empujé hacia arriba las caderas, y supe que no me lo estaba imaginando, que ella presionaba hacia abajo. Delaine se puso a jadear y descubrí que intentaba mantener la compostura para que no viera lo excitada que estaba. Y entonces arrimándose a mí, me enjuagó el pelo con la alcachofa de la ducha, rozándome los labios con la punta de sus pezones. Abrí los ojos para mirar a hurtadillas y al ver el profundo canalillo de sus tetas delante de mi cara, saqué la lengua y le di una lametada en el pezón.

—¡Oh, Dios! —gimió apartándose en el acto.

—¡Ah, no! —exclamé chasqueando la lengua—. Vuelve a traerme esas preciosas tetillas, Delaine. No has terminado tu trabajo. Todavía me queda champú en el pelo.

Arrugando el ceño, volvió a sentarse a horcajadas en mi regazo. La oí contener el aliento mientras lo hacía. Encorvó la espalda para mantener sus tetas alejadas de mi cara. Pero poniéndole una mano en la espalda, la empujé hacia mí, atrapando su pezón entre mis labios.

Volvió a dar un grito ahogado y yo sonreí alrededor de su pezón mientras se lo rodeaba deslizando mi lengua. Puse la otra mano en su otra teta y se la masajeeé, pasándole el pulgar por su enhiesto pezón mientras empujaba mis caderas hacia arriba. Su cuerpo se relajó y se arrimó a mí mientras le chupaba el pezón y luego le arañé suavemente con los dientes la sensible piel de la areola.

Ya no me enjuagaría el pelo. Lo sabía porque apenas sostenía la alcachofa de la ducha entre sus manos, de pronto arqueando la espalda pegó su teta a mi boca. Gemí de gusto y le solté el pezón emitiendo un ruido de succión para entregarme al otro. Deslicé la lengua por el botoncito enhiesto como si fuera una serpiente y luego se lo chupé con ardor.

Le levanté las caderas y la volví a sentar en mi regazo de modo que la punta de mi polla le quedara justo en su cálida hendidura. Cuando empujé un poco hacia arriba, ella se tensó y me agarró los hombros.

—Shh... no te la voy a meter —le aseguré—. Solo quiero que me sientas ahí.

Me moví hacia delante un poco para aplicar más presión y lancé un fuerte gemido de placer cuando la cabeza de mi polla entró apenas en ella.

—Me muero de ganas de follarte —le susurré con los labios pegados a su piel.

La aupé un poco para que no se sentara tan pegada a mí, porque de lo contrario no hubiera podido evitar metérsela hasta el fondo y quería prolongar la deliciosa espera y los preliminares un poco más.

Me incliné hasta quedar piel contra piel, prodigándole unos ávidos besos a lo largo del cuello mientras la sostenía con una mano por la nuca y deslizaba la otra por el interior de su muslo.

—¿Has tenido un orgasmo alguna vez, Delaine? —le susurré deslizando los dedos por la hendidura húmeda y carnosa de sus muslos, y la oí tragar saliva mientras me respondía «no» con voz ahogada.

—Mmm —le cuchicheé al oído—. Qué bien, seré el primero en todo. No te imaginas lo increíblemente sexi que es esto.

Hundí los dedos entre sus pliegues y hurgué en su carnoso surco sin tocar la pequeña protuberancia llena de terminaciones nerviosas que se ocultaba entre ellos. Delaine echó la cabeza atrás, exponiéndome su cuello. Luego saqué los dedos y los deslicé por el interior de su muslo hasta llegar a la corva, para poner su pierna encima de uno de mis mulsos, y a continuación volví a deslizar lentamente mis dedos trazando un sinuoso sendero hacia su dulce gruta.

—Voy a hacer que te corras, Delaine —le susurré al oído.

Los montículos de sus pechos afloraron del agua, revelando sus perfectos pezones mientras jadeaba encendida. Le deslicé los dedos por la húmeda hendidura hasta palpar el clítoris, y repetí este trazado ejerciendo más presión. De pronto se quedó silenciosa, como si fuera a reventar de placer, solo se oían sus dulces jadeos, y entonces le chupé con suavidad la sensible zona de debajo de la oreja.

—No pasa nada porque disfrutes de mis caricias. No veo ninguna razón por la que solo yo tenga que gozar de nuestro sencillo trato.

Le metí un dedo en su coño. Las estrechas paredes de su pequeño tesoro

se cerraron alrededor de mí y se me cortó la respiración al sentirlas.

—¡Caray, qué prieto lo tienes! Creo que solo de pensar en meter la polla en este apretado chochito tuyo se me pondría tan dura que perdería la puta cabeza.

Le fui metiendo y sacando el dedo en turbadoras acometidas mientras describía con el pulgar círculos alrededor de su clítoris.

—¿Te gustaría verlo, Delaine? —le pregunté con voz lujuriosa—. ¿Te gustaría ver cómo pierdo la puta cabeza mientras me corro pensando que te penetro?

No me respondió, pero por cómo entornó los ojos y el modo en que empezó a menear las caderas para acoplarse a las acometidas de mi dedo, ya me dijo todo cuanto yo quería saber. Le metí otro dedo y ella lanzó un gemido de gusto, ladeando la cabeza para quedar con la cara hacia mí.

Y entonces me besó.

Delaine me succionó el labio inferior con los suyos antes de meter la lengua en mi boca para acariciar la mía. Me aparté un poco, porque me gustaba ser yo el que controlara la situación, aunque mantuve mis labios pegados a los suyos.

—Tócate el pecho —le susurré—. Ayúdame a ponerme cachondo.

En realidad ya lo estaba, pero quería que ella se abriera más y explorara su propia sexualidad. Además, ver a una mujer tocándose era de lo más voluptuoso. La observé mientras se acariciaba el pecho y tiraba de su turgente pezón con el índice y el pulgar.

—¡Ah, cómo me gusta! —gemí metiéndole los dedos con más vigor y rapidez en el coño.

Luego los saqué y le acaricié los pliegues hasta llegar a su clítoris, pasando con suavidad los dedos arriba y abajo por el prieto manojito de terminaciones nerviosas. Después los volví a hundir rápidamente en su coño y los doblé, encontrando su punto especial.

—¡Más! —gimió de nuevo contra mi boca, antes de reclamarlo con otro beso apasionado. Por lo visto tenía en mis manos un coño muy caliente que sin duda me pensaba follar.

Girándome hacia ella, dejé de besarla y hundí la cabeza debajo del agua para chuparle el pezón derecho mientras ella seguía tocándose el otro.

Sentí las paredes de su húmeda hendidura tensarse alrededor de mis dedos y entonces supe que Delaine estaba a punto de correrse. Seguí metiendo y sacando los dedos, doblándolos para acariciarle el punto G. Alcé la vista bajo mis pestañas y vi que me estaba mirando. Abrió la boca arqueando la espalda mientras le brotaba un gemido del pecho y se le escapaba de los labios. Las paredes de su chochito se cerraron de nuevo alrededor de mis dedos e intentó cerrar los muslos, pero atrapando una de sus rodillas entre mis piernas, se lo impedí.

—Estos dedos que tanto te excitan son los míos, Delaine. Los míos. Y lo que estás sintiendo ahora será muchísimo más deleitoso cuando te penetre con mi polla —le dije, y entonces reclamé su boca abierta con la mía.

Ella respondió de inmediato, devorando ávidamente mi boca presa del orgasmo, hasta quedar rendida en mis manos toda mojada por las profundas acometidas de placer.

Cuando le saqué los dedos, me levanté enseguida y salí de la bañera con la polla dura como el hierro y unas gotas de agua deslizándoseme por el glande.

—Acaba de bañarte —le dije despreocupadamente mientras me envolvía con una toalla—. Tengo que ir a trabajar. Siéntete como en tu propia casa, pero espero que cuando vuelva a las seis me estés aguardando junto a la puerta para recibirme. ¿Lo has entendido?

Delaine arrugó el ceño de nuevo —era evidente que no le gustaba mi cambio de actitud—, pero asintió con la cabeza para indicarme que lo había captado. Aunque yo quizá le hubiera dado el momento más íntimo de su vida, ambos debíamos recordar que no era más que un trato.

—¡Claro, jefe! —me dijo maliciosamente despidiéndome con un saludo militar.

—¡Eh!, ya has visto el pedacito de cielo que te he ofrecido hoy, pues si quieres más en lugar de que use tu cuerpo para mi propio placer, te sugiero que vigiles esa boquita tuya tan respondona —le advertí deslizándolo por su labio inferior mi dedo—. Naturalmente, siempre podría meterte algo en ella para que te mantuvieras calladita, ¿verdad? —sabía que esto le fastidiaría—. ¿Y mi beso de despedida, cariño? —añadí inclinándome sobre la bañera para jorobarla aún más.

Se arrimó a mí de mala gana y yo le besé en la punta de la nariz en lugar

de hacerlo en la boca.

—Pórtate bien —le dije con una sonrisita y luego me dirigí al dormitorio, sabiendo que me estaría mirando el culo de nuevo. Antes de llegar a la puerta me paré, contraí una nalga y luego la otra y, volviendo la cabeza, le hice un guiño. Como yo sospechaba, se había quedado boquiabierto. Cuando por fin despegó sus ojos de mi culo para alzar la vista, cogió la esponja empapada del baño y me la arrojó. Me aparté para esquivarla y cayó en el suelo con un sonoro plaf.

—¡Te odio! —me soltó ella.

—¡Tal vez, pero a la vista está que te encanta mi trasero! —le grité riéndome entre dientes.

Me lo iba a pasar en grande follándomela.

4.

La Agente Doble Coñocaliente

Noah

Durante todo el trayecto de camino al trabajo no pude evitar lucir una sonrisa de satisfacción en la cara. Saber que Delaine me estaría esperando en casa cuando volviera me haría sin duda el día más soportable. O más insoportable según como se mire, considerando que seguramente estaría pensando en todas las marranadas que iba hacer con mi chica de dos millones de dólares y las que ella tendría que hacerme a mí. Hasta ese pensamiento tan efímero me obligó a recolocarme lo que al parecer había decidido ponérseme tan incómodamente duro bajo los pantalones.

Pero yo era un hombre de negocios, y los negocios debían anteponerse al placer. De ahí que tan pronto como Samuel abrió la portezuela de la limusina y salí a la calle que conducía a la puerta giratoria acristalada de mi segundo hogar, la sonrisa se me había esfumado de los labios. El Crawford con cara de duro acababa de entrar.

En el despacho tenía fama de ser un tipo duro de pelar. Incluso a los empleados que llevaban trabajando desde que mi padre dirigía el negocio les chocó ver a su revoltoso hijo metamorfosearse en un estratega implacable. Pero el mundo empresarial era jodidamente frío y cruel, y para llevarle la delantera a la competencia tenías que mantenerte siempre en guardia, porque a la primera señal de debilidad te cortaban los cojones a machetazos.

Mason, el único tipo en el que confiaba en este lugar, me saludó en cuanto crucé la puerta.

Mason Hunt era mi mano derecha, mi asistente personal y seguramente lo más parecido a un amigo. Él y su mujer, Polly, se encargaban de todos los aspectos de mi vida. Mason se ocupaba del despacho y Polly de mi vida personal. Era mi ama de llaves, la que supervisaba el personal y mis gastos, con lo que nunca tenía que preocuparme de tales tareas. Las sirvientas, los jardineros y los cocineros que trabajaban aquí se iban antes

de que yo volviera a casa, lo cual era de agradecer. Polly también era mi compradora personal y la que se aseguraba de que yo tuviera una pinta estupenda tanto en los negocios como en mis escarceos. Poseía una habilidad portentosa para ocuparse de mil y una tareas a la vez.

Era una joya en su especialidad, al igual que Mason. Trabajaban en equipo con una precisión de reloj suizo. Me gustaba creer que se habían conocido gracias a mí. Después de todo, sus caminos se habían cruzado al ocuparse a diario de distintos aspectos de mi vida. Pese a sus diferencias, se complementaban muy bien. Mason era un tipo tranquilo y relajado que se tomaba las cosas con calma, alto, sureño, y luciendo siempre sus botas de vaquero favoritas. Polly en cambio era una tipa menuda e hiperactiva que no paraba nunca. Bajita y de lo más sociable, por lo visto nunca se ponía la misma ropa más de una vez. No era algo en lo que me hubiera fijado, pero me enteré de este detalle durante una de sus peroratas, de las que intentaba escaquearme. Polly era el yin y Mason el yang, así que al parecer era inevitable que acabaran juntos.

—Hola Hunt —le respondí mientras nos dirigíamos hombro con hombro a mi ascensor personal. Sí, tenía un ascensor personal. No soportaba estar metido en una lata de sardinas rodeado de veinte personas más, cada una impregnada de una colonia distinta, o tosiendo y estornudando por todo el puto lugar.

Mason introdujo la llave en la cerradura y abrió las puertas para que pasara yo primero. Dejé la cartera en el suelo y me senté en el amplio sofá de terciopelo rojo adosado al fondo. El techo y las paredes estaban cubiertos con espejos para que el pequeño espacio pareciera mayor. Cuanto más grande fuera todo, mejor.

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó mientras pulsaba el botón para subir a la planta 40 y se sentaba al otro extremo del sofá.

Yo llevaba viviendo solo desde hacía un tiempo y Polly no había dejado de intentar concertarme citas con mujeres a las que consideraba un buen partido para mí. Para zafarme de sus latosos intentos al final tuve que inventarme la trola de que había conocido en secreto a alguien durante uno de mis viajes a Los Ángeles. Ella se la tragó y dejó de intentar jugar a la celestina, pero entonces empezó a darme el coñazo con que quería conocer a la misteriosa mujer. Normalmente cuando la gente se ponía pesada me la sacaba de encima echándole una de mis «miraditas asesinas», pero con

Polly no tenía nada que hacer, porque no la intimidaba en lo más mínimo. Le dije que aquella noche le iba a pedir a mi misteriosa dama que se viniera a vivir conmigo, por si acaso encontraba en el Foreplay un ejemplar que me gustara y lo adquiría, y así había sido.

—Pues me dijo que sí —le contesté a Mason—. Le pedí que lo dejara todo y que se viniera a vivir conmigo. Y anoche tomamos el avión. Ahora ya está en casa.

—¡Vaya, enhorabuena! —exclamó dándome una palmadita en el hombro y felicitándome por la mejor decisión que había tomado en mi vida.

—Sí, ya era hora de tener pareja —le dije sonriendo, porque era verdad. La polla secundándome se me puso algo dura coincidiendo conmigo.

Nos pasamos el resto del trayecto hablando de temas intrascendentes por cortesía. Mason nunca metía las narices en mi vida personal a no ser que Polly lo amenazara con tenerlo a dos velas si no intentaba sonsacarme al menos algo. Yo de vez en cuando le arrojaba alguna que otra migaja para que me dejara en paz, pero él nunca me presionaba. Y hoy hizo tres cuartos de lo mismo. Sabía que *la chica misteriosa* ya vivía conmigo, pero aún no les había dicho a ninguno de los dos quién era *ella*.

Mason me recordó que Polly se pasaría por casa después de comer para ocuparse de las compras y supervisar a los empleados del hogar. Al oírlo se me pusieron los pelos de punta. Delaine y yo no habíamos hablado de la versión que les íbamos a dar a mis conocidos o ni siquiera si ella quería conservar su nombre real. Sabía que las doncellas mantendrían la boca cerrada y se limitarían a hacer su trabajo, pero Polly era otra cosa.

Salí del ascensor y saludé con la cabeza amablemente a un par de empleados al pasar por su lado mientras me dirigía a la suite de la parte oeste del edificio donde estaba mi despacho. El escritorio de Mason se hallaba justo a la entrada de la suite. La planta estaba decorada con grandes ventanales que llegaban del suelo al techo, alfombras rojas y paredes blancas adornadas con un toque de verde, imitando los colores de un loto carmesí.

Abrí de un empujón la pesada puerta de madera de la suite y la cerré tras de mí antes de precipitarme al escritorio para coger el teléfono y marcar el número de mi casa. Tenía que hablar con Delaine cuanto antes para asegurarme de ponernos de acuerdo en la versión que daríamos antes de

que el Huracán Polly se presentara. Porque empezaría a husmear como un sabueso y, atando cabos, acabaría saliendo a la luz la verdad de nuestro acuerdo antes siquiera de que a mi polla le diera tiempo a humedecerse. Probablemente debería haber resuelto este detalle antes de decidir adquirir una chica, pero está visto que los hombres no pensamos con la cabeza sino con otra cosa.

Delaine no cogió el teléfono.

¡Claro que no lo iba a coger! Seguramente le incomodaba hacerlo por no saber qué decir, pero ahora yo estaba empezando a sudar la gota gorda, imaginándome todas las formas en que esto me podía estallar en la cara cuando Polly se presentara en mi casa para hacer su trabajo.

Aterrado, cogí el maletín, salí del despacho y mientras pasaba por delante del escritorio de Mason marqué el número de Samuel para decirle que diera media vuelta y viniera a recogerme. Mason me detuvo antes de que yo pudiera escaquearme.

—Daniel ha llamado y me ha dicho que está esperando a que le digas si hoy vas a pasarte por allí —me dejó confundido.

Daniel Crawford, mi tío el doctor.

—¡Mierda!, lo había olvidado. Le llamaré por el móvil. No estoy seguro de la hora a la que volveré, tengo que ocuparme de algunos asuntos —respondí empujando la puerta para desaparecer por el pasillo.

Parecía que Delaine me hubiera sorbido las putas neuronas de mi cerebro por cómo estaba llevando yo las cosas. Y a lo mejor así era.

Y de pronto se me empezó a poner dura otra vez...

—¡Crawford! —gritó David desde la otra punta del pasillo, donde se hallaba la suite de su despacho, antes de dirigirse a mi encuentro—. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Lanzando un suspiro, me giré hacia él con la mano cerrada dispuesto a romperle otra vez la nariz si empezaba a fastidiarme. De momento habíamos conseguido convivir sin hacernos la vida imposible, pero como éramos socios resultaba imposible evitar encontrarnos en un momento u otro.

—¿Cómo se me ha ocurrido el qué? —le solté con los dientes apretados.

—¡Dar el diez por ciento de nuestras ganancias del último trimestre para

obras benéficas! —protestó blandiendo el informe trimestral para mostrármelo como si yo aún no lo hubiera visto.

—¿Y qué problema hay?

—Acordamos el cinco por ciento.

—Siempre me vienes con el mismo cuento a la primera de cambio y no quiero hablar más de ello, ya te lo he dicho un millón de veces —le solté exasperado. No estaba de humor para oír sus estupideces, en realidad no lo estaría nunca—. Con la crisis que hay, los centros de beneficencia necesitan ahora más que nunca que les echemos un cable, Stone. Las grandes reducciones fiscales que nos comportan y el hecho de que una buena parte de los clientes contraten nuestros servicios precisamente por nuestras generosas aportaciones a la sociedad, demuestra con creces que estas donaciones además de ser adecuadas, son una gran idea. Por otro lado tenemos dinero de sobra y tú lo sabes.

No fue hasta ese momento cuando advertí que los empleados habían dejado sus ocupaciones diarias para contemplar nuestra trifulca. No era la primera vez que teníamos una ni probablemente sería la última. Por supuesto David intentó aprovecharse del corrito que se había formado.

—En este caso tal vez deberías venderme algunas de tus acciones y donar ese dinero —me soltó sonriendo petulantemente con su cara de mierda antes de darme la espalda y dirigirse hacia la dirección opuesta, donde estaba su despacho.

Cuanto más insistía yo en que me vendiera sus acciones, más intentaba él hacer lo mismo conmigo. Ambos éramos demasiado tercos como para dejar que el otro se saliera con la suya.

Su comportamiento aborrecible delante de nuestros empleados y saber que no le importaba una mierda el sueño de mi madre acerca de que el Loto Escarlata prosperara, por decirlo de alguna manera, me dieron ganas de hacerle saltar todos los putos dientes de su enorme crisma. Pero de niño había aprendido que aquello del ojo por ojo y diente por diente era absurdo y como no tenía tiempo que perder, conté lentamente hasta diez para calmarme y obligué a mis pies a avanzar hacia la dirección opuesta. Si era necesario ya resolvería este problema con él más tarde.

Crucé el vestíbulo y al salir a la calle suspiré aliviado al descubrir que Samuel ya me estaba esperando en el bordillo. En Chicago la hora punta es

una lata, pero de algún modo Samuel siempre era más mañoso que los otros conductores y les obligaba con la limusina a apartarse de en medio.

Lanie

¡Oh... madre... mía!

Nunca, en toda mi vida, había sentido algo tan deliciosamente placentero.

No me puedo creer las cosas perversas que ese tipo me hizo con los dedos y su seductora forma de mirarme bajo esas largas y espesas pestañas, hipnotizándome y obligando a mi cuerpo a acatar todas sus órdenes. Las guarradas que me dijo con su pecaminosa boca que me hicieron querer abofetearle y al mismo tiempo cabalgar rabiosamente sobre su cara, por no hablar de esa lengua suya y de las malas artes con las que encandiló a mis pezones. Era como si le hablara a todo mi cuerpo sin pronunciar una sola palabra, pero te juro que me arrobó.

Ese tipo era el demonio encarnado, el hijo inmortal de Satanás y yo estaba perdida. Sentí que me habían sorbido del alma la poca religión que quedaba en mi cuerpo traicionero, convirtiéndome en una pecadora reincidente. Iría de cabeza al infierno y esperaba con ansia encontrarme con sus dedos en las mismísimas puertas del averno.

Me quedé sentada en la bañera sumergida en mi delicioso gozo postorgásmico, con la piel de gallina y el agua enfriándose. Él siguió con sus idas y venidas del baño al dormitorio mientras se preparaba para ir a trabajar. Le contemplé cepillándose los dientes en calzoncillos y luego desaparecer en el dormitorio para volver a aparecer con unos pantalones deportivos negros de cintura baja que acentuaban la deliciosa V de su abdomen. Iba con el cinturón desabrochado y el torso desnudo, y se quedó allí plantado descalzo. Observé cautivada el movimiento de los músculos de su espalda mientras se miraba al espejo poniéndose un poco de gel en la palma antes de pasarse los dedos por su sexi pelo. Me miró y me guiñó el ojo esbozando esa sonrisita suya de suficiencia mientras se aplicaba el desodorante de un modo que parecía hasta pornográfico. Me moría por hundir mi nariz en la cavidad de sus axilas, te lo juro.

Irradiaba tanta seguridad que me dieron ganas de lamerle de arriba a abajo y luego chuparle tal vez los dedos pequeños de los pies.

Aunque una parte de mí se alegraba de que se fuera, mi miniputa interior quería suplicarle que volviera a meterse en la bañera y que nos enseñara de nuevo el truco de magia que había realizado con esos dedos pornotásticos. Así fue cómo nació la Agente Doble Coñocaliente. Mi primer orgasmo fue todo cuanto necesitó para cobrar vida. Y por lo visto era una puerca de lo más desvergonzada. Fenomenal.

Al gritar Noah que se iba y cerrar la puerta tras él fue cuando por fin me obligué a salir de la bañera del pecado. Descubrí mis bolsas reposando junto a la puerta y supuse que Noah las había subido. En cuanto me vestí y me sentí un poco pudorosa de nuevo, decidí salir del dormitorio para ir en busca de algo para comer. La noche pasada no había cenado porque aquel local me había puesto los nervios de punta y temía acabar vomitando en medio de la subasta.

En la casa reinaba un extraño silencio, aunque el lugar era curiosamente cálido y acogedor teniendo en cuenta sus grandes dimensiones. Crucé el pasillo lentamente y me dirigí a la escalera echando embelesada un vistazo a mi alrededor. El interior estaba exquisitamente decorado con pinturas de grandes dimensiones que sin duda costaban más de lo que mi padre hubiera ganado en todo un año de trabajo en la única fábrica de Hillsboro. El suelo estaba cubierto con lujosas alfombras rojas, pero las paredes eran blancas. La mayoría de puertas de las otras habitaciones se hallaban cerradas, pero no me preocupé en abrirlas porque tenía hambre y sabía que acabaría viendo lo que ocultaban a lo largo de los dos años siguientes.

En cuanto bajé por las escaleras, el extraño silencio se esfumó. Había al menos media docena de mujeres vestidas con uniformes grises y delantales blancos correteando como una colonia de hormigas unidas en la tarea común de hacer que la Casa de Crawford estuviera inmaculada. Pero se pararon en seco tan pronto advirtieron mi presencia, me convertí en el centro de sus sorprendidas miradas.

—Mm..., hola —les saludé.

Una mujer baja y regordeta dio un paso hacia delante con una sonrisa tan luminosa como el sol.

—Lo siento, señorita —me dijo—. No queríamos molestarla. Si quiere

podemos volver más tarde —añadió agitando las manos a sus compañeras para que empezaran a recoger los bártulos de limpieza.

—No, no hace falta —repuse, seguramente un poco más alto de lo necesario—. Me refiero, ya me entendéis... a que no me molestáis. Haced lo que tengáis que hacer, yo intentaré no estorbar.

—Nos marcharemos enseguida —añadió volviéndose hacia mí y ofreciéndome la misma amplia sonrisa.

Fruncí el ceño.

—¿Ah, sí?, tomaos el tiempo que os haga falta —le respondí.

Ella me hizo una pequeña reverencia, lo cual me pareció muy raro, y luego se dio media vuelta para disponerse a seguir limpiando, pero yo la detuve.

—Mm..., ¿puedes indicarme dónde está la cocina?

Agitó la mano hacia un largo corredor.

—La encontrará al final del pasillo, después del comedor, señorita.

Le di las gracias y me encaminé hacia aquella dirección, convencida de que les había dado una buena razón para especular y cotillear en cuanto me hubiera alejado lo bastante para que no las oyera. Pero no las culpaba. Seguramente yo haría lo mismo si estuviera en su lugar. Y entonces me pregunté si mi aspecto habría cambiado ahora que había tenido mi primer orgasmo. ¿Lo podían notar? No creo.

Deambulé por la parte trasera de la casa pasando por un comedor enorme con una mesa en medio ante la que podrían sentarse unos cincuenta comensales por lo menos. Vale, puede que haya exagerado un poco, pero te juro que parecía la mesa de *Indiana Jones y el templo maldito* cuando les sirven a los invitados sesos de mono refrigerados.

Al final había otra puerta y podría jurar por Dios que si al abrirla me hubiera encontrado en algún túnel antiguo lleno de bombas trampa y de toda clase de insectos pensaba salir cagando leches, pero por suerte solo se trataba de la cocina. Aunque no estoy segura de que pudiera llamarse así, porque parecía una palabra demasiado pequeña para describir el enorme espacio con pinta de restaurante que tenía ante mí destinado a cocinar. Todo en él era de acero inoxidable y estaba más esterilizado que el interior de una garrafa de lejía. Pero por suerte al echar un vistazo a mi alrededor

no vi el menor rastro de sesos de mono o de esas tacitas de latón en las que los servían, así que suspiré aliviada.

Eché una miradita por el lugar hasta encontrar al fin una despensa. Era tan grande como la primera planta de la casa de mis padres y ¡madre mía!, parecía que acabara de dar con un filón de comida basura. Por lo visto al señor Crawford, alias el Rey de los Dedos Folladores, era un goloso. Cogí una caja de cereales rellenos de chocolate —porque esta clase de cereales me volvían loca—, y sirope de chocolate, y salí de la alacena alegre como unas castañuelas para volver a la cocina.

Recordaba haber visto boles en alguna parte mientras buscaba la despensa, pero volver a encontrarlos iba a ser como jugar a un Memory enorme. Después de abrir varios armarios, por fin me apunté un tanto y chillé «¡Bingo!» lanzando victoriosa el puño al aire.

Me lo estaba pasando en grande.

La nevera era, claro está, evidente y como ya habrás adivinado, también gigantesca. Imagínate el chasco que me llevé al abrir una de las puertas y descubrir que no había en ella un grupo de empleados equipados para trabajar en una cámara frigorífica. No me habría sorprendido encontrar un carnicero viviendo dentro con un rebaño de vacas, pero supongo que Noah pasó de este detalle.

Cogí la leche, y volviendo a donde había dejado el bol, lo llené con cereales relamiéndome mientras vertía la leche de vaca sobre los riquísimos y crujientes cereales rellenos de chocolate y estos tomaban el color del cacao. Procuré no echar demasiada para que no rebosara del bol y ensuciara la cocina, aunque seguramente en algún lugar habría una especie de flautita, no me acuerdo de cómo se llamaba, para convocar a un grupo de duendecillos con ropa naranja y pelo verde para que limpiaran el lugar correteando de aquí para allá antes de regresar a la deprimente y oscura mazmorra con el resto de sus menudos amiguitos.

Sí, tenía una imaginación hiperactiva, pero en un lugar tan grande como este era de esperar que se me hubiera desbocado.

Como sabía exactamente dónde estaban los vasos por mi anterior expedición en busca del bol, agarré uno y le eché una cantidad alucinante de sirope de chocolate. Te juro que en algún profundo recoveco de mi conciencia podía oír a mi dentista chasqueando la lengua contrariado.

Y entonces llegó la hora de volver a jugar al busca y encuentra para dar con la cubertería de plata. Aunque era tanta el hambre que tenía que me habría conformado con una cuchara de plástico... o hasta con un tenedor-cuchara. ¡Bingo! La encontré en el primer cajón que abrí. Estaba de suerte, porque detestaba el cereal blando.

Guardé la leche y el sirope en la nevera, y la caja de cereales en la despensa, y me dispuse a volver a la habitación.

Pero de pronto sonó el teléfono.

Echando una mirada por la cocina, lo vi por fin colgado en la pared al lado de los fogones, pero no pensaba contestar la llamada ni loca. En primer lugar porque tendría que abandonar mi remanso de azúcar. Y en segundo, porque no tenía idea de quién podía ser y no era mi casa. Además ¿cómo iba a explicar quién era yo o por qué me había puesto al teléfono?

Mm..., hola. Soy la jodida virgen por la que el señor Crawford ha pagado dos millones de pavos para hacer cochinas, muchas cochinas, con ella. A decir verdad, justo anoche me folló por la boca, pero esto fue después de estar yo en un tris de morderle la polla y antes de meterme él esta mañana sus dedos folladores en mi coño caliente hasta hacerme derretir de placer. En este momento no está en casa, pero si quieres puedes dejarle un mensaje.

Sí, no podía mantener esa conversación.

Por lo que ignoré la insistente llamada y me dispuse a hundir la cuchara en mi delicioso manjar.

Por más que me hubiera irritado, el sonido del teléfono me recordó que tenía que llamar a Dez para ver si había alguna novedad. Había escondido el móvil entre mis cosas esperando que quienquiera que me adquiriese no hiciera algo como quitármelo y prohibirme tener algún tipo de contacto con el mundo exterior. Pero como Noah no me había dicho que no pudiera usarlo, supuse que podía llamarla.

Aunque me importaba un pepino lo que él dijera. Porque le había vendido mi cuerpo y no mi humanidad.

En cuanto me zampé el desayuno, enjuagué los platos los metí en el lavavajillas y luego me quedé allí como una idiota. No tenía ni puñetera idea de lo que iba a hacer el resto del día. Me dije que podía subir arriba, encontrar el móvil y llamar a Dez, pero como me acababa de tomar una

ración de cereales de chocolate propia de Jethro Bodine, el montañés de la serie *Los nuevos ricos*, tenía la barriga demasiado llena como para hacer esta clase de ejercicio. De pronto ocurriéndome una idea luminosa, decidí buscar una tele y ver en su lugar mi programa favorito de Maury Powich.

Después de vagar por la casa durante lo que se me hizo una eternidad, deseando haber dejado un reguero de miguitas para encontrar el camino de vuelta, di por fin con lo que era a toda vista una sala recreativa. Era como un parque masculino lleno de testosterona: con videoconsolas, una mesa para jugar al hockey de aire, un gigantesco equipo de música estéreo y una pista de baile, butacas para ver películas y sofás modulares de cuero, una mesa para jugar al póquer, una barra con piletta incluida para servir bebidas y la tele más gigantesca que había visto en mi vida. En realidad era más bien una paredvisión. Hablo en serio, ocupaba la pared entera.

Me pregunté si Noah se sentaba alguna vez en este lugar con la mano metida bajo la parte delantera de los pantalones en la típica postura de Al Bundy, el protagonista de la serie *Matrimonio con hijos*.

¿Puede por favor alguien decirme por qué de pronto me he imaginado metiéndole mi mano debajo de los pantalones?

La Agente Doble Coñocaliente sonrió de manera cómplice y asintió con la cabeza indicándome que sabía la respuesta.

—¡Cállate! A ti se te ha ido la cabeza, chata —le farfullé a mi entrepierna.

De cualquier manera, no tenía ni puñetera idea de cómo encender esa monstruosa tele, pero logré encontrar un control remoto gigantesco en el bar. Lo cogí con las dos manos y me senté en una de las butacas del cine para estudiarlo. El muy jodido tenía tropecientos botones y ni siquiera aparecía ninguna abreviatura que indicara para qué servían.

Iba a pasármelo de coña.

Cerré los ojos y jugué a eso que giras el dedo en el aire y lo dejas caer sobre un botón esperando que sea el que quieres que sea. Nada. Abrí un ojo y eché un vistazo a mi alrededor, descubriendo lucecitas tornasoladas reflejándose en las paredes cuando se ponían a girar por la sala. Alcé la vista sorprendida y... ¿es que tenía él una discoteca y todo en su cueva de cavernícola? Solté unas risitas e hice otro intento. Esta vez Eminem se

puso a sonar a todo volumen en un sistema de altavoces con sonido envolvente a un nivel de decibelios que probablemente me iba a taladrar los tímpanos en cuestión de minutos. Intenté apagar la música, pero como había pulsado el botón con los ojos cerrados no sabía cuál era. Probablemente no era una de las mejores ideas que se me habían ocurrido.

A esas alturas ya estaba pulsando frenéticamente un montón de botones, intentando encontrar el que servía para parar aquella locura, pero solo causé más disparates. No bromeo, la pista de baile se puso a dar vueltas, un montón de luces multicolores empezaron a parpadear, la butaca en la que estaba sentada se puso a vibrar dándome un masaje y... ¿Qué diablos era eso? ¿Es que la licuadora también se podía activar con el maldito control remoto?

Pulsé un botón más y por fin se encendió la cabrona de la tele.

Arrojé el control remoto en medio de la sala y me hundí en la butaca abusona con dedos superagradables porque, por más relajada que me sintiera, ese masaje me iba de coña.

—¡Calgon! ¡Transpórtame lejos de aquí! —Grité a voz en cuello como en el eslogan de la tele para oírme por encima de la música de Eminem—. ¡No tengo miedo! ¡Que te jodan, Sombra Oscura! ¡Tengo miedo! ¡Mucho miedo!

—¿Qué diablos estás haciendo? —oí que gritaba alguien.

Abrí los ojos de golpe tambaleándome hacia delante, con el corazón a punto de salirseme del pecho del susto. Noah estaba plantado en el dintel de la puerta con cara de alucinado.

—¡Haz que se calle! —le repliqué.

Cruzó la sala, cogió el control remoto del suelo donde había ido a parar y pulsó como si nada varios botones hasta silenciar por fin la música y hacer que el sillón abusón dejara de manosearme. Bueno, está parte no estaba tan mal después de todo, y habría preferido que se hubiera olvidado de pulsar ese botón.

—¡Lo siento! —grité, porque por lo visto mi cerebro todavía no había procesado que ya no necesitaba hablar chillando. Noah me miró con una ceja levantada. Bajé la voz—. Lo siento —le dije de nuevo—. Solo quería ver la tele... y además ¿cómo se te ocurre tener un control remoto lleno de botones en los que no pone para qué sirven?

—Aprender a manejarlo lleva su tiempo —repuso dejándolo sobre la barra del bar.

—¿Qué haces en casa a estas horas? Creía que dijiste que volverías a las seis.

—Sí, bueno, es la primera vez que lo hago, pero me he olvidado de repasar algunos detalles contigo y Polly pasará hoy por aquí —dijo desabrochándose la chaqueta y echándosela hacia atrás para ponerse en jarras.

Me moría por morderle la barriga. Era evidente que la Doble Agente Coñocaliente se había apoderado de mi cerebro, la traidora.

—Y por favor —prosiguió, ¡ay, qué sexi estaba con la corbata de seda roja que llevaba!—, no juguetees con las cosas si no sabes cómo funcionan. No creo que queramos tener otro percance, ¿verdad? —añadió acariciando en serio su Vergazo Prodigioso a través de los pantalones como si lo estuviera consolando. Me entraron ganas de agarrarle la sexi corbata y estrangularle.

—Bah, de aquello que pasó ayer ya ni me acuerdo —le solté burlonamente—. Supéralo de una vez, Noah. Además anoche lo besé y te hice pasar un buen rato.

No me podía creer que estas palabras hubieran salido de mi boca.

Y que me viniera a la cabeza tan deprisa la imagen de él corriéndose en mi boca. *¡Por Dios, Lanie! Contrólate. ¿O es que has olvidado que lo odias?*

Que quede claro que era a él a quien odiaba y no al Vergazo Prodigioso o a esos dedos orgásticamente largos que ahora tamborileaban en sus deliciosas y sexis caderas.

—¡Que te jodan! Te odio —le solté, pero al instante lancé un grito ahogado tapándome la boca, no por temor a haberle ofendido, sino porque normalmente no decía palabrotas. Ni tampoco solía pensar en los dedos de una forma tan guarra como hacía unos instantes. Decidí echarle la culpa de mi temporal ataque de locura al exceso de chocolate y azúcar.

—Ah, no te preocupes, que ya vas a joderme —afirmó acercándose a mí con actitud de depredador—. ¡Y no sabes cuánto! Pero ahora no puede ser, porque tenemos cosas que hacer. Venga, que hemos de irnos.

—¿A dónde?

Me agarró de la muñeca y, tirando de mí, me obligó a levantarme del sillón superabusón. Me sacó a remolque de la sala.

—Tienes una cita.

—¿Qué cita? Yo no he concertado ninguna —le dije intentando zafarme de su mano.

—Ahora sí tienes una. Sería un irresponsable si no te llevara al médico para que te examine antes de saquear ese coñito tuyo, ¿no te parece?

Me paré en seco, obligándole a él a hacer lo mismo.

—¿Vas a llevar a mi conejito al veterinario? —le pregunté ofendida.

—No te conozco lo bastante como para creer que eres lo que dices ser —dijo estrechándome contra su pecho y agarrándome las nalgas—. He comprado una virgen y quiero asegurarme de que haya pagado por una de verdad. Además necesitarás un método anticonceptivo, porque cuando por fin me meta dentro de esa prieta minita de oro tuya sobre la que te sientas, quiero asegurarme de poderla notar del todo.

Me dejó papando moscas.

—Cierra la boca, Delaine. A no ser que sea una invitación para que te meta algo en ella —me soltó, y luego me levantó la barbilla con los dedos para cerrármela antes de alejarse con una sonrisa en la cara.

Uno o dos minutos más tarde, me descubrí sentada frente a Noah en la limusina para ir a ver al gilipollas del médico.

Noah encendió un cigarrillo y abrió la ventanilla para echar el humo fuera. Normalmente yo hubiera puesto el grito en el cielo por no haber pensado él en mis pulmones, pero rodeó el filtro con sus labios de una manera tan... bueno ya me entiendes, que me hizo pensar en unas cosas perversas, muy perversas.

—Si quieres puedes besarme —me dijo dando otra calada—. Estoy aquí para darte placer, al igual que tú lo estás para dármelo a mí.

Crucé las piernas, intentando sentir una fricción que ahora de pronto echaba de menos, y también crucé los brazos, desafiante. No le respondí nada. Porque ¡qué iba a responderle a eso!

—Esto —añadió acariciándose la polla de arriba abajo a través de sus

pantalones— también es para darte placer. No te cortes al pedirme lo que quieras, Delaine. O en coger lo que quieras, porque estoy segurísimo de que más adelante no te dará vergüenza.

Apartando la vista me puse a mirar por la ventanilla, intentando ignorar el hormigueo que sentía en mis partes femeninas. Y reconozco que mis partes femeninas estaban salivando con las imágenes que sus palabras me habían evocado. Por el rabillo del ojo vi que apagaba el cigarrillo.

—Te lo mostraré —me dijo de pronto.

Cruzó al instante el espacio que nos separaba y me descruzó las piernas con brusquedad antes de meter la cara entre ellas. Luego agarrándome del culo, me atrajo hacia él para poder maniobrar mejor. Lancé un grito ahogado de sorpresa al sentir su cálido aliento atravesando el grueso tejido de mis vaqueros mientras deslizaba su boca por mis partes. Contemplé impactada los movimientos de su cabeza y luego alzó la vista mirándome e hizo todo un espectáculo dándome lametadas con su larga lengua ahí abajo. Sus dientes se asomaron entre sus labios y me sonrió pícaramente antes de mordisquearme la zona sobre el clítoris y luego me hizo un guiño.

—¡Oh, Dios! —gemí de placer agarrándole con las dos manos el pelo y metiendo con rudeza su cara entre mis muslos.

Noah pegó la boca a mi coño ejerciendo más presión.

—Mmmm... me encanta una mujer que sabe lo que quiere, Delaine.

Su forma de susurrar mi nombre me hizo estremecer por dentro, anunciando una erupción mucho más poderosa que las del Monte de Santa Helena. Pero entonces el cabronazo puso sus manos sobre las mías y me obligó a soltarle el pelo antes de echarse atrás y darme luego un leve beso en el clítoris.

—¡Qué... prometedor! —suspiró—. Me muero de ganas de ver tu reacción sin ropa de por medio, pero por desgracia tendremos que esperar un poco.

Me quedé jadeando, incapaz de controlar a mi puta interior, pero Noah volvió a sentarse en su sitio y se alizó la ropa tan pancho como si nada. Luego se pasó las manos por entre el cabello para peinárselo, y yo me puse a gritar dentro de mí, queriendo arrancárselo todo.

La portezuela de los pasajeros se abrió y Samuel nos saludó con una sonrisa. Noah se bajó del coche y me ofreció una mano para ayudarme a

salir. Acepté su ofrecimiento, pero solo porque quería estrujarle los dedos como venganza, y lo hice, pero tampoco pareció inmutarse por ello, el cabrón.

Tan rabiosa me sentía por mi frustración sexual que apenas me di cuenta de haber entrado en una especie de centro médico y de que Noah me estaba llevando, tras cruzar el vestíbulo, a la zona de recepción. La recepcionista saludó a Noah con profesionalidad, pero le desnudó con la mirada, pasando olímpicamente de mí. Yo sabía que no era mi novio ni nada parecido, pero ella no, por lo que su desvergonzado flirteo me jorobó en grado sumo.

La muy fresca probablemente ni siquiera se habría cortado un pelo aunque yo me hubiera puesto a gritar a los cuatro vientos que él acababa de hundir su cabeza entre mis muslos.

Antes de que a mi arpía interior le diera tiempo a arrancarle esas pestañas postizas de los párpados, nos acompañaron a la consulta donde la enfermera me tomó las constantes vitales y luego me dijo que me desvistiera, entregándome una bata de papel. También me dio una especie de formulario para que lo rellenara con mis datos, pero Noah lo cogió en mi lugar.

—Este centro médico es de mi tío Daniel —me contó Noah en cuanto la enfermera se fue, mientras rellenaba el formulario—. Como no es ginecólogo y yo no quería que te sintieras incómoda cuando os vierais de nuevo, Everett, uno de sus colegas, es quien te hará la revisión.

Asentí con la cabeza, detestando lo que se avecinaba.

—¿Tienes algún problema de salud que deban conocer?

Sacudí la cabeza como respuesta, y él me entregó el formulario para que lo firmase. Cuando se lo devolví, me hizo una seña con la cabeza para que me desnudara y se giró de espaldas mientras seguía hablando.

—Le he dicho a mi familia y a mis amigos que nos conocimos en uno de mis viajes a Los Ángeles. Creen que nos hemos estado viendo en secreto durante los últimos siete meses y que al final te convencí para que te vinieras a vivir conmigo a Oak Brook. No le he dicho a nadie cómo te llamas, o sea que puedes darles tu nombre real si quieres, o algún otro.

—Como ya has escrito mi nombre en el formulario, supongo que es mejor conservarlo —dije sacándome los téjanos y doblándolos pulcramente antes de coger la bata azul de papel. Le oí murmurar una

palabrota por lo bajo. Por lo visto no había caído en ese detalle antes de rellenar el formulario—. Además si usara el de otra persona seguramente acabaría estropeándolo todo. A propósito, gracias.

—¿Por qué?

—Por inventarte al menos una historia medio decente sobre mí para que no parezca la puta que tú y yo sabemos que soy.

Al oírlo se dio la vuelta, cruzó con dos largas zancadas el espacio que nos separaba y se arrimó tanto a mí que podía sentir el calor de su cuerpo llegándome a oleadas.

Me puso un dedo bajo la barbilla para que le mirara a los ojos.

—A mí no me parece que una virgen sea una puta —me dijo.

No pude llegar a responderle porque se oyó a alguien llamando suavemente a la puerta. Se separó de mí antes de decirle al que estaba al otro lado que pasara.

—¡Noah, chico! —exclamó un tipo jovial con una bata blanca al entrar a la habitación, y le abrazó—. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

—Voy tirando —respondió Noah con una sonrisa genuina en la cara mientras le devolvía el abrazo.

El médico se giró entonces hacia mí, intentando disculparse con la mirada.

—Lo siento pero como no tengo tu ficha me temo que no sé cómo te llamas.

—Delaine. Delaine Talbot —le dije, y de pronto sintiéndome violenta, clavé los ojos en las baldosas blancas del suelo como si fueran lo más fascinante del mundo.

—Me alegro de conocerte, señorita Talbot —dijo estrechándome la mano, y luego hizo un ademán para que me sentara en la mesa de exploración mientras él lo hacía a su vez frente a mí en un taburete provisto de ruedecitas—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Delaine necesita una revisión de rutina y además le gustaría que le aconsejaras un método anticonceptivo —respondió Noah por mí.

—Creo que el método anticonceptivo más práctico es el de las inyecciones. ¿Te gustaría probarlo? —me preguntó sonriéndome

amablemente.

—Mm... —leí algo sobre él la última vez que fui a ver a mi médico, pero como fue en el último momento, no me acabé de decidir.

—Cada inyección dura tres meses y una de las ventajas para la mayoría de mis pacientes es que normalmente acorta el ciclo menstrual o lo interrumpe del todo. Es un método anticonceptivo muy popular desde hace varios años.

—Sí, de acuerdo. Me parece bien —repuse asintiendo con la cabeza.

—En este caso pongámonos manos a la obra, ¿no te parece? —su sonrisa era auténtica y tranquilizadora.

Me tumbé en la mesa y Noah acercándose, se quedó plantado junto a mi cabeza antes de que yo pusiera los pies en los estribos. No era la primera vez que me hacían un Papanicolau, pero abrirte de piernas enseñándoselo todo a un desconocido siempre me ponía nerviosa. Los ginecólogos se pasan el día viendo toda clase de entrepiernas, y entonces te preguntas si la tuya es distinta de las de las demás o si tiene alguna dase de deformidad que debas conocer. Pero antes de terminar siquiera todas mis elucubraciones, él ya se separaba de la mesa y me decía dándome unas palmaditas en la pierna que ya había terminado.

—Durante los próximos días tendrás calambres. Puedes tomarte ibuprofeno para el dolor. Y tal vez te sangre un poco dadas tus circunstancias, pero aparte de estas pequeñas molestias te sentirás como siempre —me dijo quitándose los guantes y desechándolos—. Si notas alguna irregularidad, no dudes en venir.

Su ayudante se acercó a mí, me friccionó el brazo con alcohol y me dio la inyección.

—Ahora te dejaré para que te vistas y luego ya te puedes ir —añadió dirigiéndose a la puerta—. Me he alegrado mucho de volver a verte, Noah.

—Yo también, Everett, y gracias por todo —le respondió antes de volverse hacia mí—. Voy a ocuparme de la factura, nos vemos fuera —me dijo.

Se fue detrás del médico y de su ayudante y yo salté de la mesa, pero me arrepentí al instante del movimiento brusco, porque ya me estaba empezando a doler. Me vestí lo más aprisa posible, deseando largarme cuanto antes de este lugar, y al salir Noah ya me estaba esperando fuera.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó, seguramente porque yo tenía el brazo sobre el vientre.

—Sí, solo me duele un poco, pero si vamos a casa y me echo en la cama, creo que estaré bien.

—De acuerdo —respondió asintiendo con la cabeza y luego sacó el móvil y pulsó una tecla—. Buenos días a ti también Polly —dijo por el teléfono—, necesito que acabes con lo que estás haciendo en casa porque ya voy de camino y mi invitada y yo necesitaremos un poco de privacidad... Sí, Polly, es ella —añadió poniendo los ojos en blanco, pero sujetándome por el codo, me condujo a la salida para llevarme a la limusina que nos estaba esperando ya—. En este momento no está en condiciones de ver a nadie. Tal vez dentro de un par de días. Llama a Mason y dile que llegaré al despacho de aquí a una hora. Gracias, Polly.

Dando por terminada la conversación, se sentó a mi lado, rodeándome los hombros con el brazo.

—Polly se ocupa de mis asuntos personales, incluyendo mi hogar. Tiene buenas intenciones, pero a veces es un poco pesada —me explicó—. Es la que más miedo me da que descubra nuestro secretillo, porque tiene muy buen olfato la cabrona, así que no bajas la guardia cuando esté cerca.

Asentí y él rodeándome la cabeza con una mano, me la empujó suavemente para que la apoyara sobre su pecho. Probablemente era un gesto demasiado íntimo por su parte, teniendo en cuenta que nos habíamos conocido el día anterior, pero considerando la intimidad que ya habíamos mantenido, supongo que era normal.

Escuché los latidos de su corazón mientras circulábamos en silencio. Y por primera vez me fijé en cómo Noah olía. Reconocí el aroma de su jabón y el del desodorante de esta mañana, pero también percibí otro aroma más particular y muy... suyo.

Me acarició el pelo con los dedos y yo cerré los ojos, gozando del silencio y de sus tiernas caricias. Era tan relajante que de no haber sido por los calambres seguramente me habría quedado dormida.

El trayecto se me hizo corto. Noah se bajó primero del coche y me ofreció la mano para ayudarme a salir, rechazando los intentos de Samuel por hacer su trabajo. Yo me encorvé porque los calambres se habían vuelto un poco más fuertes.

—Mierda, ¿te encuentras bien? —me preguntó muy preocupado.

—Sí, solo es un calambre —le respondí intentando que no se me notara en la voz el daño que me hacía. No quería que pensara que en el fondo era como una niña grande que no podía soportar un poco de dolor.

Sin avisarme, me levantó en brazos y cruzó la puerta de su casa, que Samuel ya había abierto de par en par, como si yo fuera una novia. Intenté que me dejara en el suelo, pero no me hizo caso. En su lugar subió las escaleras conmigo a cuestas y me llevó hasta su dormitorio. Me sentó en la cama, apartó la colcha para que pudiera meterme debajo y luego se fue.

—Ten, tómatelas —me dijo al volver entregándome dos pastillas y un vaso de agua.

Las cogí y me las tragué. Noah tomó el vaso de mis manos y lo dejó en la mesita de noche que había junto a la cama.

—¿Te importa que me vaya a trabajar o prefieres que me quede? —me preguntó con voz inquieta.

—No te preocupes, estoy bien. Solo necesito echar un sueñecito —le dije conteniendo un bostezo—. Ya te puedes ir. De todos modos me relajo mejor si no estás aquí.

—¡Uy, esto me ha dolido! —me dijo llevándose la mano al pecho y soltando unas risitas—. Me alegra ver que no has perdido tu mala leche. Estoy seguro de que te pondrás bien y de que en un abrir y cerrar de ojos ya estarás de humor para volver a intentar arrancarme la polla de un bocado.

Se inclinó para darme un beso en los labios y luego se enderezó.

—¿Tienes un móvil?

—Sí, está ahí, en mi bolso. ¿Por qué? No vas a quitármelo, ¿verdad? —le pregunté aterrada por si lo hacía.

—No, a no ser que me des una razón —repuso acercándose para coger el bolso.

Me lo entregó y, suponiendo que quería el móvil, lo saqué y se lo di. Pulsó varias teclas antes de devolvérmelo. Su móvil se puso a sonar y él se lo sacó del bolsillo interior de la chaqueta y lo silenció.

—Ahora te ha quedado grabado mi número en el móvil y yo también tengo el tuyo. Asegúrate de tenerlo siempre encendido, no solo por una cuestión de seguridad, sino también porque no me hará nada de gracia que

me hagas esperar cuando yo te necesite —añadió guardándose el móvil en el bolsillo—. No dudes en llamarme si me necesitas para algo. Lo digo en serio.

Aunque intentara ser duro, vi por su expresión que lo decía de corazón. Poniendo los ojos en blanco, asentí con la cabeza porque me encantaba hacerle cabrear.

—¡Vete de una vez! —le solté—. Solo de ver tu cara me duele ya el útero —farfullé dándole la espalda.

Era verdad, pero solo porque tenía una cara tan adorable que quería montarme sobre ella y no podía. Y lo más curioso es que además de no habérsela comido yo a nadie, a mí tampoco me lo habían hecho. Pero ahora, de repente, no me podía sacar de la cabeza la imagen de su rostro metido entre mis muslos. ¡Qué locura!

Te lo juro, la culpa la tenía esa condenada cara suya tan atractiva.

—Mmmmmm, de acuerdo —dijo como si no me creyera ni una sola palabra—. Hasta la noche.

Le oí cerrar silenciosamente la puerta tras él y me acurruqué sobre su almohada, aspirando su aroma de nuevo.

Si bien una parte de mí se alegraba de estar libre al menos el resto del día, admito que otra parte, mi incipiente miniputa interior, estaba de lo más jorobada por no poder gozar de otra ronda con el Rey de los Dedos Folladores. Me fui durmiendo poco a poco con este deprimente pensamiento flotando en la trastienda de mi mente.

5.

Postre con helado

Lanie

—Delaine —me susurró una voz ronca al oído mientras intentaba salir del pesado sueño que me envolvía. Percibí apenas una mano grande y cálida acariciándome el interior del muslo y gemí de placer sin darme cuenta.

—Deberías tener más cuidado con los sonidos que haces mientras duermes. Si sigues gimiendo de esta manera me harás perder el poco control que me queda. Me vuelven loco.

Sentí su cálido aliento en la piel de mi cuello y un delicioso estremecimiento me recorrió la espalda. Noté su lengua chupándome el lóbulo de la oreja y luego me lo envolvió con sus suaves labios. Me deslizó la mano por el muslo subiendo lentamente y yo, dejándole hacer, me moví un poco adoptando la postura perfecta para su incursión.

—¡Mierda! —exclamó apartando la mano con demasiada rapidez.

Abriendo los ojos de golpe, di un grito ahogado al ver la traidora reacción que sus caricias, unidas a sus sensuales palabras, habían provocado en mi cuerpo.

Noah se pasó la mano por entre el pelo, nervioso y enardecido.

—La cena está lista. Deberías levantarte e intentar comer algo.

—¿De veras? ¿Ya es de noche?

Me cubrí la cara con la colcha, porque verlo jadeante y cachondo me ponía a cien y ahora no era el momento de perder la compostura.

—No tengo hambre —farfullé pegada a la almohada.

—Aunque no tengas hambres, necesitas comer. Tienes dos opciones, o mueves el culo y te reúnes conmigo en el comedor o cargándote sobre el hombro, te llevo abajo y te obligo a cenar. ¿Cuál prefieres?

Gruñí frustrada y golpeé con el puño la almohada, pero no me moví de la cama.

—¡Muy bien! —exclamó apartando la colcha bruscamente y haciendo el ademán de ir a por mí para cargarme sobre su hombro.

—¡Espera! —grité sentándome rápidamente, pegando las rodillas al pecho—. Me levantaré. ¡Madre mía, eres un cavernícola! Déjame sola para que pueda acabar de despertarme, enseguida bajo. ¿De acuerdo?

—Vale —respondió echándose para atrás—. Pero no me hagas esperar demasiado. Detesto comer solo.

Asentí con la cabeza y le contemplé mientras salía, sin poder evitar que mis ojos se posaran en su culo. ¡Dios, qué puerca era, estaba obsesionada con su culo!

En cuanto se fue, cogí el móvil de la mesita de noche y pulsé la tecla de marcación rápida para hablar con mi mejor amiga.

Al otro lado de la línea no oí ningún «hola», pero sabía que ella había cogido la llamada.

—¡Ya era hora, joder! ¿Qué diablos te ha pasado?—me gritó Dez con el ruido de la música de fondo. Por lo visto estaba trabajando—. ¿Va todo bien?

—Me duele el coño, pero aparte de esto estoy perfectamente —salvo que me estaba haciendo pis, de ahí que me levanté de la cama para ir al baño.

Dez se echó a reír.

—¡Vaya! ¿Ha sido él quien te ha dejado en este estado?

—En realidad mi himen sigue intacto, pero no sé hasta cuándo —le dije, pero de pronto dejé de hablar al ver mi reflejo en el espejo—. ¡Madre mía, estoy hecha un desastre!

—Tú siempre estás hecha un desastre, así que suelta los detalles. ¿Quién te ha comprado? ¿Está bueno?

—Mm..., Noah Crawford. Y sí, el tío está buenísimo. A decir verdad está tan bueno que se podría decir que es un enloquecedor infierno de ardientes llamas —admití, sobre todo porque como no le podía mentir a mi mejor amiga, sería una blasfemia mentir sobre el nivel de torridez de Noah Crawford. El tío superaba todos los récords.

—¿Que es tortillero? ¿Te refieres a que le gusta el bacalao en lugar de la chicha? ¡Ay, lo siento, cariño! —dijo riendo.

—No, he dicho que es un enloquecedor «infierno», y no creo que sea homosexual —respondí intentando desenredarme el pelo—. Ha hundido la cara entre mis muslos, por tanto supongo que lo que le ponen son las tías.

Dez dio un grito ahogado, excitada por la noticia.

—¿Te lo ha comido? ¡Oh, Dios mío! ¿Te ha gustado? Sí, te ha gustado, ¿verdad? No te ha parecido lo mejor de...

—¡Dez! ¡Céntrate! —le dije intentando que prestara más atención—. Llevaba pantalones, así que aún no me lo ha hecho y tampoco dispongo de demasiado tiempo para hablar por teléfono. Aprovechemos el ratito libre que me queda para hablar de algo importante, ¿no te parece? ¿Cómo están mis padres? ¿Les han transferido ya el dinero a su cuenta?

—Sí, ya se lo han ingresado y maldita sea, cabrona... ¿dieron dos millones por ti? Yo que creía que esos pervertidos querían una mujer de mundo que supiera cómo hacerles pasar un buen rato y ahora resulta que quieren a una inocente jovencita. ¡No hay quien los entienda!

—Dez —dije intentando que se centrara en mis padres antes de que se fuera por las ramas de nuevo—. ¿Cómo está Faye?

—He pasado a verla hace un rato. Está igual, cariño. No hay ninguna novedad —dijo con voz más seria—. Pero ahora tenemos el dinero para la intervención, gracias a tu valeroso esfuerzo —añadió suspirando—. No sabes cuánto te admiro, Lanie—. ¡Mira que sacrificar tus pequeños tesoros! Es una heroicidad. Hablo muy en serio, nena.

—Si es para que mamá se cure, a mí no me importa.

—Mmmmm. Y además ya que los vas a sacrificar, no hay nada malo en gozar de paso de un poco de ñacañaca.

Sonreí.

—Sí —repuse soltando unas risitas. Supongo que así es. Oye, te tengo que dejar. Dile a mis padres que estoy agobiada de trabajo por los estudios, pero que los llamaré en cuanto pueda, ¿vale? Te quiero.

—Ya lo sé, nena. Y yo también —me respondió con un deje de sentimentalismo en la voz. Al menos del poco del que era capaz—. ¡Disfruta de tu comechochos y tu chupatetas, cabrona!

Colgué el teléfono y decidí darme una ducha rápida. Al terminar, fui a vestirme al dormitorio, pero no pude encontrar mi ropa por ninguna parte.

Hasta miré en el gigantesco armario de Noah. Así que cogí una de sus camisas, que por suerte era lo bastante larga como para no ir enseñándolo todo por ahí. Sí, sabía que probablemente a él le fastidiaría, porque era un obseso con su ropa, pero qué esperaba ¿que fuera en pelotas a todas horas?

Me cepillé los dientes y me miré al espejo, satisfecha de que él fuera a subirse por las paredes al ver que llevaba su camisa, así le obligaría a decirme dónde había dejado mis cosas con tal de que me la sacara. Y luego moví el culo para apresurarme a bajar al comedor antes de que se cabreara por hacerle esperar demasiado.

Al entrar al comedor —o más bien al comedorazo—, me lo encontré sentado a la cabecera de la mesa. Supongo que el plato y los cubiertos dispuestos a su derecha eran para mí, y tomé asiento. Noah me miró de arriba abajo, notando que solo llevaba puesta la camisa, y lo vi tragar saliva.

—Espero que no te importe. No me ha quedado más remedio porque mi ropa ha desaparecido. ¿Qué has hecho con ella? —le pregunté.

—Como pensaba llevarte de compras esta tarde, se la he regalado a las sirvientas —me dijo cogiendo la servilleta—. No se me ocurrió que estuvieses durmiendo todo el día. Lo siento.

¿Les había regalado mis cosas?

—¡No puedes ir regalando mis cosas por ahí sin mi permiso! —le chillé.

—No se lo di todo, solo la ropa —puntualizó como si no tuviera ninguna importancia—. No era de mi estilo.

—Caramba, no sabía que fueras tan elitista. Lo siento. No he venido preparada para tu lujoso estilo de vida.

—No hace falta que te disculpes —me respondió hablando en serio—. Ya nos ocuparemos de ello mañana. Aunque debo admitir que mi camisa te queda muy sensual.

De la forma con la que me estaba mirando parecía que en lugar de tener ante él una fastuosa cena, estuviera hambriento por llevar días sin comer. Al ver que se relamía desvié la mirada, interesándome de pronto por la comida para despistar. Ya nos habían servido la cena: una ensalada de primero, un jugoso bistec con patatas asadas de segundo y una porción de pastel de chocolate de tres capas acompañado de una bola de helado de vainilla de postre.

Desplegué la servilleta y me la puse en el regazo.

—¿Has preparado tú todo esto?

—Soy multimillonario. No me hace falta cocinar —dijo cogiendo el tenedor y clavándolo en la ensalada—. Pago a gente para que lo haga por mí.

—Ya veo. ¿Y también pagas por los coños? —le pregunté, y luego tomé un sorbo de la copa de agua que había frente a mí.

Noah se atragantó con la ensalada al oírme y yo me felicité mentalmente por haberlo jorobado otra vez, sonriendo alrededor del borde de la copa mientras bebía.

—¿Por qué lo haces? —le pregunté sin importarme un bledo herirle con esta pregunta.

—No quiero hablar de ese tema —me respondió tomando un poco de vino—. ¿Cómo te encuentras? ¿Has sangrado o tienes calambres?

¡Por qué me había tenido que recordar mi visita al gilipollas del médico ahora que ya ni me acordaba de ella!

—Bueno, es una pregunta muy personal, pero si debo contestártela...

—Claro que sí, quiero saberlo todo de tu cuerpo durante los próximos dos años. Cuanto antes te metas esta idea en la cabeza, mejor nos irán las cosas. ¿Qué me dices al respecto?

Apreté los dientes, mordiéndome la lengua para no soltarle «¡que te jodan!», aunque ahora que lo pienso me pareció una escena muy tórrida. Me la imaginé, contando rápidamente hasta diez para calmarme lo bastante como para responderle.

—Ya no tengo calambres ni el coño me ha sangrado. ¿Significa esto que me vas a follar ahora?

—Sí. ¿Qué te parece si lo hacemos en la mesa? —me soltó en tono de burla mientras comprobaba lo sólida que era sacudiéndola, y luego me ofreció una sonrisita para asegurarse de que viera que estaba bromeando—. Creo que puedo dejarte la noche libre para que te recuperes. Sé que me odias y que debes estar pensando cosas horribles de mí, pero no soy un monstruo. Ya sabes que soy capaz de mostrar algo de compasión de vez en cuando.

La Agente Doble Coñocaliente ya se estaba sacando sus zapatos de puta para ponerse a bailar sobre la mesa y se llevó un buen chasco cuando él se desdijo. Me estaba amenazando con revolverse contra mí, pero mentalmente le di un sopapo en la cara a la puerca y le dije que se calmara.

—¿Has llamado a alguien para hacerle saber que estás bien? —me preguntó cortando el bistec que tenía en el plato.

No estaba segura de lo que se suponía que debía responder. Si le decía la verdad, tal vez se cabrearía lo bastante como para decidir quitarme el móvil. Pero no había establecido ninguna regla que tuviera que ver con contactar con mi familia o mis amigas, además él ya sabía que yo tenía un móvil. Detestaba mentir, porque una mentira siempre te lleva a otra, y a otra, hasta acabar envuelta en una buena red de engaños de la que es imposible que no te acaben pillando. Además, otra vez me estaba muriendo de ganas de ver esa cara suya tan atractiva, tan superatractiva, estallando. ¡Que le den! Ergo, le dije la verdad.

—He hablado con Dez, mi mejor amiga, antes de bajar a cenar.

—¿Y con tus padres? —me preguntó sin mostrar en su cara la más mínima señal de enojo por haberlo yo admitido.

Me llevé un gran chasco, por no decir más... y también tuve que quitarle a la Agente Doble Coñocaliente sus zapatos de tacón de aguja para meterle uno hasta el gaznate de su impertinente boquita.

—Creen que estoy estudiando en la universidad. Tendré que llamarles finalmente, pero no pueden enterarse de dónde vivo o de lo que estoy haciendo, porque se morirían del disgusto.

Noah asintió con la cabeza y acodándose en la mesa, se cogió la barbilla meditabundo.

—Lo entiendo. Puedes mantenerte en contacto con quien lo necesites. Mientras cumplas con nuestro trato hasta el final, puedes gozar de la mayor parte de la libertad que antes tenías.

—¿De la mayor parte? —le pregunté levantando una ceja.

—Salvo la que tiene que ver con tu cuerpo, claro está. Ahora me pertenece —aclaró.

—¿O sea que puedo salir siempre que quiera? —le pregunté para ver hasta dónde podía llegar.

—Espero que estés en casa cuando yo esté en ella, a no ser que te hubiera autorizado de antemano a hacer lo contrario. Digo autorizado de antemano porque quiero saber en todo momento dónde estás. Además, habrá ocasiones en las que sentiré la necesidad de volver a casa durante el día para desestresarme un poco —añadió con una sonrisita.

Que quede claro que no era una sonrisita cualquiera. El coño se me estaba mojando a una velocidad estratosférica y temía por la seguridad de la cara tapicería que recubría la silla en la que estaba sentada. Los pezones se me pusieron enhiestos y encorvé la espalda, esperando que no se notara mi desvergonzada reacción. Pero no acabó todo aquí. ¡Ah, no! Por lo visto mi incipiente puta interior había tomado el mando.

—¿Y ahora estás estresado? —le pregunté con voz voluptuosa.

No me preguntes de dónde me salió. Ni siquiera yo reconocí mi propia voz. Al parecer había bajado la guardia lo bastante como para dejar que el guarro de mi chochito se hiciera con el control, yendo directo a la función verbal de mi cerebro para sabotearla. Al menos esto fue lo que yo me dije a mí misma y quise tragármelo.

Noah se atragantó al oírme y se lamió el labio inferior, lo cual me cabreó porque era yo la que quería lamérselo.

—Por lo que veo tengo en casa a una mujer increíblemente sexi por la que he pagado una fortuna para hacer con ella lo que me plazca y, sin embargo, no puedo porque ahora le duele un poco cierta parte por culpa mía. Así que sí, supongo que se puede decir que estoy estresado.

La Agente Doble Coñocaliente se apoderó de la parte de mi cerebro que controlaba la función motriz y plantó una bandera en ella. Había perdido el control de mi cuerpo. Dejé la servilleta junto al plato y me aparté de la mesa. Noah no despegó los ojos de mí en todo ese tiempo. Mientras me acercaba a él, se reclinó en la silla y ladeó la cabeza esperándome con las cejas levantadas, sin saber lo que yo iba a hacerle. Me deslicé entré él y la mesa y me arrodillé ante su entrepierna.

—¿Qué estás haciendo, Delaine? —me preguntó con voz grave y ronca.

—Intentando desestresarte —le respondí sonriendo mientras le desabrochaba el cinturón con una seguridad inaudita.

—Creía haberte dicho que esta noche la tenías libre —me recordó apartando un poco la silla de la mesa para darme más espacio.

—Y así es —dije bajándole la cremallera de los pantalones y besándole eso que tanto abultaba bajo sus Calvin Klein.

Noah me pasó los dedos por entre el cabello y luego me levantó la barbilla rodeándomela con las manos para que le mirara a los ojos.

—Si sigues así, no seré capaz de detenerte.

—Entonces no lo hagas —le contesté metiendo la cabeza entre sus piernas para seguir con lo mío.

Apartó aún más la silla de la mesa para alejarse de mi alcance.

—No hasta que me haya comido el postre.

De súbito, me levantó del suelo, me sentó sobre el borde de la mesa y apartó los platos de en medio. Posando sus manos en mis rodillas, me separó las piernas y se acercó más a mí. Luego fue deslizándose sus manos lentamente por mis muslos, hundiéndolas bajo el dobladillo de la camisa y levantándomelo por encima de la cintura.

Nos quedamos los dos mirando el pequeño tesoro que había dejado al descubierto y di un grito ahogado al oír salir de lo más profundo de su pecho un salvaje gruñido de deseo. Por suerte tenía el felpudo lo bastante acicalado, porque nunca se sabe si un día tendrás alguna clase de accidente inesperado y alguien habrá de echarte un vistazo ahí abajo.

Se lamió los labios al verme el coño y luego levantó sus ojos hacia los míos.

—Estoy seguro de que no te importará que te lo bese para que se sienta mejor.

Sin esperar mi respuesta, me abrió más las piernas y me empezó a chupar la piel del interior del muslo izquierdo.

—¿Mm, Noah? —balbuceé con voz temblorosa.

—¿Mmm? —repuso él con la boca cerrada mientras seguía ascendiendo por mi muslo.

—¿De verdad crees que la mesa del comedor es el mejor sitio para hacer esto? Me refiero a que no creo que sea demasiado higiénico.

—Yo me como toda la comida en la mesa —masculló contra mi muslo.

Supongo que tenía razón y probablemente no le iba a ganar en este razonamiento, aunque quisiera. Además no importaba, porque a esas

alturas ya había llegado al centro de mis muslos y tenía la nariz pegada a mi botoncito del amor. Sentí su lengua lamiéndome mis húmedos pliegues y me agarré al pelo de su cabeza porque era como si el mundo se hubiera puesto a dar vueltas a mi alrededor demasiado aprisa.

—¡Qué bien hueles, Delaine! Y sabes incluso mejor —gimió contra mi coño, y entonces deslizó la mano por el interior de mi muslo para levantarme la pierna y se la puso sobre el hombro. Le contemplé lamiéndome la carnosa hendidura y luego me agarró con los labios el clítoris y me lo chupó castamente antes de darle lengüetazos con ardor. Alzó la vista mirándome a los ojos y, tras hacerme un guiño, me lo comió a un ritmo turbador con su lengua serpentina. Me estremecí con unas profundas sacudidas de placer, y me acometió una sensación tan extremadamente deleitosa que eché la cabeza atrás.

—Mírame —me ordenó con voz rasposa—. Quiero que me mires mientras te lo como.

—¡Oh, Dios! —gemí de gusto, levantando la cabeza al obedecerle.

Hundió primero uno y luego dos de sus dedos dentro de mí y empezó a meterlos y sacarlos en un cadencioso vaivén mientras me separaba los labios de mi almejitita con la otra mano abierta. Chupándome el clítoris y envolviéndomelo con sus labios, me lo agarró y me hizo unas cosas tan increíbles con los dientes y la boca que aunque no pudiera verlas, me inflamaron haciéndome agonizar de deleite. Después me metió los dedos hasta los nudillos y los dobló varias veces, y no pude evitar que me brotara del fondo de la garganta un gemido de placer como el de las actrices porno.

—Mmm, te gusta, ¿verdad? —me dijo lamiéndomelo de arriba abajo, desde la base de mi mojado coño hasta el clítoris, y entonces me lo volvió a comer.

—Esto es... madre mía. Increíble —gemí entre jadeos.

Respirando aguadamente y animada por un voluptuoso furor, le agarré del pelo con más fuerza mientras le empujaba la cara contra el centro de mis muslos moviendo las caderas. Él suspiró agradecido, aprobando que le mostrara lo que más me gustaba. Me sacó los dedos del coño y yo me quejé protestando, pero entonces vi que él tenía una cucharadita llena de helado. Me sonrió pícaramente antes de echármelo en el clítoris. Di un grito ahogado al sentir la fría sensación en la punta inflamada y turgente de mi

botoncito del amor y casi perdí el poco control que me quedaba. Noah se mordió el labio inferior al ver mi libidinosa reacción y luego siguió con sus acometidas, devorándome el coño como una fiera y lamiéndome hasta la última gota del dulce helado.

De pronto sentí una sacudida en mis entrañas, era como la que experimenté el otro día en la bañera. Se me tensó el cuerpo de golpe y le estrujé sin querer la cabeza entre mis muslos. Era como si mi coño se hubiera metamorfoseado en una planta carnívora y no quisiera soltar de sus garras la deliciosa cara de Noah Crawford.

Noah me chupó el clítoris con más ardor aún y luego movió la cabeza a un ritmo turbador para estimulármelo, lo cual me excitó muchísimo, pero entonces hundió la cara entre mis piernas hasta el fondo, lamiéndome, chupándome, gimiendo y suspirando. Metiendo y sacando los dedos, y doblándolos varias veces en mi coño. Fui incapaz de contenerme por más tiempo. Sentirlo, verlo y oírlo fue demasiado para mí. Como cuando se te sobrecargan los sentidos o se te nubla la razón.

El cuerpo entero se me estremeció en unas potentes e inacabables sacudidas y cerré los ojos con fuerza. Unas lucecitas azules y negras parpadearon tras mis párpados mientras me mordía el labio inferior y lanzaba un desgarrador gemido de placer en el culmen del frenesí. Mi cuerpo fue presa de una sacudida tras otra mientras Noah seguía lamiéndome y chupándome. Cuando por fin el intenso placer decreció y se me relajó el cuerpo, él se detuvo y alzando la vista, me miró a los ojos lamiéndose los labios.

—¿Qué te ha parecido? ¿Te sientes ahora mejor? —dijo soltando unas risitas con una expresión de lo más sexi.

—Mmmm, mmm —apenas logré susurrar, asintiendo con la cabeza como una idiota.

Se sentó en la silla con la barbilla brillándole por los restos de helado y de mi jugo. Me sentí tan avergonzada que hasta me ruboricé. Me refiero a que no era normal que estuviera tan mojada ahí abajo, ¿verdad?

—Coño a la moda, mi postre favorito —anunció cogiendo la servilleta, y luego se limpió la boca y la barbilla.

Me bajé la camisa para cubrirme el cuerpo y espero que parte de la vergüenza que sentía, y le dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Todavía no has probado mi «cerecita»[\[1\]](#) —le solté provocativamente.

Noah lanzó una sonora carcajada, fregándose con las manos esa adorable, adorabilísima cara suya que acababa de hundir en mi Chichi unos minutos antes. Había bajado las escaleras deseando hacerle cabrear, pero esto había sido mucho mejor.

—Te estás muriendo de ganas, ¿verdad? —me preguntó—. Bueno... —añadió encogiéndose de hombros y dándose una palmada en los muslos al levantarse. Poniéndose en jarras, se metió los pulgares bajo la cinturilla de sus bóxers de «fóllala»—. Si esto es lo que realmente quieres...

De pronto la repercusión de lo que acababa de decir me golpeó como un camión Mack y cerré las piernas de golpe instintivamente.

—¡No! —grité más alto de lo que probablemente era necesario—. Todavía... me duele.

Era una mentira como un puño. Yo lo sabía. Al igual que la Agente Doble Coñocaliente. Y lo más importante es que él también lo sabía.

—¡No me digas! Mmm, si eso es lo que quieres... —dijo usando esa voz ronca que hacía que el coño se me mojara hasta hacer chup-chup.

Dio un paso hacia mí y me levantó la barbilla para darme un dulce beso, y luego otro, y otro. Sus manos se deslizaron por mis hombros y descendieron por mis brazos, rodeándome después la cintura mientras yo intentaba impedir que mis desvergonzados muslos se abrieran para invitarle a acariciármelos.

Noah me soltó y me fue dando una retahíla de besos en la mandíbula hasta llegar a la sensible zona debajo de mi oreja.

—Pronto —me susurró rodeándome la cara con sus manos y envolviéndome el labio inferior entre los suyos.

Apartándose, se aclaró la garganta.

—Esta noche tengo que adelantar un poco el trabajo para poder ir mañana de compras contigo —dijo pasándose las manos por entre el pelo—. Mientras tanto puedes hacer lo que te apetezca.

Y luego se fue sin más, dejándome sentada en la mesa, muda de perplejidad, envuelta en una placentera nube postcoital, cubierta solo con su camisa.

Noah

Tuve que largarme pitando de allí.

Su sabor y su olor se encontraban por todas partes, y ella estaba sentada con mi maldita camisa, tan sexi que me volvía loco. Y encima me estaba ofreciendo su puta cereza.

¿Es que no tenía idea de la fuerza de voluntad que me exigía no empalarla con mi polla en ese mismo instante?

Pero seguro que todavía le dolía, e hincarle la polla sin ningún reparo no haría más que empeorar la situación. Entonces tendría que esperar más tiempo aún para volvérsela a meter. Y en cuanto la penetrara, sabía que no podría evitar hacérselo una y otra vez, en cada superficie de la casa. Y mi casa, como mi polla, era enorme.

Controlarme. Debía controlarme y tener un poco más de paciencia. Las cosas buenas se hacen esperar. ¿Verdad?

Me senté ante el escritorio y me llevé a la nariz los dedos que le había metido en su prieto coño, inhalando su aroma una vez más. Sí, era una acción masoquista, peor que cualquier otra clase de tortura imaginable — salvo claro está, la de ver a otro follándosela hasta reventar ante mis ojos —, pero no podía resistir el encanto de *l'eau* de Delaine.

De pronto me di cuenta que se me había puesto dura como una piedra desde que entró en el comedor cubierta solo con mi puta camisa. Gemí del dolor que me producía mi tiesa polla, retorcida y aplastada en la incómoda postura en la que estaba. Me metí la mano bajo los calzoncillos e hice una mueca de dolor al liberarla. Tan dura la tenía que la habría podido usar para perforar las traviesas de la vía férrea.

No podía dejarla en ese estado. No podría trabajar con eso meneándose delante de mis narices, sobre todo sintiendo aún el sabor de Delaine en mi lengua y con su olor perdurando en mis dedos y en mi incipiente barba.

Metí la mano en el cajón superior de mi escritorio y saqué una botella de leche corporal que guardaba allí.

Me eché un buen chorro en la palma y empecé a hacerme una paja. Cerré los ojos y me imaginé a mi nena de dos millones de dólares, cubierta solo con mi camisa, arrodillada entre mis piernas mientras yo estaba sentado ante la mesa. Deslicé el pulgar alrededor de la cabeza de mi polla y siseé de placer, imaginándome que Delaine me la lamía con la lengua, chupándome la temprana gota que rezumaba al lubricárseme. Ella cerró los ojos y gimió de gusto al saborearla.

Se lamió el labio inferior anhelante, deseando más mientras su ávida boquita me devoraba la polla y se la tragaba hasta el fondo. Sentí las paredes de su garganta rodeándome la punta de la polla y ella gimió de gusto meneando rítmicamente la cabeza, arriba y abajo. Acoplé mi mano a la cadencia de los movimientos imaginarios de Delaine. Me froté con más rapidez y presión la polla, recordando la noche en la que la follé por la boca, entrando y saliendo de sus labios fruncidos de un perfecto color rosado.

La Delaine imaginaria alzó la vista para mirarme y yo me apreté más aún la base de la dura polla, meneando las caderas enardecido para metérsela hasta el fondo. Con la mano libre que me quedaba, me agarré al borde del escritorio con tanta fuerza que creí oír la madera crujir bajo la punta de mis dedos. Pero sus ojos —azules y llenos de vida, tan cálidos, tan ávidos— no se apartaron de los míos. Me la chupó con ardor y rapidez. Luego dejó que mi polla se le saliera de la boca emitiendo un sonido de succión antes de echarse el pelo sobre el hombro, y después me la lamió de la base a la punta y se la volvió a meter hasta el fondo de la boca, gimiendo de placer.

Agarrando a Delaine por detrás de la cabeza, la mantuve pegada a mi polla mientras el calor del orgasmo se extendía por mi cuerpo antes de derramar a chorros mi blanca semilla por su garganta en rítmicas y potentes sacudidas. Cuando me vacié del todo, abrí los ojos. Ella había desaparecido y mi mano estaba cubierta de mi propia leche.

Lanzando un suspiro busqué dentro del cajón del escritorio y saqué una toallita húmeda desinfectante. Me limpié el fluido blancuzco y viscoso.

En cuanto estuve limpio de bacterias, me concentré en mi ordenador. Abrí el programa del sistema de seguridad y descubrí a Delaine en la cocina. Le había dicho que podía hacer lo que quisiera ¿y esto es lo que había decidido hacer? Estaba lavando los platos mientras bailaba por la

cocina al ritmo de una melodía que sonaba en su cabeza. Tenía que acordarme de comprarle un iPod cuando fuéramos de compras. Meneaba las caderas brincando por la cocina con el pelo moviéndosele de un lado para otro. Pompas de jabón flotaban a su alrededor y Delaine giró sobre sí misma con la cabeza echada atrás, bailando y riendo como si no tuviera ninguna preocupación en la vida. No pude evitar soltar unas risitas cuando se le metió un mechón de pelo en la boca y al escupirlo apartándolo de un manotazo, la punta de la nariz se le llenó de burbujitas. Se las sacó soplando y las burbujitas se elevaron flotando en el aire mientras ella seguía lavando los platos.

Cerré el programa, sabiendo que si me distraía contemplándola no revisaría los archivos que debía repasar ni le escribiría el *e-mail* a Mason para que lo enviara a los de la junta directiva por la mañana.

Un par de horas más tarde, ya veía doble antes de terminar mi trabajo. Apagué el ordenador y la lámpara del escritorio y fui a acostarme.

Cuando llegué al dormitorio vi que Delaine ya estaba durmiendo con un aspecto angelical. Pero sabía que ella era en realidad el demonio disfrazado. Me di una rápida ducha y me metí en la cama, alegrándome al descubrir que estaba desnuda, tal como le había pedido. Por tanto me acurruqué contra su espalda rodeándole el vientre con los brazos. Ella se revolvió un poco en sueños y masculló algo ininteligible antes de dejar de moverse y de que su respiración se normalizara de nuevo.

De repente se me ocurrió que tal vez lo de Delaine se me estuviera yendo de las manos y que no me lo podía permitir. Mañana volvería a reafirmarme en mi postura y le recordaría tanto a ella como a mí la razón por la que Delaine estaba aquí.

Lo haría mañana...

A la mañana siguiente me desperté con la polla embutida en la misma precaria postura, entre sus aterciopelados muslos, igual que el día anterior. Pero hoy sería distinto. Ella estaba aquí por una razón y yo aunque no fuera del todo un cabrón, tenía mis necesidades fisiológicas.

Estaba con el brazo izquierdo rodeándole la cintura y con la otra mano

cubriéndole sus fabulosas tetas. (*¿De verdad acabas de emplear la palabra «tetas»?* , preguntó el idiota del hombre crecidity que por lo visto se había revertido en un adolescente de diecisiete años tocando tetas. ¡Madre mía!, el contacto con sus melones me estaba sorbiendo los sesos.) Deslicé la base del pulgar por su pezón... y nada. Bueno, probaré con otra cosa, me dije. Entonces intenté excitarla pellizcándoselo un poquito con el pulgar y el índice cada vez que se lo acariciaba.

¡Houston, tenemos guijarritos enhiestos!

Se retorció un poco en sueños y esperé que fuera porque le resultara agradable y no porque pudiera oír mis inmaduras divagaciones. Al moverse me di cuenta del hierro al rojo vivo que tenía pegado al cuerpo y del demencial gusto que me daba cuando lo meneaba entre sus cálidos muslos.

Solo necesitaba un poco de lubricación para correrme sin hundir mi verga en su virginal coño. Todavía no estaba ella preparada para eso, aunque yo me muriera por conseguirlo.

Le besé el hombro desnudo y se lo cubrí con una lenta sucesión de besos hasta llegar a su cuello. Mientras tanto, meneé las caderas haciendo rodar entre mis dedos su pezón. Delaine gimió un poco y posó su mano sobre la mía. Me quedé paralizado un segundo, preocupado por si su protesta se debía a lo que le estaba haciendo, y de pronto me dije que me la traía floja si ella quería o no que yo continuara.

Para mi sorpresa, no intentó sacarme la mano. En su lugar, se puso a masajearla, animándome a tocar su pecho con más ardor. Este acto tan sugerente para mí hizo que la embistiera con mis caderas y sentí cómo ella se tensaba al ponerse la mano entre las piernas y encontrar mi polla.

—Todavía no —le susurré con los labios pegados a su cuello, y entonces me puse a chuparle la piel de esa zona.

Ella se estremeció entre mis brazos y al sentirla temblar la polla se me puso dura a más no poder. Necesitaba más fricción. Le metí la mano con la que le cubría el vientre entre las piernas y le abrí sus repliegues para que me humedeciera la polla con su coño mojado. Meneando las caderas, se la deslicé un par de veces por su carnosa hendidura y lancé un gemido de placer sin poder evitarlo al sentir sus cálidos jugos.

—¡Ah, cómo me gusta... sentirte... ahí! —le susurré jadeando a cada suave acometida de mis caderas.

Delaine arqueó la espalda cambiando el ángulo contra el que mi polla frotaba, pero yo sabía que aquello aún no era lo que ella necesitaba. Le cogí la mano y se la llevé más abajo para que sintiera cómo nos movíamos juntos. Arqueó más aún la espalda al presionar yo con más fuerza nuestras manos contra la parte inferior de mi polla, y como mis dedos eran más largos, extendí el pulgar para presionar mi glánde contra su clítoris.

—¡Ah! —gimió de placer con voz ahogada y entonces movió la espalda para deslizar su coño por mi polla hasta sentir la punta de nuevo contra su clítoris.

—¡Más! —gemí con la cara pegada a su hombro.

Saqué la polla un poco y se la volví a meter entre las piernas, pegando tanto el glánde a sus carnosos pliegues que sin querer se lo hundí en ellos. La punta le entró apenas antes de sacarla yo y volvérsela a meter. Pero lo que me dejó pasmado es que ella empujaba para sentirla más adentro y ni siquiera se tensó cuando yo estaba en la abertura de su sexo.

Me mantuvo con su mano ceñido a ella mientras yo meneaba las caderas y seguía con más ardor mis acometidas entre sus húmedos pliegues. Como Delaine ya no necesitaba que la siguiera sujetando, me separé un poco y la agarré de las caderas para empujar mejor.

¡Qué suave, caliente y mojada estaba! Mi polla estaba empapada con sus jugos, me moría por follarla. Mis embestidas se volvieron más fuertes y veloces, y entonces ella deslizó su resbaladizo pulgar por la hendidura de la punta de mi polla y luego por el ribete del abombado glánde. Me estaba volviendo loco.

Tenía que calmarme, así que meneé las caderas con amplias acometidas dejando que la punta de mi polla le penetrara un poco de nuevo. Ella empujó y yo le hiqué el glánde en sus carnosos repliegues. Se quedó paralizada al instante, conteniendo el aliento y tensando todo el cuerpo.

—Relájate, nena —le susurré al oído entre jadeos, pegándome a su cuello para intentar calmarme mientras la punta de mi polla seguía en su mojada grieta. Joder, qué bien olía, e incluso sabía mejor aún.

—Me muero por follarte —musité jadeando sin moverme por miedo a hacerla mía—. Joder, ¿por qué me gustará tanto?

Mi palpitante polla estaba deseando penetrar su apretado coño. Una vocecita en mi cabeza gritaba para que se la metiera hasta el fondo y se la

sacara, se la metiera hasta el fondo y se la sacara. Tal vez si empujaba un poco más con la punta...

—No te muevas, gatita —le susurré contra su nunga.

Se la metí un poco más, sintiendo las apretadas paredes de su coño ciñéndose alrededor de mi polla mientras le hincaba la punta entera. Solo me permití moverme muy poco para no perder el control.

—No te... muevas —le susurré casi suplicándoselo, cerrando con fuerza los ojos e intentando reprimir las ganas de hincársela hasta el fondo.

De su garganta salió un pequeño gemido y sentí que deslizaba su mano entre sus muslos para acariciarme la polla.

—¡Joder! —exclamé sacándola de golpe y saltando de la cama.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —me preguntó ella sentándose en la cama, perpleja.

—¡Me cago en la leche! ¡No puedes hacer eso, Delaine! No sabes cuánto me cuesta aguantarme para no follarte en este mismo instante y vas y me excitas más aún. ¿En qué coño estabas pensando?

Ella agachó la cabeza dejando que el pelo le cayera como una cortina, para que yo no le viera la cara.

—No lo sé —respondió balanceándose con la frente pegada a las rodillas—. Seguramente pensé que iba a gustarte. Era tan agradable —refunfuñó.

¡No jodas! Por lo visto ella también lo estaba deseando.

Una amplia sonrisa se dibujó en mi cara y me apresuré a volver a la cama, con la verga tiesa como un mástil, dispuesta a darle a Delaine lo que quería. Y entonces el inflagaitas de mi puto móvil se puso a sonar. Estuve a punto de arrojar el maldito teléfono por la ventana, pero sabía que no podía hacerlo.

Gruñendo, me dirigí a la mesita de noche donde reposaba, con la polla bamboleándome al caminar.

—¡Diga! —grité respondiendo la llamada.

—Buenos días, señor Crawford. Espero no haberle despertado —contestó la voz nasal de la secretaria de David.

—¿Qué quieres, Mandy?

—El señor Stone me ha pedido que le haga saber que ha convocado una

reunión de emergencia de la junta directiva por la reciente crisis —dijo.

—¿Qué crisis?

—¿Es que no ha visto las noticias? La Bolsa está cayendo en picado en todo el país por el derramamiento de petróleo. Las acciones del Loto Escarlata están bajando mucho.

—¡Hijo de...! —exclamé dándome una palmada en la cara—. De acuerdo. Ahora mismo voy. Dile a Mason que me espere abajo con los últimos informes.

Colgué el teléfono sin más.

—Lo siento, pero hoy no podré ir de compras contigo —le dije a Delaine.

—¿Y yo qué debo hacer? ¿Seguir poniéndome tu ropa? —me preguntó mosqueada alzando por fin la vista mirándome a los ojos.

—Por más que me encante verte con mi ropa, no tengo nada lo bastante pequeño para ti —le dije, pero de pronto tuve una idea—. Le pediré a Polly que te lleve de compras. Tiene muy buen gusto para la ropa.

Cogí la cartera del cajón de la mesita de noche y saqué una tarjeta de oro.

—Toma. No te preocupes, gasta todo el dinero que quieras. Estoy seguro de que a Polly tampoco le preocupará. La llamaré para explicarle lo que te hará falta, pero puedes comprar cualquier otra cosa si quieres.

—¿Y mientras tanto qué me pongo? —me preguntó mirándose—. No puedo salir de casa con esta pinta.

—Le diré a Polly que te preste algunas prendas suyas.

Marqué el número de Polly mientras me dirigía al baño y le indiqué el vestuario que Delaine necesitaría, salvo la ropa interior, claro está, porque quería ir con ella a comprarla. Habría fiestas a las que tendríamos que asistir y quería asegurarme de que vistiera adecuadamente. Por supuesto a Polly le entusiasmó ir de compras con Delaine gastando mi dinero a lo loco. Le advertí que no la presionara demasiado en cuanto a la ropa y que le dejara escoger algunas prendas por sí misma. También le especificué que no intentara husmear. Si a Delaine le apetecía contarle algo, lo haría por su propia voluntad.

Cuando terminé de vestirme, le di a Delaine unas instrucciones de

última hora.

—No le cuentes nada de nuestro trato, por más que intente sonsacarte información. Cuéntale lo que quieras de tu vida personal, pero recuerda que nos conocimos en Los Ángeles. Volveré a eso de las seis. No te olvides de estar esperándome junto a la puerta.

Dicho esto, la cogí en brazos, le planté un brusco beso en la boca y la dejé caer en la cama.

—Estaba deseando verte hoy con una lencería de modelo exclusivo. Pero otro día será —le dije haciéndole un guiño y dándole juguetonamente un azote en el culo antes de coger la cartera y la chaqueta.

Detestaba tener que dejar que se las apañara sola con Polly en su primer encuentro, pero no tenía elección. Con un poco de suerte Delaine sería lo bastante fuerte para manejarla o lo bastante evasiva para mantenerla a raya por el momento. Además, yo estaba deseando que Polly se lo pasara tan bien visitando tiendas y gastando a manos llenas, que se olvidara de husmear.

Al menos eso esperaba.

6.

El dúo perverso

Lanie

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa? —oí que decía una voz cantarina desde la entrada—. ¿Delaine? Soy yo, Polly. Ha llegado tu extraordinaria compradora personal para sacarte del paraíso.

Me apresuré a bajar, cubierta con la misma camisa que me había puesto la noche anterior para cenar. Y por más corte que me diera encontrarme por primera vez con una desconocida llevando solo una camisa de puta, no tenía elección.

—Asegúrate de pulir esta semana los objetos de plata, y dile al cocinero que esta noche cambie el menú por carne asada —dijo Polly garabateando algo en la hoja de una tablilla provista de sujetapapeles, y luego se la entregó a la misma doncella que me había indicado la mañana anterior el camino para ir a la cocina—. Gracias, Beatriz, estás haciendo un gran trabajo, como de costumbre.

Luego alzó la vista y me vio.

—¡Ah, hola! —exclamó.

Saltaba a la vista que se trataba de una de esas risueñas personas madrugadoras. Era una rubia platino de pelo vaporoso, tan sonriente y despampanante que me recordó a la capitana de las animadoras de un instituto que salía en una película de los ochenta. Casi me contagia su vitalidad y una parte de mí quería darle un sopapo por hacerme sentir de esa forma.

—Mm..., hola —repuse sintiéndome incómoda—. Soy Lanie Talbot.

—Y yo, Polly Hunt —dijo esbozando una amplia sonrisa—. ¡No sabes cuánto me alegro de conocerte por fin!

Le ofrecí la mano con un cordial gesto para que me la estrechara, pero ella puso los ojos en blanco juguetonamente.

—¡Oh, por favor! —exclamó en voz baja a través de su respingona nariz,

rechazando con un ademán mi formal saludo—. Vamos a pasar todo el día juntas de compras. Y en mi mundo esto es como tener sexo —añadió soltando unas risitas, y luego me agarró para darme un fugaz abrazo—. A propósito, esto es para ti —dijo entregándome una bolsa rosa.

—¿Es ropa? —le pregunté para confirmarlo.

—Sí, señorita. ¿Qué le ha pasado a la tuya?

—Pues... —le empecé a decir sin tener ni idea de lo que iba a contarle —, como decidí venir a vivir con Noah a última hora, no tuve tiempo de hacer las maletas. Y lo poco que me traje no encajaba con el estilo ni la tendencia de la ropa que lleváis, así que me desprendí de ella.

Por lo menos daría la impresión de saber algo de moda, ¿no?

Polly arqueó una ceja perfectamente depilada y hasta vi las ruedecitas dentadas rodando en su cabeza para averiguar si le decía la verdad.

—¿Y cuando te pusiste la camisa ibas desnuda? —me preguntó mirándome como si no se lo hubiera tragado.

—Mm..., no —repuse medio riendo—. ¡Claro que no, qué cosas dices! La ropa que llevaba está sucia. Sí, está sucia.

—Ajá —contestó mirándome con desconfianza—. Entonces ¿por qué no vas a cambiarte para ponemos en marcha enseguida? ¿Te parece bien?

Viajar en un Beamer, el cochecito rojo de Polly, fue un auténtico suplicio. Ser capaz de hacer mil y una cosas a la vez es un don, pero yo no estaba segura de que ese don debiera usarse mientras conduces. Fue a toda leche sobrepasando con creces el límite de velocidad, con la radio puesta y hablando incluso más deprisa de lo que circulaba, sin hacer ninguna pausa. De vez en cuando pegaba algún que otro bocinazo y le soltaba una impertinencia a un motorista por circular demasiado lento o por cambiar de carril cuando a ella no le convenía.

—Es Chicago. ¡Aprende a conducir o no circules por la carretera, gilipollas!

Me miró y sacudió la cabeza poniendo los ojos en blanco.

—Los que van con miedo son peligrosos y no tendrían que ponerse al

volante.

Coincidió con ella, pero en ese caso a las conductoras hiperactivas y violentas con un chute de cafeína tampoco tendrían que permitirles conducir.

Se metió en un hueco libre, y por «libre» me refiero a que se coló en él sin esperar apenas a que saliera el coche que lo ocupaba. Aparcó en batería sin reducir la velocidad, subiéndose al bordillo y obligando a algunos peatones que caminaban por la acera a esquivarla de golpe.

Despegué mis crispados dedos del salpicadero, donde seguro que dejé mis huellas impresas de la fuerza con la que me había agarrado y salí del coche. Incluso habría estado dispuesta a besar el suelo de no haber sido una escena demasiado grotesca. Las calles y las aceras públicas eran como placas de petri cultivando cócteles de esos que te dejan tieso.

—Vamos, chica —dijo Polly poniéndose las gafas de sol y colgándose luego el bolso al hombro.

Yo no me habría puesto ni loca sus zapatos de tacón de aguja de infarto ni su exiguo vestido que parecía estar hecho para una quinceañera en lugar de para una mujer adulta, pero ella lo sabía llevar como si nada. En serio, estaba despampanante y se movía contoneando las caderas como diciendo «ven aquí bomboncito».

Cuando entramos en la primera tienda, las dependientas que estaban detrás del mostrador la reconocieron enseguida, incluso la llamaron por su nombre.

—¿Son amigas tuyas? —le pregunté.

—Profesionalmente sí, no socialmente —me respondió en voz baja—. Visito esta tienda cada dos por tres. Y además les doy buenas propinas.

—Señoritas —anunció volviéndose hacia ellas blandiendo la visa de oro de Noah en el aire—, ¿seríais tan amables de sacarle a mi nueva amiga vuestras mejores prendas?

Me llevaron a toda prisa a un probador para que me desnudara y antes de darme tiempo a sacarme la ropa, ya me habían colgado sobre la puerta varios vestidos. Gruñí en mi interior, porque ir de compras no era lo mío, pero debo admitir que me sentí como una especie de Julia Roberts en *Pretty Woman* al ser el centro de tantas atenciones.

Polly se quedó junto a la puerta elogiando la ropa que le gustaba y burlándose de la que desechaba. Creí que al menos estaba segura en ese pequeño espacio, aislada del resto del mundo. Pero Polly no me lo iba a permitir. Abriendo la puerta de un empujón, irrumpió en el probador como si yo no tuviera nada que ella no hubiera visto antes. Supongo que así era, pero con todo me habría gustado gozar de un poco de privacidad.

Estaba aprendiendo a marchas forzadas que en el mundo de Noah por lo visto todo quisqui podía verme en bolas. Ergo, olvidándome de mi pudor, me quedé con todo al aire tal como mi madre me trajo al mundo, como una modelo que es la envidia de todas las mujeres, aunque yo no me considerara nada del otro mundo.

—¿Y? —me dijo Polly suspirando mientras se sentaba en el banco del probador y me miraba—. Cuéntame cómo tú y Noah os conocisteis.

—Mm..., supongo que como cualquier otra pareja —repuse intentando averiguar cómo diablos iba a ponerme el extravagante vestido que acababa de darme para que me lo probara.

—No todas las parejas se conocen de la misma manera. Cada una tiene su propia historia. Cuéntame los detalles, nena —dijo ayudándome a ponérmelo.

Y entonces me entusiasmé, porque su curiosidad me permitiría jugar con Noah un poco. Él me había dicho que podía contarle lo que quisiera.

—Como probablemente se subiría por las paredes si se enterara de que te lo he contado, tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

—Te doy mi palabra de bruja —repuso poniéndose el dedo corazón y el índice debajo de los ojos como hacía Samantha en *Embrujada*. Me conquistó al instante con ese gesto, era una auténtica psicópata que iba tras mi corazón.

—Lo conocí en la entrada de un espectáculo de *drag queens*[\[2\]](#) —le susurré al oído—. Era tan guapo que lo tomé por uno de los actores.

—¿Noah Crawford asistió a un espectáculo de *drag queens*? —gritó Polly soltando unas risitas, y yo le tapé la boca con la mano para hacerla callar.

—Me *dijo* que no solía ir por aquel barrio, que solo quería tomar una copa y que acabó allí por casualidad —añadí adornando la historia—. Cuando me lo encontré estaba junto a la entrada fumándose un pitillo y me

he estado preguntando si estaría allí porque acababa de follar.

Polly y yo nos echamos a reír pasándonoslo en grande.

—¿Y luego qué ocurrió? —me preguntó de lo más interesada.

—Cuando estaba a punto de echarle esa mirada de «Venga ya, a mí no me la das», vi que se comía con los ojos a las chicas —dije sacando las tetas—. Estoy segura de que lo hizo para demostrarme que no le iban los tíos.

—Tienes unos bonitos melones —señaló encogiéndose de hombros como diciendo, *con ese par es lógico que le gustaras*.

—Luego me dijo si quería ir con él a tomar una copa y como era tan guapo y me estaba intentando demostrar lo machote que era, le dejé que me follara. Y desde entonces no me lo he podido sacar de encima —añadí riendo.

—Me alegro de que por fin haya decidido salir con una chica, sobre todo después de lo que le pasó con Julie —me contó recolocándome las tetas para que me quedara bien el vestido. Creo que en el fondo quería manoseármelas. Si hubiera sido ese el caso, no me habría importado, pero sentí curiosidad por lo que me acababa de decir.

—¿Julie? ¿Quién es Julie? —le pregunté deseando conocer esta información del pasado de Noah, no porque me interesara sino para usarla como arma arrojadiza si lo necesitaba en el futuro.

—Nadie. No importa. No debería habértelo dicho —repuso enseguida—. Sí, estás de lo más atractiva con este vestido.

Por qué cambias de tema, tramposilla. Te lo acabaré sonsacando, pensé.

No te imaginas las horas y horas que pasamos yendo de compras. Dejé que Polly eligiera la mayor parte de la ropa y todos los zapatos. No me importaba estar guapa y me habían encantado los zapatos tan monos que había elegido para mí, pese a saber que podría romperme la crisma cuando los llevara. Aunque no me dejó comprar ropa interior porque era Noah quien quería ir conmigo a elegirla. ¡Venga ya! ¿Es que una chica no podía tener en su vestuario algunas braguitas de algodón o qué?

Por suerte Polly decidió al fin hacer un descanso para almorzar.

—Cuéntame algo de ti —me dijo atacando la ensalada.

—¿Qué quieres saber?

—No sé. Supongo que lo esencial. ¿De dónde eres? ¿Quiénes son tus padres? ¿Cuál es tu profesión? Me refiero a esta clase de cosas. Noah ni siquiera me quiso decir tu nombre —se quejó poniendo los ojos en blanco. Saltaba a la vista que estaba molesta con él por haberse negado a darle cualquier detalle sobre mí.

—No te lo ha querido decir porque me he acogido a un programa de protección de testigos —le conté despreocupadamente antes de pegarle un bocado a mi sándwich.

—¿Que te has acogido a qué? —exclamó atónita dejando caer el tenedor.

—Sí —le respondí intentando con todas mis fuerzas no partirme de risa.

Pero mi intento fue inútil, porque al ver su cara de perplejidad, me eché a reír prácticamente escupiendo migas de pan por todas partes.

—¡Menuda mentirosilla! —dijo riendo—. He estado a punto de creérmelo. Ahora dime la verdad.

—Vale. La verdad es que crecí en Graceland y que mi padre es Elvis Presley.

—¿Elvis y Graceland? —dijo con una ceja arqueada—. ¿No te parece que eres un poco joven para ser su hija?

—Ajá. ¿Es que no te has enterado? En realidad no está muerto. Se fue con Tupac y Biggie, hinchándose de anfetanas y fumando porros.

Polly lanzó un suspiro poniendo los ojos en blanco.

—¿Te lo creerías si te dijera que crecí en el rancho de Neverland de Michael Jackson? —le pregunté haciendo gala de mi mejor imitación de Maxwell Smart, el protagonista de la serie *Superagente 86*—. Soy lo bastante blanca para ser su hija, ¿verdad?

—De acuerdo, listilla —dijo arrojándome una rodaja de pepino—. Va lo he pillado. Es obvio que no quieres hablar de ti. Pero ¿por qué, Lanie? ¿Qué estás ocultando?

—¡Oh, no, no lo has pillado! —repliqué señalándola con un dedo acusador—. Noah ya me advirtió de tus maquinaciones para enterarte de

todo. No intentes jugar al detective Super Sleuth conmigo. No soy tan interesante como crees. Vengo de una ciudad pequeña y me fui a vivir a Los Ángeles porque soñaba con ser una actriz porno. Pero por desgracia no me contrataron —afirmé encogiéndome de hombros.

Polly, que en ese momento estaba bebiendo agua, se atragantó al oírme, y yo no pude evitar reírme de su cara alucinada.

—Era una broma... me refiero a lo de que vengo de una ciudad pequeña —dije soltando unas risitas.

Esta observación provocó otro resoplido de Polly, pero al final se olvidó del tema cuando le pregunté sobre ella. Por lo visto no tenía secretos. Hasta me contó la postura sexual que ella y su marido habían probado la noche antes y me dijo que no dejara de probarla con Noah. Pero lo que no sabía, ni nunca podría saber, es que yo era una prostituta virgen y que no tenía voz ni voto en lo que Noah y yo hicimos en el dormitorio... o en la mesa del comedor... o en la limusina... o en la bañera. Y además yo era una novata en esos menesteres.

Por fin terminamos de comer, la banda magnética de la tarjeta de oro de Noah se había desgastado de tanto usarla y el maletero del coche de Polly apenas se podía cerrar de lo lleno que iba. En el camino de vuelta a la propiedad de Crawford seguí sin soltar prenda, o sea que estaba muy orgullosa de mí. No sabía si Polly se había creído algo de lo que le había contado durante el día, salvo quizá lo del chisme en cuanto a que nos conocimos en una actuación de *drag queens*. Si he de serte sincera, Polly no era una mujer tan dura de pelar como Noah me había hecho creer.

Torcimos por el sendero circular de entrada y Polly aparcó delante de la puerta de la mansión. Pero no se bajó del coche.

—Me caes bien, Lanie —me dijo girándose hacia mí y sacándose las gafas de sol—. De verdad. Y estoy segura de que seremos grandes amigas. Pero te voy a decir algo —añadió—. Noah no es solo para mí y Mason un jefe, sino también un amigo, y Dios sabe que no tiene demasiados. En el pasado le hicieron daño y no permitiré que le vuelva a ocurrir. Por tanto mientras te portes bien con él, yo no me meteré en tu vida.

Poniéndole mi mano en el hombro, la miré con cara seria.

—Polly, eres una mentirosa de mucho cuidado, pero intentaré no tenerlo en cuenta.

Se quedó boquiabierta como si la hubiera ofendido, pero sabía que la estaba desafiando. En ese momento llegó Samuel para ayudarnos con los paquetes. Le hice un guiño a Polly y salí del coche, dejándola papando moscas.

Pensé que era bonito que Polly fuera tan protectora con Noah. Pero si hubiera sabido la verdad sobre nuestra relación, se lo habría pensado mejor antes de darme a entender que «si le hacía daño a Noah, me las tendría que ver con ella». No llegó a amenazarme abiertamente, pero me estaba avisando.

—¡No te perderé de vista, Lanie! —me gritó desde el coche mientras Samuel y yo nos dirigíamos a la casa.

—¡Hasta mañana, Polly! —contesté soltando unas risitas al girar la cabeza y luego desaparecí dentro.

Subí al dormitorio de Noah y empecé a sacar la ropa nueva de las bolsas. No tenía idea de dónde ponerla, pero intuía que la mayoría de prendas que Polly había elegido para mí no debían guardarse ni meterse apiladas en un cajón. De modo que me dirigí al armario de Noah y lo abrí. Me habría gustado decir que me quedé alucinada por lo ordenado que estaba, pero no fue así. Vi hileras perfectas de zapatos, todos ellos impecables; las camisas estaban clasificadas por colores, al igual que las chaquetas y los pantalones de los trajes; protegido todo con bolsas de plástico de la tintorería. Pero lo que más me chocó es que había un espacio entre cada pieza de ropa para que no estuvieran pegadas.

Era un obseso del orden.

¿Qué podía hacer entonces? Sonreí malévolamente mordisqueándome la comisura de la boca. Y luego empujé su ropa hacia un lado y colgué la mía junto a la suya. ¡Y si no le gustaba, que me ofreciera una habitación para mí!

A las seis menos cuarto ya había guardado toda la ropa y estaba esperando a Noah junto a la puerta, tal como me había pedido. Si quieres saber mi opinión, era ridículo que esperara que yo le aguardase plantada ante la puerta como June Cleaver. Supongo que a Noah le encantaría que le

cogiera la cartera, le ofreciera su jersey y le diera un beso en la mejilla antes de acompañarle a la sala de estar para que se sentara en su sillón preferido, donde le estarían esperando sus zapatillas y su pipa. ¡Pero no iba a hacerlo ni loca, Ward Cleaver![\[3\]](#)

El clic del pomo de la puerta me arrancó del mundo fantástico de Telelandia y dejé de morderme las cutículas. Noah tenía pinta de estar hecho polvo, pero al verme sonrió al instante.

—¡Hola, cielo! ¿Cómo te ha ido el día? —le dije con la sonrisa más artificial y sarcástica que conseguí poner.

Noah soltó una carcajada y dejó la cartera sobre la mesa.

—Fatal —me respondió pasándose la mano por entre el pelo y ladeando la cabeza para mirarme.

—¡Ay, pobrecito mío! —exclamé burlona sacando el labio inferior en un mohín—. Estar sentado todo el santo día ante el escritorio en un cómodo despacho con aire acondicionado mientras tus empleados acatan tus órdenes en un parpadeo es agotador, ¿verdad?

—Ya sabes que tu boca me gusta más cuando le meto algo para que esté calladita —me advirtió desabrochándose el cinturón—. Así que ¿por qué no vienes aquí y me consuelas un poco? —añadió dejando salir su descomunal miembro.

Me quedé boquiabierta, y supuse que se me había quedado la misma cara que había puesto Polly en el coche.

—Sí, así, pero con mi polla dentro.

—¿Aquí? ¿En la entrada? Es que no estoy segura de que la cocinera se haya ido. ¿Y si alguien nos ve? —dije hablando atropelladamente.

Yo tal vez estuviera aterrada, pero la Agente Doble Coñocaliente ya estaba de rodillas rezando con las manos en alto, rogándome que le hiciera caso.

—Ahí está la gracia, ¿no te parece? —me respondió tirando de mí para que me acercara.

Noté los movimientos de su mano contra mi vientre mientras él se la meneaba. Noté sus cálidos jadeos en mi cara, sus labios casi pegados a los míos.

—Me apuesto lo que quieras a que esto te pone cachonda, ¿verdad,

Delaine? El que te puedan pillar de rodillas con mi polla en la boca.

Me deslizó la punta de la lengua por el labio inferior, acariciándome apenas el superior, jugueteando conmigo para acaparar toda mi atención.

—Te voy a enseñar a hacer unas cosas que ni siquiera te has podido imaginar —me susurró—. Cosas prohibidas que te garantizo te encantarán.

De pronto me acordé de que aún iba sin bragas y que la Agente Doble Coñocaliente ya estaba babeando. Este tipo te embujaba con sus palabras.

Atrapada en su trance, me arrodillé entre sus piernas y tomé su polla en mis manos. Él gimió de gusto al lamerme yo los labios y chuparle sensualmente la punta, apresando con la lengua la temprana gotita perlada que se había asomado al lubricársele el miembro. Me la tragué poniendo cara de libidinosa como si la saboreara. Esta escena me hizo ganar otro gemido suyo de placer.

—¿Te gusta, Noah? —le pregunté con voz profunda y lujuriosa.

Me acarició la mejilla con el dorso de la mano y luego me hundió los dedos en mi cabello. Con un rápido movimiento, me empujó la cabeza hacia él y me metió la polla hasta la campanilla.

—¡Sí, joder, cómo me gusta, nena!

Se la trabajé con rapidez, chupándosela, lamiéndosela y meneándosela en mi boca, tragándomela casi entera tal como me había dicho la primera noche que le gustaba. Agarrándolo por las caderas, hice que me la metiera y sacara a un ritmo cada vez más turbador. Él echó la cabeza atrás deshaciéndose de placer y cerró con fuerza las manos entre mis cabellos.

—No seas tan fogosa, nena. Vas demasiado rápido —gimió intentando sacar la polla un poco de mi boca, pero yo se lo impedí.

Apoderándome de ella de nuevo, tiré de él. Si iba a alejarse de mí, lo haría sin su verga pegada al cuerpo y estaba segura de que él no querría eso. La sentí palpar en mi boca y relajé la garganta para tragármela toda entera, intentando desesperadamente no vomitarle encima.

Gruñó de placer y entonces noté su caliente semen deslizándose por mi garganta al soltarlo él a chorros en rítmicas y potentes sacudidas. Al alzar la vista, vi su cara contraída como si estuviera sufriendo. Los rostros pueden dar pie a engaño. Pero en cuanto al suyo, por más que detestara admitirlo, era deliciosamente sexi.

Cuando me soltó el pelo y el cuerpo se le relajó, me fui sacando lentamente su polla de la boca dándole lametazos. Después la solté y la contemplé bambolearse flácida.

—Veo que aprendes rápido, nena —dijo dándome unas palmaditas en la cabeza como si fuera un perro antes de subirse los pantalones.

¡Arrogante hijo de puta!

—No sé si a ti te ha pasado lo mismo, pero a mí se me ha abierto el apetito. Vayamos a cenar —añadió dando una palmada la mar de feliz.

Noah

Todo el puto día había estado intentando ocultar mi polla empalmada bajo mis caros pantalones. ¡Dios mío!, había pagado un dineral por ellos pensando que dispondrían de algún curioso sistema para ayudarte en esta clase de aprietos: algún invento Bloqueador de Pollas como los del inspector Gadget o algo por el estilo.

Pffff, ¡qué le vamos a hacer!

No pude sacarme de la cabeza la imagen de Delaine desnuda, probándose diferentes vestidos y zapatos de tacón de aguja... todo... el maldito... día. Además David Stone no era exactamente mi persona preferida con la que estar. El tarado había sacado conclusiones precipitadamente actuando como si cada pequeña caída de la Bolsa fuera el fin del mundo. El Loto Escarlata era una compañía con mucho aguante y siempre había resistido contra viento y marea. Esta pequeña crisis no le afectaría.

Así que me alegré al llegar por fin a casa e incluso me puse más contento aún al ver a Delaine esperándome junto a la puerta. La verdad es que no creí que fuera a seguir mis instrucciones, pero ahí estaba ella. Y me recibió abriendo esa boca respondona suya, poniéndome la polla más dura aún de lo que la tenía.

Como no fue una decisión demasiado acertada por su parte, le metí algo en la boca para silenciársela. Me merecía una buena palmadita en la espalda por haberseme ocurrido una idea tan brillante.

Y además gocé como un cabrón. Cuando intenté separarme y ella me sujetó la polla impidiéndomelo, ¡fue el no va más! Mi nena de dos millones de dólares estaba aprendiendo a mamármela de puta madre y creo que hasta se me escapó una lagrimilla y todo de emoción.

Sabía perfectamente que las palmaditas que le di en la cabeza como a un perro le reventarían, pero es lo que se merecía por comportarse como una arpía.

Y supongo que ella me castigó no diciendo una sola palabra durante la cena. Ni siquiera respondió a mis descaradas preguntas y esto me cabreó aún más, pero no se lo tuve en cuenta porque planeaba seguir castigándola. Ansioso por hacerlo, insistí en que tan pronto como acabara de cenar se fuera conmigo a la cama. Cuando salí del baño, ella ya estaba en bolas esperándome bajo las sábanas. Tal como le ordené. Para eso le había pagado.

—¿Estás enfadada conmigo? —le pregunté mientras me movía despreocupadamente por la habitación, llevando encima nada más que mi sonrisa.

No me respondió. En realidad hasta se giró para darme la espalda. ¡Que la jodan! No iba a ignorarme. No se lo permitiría en mi propia casa y menos todavía en mi cama.

Me deslicé junto a ella y la giré para que quedara tendida de espaldas.

—No me ignores, Delaine. No me gusta. Sobre todo cuando he pagado dos millones de dólares para que no estés más que por mí.

—¡No soy tu puta! —me soltó mirándome a los ojos.

—Tú serás lo que a mí me plazca —le recordé.

Antes de que pudiera decir nada, le cubrí la boca con la mía. No abrió los labios y tensó el cuerpo. Si iba a hacerse la muerta la felicitaba, porque era un plan brillante, pero estoy seguro de que se había olvidado de lo traidor que era su cuerpo a merced de mis expertas manos.

La castigaría llevándola a las puertas del frenesí sin dejarle llegar hasta el final.

Me aparté y le sonreí burlón, dispuesto a seguirle el juego. De súbito, sin despegar mis ojos de su rostro, le puse las manos en el interior de los muslos y le separé las rodillas antes de rodearle el coño con mi mano. Dio

un grito ahogado, intentando no mostrar ningún tipo de reacción. Seguí mirándola mientras hurgaba entre sus pliegues sintiendo que se le iban humedeciendo por momentos mientras se los palpaba.

—Tu cuerpo te está traicionando, Delaine —le susurré.

Le hundi un dedo en el coño, metiéndoselo y sacándoselo lentamente en un cadencioso vaivén. Hinchó el pecho, su respiración se hizo jadeante y su boca se abrió, pero ella me miró sin decir nada. Saqué el dedo y se lo deslicé alrededor del clítoris. Sentí los músculos de sus piernas relajarse para dejarme hacer, mientras ella intentaba controlarlos. Entonces le metí dos dedos dentro. Los doblé hacia delante varias veces manipulando mañosamente su punto G. Yo sabía lo que Delaine estaba sintiendo. Y ella también. Pero se negaba a demostrarlo.

Saqué los dedos de su coño y me llevé la mano a la boca. Brillaban con sus jugos y noté por cómo olían lo caliente que Delaine estaba. Como seguía sin apartar la mirada, yo sabía que ella vería esos jugos corriéndole pierna abajo.

—Aunque finjas lo contrario, tanto tú como yo sabemos que te has puesto muy cachonda. Y esta... esta es la prueba —afirmé metiéndome los dedos en la boca y envolviéndolos con mis labios. Ella era tan deliciosa que cerré los ojos para saborearla a fondo. Al abrirlos de nuevo, sus brillantes ojos azules se habían oscurecido y tenía las mejillas encendidas de deseo.

Agarrándome por las orejas, me atrajo hacia su cuerpo uniendo con ardor su boca a la mía. Habría soltado una carcajada por lo fácil que había sido quebrar su resistencia de no haberme besado ella con tanta avidez entre jadeos, con sus turgentes pezones apretados contra mi pecho desnudo, contorsionándose voluptuosa e intentando atrapar mis piernas.

En resumidas cuentas, mi maquiavélico plan me estalló en la cara y ya no pude seguir jugando con ella. Quería hacerla mía. Lo necesitaba con desesperación.

Sin despegar mis labios de los suyos, me puse encima de ella adoptando la posición más primitiva que nos daría a los dos placer. Delaine abrió las piernas ansiosa y yo le acaricié seductoramente la lengua con la mía en señal de agradecimiento. En cuanto me posé entre sus piernas, ella levantó las caderas, arrojándose a mi polla mientras gemía en mi boca.

—No vayas tan deprisa, nena —le susurré jadeando, separándome de sus labios e intentando calmar sus ávidos movimientos—. No te preocupes, voy a hacerte gritar de placer.

La besé con dulzura y moví las caderas contra su húmeda hendidura. Delaine arqueó la espalda y yo la estreché contra mí. Luego deslicé mis labios por su mandíbula y su cuello, hasta llegar al lugar donde se une con el hombro y le chupé suavemente la piel de esta zona mientras le metía lentamente la punta de la polla.

Qué mojada y receptiva estaba. Deslizó sus manos por mis costados y por mis costillas, hasta rodearme ávidamente el culo con las manos para que me pegara aún más a ella. Sentí su cálido aliento en el pabellón de la oreja y sus diminutos gemidos de desesperación provocando rítmicas sacudidas en mi polla. Hundiendo su cara en mi cuello, me chupó y lamió la piel. ¡Dios mío, no me podía aguantar más! Necesitaba que se corriera, ahora mismo.

Apuntalándome con los brazos, me separé un poco de ella sin despegar mis caderas de su cuerpo, arremetiendo contra sus mojados pliegues. Delaine se mordió el labio con tanta fuerza que creí que se le partiría la piel. Tenía una mirada de pura concentración mientras se acoplaba a mi cadencioso vaivén con unos movimientos más amplios. Estaba a punto de correrse.

Apoyándome en un codo, la agarré por la parte de atrás del muslo para ponerle la pierna sobre mi cadera. Seguí meneándome con amplias y ardientes acometidas, sintiendo su clítoris restregarse contra la hinchada cabeza de mi polla.

—Venga, gatita. Dime cosas. Te gusta, ¿verdad? ¡Ay, qué gozada! ¿Es que no quieres perder el control? Déjate ir, nena. Déjate ir.

—¡Mierda! Me voy a... —gimió con fuerza entre jadeos poniendo los ojos en blanco, agonizando de placer.

Noté el cuerpo de Delaine ponerse rígido en mis brazos y supe que estaba sintiendo el goce del orgasmo. Sin dudarlo, aprovechando ese instante de arrobo, alcé mi cuerpo y le hiqué la polla, arrebatándole la virtud de un plumazo con una veloz y certera embestida. Ella arqueó la espalda cogiendo aire impactada, con la boca abierta de par en par, sus ojos se encontraron con los míos.

Había esperado a desvirgarla en medio del clímax para que le resultara más fácil, pero ahora no estaba tan seguro de ello. Me refiero a que tenía espejos y sabía lo enorme que era mi polla.

—Respira, gatita —le susurré—. Intenta relajarte. Dentro de poco dejará de dolerte.

No sé a quién estaba intentando convencer, si a mí o a ella, pero yo tampoco me moví. Aunque mis instintos animales me suplicaran que se la metiera hasta el fondo una y otra vez, no lo hice. Porque si no me controlaba ni dejaba que ella se adaptara a mi tamaño, la rasgaría por dentro. Y entonces no podría volver a follarla durante bastante tiempo. Además me sentía como un gilipollas por hacerle más daño del necesario.

Delaine exhaló el aire lentamente mientras su cuerpo se relajaba, y volvió a pegar la espalda a la cama. Empujé con las caderas, penetrando un poco más en su prieto coño. Ella cerró los ojos con fuerza y volvió a morderse el labio. Yo sabía que debería haberme dado igual que le hiciera daño o no, pero soy un hombre, y la mayoría de los hombres queremos que la mujer a la que penetramos goce al menos. Pero era su primera vez, y dadas las dimensiones de mi polla, lo más probable es que le doliera.

Se la saqué casi del todo y se la volví a meter poco a poco. Tuve que pararme de nuevo. Las piernas me temblaban del esfuerzo que hacía para no moverme, gotas de sudor empezaron a resbalarme por la punta de la nariz y creo que hasta contuve el aliento. Creí que iba a estallar por dentro.

—Joder, cómo me gusta tu coño. Qué prieto lo tienes —gemí.

—¿Entonces qué diablos estás esperando? —me retó ella—. Fóllame de una vez y deja de comportarte como un mariquita. A no ser que lo que te preocupe sea correrte demasiado pronto. ¡Dios santo! si no te conociera mejor, creería que el virgen eres tú —me soltó.

Era lo primero que me decía desde que me recibió al llegar yo a casa. Su voz quebrada reflejaba que estaba rendida, pero se había empecinado en joderme hasta el final.

Tal vez pienses que un comentario como este me haría sufrir un terrible gatillazo. Pero no fue así. Al contrario, me la puso insoportablemente dura, si es que esto era posible. No sé por qué, pero su impertinente boca y la forma en que me retaba me ponían muy cachondo. Yo era un maldito cabrón. Pero a mí me la sudaba, porque me encantaba que me excitara de

una forma tan brutal.

—¡Vaya, te arrepentirás de habérmelo dicho! —le solté, apartándome de ella para coger impulso y se la volví a hincar.

Delaine siseó entre sus dientes cerrando con fuerza los ojos. La penetré con cortas acometidas, no quería hacerle daño, pero tampoco me importaba que le gustara o no. Era mía, estaba ahí para mi placer y me iba a asegurar de que supiera que yo no lo había olvidado.

—Este es mi coño, Delaine. Mis dedos han sido los primeros que lo han tocado, mi boca ha sido la primera que lo ha saboreado y mi polla siempre será la primera que lo ha follado. Y durante el resto de tu vida no te podrás olvidar de la sensación de tenerla hincada hasta el fondo. Ningún otro hombre se podrá comparar a mí. He marcado mi territorio oficialmente. Mi coño. ¿Lo entiendes?

Delaine se aferró a mí con las uñas clavadas en mi piel, conteniendo el aliento y apretando los dientes.

—Pues la última vez comprobé que todavía lo tenía pegado al cuerpo —me soltó desafiante.

—Lamentarás esta respuesta —le dije metiéndosela más adentro, no con la suficiente fuerza como para hacerle daño, sino con la justa para darle un toque de atención.

—¡Dios mío! —exclamó ella entrecortadamente.

—Creo que ya sabes que no es ese mi nombre. Inténtalo de nuevo.

Seguí meneando la polla dentro de ella y sentí la presión aumentar con rapidez dentro de mí. Me dolían los cojones, me estaban pidiendo a gritos que los descargara, pero yo quería doblegarla.

Delaine me clavó las uñas en la espalda empujando con las caderas con un gruñido. Seguía apretando los dientes y sus muslos chocaron contra mis caderas al recibir mis acometidas. Tengo que reconocerlo, me había impresionado. Sabía que ella se sentía incómoda, incluso era posible que le doliera, pero no había aflojado ni un ápice.

—¡Dilo! —gruñí acentuando cada palabra con una profunda embestida.

Ella contuvo el aliento, pero me miró a los ojos, desafiándome. Se la hiqué de nuevo con fuerza y entonces la oí gemir.

—¡Es tuyo! ¡Mi coño es tuyo, Noah Crawford!

Eso era todo cuanto quería oír. Tras otra potente acometida, me corrí, gruñendo presa del orgasmo. Me dejé caer con todo mi peso sobre ella y la besé, gimiendo pegado a su boca, soltando mi blanquecina semilla en esporádicas sacudidas hasta vaciarme del todo. Ella me besó a su vez ávidamente, intentando dominar el beso para demostrarme algo que no era necesario demostrar, por más que me doliera admitirlo. Había sido una contrincante digna de encomio. ¡Maldita sea! Me había pagado con la misma moneda. Y si había sido capaz de hacerlo en su primera vez, significaba que me las haría pasar canutas.

Lanie

¡Eso me dolió horrores! ¿Me has oído? ¡Horrores!

La primera vez no me dolió tanto. Seguramente por haberme penetrado en medio del orgasmo cogiéndome por sorpresa tal como él había planeado. Simplemente me quedé aturdida. Pero sentí un gran alivio al ver que por fin había perdido la virginidad, aunque tuviera el Chichi hecho polvo.

Lo que me cabreaba era cuando Noah se detenía. Cuanto más tardara en desvirgarme, más molesto me resultaría. O al menos eso creí. Porque en cuanto me penetró, la sensación de sentirme totalmente llena con su polla fue la más deliciosa de todas cuantas sensaciones había sentido en mi vida. Sabía que iba a dolerme porque el tío estaba dotadísimo, pero sentir aquel primitivo poder entre mis muslos y tomarlo como una veterana me hizo sentir una supermujer.

Y entonces no pude evitar abrir la boca para retarlo. Supongo que fui una boba con inclinaciones masoquistas, una de esas enfermas mentales que no pueden admitir la derrota, pese a saber que me habían jodido, en todos los sentidos. Como un poli novato que irrumpe en el escenario donde está teniendo lugar una carnicería, revólver en mano, pensando que detendrá a delincuentes veteranos como si tal cosa.

Yo no era un gran poli, pero la Agente Doble Coñocaliente se puso la capa y las botas rojas de caña hasta las rodillas como si fuese una especie de superheroína, con unas mallas azules fosforescentes de cuerpo entero y

un cinturón dorado con una C de color rojo vivo bordada en el pecho.

Supongo que se olvidó de que acabábamos de recibir un buen vapuleo.

Noah se tendió de espaldas y me atrajo entre sus brazos para que apoyara la cabeza en su pecho.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó en voz baja.

Asentí con la cabeza porque no sabía qué decirle. No quería admitir que me había dolido horrores. Ni que me había puesto muy cachonda. Ni que en muchos momentos había gozado como una loca. Por lo que no le respondí.

Mi prodigioso Chichi en cambio, ya estaba fumándose un pitillo, exhalando anillos de humo con una sonrisa de satisfacción pintada en la cara.

—Cuando te acostumbres ya no te dolerá —me dijo él tiernamente deslizándolo su mano arriba y abajo de mi brazo, lo cual hizo que enroscara las piernas sobre sus muslos y me acurrucara junto a él. Como la hipócrita puta que al parecer era.

Oí su corazón martilleándole en el pecho al tiempo que mi cabeza se alzaba y descendía con su agitada respiración. Una ligera capa de sudor le cubría la piel y sin pensármelo lo saboreé besándole con la boca entreabierta. Este beso me llevó a otro, y a otro, hasta descubrir su pezón en mi boca.

—No creo que quieras hacer esto, Delaine —me dijo jadeando con esa voz suya tan sexi—. Me recupero enseguida y estoy seguro de que no estás ni por asomo lista para otra ronda.

Noah deslizó sus dedos por mi espinazo y por mi culo y luego siguió en el sentido contrario hasta llegar a mi cuello. La respiración se le estaba calmando y aunque el corazón le siguiera latiendo con fuerza, ya no le martilleaba en el pecho.

—Necesito fumarme un cigarrillo —dijo suspirando y se metió un poco debajo de mí para que yo me apartara y él se pudiera sentar en su lado de la cama. Cogió un pitillo y el mechero de la mesita de noche, lo encendió y luego exhaló el humo girándose hacia mí.

—Te sentirás mejor si te das un baño con agua caliente. Voy a llenarte la bañera —dijo levantándose de la cama, y se dirigió al baño.

Tenía una expresión que yo no sabía interpretar. ¿Se arrepentía de lo que había hecho? Una parte de mí sabía que no era posible, pero ya le había visto antes esa expresión en la cara, fue después de ir a ver al ginecólogo. Y de pronto se me ocurrió que tal vez no se arrepintiera de haberme desvirgado, pero se sentía culpable por las molestias que me había causado y estaba intentando mimarme un poco.

¿Por qué tenía el cabrón que portarse tan bien conmigo ahora? No sé lo que tú piensas, pero a mí me cuesta muchísimo odiar a alguien que es amable conmigo.

La Agente Doble Coñocaliente pensó que debíamos demostrarle lo agradecidas que estábamos. La muy traicionera decidió cambiar de bando a favor de la oposición. Resulta que el Súper Chichi se había vuelto totalmente adicto al Vergazo Prodigioso y estaban uniendo fuerzas para formar el dúo perverso.

7.

Un enfado monumental

Lanie

A la mañana siguiente me desperté tendida de espalda, una postura en la que no solía dormir. Tenía algo caliente y pesado sobre el vientre y abrí un ojo para investigar. Su pelo negro y alborotado me hacía cosquillas en la piel cada vez que la cabeza se le elevaba cuando yo inhalaba. Estaba dormido de lado, con la cabeza apoyada lo bastante abajo de mi cuerpo como para que sintiera su aliento caliente en la sensible carne de ahí abajo. Cerré los ojos y tragué saliva por la deliciosa sensación que me envolvía, sintiéndome más mujer que nunca. Era una sensación sumamente agradable.

Noah se revolvió en sueños y me fijé en su cálida mano descansando en el interior de mi muslo, peligrosamente cerca del centro. Solté un gemido de placer por la sensación de su respiración unida al contacto de su mano, pero al instante me tapé la boca, esperando con toda mi alma que no me hubiera oído.

Pero la Agente Doble Coñocaliente sí que me oyó. Estaba ya arqueando las cejas y haciéndome señas para que hundiera la cabeza de Noah entre mis piernas. *¡Haz el favor de volver a dormirte, Guarra McGuarretona!*

Noah farfulló algo y giró la cara pegándola a mi vientre. Al moverse quedó en realidad más cerca de mi Chichi y yo miré a Coñocaliente alzando una ceja, preguntándome de dónde había sacado sus superpoderes para hacer que esto sucediera. ¡La muy desvergonzada!

Noah dormía con la mano posada en mi muslo, y la deslizó lo bastante como para que sus dedos descansaran sobre mi carnosa hendidura y yo instintivamente empujé con las caderas hacia él. No lo hice aposta, simplemente ocurrió, fue como una especie de reflejo o algo por el estilo.

—Mmmm —farfulló Noah en sueños. Al menos estaba segura de que seguía dormido.

Y habría sido una boba si ese sonido, unido con su proximidad a mis

partes femeninas, no me hubieran puesto cachonda. Empecé a hacer una especie de cálculos mentales preguntándome si lograría correrme mientras él dormía sin que se diese cuenta. Pero naturalmente dependería sobre todo de lo profundo que durmiera.

Y además no tenía demasiada experiencia en esos menesteres que digamos.

Pero de repente recordé las palabras que me dijo en la limusina: «Estoy aquí para darte placer, al igual que tú lo estás para dármele a mí».

De manera que decidí comprobar si era verdad lo que me había dicho, para ver si era un hombre de palabra. ¡Eh, que conste que lo hice como un experimento, o sea que no me mires con esa cara!

Le pasé los dedos de una mano por entre su cabello, al tiempo que le deslizaba la otra por su ancho hombro y por el brazo hasta llegar a la mano que tenía entre mis piernas. Noah se movió un poco, escondiendo la cara en mi vientre. Como no se la podía ver, tampoco le veía los ojos para saber si estaba despierto. Pero aun así, seguí con lo mío.

Entrelacé mis dedos con los suyos y le levanté la mano para dejarla reposar sobre mi coño. El peso de su mano me hizo estremecer, electrizándome de pies a cabeza, y noté que el chochito se me ponía muy mojado. Su palma me quedó justamente encima del clítoris, ejerciendo una presión tan deliciosa que de mis labios se escapó un pequeño gemido de gusto. Cubrí sus dedos con los míos y los moví para que se hundieran como yo quería entre mis húmedos pliegues. Creí oír a Noah contener el aliento sorprendido, pero para serte sincera al estar inmersa en todas esas otras sensaciones pensé que tal vez me lo había imaginado.

Presionando su dedo corazón más abajo, hice que se deslizara alrededor de mi abertura y luego se lo hundí en ella junto con mi propio dedo. Me dolió un poco por lo de la noche anterior, pero no era más que un ligero dolor. Hice que me metiera y sacara su largo dedo en mí siguiendo un cadencioso vaivén. No me excitó tanto como cuando era Noah quien controlaba sus movimientos y me tocaba como él quería, por eso precisamente era el Rey de los Dedos Folladores. Frustrada, saqué su dedo de mí y se lo deslicé por mi húmedo surco para acariciar mi clítoris.

Los dedos de ambos se quedaron empapados al irme yo calentando mientras los deslizaba por la turgente protuberancia oculta en la cima de

mis pliegues. Le noté revolverse en la cama, sin duda se había despertado y estaba deseando mover los dedos a su manera. Pero no lo hizo. En su lugar me cedió el control, pero en esos momentos yo no estaba segura de si quería llevar las riendas. Solo deseaba correrme.

Entonces metí dos de sus dedos dentro de mí y luego los saqué, esperando ponerlo cachondo y tentarlo a tomar la iniciativa. Al ver que la treta no funcionaba, le levanté la mano y llevé esos dedos a su boca, deslizándolos por sus labios para provocarlo, casi suplicándole que no se conformara solo con saborearme.

Sentí rozar con sus labios mis dedos mientras le metía los suyos en la boca. ¡Mmmmm...! dijo en voz baja, y el delicioso sonido me hizo sentir otra sacudida de placer que se extendió desde mi caliente grieta a mis temblorosos muslos. Me empecé a apartar un poco de él, pero de pronto me agarró de la muñeca como si su mano fuera un grillete. Con silenciosa determinación se llevó también mis dedos mojados a sus perversos labios, repitiendo la acción mientras me chupaba uno de ellos con avidez hasta que sentí un delicioso hormigueo de placer en la piel por su meticulosa lengua. Después de lamerme el jugo de este dedo, se entregó al otro. El tipo era un auténtico fenómeno como Aspiradora, porque el clítoris me empezó a palpar como respuesta.

—Encontrarás más ahí de donde vienen —le susurré voluptuosamente. Y luego le tiré del pelo con la mano libre para empujarle la cabeza suavemente hacia mi entrepierna.

—¿Es esto una invitación abierta? —me preguntó con voz ronca y adormilada.

—Te estoy ofreciendo lo que los dos queremos —le respondí levantando las caderas como una tácita invitación, esperando animarle a reaccionar.

Antes de darme tiempo a volver a pegarme a la cama, Noah se había dado la vuelta y estaba ahora entre mis piernas, con la nariz pegada a mi inflamado clítoris mientras sus labios rondaban peligrosamente el lugar donde yo quería que los pusiera.

—Joder, me vuelves loco, Delaine —gimió—. No deberías ofrecerte tan gustosa a alguien que se supone que te repugna. Es absurdo.

Suspiré contrariada.

—¿No me habías dicho que te encantaban las mujeres que sabían lo que

querían? Pues lo que yo quiero ahora es sentir tu boca en mí —No me preguntes dónde o cómo una chica inexperta que hace poco ha dejado de ser virgen se ha atrevido a decir algo parecido. Yo tampoco lo entiendo, pero al mismo tiempo me parece algo natural.

Le acerqué las caderas a la cara para que se diera por aludido.

Él gruñó, revelándome sus perfectos dientes. Luego cerró los ojos y respiró hondo.

—No.

—¿No? —le pregunté confundida.

La Agente Doble Coñocaliente se quedó papando moscas llena de perplejidad.

Noah abrió los ojos y la intensidad de sus iris, que ahora en lugar de ser de color avellana habían cobrado un tono gris acerado, casi me asustó.

—Si lo hacemos ahora, me entrarán ganas de follarte. A lo bestia —gruñó entre jadeos—. No te follaría con suavidad, créeme, y tu coño no aguantaría esta clase de embestidas. Al menos de momento. Así es que deja de intentar seducirme.

—¡No digas chorradas, Noah! —me burlé—. ¿Por qué ahora es distinto de cuando la otra noche me usaste como un cuenco para el postre? ¿Acaso en ese momento no te lograste controlar para no follarme?

—Ayer aún no te había poseído. No había sentido tu prieto coño rodeándome la polla, apretándomela. ¡Dios santo, no sabes cuánto me hiciste gozar, Delaine! —exclamó con los ojos cerrados, recordando al parecer la sensación en su mente—. No puedo —susurró con voz ronca sacudiendo la cabeza.

Con la irrevocabilidad de sus palabras resonando todavía en mis oídos, saltó de la cama y se pasó las manos por entre el pelo revuelto por haber estado durmiendo y que a título informativo, se parecía al de «te acabo de follar», y esta imagen hizo que a la Agente Doble Coñocaliente le entraran también ganas de pasarle los dedos por entre el cabello.

Volví a dirigir mi turbada atención hacia él y vi que seguía teniendo la polla dura como una piedra, gruesa y al mando. ¡Maldita sea! El mero hecho de verlo empalmado ya bastaba para querer suplicárselo. Casi.

—¡No puedes hacer esta clase de cosas, Delaine! Puedo obligarte a

ponerte de bruces sobre cualquier superficie libre de la casa y follarte a lo bestia en cualquier momento que me apetezca. No lo olvides —me soltó pasándose las manos por la cara y poniéndose luego en jarras—. Me voy a dar un baño con agua caliente en el jacuzzi para ver si se me baja un poco el calentón. Cuando vuelva quiero encontrarte levantada y vestida.

—¿O sea, que me vas a dejar así? —le pregunté sin poder creérmelo, señalando con el dedo el centro de mis muslos con las piernas abiertas.

Posó sus ojos en mi coño como atraído por un imán y no sé si yo quería soltar unas risitas ahogadas por su falta de control o darle un babero por estar él babeando.

—¡Joder! —gruñó—. Sí. Voy a dejarte así.

Abrió la puerta de un manotazo y se fue. Era como si su glorioso culo me ofreciera una sonrisita de satisfacción mientras él desaparecía.

Me dejé caer en la cama rabiosa y, cogiendo su almohada, me tapé la cara para amortiguar mi grito de frustración. ¡No había quien entendiera a Noah Crawford! Me había adquirido para hacer esta clase de cosas y me dijo que no temiera decirle lo que quería, pero cuando tragándome mi orgullo intenté hacer justamente eso, me dijo que no podía y luego se largó como una nena asustada.

¿Había pasado algo en medio de la noche y se habían intercambiado de algún modo nuestros papeles? Tal vez me había adentrado sin saberlo en un universo paralelo. ¿Y por qué diablos de repente él me ponía tan cachonda? Por lo menos sabía la respuesta: por culpa de la Agente Doble Coñocaliente. La guarra había tomado las riendas de mi vida.

El coño me palpitaba calenturiento y lancé un gemido.

Salté de la cama, tal como mi madre me había traído al mundo, y salí tras él, esperando no perderme en esta monstruosa casa mientras intentaba encontrar el jacuzzi. Si hubiera estado en mis cabales me habría preocupado que alguien pudiera verme desnuda, pero como no lo estaba, me pareció una idea genial. Además, por lo visto nunca había nadie en casa cuando Noah se encontraba en ella, así que seguro que la teníamos para nosotros solos.

De algún modo me las apañé para encontrarle, pese a las grandes dimensiones de la mansión. Estaba fuera, el sol acababa de salir por el horizonte y el cielo se había teñido de vivos tonos anaranjados y rosados.

El jardín de la parte trasera era inmenso y advertí que también había una piscina enorme, pero como tenía la cabeza en otra parte, no me fijé en ningún otro detalle. Noah se encontraba de espaldas, con sus anchos hombros extendidos y los brazos apoyados sobre el borde del jacuzzi, envuelto en una espesa nube de vapor. Estaba con la cabeza atrás y los ojos cerrados, inhalando profundamente por la nariz y exhalando por la boca.

Me dirigí hacia él procurando que no advirtiera mi presencia. Ni siquiera se movió cuando me metí silenciosamente en el jacuzzi lleno de agua caliente y me acerqué lentamente a él. Estaba guapísimo, con los músculos del cuello flexionados seductoramente y el torneado pecho cubierto de gotitas de agua refulgiendo bajo la luz del sol. Era un espécimen perfecto de depredador capaz de atraer a su presa solo con su aspecto.

Podía haberme quedado embobada de ese modo, comiéndomelo con los ojos. Pero como le odiaba, seguramente ya has adivinado lo que hice. Antes de que viera mis intenciones e intentara detenerme, posé mis manos en sus flancos y me senté a horcajadas sobre sus muslos. Luego le acaricié con los labios la cavidad del cuello.

—¿No te lo esperabas? Pues estoy segura de que tú tampoco habrías dejado escapar una oportunidad como esta.

—¿Qué estás haciendo Delaine? —dijo agarrándome de los hombros e intentando apartarme, pero yo me resistí.

—Estoy tomando lo que quiero, Noah. Ahora no puedes incumplir tu promesa —afirmé pegando mi coño a su polla enhiesta.

—Sal de aquí —insistió él empujándome.

Al cogerme por sorpresa perdí el equilibrio y caí al agua caliente proyectando a mi alrededor un aluvión de agua clorada que me dejó el pelo chorreando. Resoplé frustrada, cruzando los brazos sobre el pecho, y le eché una mirada furibunda. ¡Ya basta! Tanto mi coño como yo estábamos acaloradas, cachondas y de lo máaaaas cabreadas.

—¿Qué problema tienes, Crawford? —le solté lanzando las manos al aire y dejándolas caer con fuerza sobre el agua, salpicándole.

Se secó con calma las gotas de agua de la cara, pero el pecho se le movía con su agitada respiración, indicando que estaba de todo menos sereno.

—Estoy intentando no hacerte más daño del que ya te hecho —dijo hablando entre dientes—. Una hazaña que en este momento me resulta casi

imposible alcanzar por tu culpa.

Lanzándome contra él, trepé de nuevo por sus muslos. Luego le agarré la polla y la pegué a mi abertura, preparada para hacer yo todo el trabajo. Él intento desembarazarse de mí, pero yo era una descarada muy terca cuando se me metía algo en la cabeza. Y en ese momento necesitaba demostrarme algo a mí misma. Noah me había dejado plantada por la mañana después de entregarme yo vergonzosamente a él y aquello me había sentado como una patada en el estómago. Sentirte rechazada era una mierda.

—¡Muy bien! ¿Lo quieres? ¡Pues aquí lo tienes! —me soltó y entonces agarrándome por las caderas, me empujó hacia abajo con fuerza.

—¡Joder! —gritamos los dos al unísono. Solo que mi exclamación significaba más bien «hijo de puta, esto me ha dolido horrores», y la suya «¡Dios santo! ¡Cómo me gusta!» Soltamos un montón de tacos, pero te aseguro que estaban totalmente justificados.

Conteniendo el aliento, me aguanté el dolor. Hundí la cara en la cavidad de su cuello, clavando la punta de mis crispados dedos en sus hombros. Intenté con toda mi alma no moverme, porque si lo hacía me iba a doler más aún.

Sentí su cálido aliento en mi oído.

—¿Lo ves? Ya te lo advertí, pero tú al ser tan cabezota y desafiante no me has hecho caso, ¿verdad? —dijo frotándome la espalda para relajarme—. A partir de ahora ¿vas a hacer el favor de dejar que sea yo quien decida si ya estás preparada para ello? Porque como bien sabes, tengo un poco más de experiencia que tú en esta clase de cosas.

Asentí con la cabeza dándole la razón, conteniendo aún el aliento sin poder hablar. Noah me aupó poco a poco para sacarme la polla y me mecío en su regazo. Luego me apartó el pelo de la cara y me acarició la mejilla.

—Te prometo que durante los próximos dos años follaremos como fieras y te agradezco el entusiasmo que pones para que tanto tú como yo gocemos al máximo. Por eso antes no pude complacerte en la habitación, porque me excitaste en extremo.

Normalmente sus suposiciones acerca de que yo estaba coladita por él y por su polla se habrían ganado una respuesta burlona de mi parte. Pero para ser sincera, en ese momento no estaba yo para mandangas. Me había dolido horrores y me sentía derrotada. Además, tenía razón: me había

enganchado a su polla, claro está, y no a él.

Pero no era tonta. Sabía que no era normal tener esta clase de sentimientos por alguien al que se suponía que debía odiar. Seguía detestándole, pero mi cerebro y mi cuerpo estaban reaccionando de una forma muy extraña que yo no entendía. Quizá sufría el síndrome de Estocolmo o algo por el estilo. Pero luego descarté esta posibilidad, porque él no me había secuestrado. Ni tampoco me había obligado a hacer algo en contra de mi voluntad: yo había firmado el contrato e incluso había decidido sus términos. No entendía nada de nada y aunque estuviera hecha un follón, preferiría estar follando.

Noah me levantó la barbilla y me besó tiernamente en los labios.

—Siento haberte hecho daño —me susurró pegando su frente a la mía—. Se supone que esto debe causarte placer y no dolor.

—El tuyo, no el mío —le recordé.

Él cerró los ojos y suspiró antes de enderezarse.

—Al principio es así —me recordó suspirando de nuevo, mientras yo contemplaba su mano acariciando la elevación de mis senos—. Quiero que te lo pases bien, Delaine.

Yo también lo quería. ¡Toda la santa mañana no había estado intentando hacer más que eso!

Me bajé de su regazo y me volví para quedar de cara a él. Como mis dedos se morían de ganas de tocarle el pelo, les concedí este pequeño gusto. Noah agarrándome por las caderas, me ciñó contra su cuerpo y empezó a chuparme el pecho. Pero yo quería más. De ahí que poniendo un pie a su lado sobre el asiento, le empujé por el hombro hasta que me soltó el pezón y se reclinó contra la pared del jacuzzi. Entonces hice lo mismo con el otro pie y me impulsé para quedarme de pie, con el cuerpo chorreando. La Agente Doble Coñocaliente, plantada justo delante de la cara de Noah, frunció los labios para recibir un beso.

Él me cogió de la parte de atrás de los muslos para sostenerme mejor e impedir que me cayera. Alzando la vista me miró con sus ojos color avellana en los que brillaba un caleidoscopio de tonalidades, como si me preguntaran si de verdad era eso lo que quería.

—Haz que me sienta bien, Noah —le pedí con una ligera sonrisa, y luego le hundí los dedos en el pelo empujándole la cabeza hacia mi cuerpo.

Él me sonrió con los ojos brillándoles de deseo, al tiempo que se mordía el labio inferior y sacudía la cabeza asombrado.

—¿De dónde has salido, Delaine Talbot?

Sin esperar mi respuesta, pegó sus labios a mis carnosos pliegues, dándoles un montón de besos con la boca entreabierta, y luego me los chupó mientras me hacía con la lengua esas cosas tan mágicas. Echando la cabeza hacia atrás, gemí como una loca, dejándole ver el placer que me estaba dando. Él me sostenía con firmeza los muslos con la punta de los dedos, mostrándome su fuerza y asegurándome que no me dejaría caer. Con mis dedos hundidos en su cabello, le pegué un poco más la cara a mi coño. Entonces él me hincó su portentosa lengua y yo le solté la cabeza para que pudiera moverla a su aire mientras me la metía y sacaba con un cadencioso vaivén.

—Dios mío, debería ser yo la que te pagara por eso —suspiré entre jadeos.

Me deslizó voluptuosamente la lengua alrededor del clítoris y luego me mordisqueó con suavidad la hinchada protuberancia llena de terminaciones nerviosas antes de chupármela con delicadeza.

—¡Sí aquí, aquí! —gemí empujando con las caderas mientras tiraba de su pelo para mantener pegada su cara a mi carnosa hendidura.

Él siguió chupándome el clítoris y estimulándomelo con sus rápidos lengüetazos. Las piernas me empezaron a temblar por la inexplicable y maravillosa tensión que se estaba acumulando en mis partes femeninas. Noah me rodeó las nalgas con las manos para mantenerme pegada a su cuerpo. Fue deslizando los dedos por mi golosa abertura, pero en lugar de hundírmelos en ella, llegó hasta la fruncida piel de mi ojete y me metió un dedo en él.

—¡Madre mía! —grité agonizando de deleite mientras me corría. Sentí una profunda acometida de placer en mis entrañas y mi cuerpo fue presa de potentes sacudidas. De no haber sido por la maravillosa sensación de goce que sentí en cada molécula de mi cuerpo habría temido caerme al flaquearme las piernas.

—Así me gusta, gatita —me dijo él con una voz ronca que rezumaba lujuria, pese a tener la boca pegada a mi carnosa hendidura—. Goza conmigo. Solo conmigo.

Yo le aferraba con tanta fuerza la cabeza para hundirle la cara en mi coño, que no sé cómo podía soltar unos sonidos coherentes. Ni siquiera sabía cómo era capaz de respirar, y menos aún de hablar. Noah me succionó de nuevo el clítoris al tiempo que movía con un cadencioso vaivén el dedo que me había metido por detrás, haciéndome agonizar de deleite con otro feroz orgasmo. A esas alturas yo ya no veía más que chiribitas en forma de lengüecitas y no sabía cuánto más podía aguantar, pero no pensaba interrumpirle.

Relajé los dedos con los que le agarraba del pelo para que él pudiera mover la cabeza libremente. Pero por lo visto creyó que le daba permiso para detenerse, porque eso fue precisamente lo que hizo.

Tomé nota: la próxima vez que Noah Crawford me hundiera la cara en mi coño, no le soltaría la cabeza.

—Baja, nena —me apremió poniéndome las manos en las corvas para ayudarme.

Me senté a horcajadas en su regazo y reclamé su boca con la mía para mostrarle lo agradecida que estaba por lo mucho que me había hecho gozar.

—¡Ha... sido... fantástico! —logré decirle entre besos.

—¿Ah sí? —me preguntó con una petulante sonrisita.

—Sí —le respondí pegando mi sensible coño a su polla erecta—. Ahora quiero hacerte gozar a ti.

—Delaine... —me advirtió.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero no creo que me duela. Y si me duele, lo dejamos estar, ¿de acuerdo?

Yo quería hacerlo, además todavía estaba muy cachonda, aunque me acabara de correr. No sé por qué él me ponía tan caliente. Lo único que yo sabía es que quería hacerle gozar y no creía que una simple mamada fuera bastante para mostrarle lo agradecida que estaba por lo que me había hecho. Le quería a él. Quería sentir su polla dentro de mí hasta el fondo.

—Por favor —le supliqué patéticamente.

—Me muero... por follarte —respondió estrujándose las caderas y ciñéndose contra él—. Pero no debemos hacerlo. Todavía no.

Relajando las manos apartó la mirada.

—Hoy vamos a ir de compras —me ordenó con voz distante—. Sube a la habitación y vístete. Yo usaré uno de los otros baños.

¿Qué había ocurrido? En un instante era un sexi y caballeroso Richard Gere y al siguiente, un Atila el Huno de lo más tirano.

—Supongo que ahora hemos vuelto a lo de «te compré y harás lo que yo te diga», ¿verdad? —le pregunté dolida de nuevo por su rechazo.

—Nunca fue de otro modo. Dije que quería hacerte gozar, pero esto no cambia nada. Solo quería que supieras que no soy un cabrón —puntualizó rehuendo mi mirada.

—Sí, pues no estoy de acuerdo en eso —le solté.

Si él podía comportarse como un jefe autoritario, yo también podía desempeñar el papel de una empleada descontenta.

Me bajé de su regazo y salí del jacuzzi. En mis prisas por irlo a buscar, me había olvidado de coger una toalla, por lo que cuando vi la suya sobre el respaldo de una tumbona me la apropié. Le oí murmurar una palabrota a mi espalda, pero no creo que fuera por la estúpida toalla. Además, ni siquiera me molesté en volver la cabeza y mirarle antes de ceñírmela al torso y entrar en casa.

Naturalmente Noah tenía razón. No en cuanto a que no era un cabrón, sino acerca de que nada había cambiado. Yo había sido una estúpida y una ingenua por creer que las palabras amables que me había dicho en un momento de descuido significaban que tuviera realmente corazón. Porque ¿a qué caballero con una reluciente armadura se le ocurriría comprar a una puta para sus egoístas propósitos?

Y aunque también quisiera darme placer a mí, solo lo hacía porque le ponía cachondo saber que era tan bueno en la cama, que podía hacer con mi cuerpo lo que se le antojara cuando yo perdía el control.

Al volver al dormitorio, me metí en la ducha y me apoyé contra la mampara mientras el agua se llevaba mis lágrimas por sufrir su rechazo. ¿Qué diablos estaba yo haciendo? Me había arrojado en sus brazos, saltándole prácticamente encima al tipo que se suponía que me daba asco. ¿Y por qué? ¿Porque él me lo comía de maravilla? Era de mí misma de quien debería sentirme asqueada. Noah era supuestamente el depredador y yo su presa. Y sin embargo me estaba comportando como una loca ninfómana.

¿Y cómo se me ocurría estar corriéndome mientras mi madre, la única razón por la que yo había hecho esto, estaba postrada en cama, seguramente muriéndose? ¡Por Dios!, si ni siquiera había llamado a mis padres para saber cómo estaban. No creía que fuera por estar distraída con Noah Crawford, sino más bien por vergüenza, por miedo a que si hablaba con ellos supieran de algún modo lo que había hecho. Ya sé que era una estupidez. Pero la cuestión es que no tenía idea de si habían conseguido un donante para mi madre o si ya sabían la fecha de la intervención. Sabía que Dez me llamaría si pasaba algo grave, pero a efectos prácticos mis padres creían que yo estaba en Nueva York estudiando en la universidad y no en Chicago delante de sus propias narices, pegándome el lote. Probablemente estarían muy preocupados al no tener noticias mías.

Cerré el agua y salí de la ducha. Oí a Noah junto al armario mascullando una sarta de palabrotas y me contuve para no soltar unas risitas. Por lo visto no le habían gustado mis habilidades para ordenar espacios. A los pocos minutos le oí cerrando el armario dando un portazo.

—¡Estaré en el puto coche! ¡Y no me hagas esperar si no quieres meterte en problemas!

Le oí cerrar otra puerta de un portazo y se fue.

Envuelta aún con la toalla, cogí el móvil y me senté sobre mi lado de la cama. Luego pulsé una tecla y tras sonar dos veces el teléfono, oí la voz de mi padre al otro extremo de la línea.

—Lanie, cariño. ¿Qué pasa?

Al oír su voz cansada sentí una punzada de culpa en el pecho y me entraron ganas de llorar.

—No pasa nada, papá. ¿Es que no os puedo llamar para ver cómo va todo? —le respondí fingiendo estar irritada para que no notara mi tristeza.

—Claro, hija. ¿Cómo te está tratando la Gran Manzana?

—Bien. Las clases son intensas y uno de mis profesores es un cabrón —le respondí, mintiéndole solo un poco. De acuerdo, les había contado una mentira como una catedral, pero técnicamente hablando había en mi vida una figura de autoridad que me estaba enseñando algo. Lo único que no era la clase de educación que mis padres creían que estaba recibiendo.

—Sí, bueno, si trabajas duro y pasas de esas fiestas universitarias, todo te irá bien, hija.

—Mack, pareces cansado. ¿Estás durmiendo lo bastante?

—Sí, no te preocupes —me respondió suspirando, acostumbrado a que le diera la lata para que se cuidara más—. Ya sabes que tu madre me necesita.

—Sí, lo sé. ¿Cómo está? —le pregunté en un tono más triste.

—Mamá sigue muy delicada. En este momento está despierta si quieres hablar con ella. Igual le ayudará a sentirse mejor. De hecho, tiene unas buenas noticias que darte.

—Sí, me encantará oír su voz —le dije, no quería que se diera cuenta de hasta qué punto lo deseaba.

Le oí diciendo algo en el fondo y luego el susurro de una colcha cuando le pasaba el teléfono.

—¿Lanie? ¿Eres tú, nena? —me dijo mi madre con voz débil.

—Soy yo, mamá. ¿Cómo estás? —le respondí con la voz quebrada.

—Bueno, voy tirando —dijo riéndose un poco—. ¡Eh, tengo buenas noticias! Un donante anónimo ha depositado una cantidad enorme de dinero en nuestra cuenta. Es increíble, ¿verdad? Mack dice que debe de ser un timo, pero yo creo que es la respuesta a nuestras plegarias.

—¡Vaya! Es estupendo, mamá —le dije alegrándome de veras por haberle llevado un rayo de esperanza a su deprimente vida.

De pronto le dio un ataque de tos.

—Te quiero, nena —consiguió decirme antes de que Mack tuviera que cogerle el teléfono.

—¿Está bien? —le pregunté a mi padre, inquieta.

—Sí, no te preocupes —me tranquilizó él—. A veces le dan estos ataques de tos cuando intenta hablar demasiado.

—Qué buena noticia lo del dinero, ¿no crees? Hazme un favor papá, no intentes darle demasiadas vueltas al asunto ni nada por el estilo —le aconsejé—. Mamá necesita el dinero. Y no me importa de dónde haya salido. ¿Cuándo la operan?

—Aquí está el problema, Lanie —me respondió mientras le oí cerrar una puerta al fondo, supongo que había salido de la habitación para que mi madre no oyera el resto de la conversación—. Tener el dinero es maravilloso, pero no nos sirve de nada si no sale un donante. En la lista de

espera todavía hay muchos otros pacientes que van por delante de ella... no sé si llegará a tiempo.

¡Dios mío! Este pensamiento no se me había ocurrido.

—No te preocupes, papá. Los milagros pasan cuando uno menos se lo espera.

—Tal vez tengas razón, hija —me respondió con un deje de duda en la voz.

—Claro que la tengo —afirmé.

Si había logrado reunir el dinero, me las apañaría también para que la pusieran como una de las primeras en la lista de espera. Tenía que haber una forma de conseguirlo. Me negaba a creer que el universo me hubiera permitido meterme en esa situación para dejar al final que mi madre muriera.

—Tengo que volver a clase. Dale un beso a mamá de mi parte y prométeme que te cuidarás más.

—Sí, sí, sí. Son los padres los que deben preocuparse por sus hijos y no al revés, ¿lo sabes, verdad?

—Yo siempre me preocupo por vosotros. No sabes la rabia que me da no poder estar en este momento a vuestro lado.

—No te pongas sentimentaloides con tu viejo, Lanie. Cuelga el teléfono y disfruta de la vida. Te quiero, hija —tras decir estas palabras, dio por terminada la conversación. Me quedé flipando porque Mack pocas veces expresaba sus sentimientos. Yo nunca había dudado de ello. Sabía que me quería. Pero me chocó oírsele decir.

De pronto vi que lo que yo estaba haciendo tenía mucho sentido. Hablar con mis padres me recordó la razón por la que me había visto obligada a tomar esta decisión. Y la verdad es que lo habría hecho aunque hubiera sido Jabba el cavernícola el que me hubiera comprado. Por más exasperante que fuera Noah, podía haberme tocado alguien peor.

Ahora tenía que averiguar cómo solucionar lo de la lista de espera para los trasplantes.

Noah

Las cosas no iban como yo esperaba.

La chica me estaba matando, me la ponía dura como el hierro a todas horas. ¡Tenía los putos cojones a punto de reventar!

Delaine era demasiado complaciente, demasiado tentadora, demasiado difícil de rechazar. Pero yo lo había conseguido. Gracias a Dios, lo había conseguido. Incluso me había logrado resistir cuando ella sacó ese voluptuoso labio inferior suyo en un mohín. *Bienvenido a la santidad, Noah Crawford.*

La noche anterior había sido una gozada. Una auténtica gozada. Pero después me sentí fatal. Le había quitado la virginidad a la chica, ¡por Dios! Le faltó todo aquello de lo que debería haber gozado en un día tan importante como ese. No sucedió en un lugar romántico, ni le prometí amarla hasta que la muerte nos separara. Solo fue un acto de lo más carnal. Me la había follado. Lisa y llanamente.

Y si bien yo había gozado como un loco, me costaba creer que para ella hubiera sido el momento más importante de su vida. Sí, es cierto que me había pedido más. Pero Delaine Talbot debía de ser una masoquista.

Aunque ¿acaso no era eso lo que yo quería? Alguien que satisficiera todos mis deseos y mis fantasías sexuales, una mujer que se ocupara de mis necesidades sin que yo me tuviera que preocupar lo más mínimo por las suyas. Sin lazos emocionales, sin peleas sobre dónde íbamos a ir a cenar, ni un incómodo primer beso o un encuentro con sus padres, ni la posibilidad de pillarla en mi cama con cualquiera de mis supuestos mejores amigos, sin compromisos de por medio. Y punto.

Delaine y ese contrato me proporcionaban exactamente todo eso. ¿Por qué entonces me lo estaba cuestionando?

Porque de alguna manera me sentía distinto. Pero sentirme distinto era bueno. Y cuando eso distinto me estaba envolviendo la polla era una auténtica gozada.

De acuerdo, esto resolvía mi misterioso lapsus en mi modo de comportarme. Tras haber recuperado el juicio y recordado lo que yo quería, esperé a que Delaine se reuniera conmigo en la limusina para ir de

compras. A una tienda de lencería. Era algo que yo esperaba con ilusión, pese a saber que el permanente paquetón que sobresalía de mis Levis solo iba a crecer aún más. Pero no me importaba, porque esta vez me había puesto mis pantalones holgados de comando. Al menos así no se me saldría al reventármese la cremallera, ¿verdad?

Pues estaba muy equivocado.

Samuel le abrió la portezuela del coche a Delaine cuando por fin ella bajó para reunirse conmigo, y te juro que podría haberle arrancado la cabeza a Polly Hunt con mis propias manos. O pensándolo mejor, tal vez debería subirle el sueldo.

Mi nena de dos millones de dólares llevaba una minifalda negra de algodón que apenas le tapaba el culo y una camiseta sin mangas azul, del mismo color que sus ojos, y encima iba sin sujetador. A juzgar por lo tiosos que tenía los pezones, yo diría que en la limusina hacía algo de frío y que debía pedirle a Samuel que bajara un poco el aire acondicionado. O no. Una coleta de caballo y unos zapatos negros de tacón abiertos por la punta completaban su atuendo, y mentalmente me dije que sería una gozada follarla desnuda con estos dos complementos en un futuro muy cercano, cercanísimo.

—¿Cómo te fue con Polly? —le pregunté intentando calmarme, porque me encontraba a cinco segundos de ese futuro tan cercano, en el sentido figurado y literal.

—Me lo pasé muy bien con ella —respondió—. Pero tuviste razón. Es una entrometida. Por suerte para ti la calé enseguida.

Se echó a reír de una forma que casi me pareció delicada, era muy distinta a como yo la había visto comportarse hasta ahora. Y no supe cómo tomármelo. Me refiero a que si Delaine empezaba a actuar de un modo tan inocente y jodido, me podría sentir peor aún por lo que yo estaba haciendo. Necesitaba cabrearla o hacer que ella me cabreara a mí.

—Mmm, mmm, qué bien —le respondí rápidamente—. Así es que no llevas nada debajo de la camisa, ¿verdad?

—¿Qué? —me preguntó pasmada—. Pues no. Te deshiciste de toda mi ropa, ¿recuerdas? Y no me dejaste comprar ninguna braguita cuando fui de tiendas con Polly.

—Deja que lo vea —dije asintiendo con la cabeza.

—¿Qué te deje ver el qué? —me preguntó con un deje de irritación en la voz.

—Ese bonito coño tuyo.

Arqueó una ceja desafiante, pero yo le sostuve la mirada.

—¿Lo dices en serio? —me preguntó sin dar crédito a lo que acababa de oír.

—Sí, muy en serio. ¡Levántate la falda, joder!

Era un hijo de puta y lo sabía. Pero tenía que alzar la voz para cabrearla de verdad.

—Eres un gilipollas —masculló poniendo los ojos en blanco, pero de todos modos se levantó la falda a regañadientes para mostrarme mi juguetito.

Delaine me estaba mirando como si hubiera perdido mi puta cabeza y he de admitir que seguramente la había perdido. Pero su expresión cambió cuando me desabroché los téjanos y me saqué la polla.

—¿Qué estás haciendo?

—Ven aquí y escupe sobre ella —le ordené ignorando su pregunta.

—Intenté sentarme a horcajadas sobre tu polla en el jacuzzi y me dijiste que aún no lo podíamos hacer y ahora que estamos circulando con alguien sentado al otro lado de una fina barrera de cristal, rodeados de un montón de transeúntes, ¿quieres hacerlo?

—Te he dicho que «escupas» y no que «te sientes a horcajadas» —la corregí, y entonces puso cara de asco. De modo que tuve que aclararle la razón. Me refiero a que no quería que pensara que era alguna clase de *friki* fetichista—. Necesito lubricación.

—¿Para qué?

—La polla se me ha puesto más dura que una maldita barra de titanio y no puedo follarte, y entonces vas y llegas con los pezones tiesos y una minifalda que apenas te tapa el culo, y ¡ya no lo aguanto más! Necesito descargar. Así que si no te importa —y aunque te importe, me da igual— me la voy a cascar antes de que acabe poseyéndote como un cavernícola. Porque en mi estado actual ni siquiera puedo pensar en tu puta lencería.

—¡Oh! —exclamó ella simplemente, con la boca en forma de O durante

más tiempo del necesario.

Me sentí como un viejo verde pagando por un coño. ¡Oh, Dios mío, había pagado por un coño!

—¿Y por qué no me ordenas que te la chupe? —me soltó ella. Pensándolo bien, siempre podía tener en cuenta la impertinente actitud de Delaine para sacarme el sentimiento de culpa de encima y hacer que se me pasaran las manías en cuanto a nuestra relación—. Después de todo has pagado una cantidad exorbitante de dinero por mí para que te hiciera gozar en la cama.

—Porque creo que te está gustando demasiado meterte mi polla en la boca —le respondí con una petulante sonrisa.

Ella cruzó el espacio que nos separaba y me dio un bofetón. Uno sonado. Por fin estábamos yendo a algún lado.

Agarrándole la muñeca, la arrojé en mi regazo y le di la vuelta para que quedara tendida sobre mis piernas, con su maravilloso culo aterciopelado y redondo al aire delante de mi cara.

—Es evidente que te has olvidado de tu papel en esta relación, Delaine, y ahora tengo que castigarte por ser una mocosa tan descarada —dije levantando la mano y dejándola caer con fuerza sobre su culo respingón. Le dejé la marca roja de mi palma en su piel de porcelana y noté que los cojones se me arrimaban al cuerpo. La había marcado y eso me había puesto de lo más cachondo.

Ella era mía.

Delaine forcejeó para zafarse de mí, pero volví a darle un buen azote, a juzgar por cómo el culo se le bamboleó un poco.

—¡Cabrón! ¡Suéltame! —gritó con la cara roja de rabia.

—¡Vamos! ¡Vamos! —le reñí—. Está mal decir palabrotas, pillina.

Volví a darle otro azote en el culo, esta vez con más fuerza y luego le froté con la mano el círculo rosado que le estaba empezando a salir. Agitó las piernas, abriéndolas sin querer y ofreciéndome una vista fantástica de su dulce coño. Incliné un poco la muñeca para darle un azote en los labios de entre sus muslos. Una, dos, tres veces. Y la pillina gimió de placer.

—¿Te gusta, eh? —le dije con esa voz ronca que yo sabía que a ella le ponía tan cachonda.

Le di otro azote en el culo al no responderme. Después le acaricié la marca roja con la lengua para calmarle el dolorcillo al tiempo que le daba una suave palmada en sus carnosos pliegues, notando y escuchando lo mojado que se le había puesto el coño. Deslicé el pulpejo de mis dedos trazando círculos por él, ganándome otro gemido de placer que Delaine soltó con los dientes apretados.

Le azoté el chochete con los tres dedos húmedos en una rápida sucesión antes de meterle dos dentro.

—¡Uy...! —exclamó retorciéndose en mi regazo.

—¡Estate quietecita! —le ordené y luego le saqué los dedos para darle un azote en el culo.

Ella asintió como respuesta, pero dejó de moverse. Como se merecía una recompensa por haberme obedecido, deslicé los dedos entre sus húmedos pliegues y le masajé el clítoris antes de arrastrar mis dedos mojados hasta la ranura de sus nalgas y alrededor de su otro agujerito. Cuando apliqué un poco de presión en él, Delaine empujó con las caderas para que se lo metiera.

Decir que se mostraba receptiva a mis caricias sería quedarme corto. Me mordí el labio inferior, encendido de excitación, incapaz apenas de contenerme por más tiempo, porque sabía que le iba a hincar la polla en su bonito culito.

—Quieres que haga que te corras, ¿verdad?

—No. Te odio —me soltó y luego gimió, un sonido totalmente contradictorio con las palabras que me acababa de decir.

—¿Ah sí? —le dije con una sonrisita perversa.

Le separé con suavidad los labios del coño para asegurarme de darle un azote en su inflamado clítoris. Ella alzó el trasero al aire, intentando ponerse en el ángulo correcto para obtener la mayor satisfacción posible de esa pequeña protuberancia repleta de terminaciones nerviosas. Le di lo que ella quería, pero al sentir tensársele el cuerpo, indicándome que estaba al borde del orgasmo, me detuve y le propiné un buen azote en el culo como broche final. Antes de procesar ella lo que estaba sucediendo, la levanté y la senté en el asiento que había frente al mío. Se quedó jadeando con fuerza, con el pecho agitándosele. Bajando la barbilla, me miró rabiosa echando fuego por los ojos, lo cual solo me divirtió aún más.

Noté que el coche se detenía y supe que habíamos llegado a nuestro destino. Todavía no me había dado tiempo a correrme, pero ya no nos quedaba tiempo y tendría que dejarlo para más tarde. No me importó, sabía que en la tienda había una zona privada de probadores y conocía a la dependienta. Era una auténtica fiera en la cama, deseosa de complacerte y dispuesta a probar lo que fuera una vez o incluso cinco.

Me metí la polla en los pantalones e inclinando el cuerpo sobre el espacio que nos separaba, le cogí la barbilla a Delaine y la obligué a mirarme, aunque ella intentara zafarse de mí.

—Para que lo sepas, los bofetones me ponen cachondo. Y a juzgar por la forma en que ese bonito gatito tuyo ronroneaba cuando te azotaba, creo que a ti también te va el sexo a lo bestia. Lo tendré en cuenta en el futuro.

Me agaché para darle un beso y ella metió los labios hacia dentro, negándose a recibirlo.

—Bésame —le ordené agarrándola de la barbilla con expresión severa—, o te quitaré tu encantadora ropa nueva y te obligaré a andar por la casa en bolas durante los próximos dos años.

—A Polly le...

La interrumpí a mitad de la frase y reclamé su boca con la mía. Esto debió cabrearla, porque me mordió el labio inferior con fuerza. Un leve gruñido salió de mi pecho, pero seguí metiéndole la lengua por sus labios entreabiertos. Me empujó por el pecho mientras yo ahogaba sus gritos de protesta, ignorando sus intentos de librarse de mí.

Al final la solté y le ofrecí una sonrisita de chulo.

—Te lo dije, me gusta el sexo a lo bestia. Ahora ya puedes bajarte la falda.

Ella clavó los ojos en su regazo y se bajó la exigua pieza de algodón justo en el momento en que yo daba unos golpecitos en la ventanilla para que Samuel nos abriera la portezuela.

—Le Petit Boudoir— dije con mi perfecto acento francés al salir del coche—. Ven Delaine, vayamos a la tienda.

Resoplando, se apeó del coche para reunirse conmigo en la acera.

—Como quieras. Cuanto antes acabemos con esta murga, mejor —me soltó.

Me giré hacia ella, hartó.

—Al menos podrías apreciar un poco las cosas que hago por ti. Cuando firmaste aceptando este curro sabías en lo que te metías. O sea que no entiendo tu actitud de intentar siempre joderme. No creo que te esté tratando mal. A decir verdad, creo estar tratándote muy bien, mejor que la mayoría de otras mujeres en la misma situación que tú.

—Sí, bueno, dudo mucho de que encontraras muchas otras mujeres en la misma situación que yo, señor Crawford, por lo que no tienes ninguna prueba para demostrar esta afirmación —me soltó girando en redondo y dándome con la cola de caballo en medio de la cara al adelantarme ofendida—. Me follaste por la boca, regalaste mi ropa, me obligaste a esperarte junto a la puerta para que te hiciera una mamada y me desvirgaste. Ergo, tendrás que perdonarme por no querer disculparme por haber herido tus sentimientos.

Advertí que no había mencionado los azotes en el culo que acababa de darle.

Abrió la puerta de la tienda con un poco más de fuerza de la necesaria y sin siquiera girar la cabeza para mirarme, se metió dentro.

—¿Ah, sí? ¡Pues parecías estar gozando como una loca! —le grité a su espalda, pero por lo visto no me oyó. Aunque la media docena de personas que pasaban por allí en aquel momento sí que lo hicieron.

Yo era el gran Noah Crawford, el soltero más cotizado de Chicago, y ella me había hecho parecer un psicótico majara gritándole al vacío. Al girar la cabeza vi a Samuel junto al coche intentando reprimir una sonrisita.

—Me alegra que te lo estés pasando tan bien. Esperanos aquí. No tardaremos demasiado —le solté y luego fui tras Delaine.

La busqué rastreando el lugar con los ojos y la encontré en medio de la tienda hurgando entre una pila de ropa interior.

—Noah Crawford —susurró una sensual voz latina a mis espaldas.

Delaine alzó la vista en el momento en que un par de manos me rodeaban la cintura por detrás y un cálido aliento me rozaba la piel.

—Te he echado de menos, mi amor. ¿Dónde te has estado escondiendo? —me susurró Fernanda al oído.

Mirándola por encima del hombro, le ofrecí mi mejor sonrisa sin

despegar los ojos de Delaine, porque su reacción no tenía precio, incluso resultaba cómica y todo. Su forma desafiante de arquear una ceja y de levantar la barbilla revelaban que estaba celosa.

Ahora la cosa se iba a poner interesante.

—¡Fernanda! —exclamé al volverme, saludando a mi antigua amante, y le di un largo beso en la mejilla—. ¿Qué es de tu vida?

—Pues la verdad es que estoy más sola que la una —dijo haciendo un mohín.

Levanté el pulgar en el aire aprobando su mohín y le acaricié la mejilla.

—¡Oh, qué lástima! ¿Cómo es posible que una mujer tan guapa como tú esté sola? Me cuesta creerlo.

Delaine se aclaró la garganta, y al alzar yo la vista para mirarla, giró la cabeza hacia otro lado y siguió curioseando por la tienda como si no le prestara atención a nuestra conversación. Pero era obvio que nos estaba escuchando sin perderse detalle.

Cogí a Fernanda de la mano y la llevé hacia mi chica.

—Me gustaría presentarte a alguien. Fernanda, esta es Delaine. Delaine, te presento a mi voluptuosísima Fernanda.

Añadí el adjetivo para chincharla. Pero era en verdad una mujer voluptuosa: tenía unas piernas de vértigo, una lustrosa cabellera de azabache, labios carnosos y un tipazo que hacía que a los hombres maduros se les saltaran las lágrimas. En realidad Le Petit Boudoir solo le servía para sacarse un sobresueldo. De lo que vivía era de posar desnuda para varias importantes revistas dirigidas a un refinado público masculino.

—Encantada de conocerte, Delaine —dijo Fernanda con una agradable sonrisa, dándole la mano.

Delaine primero me miró a mí y luego a Fernanda antes de estrechársela.

—Yo también —dijo secamente en un tono tan cortante que hubiera partido hasta el vidrio.

—Así que hoy le vas a comprar algo a esta encantadora señorita ¿verdad? —dijo Fernanda retirando la mano y enlazándola a mi brazo al tiempo que me presionaba el pecho con la otra posesivamente.

Delaine frunció el ceño, fijándose en la familiaridad con la que Fernanda

me tocaba.

Le ofrecí a Fernanda una insinuante sonrisa para que Delaine se pusiera más celosa aún.

—Pues sí. ¿Tienes disponible un probador privado?

—Tú ya sabes que puedes disponer de cualquier cosa y de todo cuanto tengo, Noah —dijo riendo y luego se echó sensualmente su larga cabellera sobre el hombro antes de acompañarme al fondo.

Dejamos a Delaine siguiéndonos a la zaga y tuve que contenerme para no sonreír. Me lo estaba pasando en grande con mi venganza y a ella le hervía la sangre de celos. Se los podía sentir saliéndole por los poros como el calor que despiende una carretera en medio del desierto.

Fernanda nos acompañó a un probador privado. Tres de sus cuatro paredes estaban cubiertas con espejos y había una habitación más pequeña donde las clientas se probaban los distintos conjuntos de lencería antes de salir a mostrárselos a quienquiera que hubieran llevado con ellas para el espectáculo. En un rincón, al lado de un minibar, había dos largos percheros con lencería de la que más se vendía.

Y en el rincón opuesto, un banco tapizado con terciopelo rojo. Fernanda me llevó al centro de la habitación y me hizo sentar en un gran sillón colocado de manera idónea para verlo todo.

Delaine se sentó en el banco con los brazos cruzados.

—Escoge lo que te guste y pruébatelo —le dije señalándole con la cabeza los percheros con ropa interior.

—Noah, no creo... —empezó a decir.

Fernanda la interrumpió. Notaba la tensión que flotaba en el ambiente y quería ayudar.

—¿Quieres que elija algunas piezas por ti? Por lo que veo tenemos la misma talla. Sé lo que le gusta a Noah.

A Delaine le salieron dos colmillos como si fuera la hija del Lobezno Inmortal. O al menos a mí me lo pareció, aunque tal vez solo me lo había imaginado. Sin esperar una respuesta, Fernanda salió de la habitación para ir a la tienda.

En cuanto se fue, Delaine se giró en el acto hacia mí.

—¿Te la has follado? —me soltó sin preocuparse de bajar la voz.

—¿Acaso importa?—le respondí levantándome, y me dirigí al bar para servirme una copa.

—Sí, claro que importa.

—¿Por qué? ¿Estás celosa? Porque también te he follado a ti y tú te has beneficiado muchísimo más de la follamenta que ella. ¿Te sientes ahora mejor? —repliqué tomando un sorbo del whisky que me había servido.

—¡Eres un asqueroso! —me espetó dándome de nuevo la espalda.

—Más bien soy un insaciable, que es muy distinto.

—¿Por qué diablos te gastaste dos millones de dólares en mí cuando la pequeña Miss Cuchi Cuchi Charo estaba deseando poner *a tu disposición cualquier cosa y todo cuanto tiene*? —me preguntó imitando el acento de Fernanda burlándose. La verdad es que Delaine era una monada hablando de ese modo.

—Charo es un nombre español. Fernanda es argentina —le corregí—. Y si bien Fernanda está de muy buen ver, ha complacido a un montón de ojos —señalé haciéndole un guiño e inclinando el vaso hacia ella—. No puedo hacerla pasar por mi pareja porque no colaría. Pero es una tía muy legal. Ella me entiende.

Delaine empezó a responderme algo, pero entonces Fernanda llegó y se puso a colgar piezas de ropa interior en el pequeño probador.

—He elegido algunas piezas de lencería que resaltarán tu figura.

—Pruébatelas, Delaine —le dije sentándome en el sillón. Muéstramelas.

Ella con actitud rebelde, siguió sentada en el banco. Fernanda miró a Delaine y luego me miró a mí sin saber qué hacer.

—Es muy tímida —le dije encogiéndome de hombros.

—¡Oh, no te preocupes! Si quieres puedo presentarte yo mismo los distintos modelos.

¡Vaya con Fernanda y con su deseo de complacerme! Las cosas se estaban poniendo más jugosas de lo que había planeado.

—¡Qué idea más fantástica, Fernanda! —le soltó Delaine con voz dura y sarcástica levantándose enfurruñada—. De todos modos estoy segura de que Noah preferirá verte a ti presentando los modelitos de ropa interior. De

hecho, hasta os dejaré solos para que gocéis de privacidad. Te espero en el coche —añadió girándose hacia mí con el ceño fruncido.

Salió echa una furia de la habitación, dando un portazo.

—¿Se ha enfadado conmigo? —preguntó Fernanda.

—No, tú no tienes la culpa —la tranquilicé—. Envuelve la ropa interior que creas más idónea y cárgamela a mi cuenta. Me la llevaré —le dije levantándome—. Me alegro de haberte visto de nuevo, Fernanda.

—Yo también, Noah —respondió dándome un caluroso abrazo y besándome en la mejilla—. Haré que te la lleven a tu casa por la mañana. Ve con ella, cariño.

Le di las gracias asintiendo con la cabeza y me dirigí al coche. Al entrar me encontré a Lanie sentada con los brazos cruzados y la cara vuelta hacia la ventanilla.

—Llévanos a casa, Samuel —le dije antes de que él cerrara la portezuela—. ¿Te importaría explicarme por qué te has puesto así? —le pregunté a Delaine.

—En el futuro si quieres ir a ver a una de tus antiguas novias para pegarte el lote —me soltó ella volviendo enojada la cabeza y mirándome fijamente—, ten al menos la decencia de no llevarme contigo. A mí no me van ese tipo de cosas.

—Ella no es mi antigua novia.

—¡O tu follamiga... qué más da! —replicó estudiándome el rostro, y luego sacudió la cabeza antes de apartar la mirada—. Y si no te importa, límpiate la mancha de carmín que esa zorra te ha dejado en la mejilla.

Me pasé la mano por la cara y me miré la mano. Tenía la punta de los dedos manchada con el pintalabios de Fernanda.

—Oye, no te he traído aquí para darme el lote con mi antigua novia. Aunque tengo todo el derecho a dármelo si quiero. El contrato establece que eres tú la que no puedes ir con otros hombres. No dice nada sobre mí.

—¡Eres un cabrón! —me espetó volviendo bruscamente la cabeza hacia mí—. ¡Si crees que me voy a quedar de brazos cruzados mientras te follas a cada mujer que pillas para acabar pegándome alguna extraña enfermedad venérea estás muy equivocado! Me largaré de esta casa tan deprisa que te quedarás con la cabeza dándote vueltas.

—Y entonces te demandaré por incumplir el contrato —afirmé con toda naturalidad—. Pero no te preocupes, porque no pienso acostarme con nadie más, al menos durante los próximos dos años. Tú eres la única mujer con la que quiero follar, Delaine. Y ahora ¿podrías por favor olvidarte de esta pueril rabieta para que pueda gozar de ti?

Ella poniendo morritos, suavizó un poco su expresión. Pero mirando hacia otro lado, siguió a la defensiva. Me tomé su silencio como que aceptaba a regañadientes mi petición.

—Estupendo. Y ahora te mereces un castigo por perder la compostura delante de una buena amiga mía y ponerme en una situación tan embarazosa —le solté. Ella me miró sorprendida y abrió la boca para responderme—. Pensaba comprarte lencería —añadí sin dejarla hablar—, pero ahora como castigo tendrás que ir sin bragas a todas horas —le anuncié con una sonrisa burlona al verla abrir y cerrar la boca pasmada—. Debería darte las gracias por no poder controlar ese geniecillo tuyo, porque al final he salido ganando. De modo que te lo agradezco, Delaine.

—¡Oh... eres... me das asco! —resopló mirando hacia otro lado de nuevo.

Nos pasamos el resto del trayecto en silencio. Ella negándose a mirarme, y yo en cambio sin dejar de mirarla. Me había llevado una buena desilusión por no haber podido verla luciendo para mí los modelos de ropa interior en la tienda, pero supongo que yo también era posesivo y entendía por qué estaba tan disgustada. Se me había estado insinuando toda la mañana, pero aparte del regalito que le hice en el jacuzzi, había rechazado todos sus intentos de hacerme gozar. Debo admitir que a mí también me habría fastidiado de estar en su pellejo. Lo que pasaba era que yo ya me había acostumbrado a su renuencia ante mis perversos juegucitos, en cambio ella todavía no se había hecho a la mía.

Delaine no entendía que lo que yo estaba intentando hacer era portarme bien con ella. Al menos, por el momento. Pero todo esto iba a cambiar en cuanto ese bonito gatito suyo se hubiera recuperado. Después de lo mucho que me la pensaba follar, estaba seguro de que me acabaría suplicando que me fuera «a dar el lote» con mi antigua, novia.

8.

Fuego, cachiporras vibrátiles y vampiresas, ¡madre mía!

Lanie

Noah me dejó sola después del épico fracaso de nuestra visita a la tienda de lencería.

No estaba celosa. Lo juro. La culpa la tenía el Chichi. Se había agarrado un cabreo monumental mostrándolo de mil y una maneras por toda la tienda. El Vergazo Prodigioso tendría que besarle algo más aparte del culo para ganárselo de nuevo. Tal vez Noah lograra solucionarlo con otra ronda de azotes, pero yo no podía asegurárselo.

Me acosté antes que Noah y cuando él se metió en la cama sin hacer ruido fingí dormir. Me dolió un poco que se acostara dándome la espalda y dejando tanto espacio entre los dos, sin adoptar desnudo la postura de las cucharillas o la del misionero conmigo, sin manoseos, sin nada de nada.

A la mañana siguiente me desperté antes que él. Cuando me levanté para darme una ducha Noah siguió durmiendo, y eso que hice mucho ruido. No me preguntes por qué quería despertarle, ya que no lo sé. A lo mejor echaba de menos a ese cabrón.

Incluso me fui al baño desnuda, hurgué en su armario buscando algo que ponerme, tiré aposta un par de zapatos suyos al suelo (y los dejé allí) y cerré la puerta del armario con más fuerza de la necesaria. Pero nada. Así que tenía que averiguar hasta dónde podía llegar, ¿no crees? Me refiero a que era imposible que siguiera durmiendo con todo ese jaleo.

Pero de pronto me rugieron las tripas, era hora de desayunar, y acordándome de haber visto en la despensa una caja de copos de maíz, me olvidé en un santiamén de cómo era posible que Noah Crawford siguiera durmiendo como un bendito.

Cuando me acababa de tragar la última gota de leche endulzada de mis cereales y de dejar el bol en la pileta, apareció Noah. ¡Dios santo!, se

quedó plantado en la cocina con el pelo húmedo recién lavado y unos vaqueros envejecidos de cintura baja y nada más, aparte de la cinturilla negra de los calzoncillos Calvin Klein. El Noah desnudo estaba de vértigo, pero este Noah semidesnudo, que no llevaba más que tejanos... estaba para desmayarse.

Y el caminito de vello que desde el ombligo conducía a esa deliciosa maravilla suya estaba para comérselo a lametazos. Y al decir «maravilla» me refiero a que su plátano mañanero estaba en plena forma, porque el bulto que se le marcaba bajo los vaqueros era descomunal.

El Chichi cruzándose de brazos desafiante, le dio la espalda. Se negó a mirar o incluso a reconocer la presencia del Vergazo Prodigioso.

—Buenos días, Delaine —dijo él pasándose sus pornotásticos dedos por entre el cabello.

—Buenos días, Vergazo Prodigioso. Mm..., quiero decir Noah.

Noah arqueó una ceja y luego se movió, apuntando con sus pies descalzos hacia donde yo estaba. Cuanto más se acercaba a mí, más reculaba yo, hasta que me quedé contra la piletta. Él apoyó las manos en la encimera y me encerró en medio de sus brazos antes de inclinar la cabeza y darme un bochornoso beso.

La Agente Doble Coñocaliente le miró por encima del hombro y luego volvió a darle la espalda, recordando que seguía cabreada con él.

Su boca sabía a menta fresca y por un momento se me pasó por la cabeza chuparle la lengua, pero entonces él hubiera pensado que yo quería acaparar su atención. Y aunque fuera verdad, él no lo sabía, y yo no vi ninguna razón para dárselo a entender.

Redondeó el beso chupándome el labio inferior y luego hundió la cabeza en mi cuello, pegando su cuerpo al mío. Al sentir su descomunal bulto aplastado contra mis partes femeninas, la resistencia del Chichi flaqueó. Noah me rodeó la cintura con sus fuertes brazos y me ciñó más a él mientras seguía sobándome licenciosamente. Su cuello estaba ante mis labios, con sus tensos y seductores tendones. No podía contenerme por más tiempo, tenía que saborearlo.

Inclinándome hacia él, le chupé la piel de la cavidad del cuello y él gimíó de gusto a mi oído. Se la chupé con todas mis fuerzas, porque por alguna razón que desconocía, seguía cabreada por lo del día anterior y me

sentía un poco posesiva.

—¿Estás intentando marcarme, Delaine? —me susurró al oído con voz ronca.

Ignoré su risita entre clientes y le mordí la piel para irritarle más aún. Pero por lo visto le gustó, porque me estrechó con más fuerza hasta que no quedó ningún espacio entre nuestros cuerpos. Echó la cabeza atrás ladeándola, exponiendo todavía más su preciosa carne. Sin perder un segundo, devoré su ofrenda con mi húmeda y ávida boca. Agarrándole los mechones más largos de la parte superior de la cabeza, tiré de ellos sin la menor delicadeza. Al notar el sabor metálico de su sangre aflorando a la superficie de la piel, me entraron unas ganas locas de sorbérsela. Sin pensar, le clavé las uñas en el cuero cabelludo, rasgándole la tierna carne de esa zona. Luego le chupé el cuello cada vez con más fuerza, gozando del sabor salado de su piel. Pero yo seguía queriendo más. Te lo juro, en otra vida debí de ser una vampiresa, porque podía imaginarme mis colmillos hundiéndose en su carne y perdiéndome en su misma esencia.

—¡Ya basta! —rugió con voz autoritaria apartando el cuello antes de liberarse rápidamente de mi abrazo.

Ambos estábamos jadeando con fuerza y en mi boca todavía perduraba el sabor de su piel. No me avergüenza admitir que gimoteé un poco y todo. Me habían negado la oportunidad de vivir una de mis perversas fantasías de vampiresa. Pero entonces mis ojos se posaron en su cuello y la Agente Doble Coñocaliente soltó unas risitas entusiasmada.

¡Menudo chupetón le había hecho a Noah Crawford!

La piel de su cuello tras adquirir un precioso color encarnado oscuro, se le empezó a hinchar. Le había dejado una buena marca en su bonita piel.

Una petulante sonrisa afloró en la comisura de su boca. Alzando uno de sus largos dedos, me acarició la mejilla sin rozármela apenas y me miró embelesado los pechos agitándose con mis jadeos.

—Te he dejado que me marcaras solo porque pienso marcarte yo a ti más tarde —me anunció deslizándose suavemente el dorso de su mano por uno de mis pechos—. Aunque mi marca no será un mero chupetón en el cuello. Todo el mundo sabrá que me perteneces.

Sus palabras me produjeron escalofríos y noté que se me ponía la carne de gallina. Sus ojos se posaron en mis pezones y suspiró complacido al ver

lo cachonda que me había puesto al oírlas.

—¡Así me gusta! —exclamó antes de hacer rodar uno de mis botoncitos rosados entre sus dedos—. No llevas sujetador.

Puse los ojos en blanco y crucé los brazos.

Apartándomelos, se acercó a mí.

—Veamos qué tenemos por aquí, ¿te parece?

Hundió las manos bajo el dobladillo de mi blusa y las deslizó lentamente por mi vientre y mis costillas, antes de encontrar la carne de mis pechos desnudos. Luego los rodeó con las manos al tiempo que me acariciaba con sus pulgares los turgentes pezones.

—Me gusta que vayas sin sujetador. Así te puedo tocar las tetas mejor —dijo agachando la cabeza, y tomando un pezón en su boca me lo chupó castamente y después me hizo lo mismo con el otro.

Esto tal vez tuviera que ver con la igualdad de oportunidades en el trabajo o lo que fuera. Me refiero a que técnicamente hablando, yo trabajaba para él. Al menos, mi cuerpo. El Chichi había sido un empleado modélico antes de que Noah se quedara babeando por la zorra latina. Era una de esas mujeres que conseguía lo que se proponía y que intentaba «superar siempre las expectativas con creces» en sus resultados anuales. ¡Pfff, menuda lameculos! Supongo que su teoría era que si triunfaba, le subirían el sueldo.

—¿Y qué hay de las bragas? Veamos si estás obedeciendo las normas que te puse como castigo —dijo deslizando una mano por mi vientre. Con un ágil movimiento de sus dedos, me desabrochó el botón de los pantalones cortos y me metió la mano ahí abajo. Debería haberme sentido como una vaquilla en una subasta de ganado siendo manoseada por algún joven granjero solitario muy desesperado. Pero recuerdas lo que te dije de sus dedos pornotásticos, ¿verdad? Sí, pues lo seguían siendo.

Deslizó con destreza dos dedos entre mis carnosos pliegues antes de metérmelos dentro. Los dobló varias veces, tocando ese pequeño punto que te hace deshacer de placer hasta que casi se me pusieron los ojos en blanco y se me escapó por los labios un gemido de gusto. Luego sacó los dedos, me acarició fugazmente varias veces el botoncito del amor, y después me los volvió a hundir en el coño. Las piernas estuvieron a punto de flaquearme.

Noah me los sacó con rapidez.

—Tal vez deberías irte a cambiar los pantalones cortos —observó con una mirada burlona. Después se llevó los dedos a la boca y se los chupó concienzudamente.

Su broma me dejó un poco tocada.

—¿Has acabado? ¿He pasado la inspección?

—Sí —admitió—. Hoy tengo que ir a recoger algo —añadió volviéndose hacia la nevera—. Por cierto, traerán un paquete. Samuel puede firmar el recibo, pero el contenido es para ti, ábrelo con toda libertad.

—¿Qué es?

—Un regalo —dijo encogiéndose de hombros mientras se servía un vaso de leche.

—¿Has pagado dos millones de dólares por mí y ahora encima me compras regalos?

—Es un regalo tanto para ti como para mí —puntualizó dándome un beso en la frente y luego unas palmaditas en el trasero antes de salir de la cocina y dejarme ahí plantada.

No tenía idea de la clase de regalo que podía ser, pero me picó la curiosidad. ¿Acaso hay alguna mujer a la que no le guste recibir regalos?

Lo averigüé más tarde. Sonó el timbre de la puerta —por cierto, era uno de esos timbres pretenciosos que parecen no acabar nunca de sonar— y Samuel firmó el recibo del paquete.

—Aquí tiene, señorita Delaine —me dijo amablemente, entregándomelo.

—Por favor, Samuel, llámame Lanie —le dije sonriendo. Él asintió respetuoso con la cabeza y luego se fue.

No me avergüenza admitir que me sentí como una niña en la mañana de Navidad, cuando me arrodillé sobre mi falda en el suelo —sí, me había cambiado de ropa— y rasgué la caja. Aunque no fue una tarea fácil. Quienquiera que hubiera empaquetado el regalo lo había sellado como el Fuerte Knox. Hasta tuve que ir a la cocina a coger un cuchillo del taco de madera. Pero no te preocupes, me cuidé mucho de no destruir el pequeño tesoro de su interior.

Cuando por fin descubrí las estupideces que contenía, arrojé el paquete por la ventana en un arrebató de furia. En el papel de regalo aparecía impreso por todas partes «Le Petit Boudoir» y había, cómo no, una nota escrita a mano por la misma Fernanda. La abrí y, lo siento pero su caligrafía no era ni por asomo tan bella como ella.

Querida Delaine:

Noah me ha pedido que te envíe esto. Cuando te lo pongas le va a encantar, he de admitir que me das un poco de envidia.

Siento no haber tenido la oportunidad de jugar contigo.

¡Espero que te guste!

Fernanda

¡La muy zorra!

Y a Noah se le debía haber nublado la razón para enviarme ese regalo. Creí que había entendido por qué me había largado furiosa de la tienda el día anterior. ¿Es que no veía que yo no iba a ponerme ni loca una lencería que le recordara a Fernanda?

Arrugué la nota reduciéndola a una pelotita y me la guardé en el bolsillo.

En un ataque de rabia, aporreé la caja. Como no me sirvió para calmarme, le clavé con saña el cuchillo que todavía empuñaba. Lo hice hasta dolerme el brazo. La caja de cartón quedó llena de trozos de prendas de encaje y de seda, pero no me bastó. Aún podía verlos, y sabía lo que eran y lo que representaban.

Me levanté de un salto y fui directa al armario del cuarto de la colada donde guardaban los productos para el hogar. Hurgué en su interior y encontré por fin lo que buscaba: líquido para encendedores.

Después fui corriendo a la cocina, cogí las cerillas jadeando, arrastré la ofensiva caja hasta el camino de entrada, y la rocié con el líquido sin dejar una sola gota en la lata. Encendí una cerilla y la eché en la caja. Cuando se formó una bola de fuego elevándose en el aire, tuve que dar un paso atrás.

Sí, sabía que estaba mostrando un comportamiento irracional y una reacción un tanto psicótica. Pero me daba igual, no pensaba ponerme algo que una de sus putas había elegido sabiendo que era lo que a él le gustaba.

Y quería que Noah viera bien claro que ese regalo me había sentado fatal.

Como dice el refrán, no hay nada peor que una mujer despechada.

Le di la espalda a las llamas y me alejé del lugar. Aunque el fuego fuera relativamente pequeño y controlable, en mi mente era gigantesco. A decir verdad, estaba segura de que parecía tan imponente como los que la pequeña Drew Barrymore provocaba con su mente en la película *Ojos de fuego*, con las llamas devorándolo todo a su alrededor, porque Samuel salió al porche con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—¿Se encuentra bien, Lanie? —me preguntó asustado.

—¡Oh!, estoy perfectamente... ahora.

Mientras pasaba por el lado de Samuel y cruzaba el umbral de la mansión quedándome tan ancha, oí el suave runruneo del motor de un coche y me giré para ver quién venía a visitarnos. Era Noah. Conducía un reluciente coche deportivo negro de líneas elegantes que parecía haberle costado incluso más dinero del que pagó por mí. Me recordó a un leopardo merodeando por el lugar.

Lo aparcó volando y salió de él a toda prisa sin preocuparse siquiera de cerrar la portezuela, y luego fue directo a la pequeña hoguera. Primero miró el fuego y después se fijó en mí.

—Tu regalo estaba contaminado —le solté con toda naturalidad y luego di media vuelta con la barbilla levantada y me alejé del lugar.

Noah como era de esperar, salió corriendo tras de mí.

—Samuel, ve a buscar el extintor y apaga ese fuego —le ordenó.

—Déjalo, Samuel —le grité con voz tediosa, girando ligeramente la cabeza.

—¡Delaine! —gritó Noah, pero yo seguí andando—. ¡Delaine! Haz el favor de pararte ahora mismo o juro por Dios que...

Me giré en redondo.

—¿Que harás qué?

Le vi desconcertado y con la cara crispada. Al apretar los dientes de rabia, se le tensaron los músculos de las mandíbulas, quería soltarme algo como respuesta, pero no se le ocurrió nada.

—Ya me lo esperaba —le espeté y luego me di la vuelta y seguí

subiendo las escaleras de la entrada—. ¿Sabes que tienes un problema, Noah Crawford? Viste que estaba furiosa cuando fuimos a la tiendecita de tu amiga. Y sin embargo, por alguna estúpida razón, creíste que era una buena idea pedirle a una mujer que todavía sigue coladita por ti que me enviara la lencería que ella misma eligió. ¿Y se supone que eres un gran magnate de los negocios? —me eché a reír con incredulidad, sacudiendo la cabeza—. ¡Estás pero que muuuuuy mal de la cabeza! ¡Ah!, a propósito —añadí deteniéndome en lo alto de las escaleras y volviéndome para mirarlo desde arriba mientras me metía la mano en el bolsillo—, ella me escribió esta nota.

Le arrojé la pelotita de papel y esta le dio en el pecho antes de caer al suelo. La agarró de un manotazo y alisó el arrugado papel para leerlo.

—¡Oh, por el amor de...! —comenzó a decir y luego lanzó un suspiro—. Delaine, Fernanda es bisexual. Quería verte en ropa interior y se llevó un chasco porque creyó que tú y ella... —la voz se le fue apagando.

—¿Que nosotras...?

Noah alzó las cejas y me echó una mirada esperando que lo captara.

¡Oh! *Ohhhhh...*

—Estás de guasa, ¿verdad? —le solté riéndome sin ganas.

—Bueno, no me lo dijo abiertamente, pero la conozco lo suficiente como para poder afirmar que ella esperaba divertirse haciendo un bocadillo los tres, conmigo en medio.

Un bocadillo de Lanie. Debo admitir que me halagó un poco la propuesta. Me refiero a que Fernanda era un bellezón. A la chica hetero que había en mí le picó la curiosidad, pero no creí poder hacer nunca semejante cosa. A mí solo me iban las pollas. Y sanseacabó. Pero ¿y a Dez?

—Cuando se lo cuente va a flipar —musité hablando conmigo misma.

—¿Qué dices?

—Nada. Esto no cambia nada. Tú fuiste el que compraste esa lencería, incluso después de saber el cabreo que me había agarrado. No quiero hablar más del asunto. Y por cierto, sigo enojada —tras decir esto, di media vuelta y me fui.

Le oí gruñir frustrado a mi espalda y creo que incluso dio un puñetazo en

la pared, pero no estoy segura.

Al cabo de una hora me sentí fatal y decidí ir en busca de Noah para disculparme. Cuando llegué al pie de la escalera vi un agujero del tamaño de un puño en el canto de la pared y puse los ojos en blanco. Noah se había pasado un montón con su reacción, pero mi pataleta por culpa de la lencería tampoco había sido demasiado normal que digamos.

Cuando me equivocaba sabía reconocerlo.

No lo encontré en el estudio, ni en la cocina. Como creí oír la televisión sonando a todo volumen en la sala recreativa, me dirigí allí y al llegar asomé apenas la cabeza por la puerta.

Noah estaba recostado en una de las butacas del cine, con el torso desnudo y la camisa tirada al lado. Era la primera vez que lo veía tan relajado desde que le conocí. Me aclaré la garganta para alertarle de mi presencia.

Él giró la cabeza, yo me imaginaba que me recibiría con cara de enojo, pero me miró más bien como si estuviera esperando que intentara seducirle de nuevo.

—Lo siento —dije pese al nudo que tenía en la garganta, porque me costaba muchísimo pedirle perdón al hombre que me había comprado para tener sexo conmigo.

Él suspiró dándose unas palmaditas en el muslo.

—Ven y siéntate conmigo un rato.

Crucé la habitación y me senté en su muslo, apoyando los brazos alrededor de sus hombros.

—Yo también lo siento —me dijo frotándose el muslo tranquilizadamente—. No caí en ello. Creí que te gustaría la lencería y me hacía mucha ilusión que te la pusieras.

—Siento haberla quemado —musité.

—No te preocupes. Estabas dolida y entiendo por qué lo hiciste —dijo riendo por debajo de la nariz—. Eres una fierecilla, ¿lo sabías? Pero verte así me puso cachondo, sobre todo cuando me llamaste tu hombre.

¡Vaya! ¿Le había dicho eso?

—Bueno, lo vas a ser durante los dos próximos años —le dije para salir del paso y luego me puse a mirar la tele. Daban una de esas series tan populares de vampiros e intenté ocultar lo máximo posible la niña que llevaba dentro—. Me encanta este programa. ¡Qué sexis y transgresores son los vampiros!

Él se echó a reír.

—¡No me digas! ¿Por qué te parecen tan sexis?

La serie volvió a acaparar mi atención: el vampiro había atado de pie, con los brazos y las piernas abiertas, a la chica que había capturado y se la estaba follando a una velocidad vampírica.

—Por eso —le dije señalando con el dedo la pantalla. El culo desnudo del vampiro meneándose contra la pobre chica sin que ella se quejara lo más mínimo me estaba poniendo cachonda.

—Cuando te vi te calé enseguida. ¿Te gusta el sexo salvaje, verdad? —me preguntó deslizándose la mano por mi muslo hasta llegar a acariciarme un lado del pecho. Me mordisqueó el pezón por encima de la blusa—. ¿Mmm? ¿Quieres que yo te haga lo mismo? —me pregunto bromeando, acariciándose el botoncito rosado con la punta de la nariz—. ¿Quieres que te penetre ese precioso chochito tuyo estando tú de pie con los brazos y las piernas abiertos?

—Sí, *por favor*.

—Lo puedo hacer, Delaine. Te puedo follar así.

Se me cortó el aliento al imaginármelo y él alzó los ojos y me miró bajo sus largas pestañas.

—Súbete la falda para mí, nena —me dijo con esa voz ronca tan sensual.

La Agente Doble Coñocaliente se levantó y se dio por aludida.

Realicé lentamente lo que me pidió y por primera vez estuve encantada de obedecerle. Él soltó ese gemido suyo que provocaba que mi Chichi se estremeciera y se pusiera a hacer chup-chup. Me rodeó con los labios el pezón izquierdo mientras sus manos me acariciaban la golosa abertura de mis muslos. Luego deslizó lentamente la lengua alrededor de mi pezón erecto antes de rozármelo con los dientes. Sentí su cálido aliento en mi piel al exhalar el lleno de satisfacción. Cerró sus labios alrededor de mi pezón y

me lo chupó moviendo la cabeza adelante y atrás. Después dándome un largo chupetón tiró de él, estirándomelo antes de soltarlo y contemplar cómo se retraía recuperando su forma.

A esas alturas estaba yo tan calenturienta que mi jugosa entrepierna me chorreaba como las cataratas del Niágara.

Noah me dio una retahíla de sensuales besos debajo del borde de la mandíbula hasta llegar a mi oreja.

—Tengo algo para ti —me susurró. Cuando me aparté para mirarle con el ceño fruncido por si acaso se trataba de otro regalito de los suyos, se apresuró a tranquilizarme—. Lo he elegido solo para ti. Te lo prometo. Y nunca le he regalado a ninguna mujer nada parecido.

—De acuerdo... —respondí con recelo.

Alargando la mano, cogió una cajita negra que reposaba a su lado adornada con una fina cinta de color verde esmeralda y la depositó en mi muslo.

—Ábrela —me apremió cuando me la quedé mirando.

Tomé aire y lo exhalé lentamente mientras cogía la cajita y tiraba del cabo de la cinta. Entonces levanté la tapa y me quedé boquiabierta. Era una pulsera de plata con un óvalo en el centro decorado con un ciervo con un diamante incrustado. Justo debajo había una plaquita en la que aparecía el apellido «CRAWFORD» cubierto de diamantes incluso más diminutos y relucientes. Era impresionante.

Noah me cogió la pulsera de las manos y me la aseguró alrededor de mi muñeca derecha.

—Es el blasón de mi familia —dijo encogiéndose de hombros—. Así todo el mundo sabrá que me perteneces. Quiero que lo lleves a todas horas.

—Te has pasado con el regalo —afirmé sacudiendo la cabeza.

—La chica que salga conmigo debe llevar un cierto nivel de vida, Delaine —puntualizó—. Aunque ambos sepamos que nos une un contrato, los demás lo ignoran. Por eso tiene sentido que lleves esta clase de joyas. Además, el brazalete te queda de lo más sexi.

Asentí con la cabeza a mi pesar.

—Levanta el fondo de la cajita —me dijo señalándomela con la cabeza—. Hay otra cosa más.

Metí la mano dentro y tiré de la lengüeta de seda que sobresalía en el fondo, intentando adivinar qué podría ser.

¡Madre mía, un vibrador Batman!

Había visto esta clase de objetos antes. Dez me había arrastrado a más fiestas «divertidas» de las que a una persona le hayan obligado a ir a lo largo de su vida. Pero la verdad es que no sé qué les veía la gente. Y ahora me descubría contemplando el vibrador por excelencia, con el blasón de la familia Crawford grabado a un lado, pero por suerte sin diamantes incrustados. Y entonces tuve una epifanía: dicen que los diamantes son el mejor amigo de una mujer, pero con un vibrador le sacabas mucho más jugo al dinero invertido.

El Chichi se puso en jarras, ofendido por no haber recibido también una pulsera con diamantes, pero agradecido por no tener que preocuparse de que le dejaran sus partes femeninas en carne viva.

—El brazalete es para que todo el mundo sepa que me perteneces —me explicó—. Y esto... es para que hagas con él lo que quieras —añadió tomando el vibrador de mis manos.

Lo activó y deslizó su punta entre mis piernas para presionármela contra el clítoris.

—¡Dios mío, cómo me gusta! —exclamé dando un grito ahogado y echando la cabeza atrás.

—Caramba, no esperaba que reaccionaras así —me susurró al oído—. Ya te lo he dicho otras veces, Delaine. Se supone que este juguetito te debe recordar a quién le perteneces. Dime ¿a quién has nombrado?

Apartó el vibrador para que solo me rozara levemente el botoncito lleno de terminaciones nerviosas y luego empezó a trazar con él círculos terriblemente lentos.

¡Somos sus guarras putillas! ¡Di su nombre! ¡Dile lo que él desee! ¡Quiero más de eso!, me gritó el Chichi.

—Por favor... Noah —le pedí gimiendo, y luego arqueé las caderas para acortar la distancia que me separaba del vibrador.

Él me empujó las caderas con la mano con la que me ceñía la cintura para impedir que las levantara.

—¿Por favor qué? —me preguntó bromeando.

El muy chulo me había pedido que dijera su nombre y yo le había obedecido. ¿Y ahora seguía tomándome el pelo?

—Más. Quiero más —gemí patéticamente.

—¿Más de qué? ¿Más de esto? —dijo presionando el vibrador más cerca del clítoris para darme lo que yo ansiaba.

—¡Oh, Dios, sí! —exclamé dándome cuenta de mi error demasiado tarde. Noah volvió a apartar el vibrador frunciendo el ceño.

—Volvamos a intentarlo. Ahora hay una nueva regla. Cada vez que sientas la necesidad de decir «Dios» dirás mi nombre en su lugar. Y te garantizo que mi versión del paraíso te va a encantar.

Noah pegó el vibrador a mi clítoris otra vez y luego lo deslizó rápidamente entre mis pliegues antes de metérmelo dentro.

—¡Oh... Noah! —grité embriagada de placer.

—Muy bien, Delaine. Veo que aprendes rápido —me felicitó y luego me recompensó rodeándome un pezón con los labios y chupándomelo vigorosamente mientras me masturbaba con el vibrador.

Yo no sabía en qué sensación concentrarme y no estaba ni siquiera segura de por qué intentaba distinguir la una de la otra. ¿Por qué no sentir las juntas? ¡Oh, Noah mío, qué gozada!

Y de pronto todo se acabó. El vibrador, las chupadas, me quedé sin nada de nada. Le miré como si él estuviera como una regadera. Y descubrí mi pequeño vibrador Crawford guardado en la cajita encima de la mesa.

—¿Te duele? —me preguntó.

Volví a mirarle como si estuviera majara.

—¡Claro que no! —exclamé levantando un poco más la voz de lo necesario.

Él se puso en pie, obligándome a aterrar sobre la silla con un ruido seco. Cuando estaba a punto de protestar por su rápida desaparición, se arrodilló entre mis piernas y me separó las rodillas. Inclinandose hacia mí, reclamó ávidamente mi boca con la suya al tiempo que me subía la falda. Yo alcé anhelosamente las caderas para facilitarle las cosas, aunque no sé por qué él no me la quitaba y punto. Su forma de actuar me ponía muy cachonda. Ese tórrido momento era tan erótico que ni siquiera quería perder tiempo en sacarte la ropa.

Noah no me decepcionó. Oí el tintineo de la hebilla del cinturón y tras levantarse, se desabrochó los vaqueros, me agarró de las corvas y tiró de mí hasta que el trasero se me quedó en el borde de la silla.

—¡Me muero por follarte! —exclamó con voz lujuriosa liberando al Vergazo Prodigioso de su reclusión—. Y me niego a esperar más. Dame lo que es mío —me ordenó.

—Tómalo si te atreves —le reté.

En realidad no estaba intentando ponerle las cosas difíciles. Él lo sabía y yo también. Pero era lo que siempre hacíamos. Retarnos el uno al otro y divertirnos luego con lo posesivos que ambos éramos. Me encantaba negarle lo que él me pedía y al mismo tiempo no me podía resistir a ello. Era un placer culpable que nos encendía de deseo a los dos: primitivo, animal, salvaje. El chupetón que le había hecho en el cuello era para dejárselo claro. Le toqué la marca y le miré a los ojos. Él sabía que yo le estaba diciendo con la mirada: eres mío...

Soltando un salvaje gruñido, se inclinó para atacar mi boca con un beso brutal y apasionado. Yo le hundí los dedos en el cabello y le di todo cuanto tenía en mí, porque si ibas a bailar un tango con Noah Crawford, no podías hacerlo a medias. Ni siquiera se preocupó de bajarse los pantalones hasta las caderas antes de pegarse a mi golosa abertura y metérmela lentamente.

De pronto interrumpió su beso, siseando.

—¡Madre mía, gatita! ¡Qué prieto lo tienes!

El Chichi chilló de placer al reunirse por fin con el Vergazo Prodigioso. Casi podía ver a los dos desventurados enamorados corriendo por una pradera cubierta de margaritas para estrecharse al fin en un apasionado abrazo. Él le susurró sus disculpas y ella le perdonó todos sus errores.

Era una escena perturbadora y gratificante a la vez.

En cuanto me lo metió hasta el fondo, y créeme, fue toda una hazaña, me agarró de las corvas y me separó las piernas al máximo.

—¡Oh, Noah! —suspiré dando un grito ahogado, siguiendo el juego de invocar su nombre—. Sí... sí...

Él se agarró a los reposabrazos del sillón para hincármela con más ardor, manteniéndome las piernas separadas con los antebrazos y doblando los codos para pegarse a mi cuerpo.

—Ahora voy a follarte a lo bestia, Delaine —me advirtió con sus labios cerniéndose sobre los míos.

Su aliento era mi aliento y ladeé la barbilla para besarle, pero él apartó la cara y luego posó apenas sus labios en los míos para dejar de torturarme.

—Si te hago daño dímelo y pararé.

—¡Dale ya! —dije entrecerrando los ojos y mordiéndole el labio inferior.

Noah gruñó de placer y me comió la boca con una pasión casi avariciosa. Noté un ligero sabor a sangre y supe que era la suya. Encendida de excitación, le chupé el labio, poniéndole más caliente aún. Él me sacó la polla del coño con rapidez y me la volvió a meter un poco más despacio, pero bastó para que yo dejara de fijarme en su labio. Eché la cabeza atrás arqueando el cuello mientras me volvía a penetrar con unas embestidas más fuertes.

Cuando volví a mirarle, vi que tenía un corte y un hilillo de sangre en el labio inferior. Se lo lamí, deseando saborearlo de nuevo. Sé que era un acto morboso, pero si hubieras saboreado alguna vez a Noah Crawford entenderías por qué nunca me cansaba de hacerlo.

—Se suponía que el vampiro era yo y no tú, Delaine —me recordó él aumentando la velocidad y la intensidad de sus arremetidas.

Alargando la mano, conseguí agarrarle del pelo, pero él se apartó de mí, negándose lo que yo quería. Tiré de sus gruesos mechones para atraerle hacia mí y besarle de nuevo pese a su resistencia. Fui directa a la sangre que manaba de su labio y la recogí con la punta de la lengua. Sin reducir la potencia de sus embestidas, Noah atrapó mi lengua con la suya para impedir que saboreara su sangre, pero yo logré liberarla. Luchamos para hacernos con el dominio del beso y de la sangre, y fue una escena tan excitante y ¡Dios mío!... es decir... ¡Noah mío!, tan erótica que estuve a punto de correrme.

Dejando de besarme, bajó la vista para contemplar nuestros sexos unidos y yo le imité. Él tenía los tejanos bajados hasta la cadera. Al verle penetrándose con su enorme polla con unas embestidas tan potentes, sentí una sacudida de placer en las entrañas que fue aumentando por momentos. Pero, maldita sea, Noah se movía demasiado aprisa y yo quería que esta sensación no acabara nunca. Como si me hubiera leído la mente, bajó un

poco el ritmo para que los dos pudiéramos contemplar la escena mejor. Le vi lamiéndose los labios mientras una gota de sudor le resbalaba por la nariz y le caía en el abdomen.

—Qué gozada, ¿no crees? —me dijo mirándome. Yo volví a posar la vista en mi entrepierna y me quedé embelesada por la imagen—. Mi gruesa polla follando tu bonito, mojado y prieto coño. Me voy a correr derramando mi leche a borbotones en ese gatito tuyo, Delaine.

Cogió aire y luego empezó a menear las caderas cada vez más rápido. No lo hacía a una velocidad de vampiro, aunque le faltó poco. Sí, me dolía, pero no, no me importaba lo más mínimo.

Me dedicó una de esas sonrisitas tuyas tan sexis y luego se inclinó hacia mí con los dientes asomándole entre los labios. Le sentí morderme la carne que cubría la arteria de mi cuello y luego me la chupó con ardor. La ilusión que había creado, la de un vampiro saboreando a su amante en el culmen del frenesí, me hizo sentir como si me llevara a las alturas y me arrojara a un mar de goce orgásmico. La sensación fue tan brutal que me quedé sin habla, y creo que incluso sin aliento. Abrí la boca arrobada, con los ojos en blanco y la espalda arqueada, y le clavé las uñas en la piel de la espalda para que no se separara de mí.

Noah bajó el ritmo de las embestidas y me hizo eso tan increíble de menear las caderas en cada acometida, fricciónándose de una manera deliciosa el clítoris. Mientras tanto, no paró de gemir de placer en mi cuello y las vibraciones de este sonido me llegaron al alma. A estas alturas estaba segura de que mi cuerpo se convulsionaba de gozo, pero él siguió con sus fogosas arremetidas. Al final me soltó la piel del cuello y me miró con una diabólica sonrisa.

—Ahora me toca a mí —dijo meneando las caderas con avidez. A cada embestida oíamos el sonido de piel contra piel. Sabía que sus potentes acometidas me estaban empujando contra el asiento, pero no me importaba. Volví a sentir que perdía el mundo de vista al ser engullida por otra oleada en aquel mar de orgasmos.

—¡Madre mía! —musitó él, y luego dejó caer mi pierna izquierda y me sacó la polla justo antes de derramar su leche a borbotones. La sentí caliente y espesa contra la suave piel de mi coño y le contemplé embelesada deslizar arriba y abajo la mano a lo largo de su verga. Cogiendo aire, echó la cabeza atrás y luego dejó escapar un leve gemido de

placer que resonó en su pecho.

Quería volverle a follar para ver la escena de nuevo.

Cuando vació toda su semilla, la cabeza le cayó hacia delante y me miró a los ojos, mientras inhalaba profundamente para recuperar el aliento. Expulsó el aire con fuerza y luego ladeó la cabeza antes de darme un largo y tierno beso.

—¿Estás bien, gatita? —me preguntó sosteniendo mi barbilla con una mano y deslizándose el pulgar de la otra por mi labio hinchado.

Le di un beso en el pulpejo del pulgar y asentí con la cabeza indolentemente, porque era todo cuanto logré expresar.

Se levantó y se subió los pantalones lo bastante para impedir que le cayeran a los tobillos. Luego se giró y se dirigió al bar, con los hoyuelos de su espalda sonriéndome, y la Doble Agente Coñocaliente les saludó tímidamente con la mano. Supongo que la muy zorra estaba ahora pensando en ponerle los cuernos al Vergazo Prodigioso.

Noah desapareció detrás del bar y yo me bajé la falda. A los pocos segundos volvió con una toalla humedecida.

—Es una de las ventajas de tener un bar con pileta en medio de la sala recreativa —señaló con una mirada traviesa. Me limpió mis partes femeninas pasando la toalla por ellas con dulzura—. ¿Te duele? —me preguntó poniéndose en pie y dirigiéndose al bar.

—¡Jolín, Noah! —resoplé bajándome la falda—. Agradezco que te preocupes por mí, pero... —dije ahogándome la voz al ver su expectante mirada. Se ve que esperaba que me doliera—. Pues sí —admití—, le has dado un buen vapuleo a mi Chichi. Ahora estaré varios días sin poder andar.

En realidad tenía las piernas resentidas y el Chichi se estaba lamiendo las heridas, aunque lleno de deleite.

En su cara apareció una gran sonrisa de satisfacción y yo sabía que el ego se le había hinchado al oírme.

—Eh, Noah —le dije para que me prestara atención.

—¿Sí?

—Todos esos vampiros tan supertórridos de la tele con sus prietos culitos, su sexi pelo y sus adorables caras que te hacen tener un orgasmo

con solo mirarte —afirmé, y él arqueó una ceja mirándome celoso—, comparados contigo no tienen nada que hacer. Tú eres mucho más sexi y exótico, y aunque yo no se las haya visto, es imposible que tengan una polla más gorda que la tuya. Eres una auténtica joya, cariño.

Se rió de mi comentario y luego se mordió la comisura del labio inferior.

—¡Gracias! —exclamó recatadamente—. Aunque no hacía falta que me lo dijeras, ya lo sabía.

Me eché a reír, sacudiendo la cabeza.

—¡Eres un creído, míster cachas!

—¿Lo ves? Ya vuelves a hablar de mi culo. Tu afición por mi trasero raya la obsesión —dijo tomándome de las manos para levantarme tirando de mí. Me quedé plantada ante él y entonces le rodeé el cuello con los brazos y Noah me ciñó por la cintura.

Poniéndome de puntillas, le di un tierno beso. Como ya no le sangraba ni hizo una mueca de dolor, le lamí el labio inferior. Noah me concedió mi tácito deseo de que me besara con más pasión y me acarició la lengua con la suya. Fue el beso más dulce que compartimos desde mi llegada. Esperé que me besara más veces de esta forma en el futuro y descubrí que no me odiaba a mí misma por desearlo.

El contrato que nos unía tal vez no estuviera tan mal después de todo.

9.

¡Huele a panceta!

Lanie

Me llamo Lanie Talbot y... soy una adicta a los culos.

En mi defensa debo decir que el de Noah era para flipar. Redondo, firme y respingón. Coronado por dos hoyuelos en la parte baja de la espalda y con una suave pendiente que se redondeaba deliciosamente formando dos musculares nalgas que se ahuecaban al contraerlas. Y si a todo esto le añades su encantadora piel de melocotón, te encontrabas ante la imagen de la *culidad* divina.

Era por la mañana. Noah yacía boca abajo y yo estaba tendida de lado junto a él. Todavía dormía y yo me había quedado papando moscas ante su adorable cuerpo desnudo. Por la noche se había apartado las sábanas de un puntapié en algún momento y al despertarme me había encontrado con la espectacular imagen de su delicioso cuerpo en su forma natural. Era espléndido. Aunque me encantaba lo bien que le caía la ropa, en cueros me gustaba mucho más todavía.

Le contemplé la espalda subiendo y bajando al ritmo de su acompasada respiración. Cada músculo estaba definido y mis dedos se morían por reseguirlos. Tenía la cara vuelta hacia mí y me maravilló lo largas que eran sus oscuras y espesas pestañas. Como no se había afeitado el fin de semana, una deliciosa barba incipiente cubría sus fuertes mandíbulas. Me gustaba y tomé nota de ello mentalmente para intentar convencerle de algún modo de que se la dejara así más a menudo, aunque en el mundo empresarial no estuviera bien visto. Dormía con la boca algo fruncida y en el labio inferior se veía una marquita, el recordatorio de nuestra sesión erótica del día anterior, cuando él había hecho realidad con creces mi perversa fantasía vampírica.

De pronto una sonrisa asomó a mis labios y le rodeé con dulzura la cara con mi mano. Al deslizar delicadamente el pulpejo del pulgar por su labio inferior, gimió de placer y luego se revolvió en la cama. Sabía que

probablemente no debía haberlo despertado hasta que sonara la alarma del despertador, pero no pude evitarlo. Tenía que tocar unos labios tan sensuales como los suyos.

Se despertó parpadeando y sus ojos se encontraron al instante con los míos: eran unas lagunas con remolinos de color verde, marrón, azul y ámbar tan cálidas y profundas que te daban ganas de ahogarte en ellas.

—Bu... días —me saludó con su ronca voz matutina. Frunciendo los labios, me beso el pulpejo del pulgar.

—Lo siento. No quería despertarte —le mentí apartando la mano.

—No pas... nada. ¿Qué hora es? —preguntó acodándose en la cama para mirar el despertador de la mesita de noche que tenía al lado. Refunfuñó al ver la hora y se tendió de espaldas—. ¡Joder! Tengo que levantarme para ir a trabajar —suspiró pasándose las manos por la cara.

—¿Quieres que te prepare el desayuno?

Se apartó las manos del rostro y me miró sorprendido.

—¿Sabes cocinar?

Solté unas risitas, porque por lo visto Noah me estaba conquistando.

—Sí. Los asalariados tenemos que hacer esta clase de cosas a no ser que queramos morirnos de inanición.

—¿Podrías prepararme dos huevos fritos con panceta? —me pidió con una expresión un tanto esperanzada en su adorable cara.

Puse los ojos en blanco y asentí con la cabeza.

—¿Cómo te gustan los huevos?

—No demasiado fritos.

—Si quieres lo puedo hacer, Noah. Puedo prepararte esta clase de desayuno —le dije seductoramente, imitando su forma de hablar de la noche anterior. Parecía que le estuviera ofreciendo lo mismo que él me había ofrecido, porque te juro que se le puso dura.

—¡Qué encantadora! Voy a darme una ducha y a vestirme —dijo levantándose de la cama en un abrir y cerrar de ojos, ofreciéndome la oportunidad de contemplar su cuerpo. Sí, me comí con los ojos la obra maestra de su culo, la culoestra.

Yo también me levanté y me puse de momento unos pantalones cortos y

una camiseta de tirantes, hasta que me diera una ducha. En cuanto bajé, cogí una sartén de entre los lujosísimos chismes pijoteros que colgaban en medio de la isla de la cocina, y la puse en un fogón. ¡Los fogones! Deja que te diga una cosa. Ni el mismo cocinero Gordon Ramsey sabría cómo hacerlos funcionar. Había botones y teclas a manos llenas y, como es lógico, no sabía para qué servía cualquiera de ellos. De manera que empecé a pulsar al tuntún los botones, como hice con el control remoto universal. Tuve un breve *flash-back* de aquel día y me estremecí, pero sentí un gran alivio al pulsar el correcto al segundo intento. ¿Y el primero? Prefiero no hablar de él. Al menos conservé las cejas intactas y solo quedó flotando en el aire un ligero tufillo a pelo chamuscado.

Fui bailando a la nevera y tuve que apartar varios productos a un lado para encontrar —no te lo pierdas—, panceta de carnicería. Mmm, mmm. Por lo visto Noah Crawford no consumía carne corriente y moliente del súper. Sacudí la cabeza ante tamaña absurdidad y cogí los huevos. Después de lavarme las manos a conciencia, preparé mi zafarrancho de combate.

Cuando la panceta se estaba friendo en la sartén y ya era casi el momento de darle la vuelta, Noah me rodeó la cintura por detrás. Sentí su mano rozarme el hombro y me tiró del pelo con suavidad para dejar al descubierto mi cuello. Instintivamente, ladeé la cabeza para tentarle y me estremecí en sus brazos cuando me resiguió el cuello con la punta de la nariz, inhalando profundamente.

Noah

—Dios mío, qué bien hueles —le susurré al oído—. Y el olor de la comida tampoco está mal.

El aroma del desayuno era delicioso, pero verla en mi cocina preparándose el desayuno me hizo desear saborearla más todavía. Le chupé el lóbulo de la oreja y se lo acaricié con la lengua al tiempo que deslizaba mis manos por su sedosa piel.

—Noah, estoy intentando cocinar—me dijo soltando unas risitas, y este sonido hizo que la polla se me estremeciera llena de deseo.

—Pues cocina —repose metiéndole la mano por debajo de la camiseta y

jugueteando con la cinturilla de sus pantalones cortos de algodón. Sentí su pulso acelerarse bajo mi lengua mientras le daba besos sensuales a lo largo de la tierna carne de su cuello.

—A no ser que te guste la panceta quemada, es mejor que no sigas. Me distraigo demasiado.

—No quemes la panceta, Delaine —le ordené con voz seductora, tal como sabía que en el fondo le gustaba. Deslicé la mano por debajo de sus pantalones cortos y le rodeé el coño con toda mi manaza. Ella dio un grito ahogado e intentó volverse hacia mí, pero yo se lo impedí.

—No, no, Delaine. Tienes que estar pendiente de la sartén —le recordé—. Porque si me quemas la panceta te tendré que castigar.

Ella me ofreció una seductora media sonrisa. Sí, quería que la castigara tanto como yo. Dios mío, me encantaban nuestros juegucitos.

Le separé los labios de los muslos y le hundí mis largos dedos entre sus ya húmedos pliegues. Era una gozada verla siempre tan receptiva a mis caricias. Pegué mi cuerpo a su espalda para tocarla mejor. Sabía que ella estaba sintiendo mi polla ponerse dura contra su espalda y también que esto la ponía tan cachonda como a mí. Seguí con mi sensual acometida a su cuello, deslizando los dedos de mi otra mano hasta encontrar un pezón erecto. Delaine arqueó la espalda y pegó su culo contra mi miembro enhiesto al pellizcárselo yo un poco.

—Noah...

—Shh... sigue con la panceta —le susurré al oído.

Quería jugar con ella, ver hasta qué punto era capaz de hacer varias cosas a la vez. Por tanto le bajé lentamente los pantalones cortos por las curvas de sus caderas hasta los tobillos.

—¿Qué estás...?

Le respondí a su pregunta cuando le separé las piernas y le metí dos dedos en el coño por detrás. Mientras le hurgaba los húmedos pliegues con la mano derecha, me desabroché rápidamente los pantalones con la izquierda liberando mi polla. Sabía que a partir de ahora yo seguramente asociaría siempre el olor a panceta con lo que estaba a punto de suceder. Y que como los perros de Pavlov, se me pondría dura como una piedra cada vez que flotara ese aroma en el aire. Pero era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

—¿Y qué hay de mis huevos? —le pregunté doblando varias veces mis dedos en su chochito—. Venga, Delaine, estoy muerto de hambre.

Cogió dos huevos con sus manos temblorosas y los hizo entrechocar para romper uno. Iba a seguir mi juego. Me encantaba su espíritu aventurero.

Saqué mis dedos de su coño mientras ella echaba con cuidado el primer huevo a la sartén. Luego rompió el otro golpeándolo contra el borde de esta mientras yo tiraba de sus caderas empujando hacia abajo un poco su zona lumbar para conseguir que la arqueara en el ángulo perfecto.

—No rompas la yema —le advertí penetrándola al tiempo que ella echaba el otro huevo a la sartén. Delaine se tensó sobresaltada y estuvo en un tris de romperlo, pero recuperándose rápidamente se las ingenió para conservar la yema intacta.

Follar a Delaine era una gozada. Por primera vez en todos mis escarceos amorosos me encontraba con un coño tan mojado como el suyo. Era caliente y con una piel sedosa que me apretaba la polla más que en cualquier otro que me hubiera metido. Me atraía y apretaba posesivamente como si no me quisiera soltar. Yo me había convertido en su esclavo y lo más irónico es que se suponía que era ella la esclava. Delaine desempeñaba bien su papel, sin ningún error, pero ese chochito suyo se había adueñado de mí. Y no me importaba un puto bledo.

Doblé un poco las rodillas y la sujeté mientras la penetraba lentamente con un acompasado vaivén. Sentí que su coño me envolvía la polla de una manera tan deliciosa que me pregunté si algún día me llegaría a cansar de ello. Cuando Delaine giró la cabeza y me miró mordiéndose ese labio inferior suyo, supe que la respuesta era no, nunca me hartaría de follarla.

Agarrándole un puñado de cabello, tiré de ella obligándola a arquear aún más la espalda hasta tener a mi alcance esa deliciosa boquita suya. Se la reclamé con un ardiente beso y ella gimió de placer en mi boca.

—¿Es la panceta lo que huele a quemado? —le pregunté con mis labios pegados a los suyos.

Se giró hacia la sartén y le dio la vuelta con manos temblorosas. Agarrándola aún con una mano el pelo y con la otra la cadera, aumenté la velocidad y la urgencia de mis embestidas. Las nalgas de su perfecto culito se bamboleaban a cada acometida y me resultó imposible dejar de

mirarlas. Deseando ver el tesoro oculto entre esas dos posaderas celestiales, la agarré por las caderas con ambas manos y se las abrí con los pulgares. Gruñí de gusto al revelárseme el jardín del placer prohibido. El agujerito de su trasero me incitó con su estrechez y sentí que la polla se me ponía dura a más no poder.

—Joder, nena —gemí—. Qué culo más precioso tienes. Me muero por hincarte la polla en él.

Sentí que se le tensaba el cuerpo y ella me miró de nuevo.

—Ahora no, Delaine, pero lo haré pronto —le aseguré—. Créeme, por más rara que seas, te va a encantar.

Le pasé el pulgar por el ojete y lo empujé hasta metérselo. Ella dio un grito ahogado y entonces noté las paredes de su coño apretándome la polla. Lo sentí palpar mientras Delaine presa del orgasmo, agachaba la cabeza y se agarraba a la encimera para no desplomarse, gimiendo cada vez con más fuerza a cada sacudida de placer.

—Sí, nena, esto no es más que una muestra de lo que vas a sentir.

Me mordí el labio inferior y me agarré de sus caderas mientras le penetraba su dulce chochito, aumentando su placer. Los cojones se me tensaron de golpe y me sentí invadido por una inaudita sensación de euforia hasta que estalló saliendo de mí como fuegos artificiales. La agarré con más fuerza de las caderas, pero en ese momento no me dio la sensación de tener que preocuparme por si le dejaba un moratón.

Cuando Delaine meneó y pegó las caderas a mi cuerpo una y otra vez, salió de mi pecho un largo y salvaje gruñido de gusto hasta dejarme sin una gota de leche. Después le solté las caderas y posé mis manos junto a las suyas en la encimera, arrimándome a ella para inmovilizarla, jadeando contra su hombro. Entre jadeo y jadeo logré darle varios castos besos aquí y allí. Sobre todo porque no me cansaba de desearla, pero también como una forma de darle las gracias.

¡Sí, qué bajo había caído! Esta mujer estaba obligada a follar conmigo y yo le agradecía que se lo dejara hacer. Pero era mejor que nada, ¿verdad?

Su voz queda rompió el silencio.

—Mm... ¿Noah? Creo que la panceta se me ha quemado.

Levantando la cabeza, miré la sartén. La panceta estaba carbonizada y

las yemas de los ahora correosos huevos, se habían roto. Dejando caer la cabeza, me reí contra su hombro rodeándola con los brazos.

—No te preocupes, nena. De todos modos no tenía demasiada hambre.

—Pero... aun así me vas a castigar, ¿verdad? —Dios santo, parecía estar deseándolo.

—¡Oh, sí, y no sabes cuánto!

Al mediodía me descubrí sentado ante el escritorio, incapaz de concentrarme por no estar pensando más que en Delaine.

Oí a alguien llamar a la puerta.

—Cuatro lonchas de panceta, dos huevos no demasiado fritos y una tostada —dijo Mason al entrar, arqueando una ceja extrañado, dejando ante mí la cajita de la comida para llevar—. ¿Cómo es que comes esto para almorzar? —me preguntó curioso. Mason me había estado mirando de una manera rara todo el santo día y ya me estaba empezando a mosquear.

Me encogí de hombros.

—Qué quieres que te diga. Me ha apetecido de golpe.

Polly entró de sopetón en el despacho y se puso de su parte.

—Tienes suerte de que el restaurante de la esquina sirvan desayunos las veinticuatro horas del día.

Miré a Mason extrañado.

—Como ella estaba de camino, le pedí que fuera a buscarte el almuerzo —aclaró encogiéndose de hombros. Siempre me estás diciendo que he de aprender a delegar.

—¡Eh, oye! —protestó Polly propinándole de broma un puñetazo en el brazo—, a tu dulce esposa no le puedes delegar tareas, cabrón.

—Sí, bueno, ¿por qué tú y tu dulce esposa no os largáis de mi despacho y os vais a dar un revolcón para dejarme comer en paz? —les sugerí levantando la tapa de la cajita.

El aroma a panceta me trajo enseguida a la memoria la escena de la mañana y la parte delantera de los pantalones se me tensó. Podía casi sentir

el coño caliente y húmedo de Delaine apretándome la polla mientras yo me movía dentro de ella. ¡Maldita sea!, la echaba de menos.

—La verdad es que tengo que hablar contigo de un asunto —dijo Polly arrancándome de mi mundo fantástico.

Levanté la vista hacia ella y le señalé con la cabeza el almuerzo.

—¿No puedes decírmelo más tarde? Si se enfría la comida no va a saber igual.

—No, no puedo —repuso sentándose ante mi escritorio—. Por mí puedes empezar a comer, no me importa.

Y como sabía que ella estaría caminando nerviosamente arriba y abajo delante de mi puerta mientras yo me tomaba el almuerzo, interrumpiéndome varias veces para saber si había terminado, se lo permití. Polly podía ser de lo más pesada cuando se le metía algo en la cabeza.

—De acuerdo. ¿Qué es eso tan importante que quieres decirme?

Mason, aclarándose la garganta, empezó a recular hacia la puerta.

—Estaré ante mi escritorio si me necesitas.

Vi por su mirada preocupada que no me iba a gustar aquello de lo que ella iba a hablarme. Como he dicho antes, Mason y Polly eran como la noche y el día. Él sabía cuándo necesitabas que te dejaran solo, en cambio ella te presionaba hasta salirse con la suya.

Cogí una loncha de panceta y le pegué un bocado esperando que ella empezara a hablar.

—Este fin de semana mientras hacía cuadrar las cuentas, pagando las facturas y revisando los gastos, descubrí que habías transferido una gran suma de dinero de tu cuenta personal a una cuenta en Hillsboro, Illinois —comenzó a decirme en tono inquisitivo.

—¿Y? —repuse dándole un bocado a los huevos. Les faltaba sal.

—Y... ¿dos millones de dólares? Noah, sé que no es asunto mío, ¿pero en qué diantres te los has gastado?

—Tienes razón, no es asunto tuyo —le solté perdiendo de golpe el apetito. Sabía que Polly vería la transferencia, pero nunca me había preguntado sobre las descabelladas sumas de dinero que yo despilfarraba.

La última vez que había gastado una cantidad parecida había sido en mi Hennessey Venom GT Spyder.

Polly frunció el ceño recelosa.

—¿Estás haciendo algo ilegal?

—Polly, te lo advierto, no sigas por este camino —le solté en mi tono más amenazador—. La última vez que lo consulté, tú eras la empleada y yo el jefe, así es que no me vengas ahora a preguntar sobre algo que no es de tu incumbencia.

—¡No me asustas, Noah Patrick Crawford! —dijo levantándose y blandiendo un dedo—. Estás metido en algún asunto turbio y no sé lo que es, pero no pararé hasta averiguarlo. Y no creas que no me he dado cuenta de que hiciste la transacción el mismo día que Lanie apareció.

Polly me estaba cabreando. Lo notaba porque la vena de la frente se me estaba hinchando.

—Delaine —la corregí.

—No, me ha pedido que la llame Lanie. Supongo que lo prefiere, pero tú deberías saberlo, ya que estáis enamorados —añadió cruzándose de brazos—. ¿Qué es lo que hay entre vosotros dos, Noah? Porque no me trago la sandez de «nos conocimos en la puerta de un espectáculo de *drag queens* en Los Ángeles y nos enamoramos». Tú puedes ser muchas cosas, pero de lo que estoy segura es que a ti no te van los tíos.

Me quedé estupefacto y casi me ahogo con mi propia saliva al oírlo.

—¿Te dijo que nos habíamos conocido en un espectáculo de *drag queens*?

Aunque pensándolo mejor, Delaine era muy capaz de inventarse esta clase de historias. En realidad, hasta resultaba divertido y todo. Fue entonces cuando se me ocurrió una idea para vengarme de las dos: de Polly por meter las narices donde no debía y de Delaine por inventarse lo de las *drag queens*.

—¿Te dijo que tiene un pene?

—¡Me cago en la puta! —exclamó Polly sorprendida quedándose con la boca abierta, y luego la cerró enseguida con cara de estar cavilando—. Espera un momento —añadió frunciendo el ceño con recelo, poniéndose una mano en la cadera—. La vi desnuda y sin duda no tenía pene.

—Ahora ya no lo tiene —añadí—. ¿Para qué crees si no que fue el dinero?

Casi podía ver el hámster girando en la ruedecita dentro de su cabeza mientras procesaba lo que le estaba diciendo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Lanie se ha hecho un cambio de sexo?

Me encogí de hombros.

—No veo por qué te asombra tanto. Antes se llamaba Paul. Pero ahora es de lo más femenina, ¿verdad?

—Pero a ti no te gustan los tíos.

—Ella no es un tío... ahora —puntualicé entrelazando los dedos y poniéndome las manos alrededor de la nuca mientras me reclinaba en la silla—. ¿Tienes alguna otra pregunta que hacerme?

Polly se quedó con la mirada perdida, anonadada, hasta que al final sacudió la cabeza sin dar crédito a lo que acababa de oír. Se dirigió hacia la puerta.

—¡Ah, y Polly! —exclamé antes de que se fuera. Ella se giró—. Que esto quede entre tú y yo, no quiero que nadie se entere, sobre todo Delaine. Es muy sensible en cuanto al tema y quiere que la acepten como la mujer que siempre ha sentido que es.

—Oh sí, de acuerdo, no te preocupes —dijo asintiendo vehemente con la cabeza, lanzándome una mirada de «pfff, y qué más», y luego agarró la manilla de la puerta para irse.

Me sentí muy orgulloso de mí mismo por haberseme ocurrido esta brillante idea en un parpadeo. Cuando Delaine se enterara, agarraría un cabreo monumental. Y para mí esto se traduciría en otra escapada sexual de proporciones épicas. Ding, ding, ding, ding. Había conseguido estas tres cosas de un plumazo.

—Una cosa más —añadí deteniéndola—. Era una puta broma.

—¿El qué?

—Todo, Polly. Me lo acabo de inventar. Delaine nunca fue un chico llamado Paul y ahora tampoco lo es, ni nunca tuvo pene —añadí echándome a reír—. Pero qué lástima que no hayas visto la cara que has puesto.

—¡Eres un granuja, Noah Patrick Crawford! —me soltó con los dientes apretados arrojándose contra mí—. ¡Vas a ver! —exclamó agitando el bolso en el aire y dándome con él en la nuca.

—¡Ay! —grité riendo y la esquivé para no recibir otro bolsazo.

—Se lo pienso contar a Laine —me soltó intentando arrearme con el bolso otra vez.

Era lo que yo quería.

Al final ella desistió y yo pude bajar por fin la guardia.

—Oye, no me sorprende que te dijera que me había conocido en un espectáculo de *drag queens*. Tiene un sentido del humor muy peculiar, Polly. Nunca sabes si lo que te dice es verdad o si te está tomando el pelo —le expliqué—. Es una de las muchas cosas que me encantan de ella. Pero lo cierto es que nos conocimos en una conferencia.

La verdad es que la mayoría de las cosas que había dicho eran ciertas.

—Por lo visto ella no es la única que va contando trolas por ahí —afirmó Polly poniéndose en jarras—. De acuerdo, ha llegado la hora de confesarte la verdad —añadió suspirando—. Cuando vi esa transferencia descomunal me puse a pensar y nada me cuadraba. De modo que hice algunas pesquisas y hete aquí que no vi que ningún viaje de los que reservaste para ir a Los Ángeles coincidiera con los días en que te estuviste viendo con ella. Y aunque no supiera su apellido, tampoco encontré a ninguna pasajera llamada Delaine o Lanie en ninguno de los vuelos procedentes de Los Ángeles el día que llegó a tu casa —me contó haciendo una pausa—. Pero lo que descubrí fue un recibo de un club muy pijo regentado por un tal Scott Christopher. Y al investigar más sobre el susodicho, descubrí que estaba acusado de tráfico humano. En concreto, de mujeres. Así que —concluyó suspirando— es mejor que me digas quién es Lanie en realidad.

¡Me cago en la puta! La jodida tipa había dado en el jodido blanco.

—Es complicado, Polly —admití vencido. Maldita sea, necesito un cigarrillo y una copa de Patrón.

—Noah —me dijo bajando la voz, echándome una mirada de pena mientras se volvía a sentar frente a mí—, la has comprado, ¿verdad?

Mordiéndome el interior de la mejilla, me la quedé mirando. Ella se lo

tomó como una afirmación.

—No voy a preguntarte la razón, porque estoy segura de saber la respuesta. Pero Lanie... es una buena chica. ¿Por qué haría tal cosa?

—No lo sé —le respondí de verdad—. Decidimos no hablar del tema.

—¿Y no crees que ahora deberías descubrirlo? —me preguntó asombrada sacudiendo las manos en el aire—. Que tú no quieras hablar de ello no significa que no puedas indagar un poco por tu parte. ¡Por Dios, Noah!, usa la cabeza que tienes sobre los hombros en lugar de utilizar la de entre las piernas. ¡Quién sabe el problema en el que estará metida!

Polly se estaba jugando el pellejo de la forma en que me hablaba, pero si alguien podía hacerlo sin que le pasara nada era ella. No solo era una chica demasiado alegre y guapa como para ponerme hecho una furia, sino que además habría sido como atacar a una colegiala.

Y encima tenía razón. Y si últimamente no hubiera estado tan distraído, habría hecho exactamente lo que me sugería. Delaine me estaba haciendo olvidar a su propia manera quién era yo. Disponía de los contactos necesarios para averiguar más cosas sobre ella, probablemente incluso la razón por la que había decidido firmar ese contrato. Tal vez una parte de mí solo quería vivir en el mundo fantástico que había creado con Delaine.

Me refiero a que esto no cambiaba nada. La había comprado y punto. Pero si estaba metida en un aprieto, quizá podía ayudarla. Después de todo, una buena parte de lo que hacía en el Loto Escarlata era donar dinero para obras benéficas. Mi madre la habría ayudado. Ella no la habría comprado ni desvirgado, y seguramente me hubiese arrancado la cabeza si se hubiera enterado de que yo lo había hecho, pero de todas maneras...

—¿Qué te parece? —me preguntó Polly esperando una respuesta.

Lancé un suspiro.

—Haré algunas averiguaciones —transigí—. Y ahora por favor lárgate y deja de darme la lata, tocapelotas.

—Claro —me respondió con su alegre tono habitual, saliendo prácticamente volando de mi despacho—. De todos modos pensaba ir a hacerle una visita a Lanie. Estoy segura de que se lo pasará bien cotilleando conmigo.

—No saques este tema con ella, Polly. Hablo en serio.

—Vale, vale —respondió levantando las manos en el aire como si se rindiera.

—Por cierto, estás despedida.

Polly puso los ojos en blanco, sabía que era mentira.

—Mmm, de acuerdo. He llevado tu ropa a la tintorería. Hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

En cuanto se fue, tiré a la papelera el almuerzo que apenas había probado. Y luego aporreé con el puño el escritorio frustrado, sobre todo conmigo mismo. Debería haber sido más inteligente sobre ello. Menos egoísta y pervertido, menos calenturiento.

Abrí la lista de contactos de mi ordenador y encontré el número de teléfono que andaba buscando. Brett Sherman era un investigador privado implacable al que había contratado cuando las cosas se habían agriado con Julie. Como estaba seguro de que ella intentaría jugarme una mala pasada y chantajearme o algo por el estilo, le contraté para que hurgara en su vida y le sacara los trapos sucios antes de que ella pudiera intentarlo siquiera. Desde entonces lo había contratado en varias ocasiones. El cabrón costaba un riñón, pero era tan bueno en su trabajo que merecía la pena hasta el último céntimo invertido.

Marqué el número y me llevé una grata sorpresa al contestar él a la primera llamada del teléfono.

—¿Diga? Soy Brett Sherman.

—Brett, soy Noah Crawford —le saludé.

—¡Señor Crawford! ¿Qué puedo hacer por usted? —saltaba a la vista que se alegraba de que le hubiera llamado.

—Necesito que averigües algo sobre una señorita que se llama Delaine Talbot de Hillsboro, en Illinois —le dije—. ¿Necesitas algún otro dato?

—Si supiese su edad me haría un favor.

Me sentí incluso más asqueado conmigo mismo porque había violado la intimidad de Delaine de muchas maneras y ahora incluso planeaba seguir haciéndolo, y no sabía qué responder a una pregunta tan sencilla.

—Tiene veinte y pocos años —dije intentando adivinar su edad.

—Con estos datos ya me basta. Le llamaré el fin de semana —dijo y

luego colgó sin más.

Sherman no se distinguía por su cortesía que digamos, pero a mí no me importaba, sabía que se pondría a trabajar en mi caso en cuanto colgara el teléfono.

—¡Noah! —exclamó David irrumpiendo en mi despacho sin avisarme el muy cabrón, ni haberle yo invitado.

—¿Qué quieres? —le solté con una voz que traslucía que no estaba de humor para ocuparme de sus memeces.

—¿Es que he de querer algo para venir a charlar un poco con mi amigo? —me preguntó con una arrogante sonrisa, sentándose ante mí y poniendo los pies encima del escritorio.

—Tú y yo hace mucho que ya no somos amigos, David. Y dudo que lo fuéramos en el pasado —le solté apartándole los pies del escritorio sin demasiados miramientos.

—Oh, no seas así, Noah —protestó haciendo un mohín burlón—. ¿No me digas que todavía sigues cabreado por esa Janet?

—Se llama Julie y que te jodan.

—No, que te jodan a ti —replicó como si se hubiera ofendido—. No me puedo creer que dejaras que una mujer se inmiscuyera entre nosotros, macho. Nuestra amistad era mucho más importante que ninguna tía.

—El tiempo para charlar se ha acabado, Stone. Lárgate de mi despacho o te sacaré a patadas —le solté con los dientes apretados.

David se levantó y se dirigió a la puerta.

—Te lo juro, no sé por qué todavía me guardas rencor por esa puta. Ya te lo dije, tío. O al menos intenté decírtelo. Todas son unas zorras que solo quieren nuestro dinero. Tienes que follártelas y desaparecer, pasártelas por la piedra y largarte... o lo que sea —dijo encogiéndose de hombros—. Pero no les cojas cariño y no permitas nunca, jamás en la vida, que te vean afectado, hermano.

Me reí burlándome de él.

—Si crees que voy a seguir tus consejos sentimentales estás loco, tío.

—Di lo que quieras de mí, pero las chicas se pelean por salir conmigo —afirmó sonriendo, y luego agarró sus trastos disponiéndose a salir del

despacho—. Ya verás cuando conozcas a la chica que me acompañará al baile. ¡Madre mía! Es un auténtico bellezón —añadió guiñándome el ojo.

—Pues yo creo que más bien será un putón —musité cuando se largaba.

Al oír al petulante cabrón saludar escandalosamente a Mason como si fueran viejos amigos de la universidad, me tembló el párpado de rabia. Le odiaba a muerte. A lo largo de nuestras vidas él siempre había deseado poseer todo cuanto yo tenía. Creí que era una de esas cosas que los mejores amigos hacían, pero David lo había llevado a otro nivel. Quería quitármelo todo: mis amigos, mi chica e incluso mi compañía.

Pues ahora yo tenía algo que él nunca podría poseer. Tenía a Delaine. Y sería un estúpido si dejaba que él se le acercara.

Ya tenía bastante por hoy, por lo que cogí el teléfono y le dije a Samuel que viniera a recogerme con el coche. De todos modos no estaba haciendo gran cosa en el despacho. Cogí mis bártulos y le dije a Mason que me llamara si surgía algo que requiriera mi inmediata atención. Estaba deseando ver a Delaine para desestresarme un poco y cuando Samuel llegó yo ya llevaba un buen rato caminando nerviosamente por la calle de un lado a otro.

Me abrió la portezuela de la limusina.

—¿A dónde quiere que le lleve, señor? —me preguntó al subir yo al coche.

—A casa, y cuando lleguemos asegúrate de que los empleados se tomen el día libre —le especifique—. Me gustaría estar a solas con Delaine.

—Señor Crawford, Lanie se ha ido con Polly. Creo que querían ir a comprar un vestido para el baile de gala.

—¿Es que te has olvidado de las formalidades, Samuel? —le amonesté con voz serena, porque acababa de llamarla Laine, algo muy impropio en él—. Se llama Delaine.

—Le pido mis disculpas, señor, pero ella me pidió que la llamara así.

Apreté las mandíbulas y cerré la portezuela de un portazo. No debería haberme enojado con Samuel, porque él no tenía la culpa, solo estaba haciendo lo que le habían pedido que hiciera, como de costumbre. Pero maldita sea la gracia que me hizo, estaba que trinaba, porque por lo visto toda la puta gente del jodido planeta podía llamarla por su diminutivo y a

mí en cambio nunca me había pedido que lo hiciera. Y lo más lógico era que el tío que se la estaba hincando hasta el fondo fuera al que le concediera este privilegio.

A eso de las cinco Polly por fin la trajo de vuelta. Como yo no me había preocupado de llamar a Delaine ni en decirle que llegaría a casa temprano, se sorprendió al abrir la puerta y encontrarme esperándola sentado en uno de los bancos del vestíbulo. Había estado repiqueteando con el pie el suelo como un loco y tenía el pelo alborotado por habérmelo prácticamente arrancado de cuajo en mi impaciencia.

—¡Oh, Noah! —exclamó ella sorprendida—. No creía que fueras a volver tan temprano.

—Ya lo veo —le respondí con un deje de resentimiento en la voz—. ¿Dónde coño te habías metido, Delaine?

—Me fui de compras con Polly. Me dijo que este fin de semana habría una especie de fiesta organizada por tu compañía e insistió en que fuéramos a hacerme un vestido a la medida —me explicó poniendo los ojos en blanco.

—Te dije que quería saber dónde estabas a todas horas. ¿Por qué no me has llamado? —le solté.

Me di cuenta de que yo daba la impresión de estar como un cencerro, pero me daba igual, me había cabreado.

El silencio nos envolvió mientras ella seguía mirándome como si esperara que la cabeza me fuera a estallar.

—Has tenido un mal día, ¿verdad? —me preguntó después de lo que me pareció una eternidad.

Agaché la cabeza clavando la vista en mis pies.

—Sí, más o menos —musité.

Delaine dejó las bolsas en el suelo y se acercó al banco. Al ver que yo no alzaba la vista hacia ella, se arrodilló frente a mí buscándome la cara. Sin decir una palabra, me la rodeó con sus manos y unió sus labios a los míos. Lo que comenzó como un dulce beso que se suponía era para calmarme, se transformó rápidamente en un apasionado intercambio de desesperación.

—¡Dios, yo también te he echado de menos! —me susurró entre besos.

Esta vez no la reprobé por no haber dicho mi nombre en lugar de «Dios»,

porque esas memeces no me importaban ahora que se estaba refregando contra mí, pegando con ardor sus tetas a mi pecho.

Me empezó a quitar la chaqueta y mientras yo acababa de hacerlo, ella fue directa a la hebilla del cinturón. Luego me desabrochó con rapidez los pantalones y tiró de la cinturilla de los bóxers para liberar mi polla. Naturalmente ya se me había puesto dura por lo que me estaba haciendo.

De sus succulentos labios rosados se escapó un dulce gemido al contemplarla. Y entonces, sin bajarme los calzoncillos siquiera, me agarró la polla por la base y se la metió en la gruta caliente y deliciosamente húmeda de su boca. Siseé al sentirla deslizar los dientes a lo largo de mi miembro mientras me miraba, rodeándomelo con sus carnosos labios y moviendo ávidamente la cabeza en un acompasado vaivén como si estuviera muerta de hambre. Luego, cerrando los ojos, dijo ¡mmm...! como si mi verga fuera lo más delicioso que hubiera probado en la vida. La escena era divina.

—¡Delaine! —exclamé jadeando, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano.

Decir su nombre me hizo recordar que yo era el único hijo de puta que la llamaba así. Pero tampoco se lo tuve en cuenta, porque sentía la punta de mi polla topando con la pared de su garganta cada vez que yo se la hincaba hasta el fondo. Además sus gemidos de gusto, mezclados con los húmedos chupeteos de sus esfuerzos, resonaban en el espacio vacío que nos rodeaba. El vestíbulo tenía una acústica excelente.

—Métetela más adentro, nena. Cómemela más aún.

Ella gimió con la polla en la boca aceptando mi desafío. Cambió de postura para hacerlo desde un mejor ángulo y siguió chupándomela de maravilla. Más rápido, con más ardor y —¡madre mía!—, hasta se la metió más adentro. Podía haberle empujado la cabeza para ayudarla, pero ella era la que estaba ahora al mando. Y yo quería que tomara la iniciativa.

De pronto bajó el ritmo y se la metió hasta el fondo de la boca. Luego sentí que se la tragaba, metiéndosela más adentro aún. Mi nena había aprendido a hacer eso de la garganta profunda de puta madre.

—Joder, joder, joder —canturreé mientras el orgasmo se apoderaba de pronto de mí, envolviéndome con sus espasmódicas sacudidas.

Tuve un orgasmo a lo bestia, derramando mi semilla a borbotones por su

garganta. Ella cerrando los ojos susurró ¡mmm...!, engulléndosela toda mientras se metía más adentro mi polla cada vez que se la tragaba.

—¡Madre... mía... Delaine! —exclamé mientras me corría. El corazón me martilleaba en el pecho con fuerza y brutalidad.

Después de tragarse mi miembro hasta el fondo por última vez, se lo sacó de la boca. Me besó en el glande y al hacerlo la polla se me movió por sí sola, lo cual pareció divertirlo, porque soltó unas risitas y luego me lo volvió a besar.

—¿Dónde diablos has aprendido a metértela hasta el fondo de la garganta? —quizá debería haber esperado a respirar con normalidad antes de preguntárselo, pero quería saberlo enseguida—. Yo no te lo he enseñado.

Delaine se encogió de hombros, limpiándose la comisura de la boca.

—Polly me explicó cómo hacerlo y se me ocurrió probarlo. ¿Por qué? ¿Es que no te ha gustado? ¿Es que he hecho algo mal?

¡Polly se había ganado mi perdón con creces!

Delaine me miró tan preocupada que me enterneció. La abracé y le di un apasionado beso antes de pegar mi frente a la suya.

—Lo has hecho de puta madre, Lanie. Ha sido una gozada.

Sí, la llamé Lanie. Quería ver cómo reaccionaría.

Quedándose con los ojos abiertos de par en par, se separó de mí.

—Delaine —me corrigió de manera cortante y luego se levantó, cogió las bolsas y se alejó.

Me metí la polla rápidamente dentro del calzoncillo y salí corriendo tras ella.

—¡Vaya!, ¿o sea que Samuel y Polly pueden llamarte Lanie y yo no? ¿A qué viene esto?

—Ellos no han pagado dos millones de dólares para poseerme durante dos años. No son mi jefe sino mis iguales, unos humildes sirvientes a los que pagas para que se ocupen de satisfacer todas tus necesidades.

—¿Es que te has vuelto loca? —exclamé poniéndome en jarras. Mi gesto hizo que Delaine se fijara en mi entrepierna y se la quedara mirando, yo iba todavía con los pantalones y el cinturón desabrochados.

—Es lo que hay, Noah. Es lo que hay —respondió dando media vuelta, y subiendo las escaleras puso fin a la conversación.

10.

No te vengas abajo

Lanie

Pero qué cara más dura tenía el cabrón ¿Cómo se atrevía a llamarme «Lanie»? ¡Habrase visto!

Como le oí subir las escaleras de dos en dos corriendo tras de mí, apreté el paso.

—¡Delaine! —me gritó, pero yo seguí andando. Bueno, a estas alturas ya había echado a correr porque no quería verle ni en pintura. Todo lo ocurrido junto con el montón de cosas con las que me estaba enfrentando ya eran lo bastante duras como para que Noah me las complicara más aún. Tuve que largarme antes de venirme abajo delante de él.

—¡Espera, joder! —me gritó mientras yo soltaba las bolsas y echaba a correr a todo trapo.

Abrí al azar la puerta de una habitación y me metí dentro dando un portazo. Estaba como boca de lobo y no tenía idea de dónde me encontraba, pero sabía que así levantaría una barrera entre Noah y yo, y eso era lo único que me importaba. Busqué a tientas hasta encontrar en el pomo el mecanismo de cierre, lo eché y luego me apoyé de espaldas contra la puerta.

Él estaba ya ahí, aporreándola al otro lado. Le oí gruñir frustrado y el sonido casi me asustó.

—¡Como no abras la puerta te juro por lo más sagrado que la echaré abajo!

—¡No quiero hablar ahora! ¡Vete! —grité a voz en cuello para que pudiera oírme a pesar de los porrazos que le estaba dando a la pobre e indefensa puerta.

—Muy bien. Tú te lo has buscado.

Los golpes cesaron de repente y yo suspiré aliviada, creyendo que se daba por vencido. Pero cuando había empezado a sentarme en el suelo, oí

de pronto una especie de tenso grito de batalla al otro lado y luego una masa arremetiendo contra la puerta que cedió con un fuerte chasquido, haciéndome salir rodando por el suelo. Logré quedarme de grupas en él y giré la cabeza mientras la luz del pasillo entraba a raudales en la habitación.

Noah estaba plantado bajo el dintel de la puerta, con los brazos colgándole a los lados y los hombros subiéndole y bajándole a causa de su jadeante respiración. Aunque estaba de espaldas a la luz, yo podía ver el amenazador aspecto de su cara. Parecía casi mortífero.

—Me acusas de tratarte como a cualquier otro empleado y sin, embargo nunca me escuchas cuando te doy una orden —me espetó furioso.

—Sí, bueno, soy una insubordinada. Despídeme —le solté poniéndome en pie y pasando por su lado hecha una furia.

Me agarró del brazo y me hizo girar de un tirón hasta que me quedé con la espalda pegada a la pared, en la entrada de la habitación. Él arrimó su cuerpo al mío, apoyando los antebrazos en la pared, inmovilizándome. Me obligó con las rodillas a separar las piernas y sentí su aliento en mi oído al presionar el abultado paquete de sus pantalones contra mi vientre. No estaba bromeando cuando me dijo que tenía un tiempo de recuperación muy rápido.

—¿Por qué? ¿Por qué no puedo llamarte Lanie? —dijo enterrando la cabeza en la cavidad de mi cuello. Su voz era una mezcla de desesperación, rabia y frustración, y te juro que no entendía por qué. Arrastró sus labios por mi piel sensualmente y luego alzó la cabeza para mirarme a los ojos. Sus penetrantes pupilas color avellana reflejaban una intensidad que me impactaron y me hicieron a la vez que quisiese darle cualquier cosa que me pidiera.

—Te he tratado bien. Mejor de lo que podías haber esperado en tu situación. Y siempre me he preocupado de que todas tus otras necesidades fueran satisfechas —dijo recordándome a lo que se refería al doblar él las rodillas y presionar lentamente sus partes en mi entrepierna. Un traidor gemido se escapó de mis labios—. ¿Por qué no puedo llamarte Lanie? Dame una buena razón.

¿Y si le diera cinco? Porque era un trato demasiado personal. Porque al terminarlos dos años me costaría demasiado separarme de Noah. Porque

haría que me resultara demasiado fácil enamorarme de él. Porque yo no podía...

Esta era la verdad. Pero si le decía cualquiera de estas razones, me mandaría al instante de vuelta exigiendo que le devolvieran el dinero.

—Porque es lo que tú quieres —le repuse, dándole la quinta razón.

—Quiero que seas mía —dijo tirando suavemente de mi labio inferior con sus dientes. Apartó las manos de la pared y las deslizó por encima y debajo de mis costados—. ¿Por qué me torturas?

¿Yo le estaba torturando?

—No te estoy torturando, Noah —suspiré—. No darte permiso para llamarme Lanie significa que por primera vez en tu vida no consigues algo que quieres. Y tú solo lo deseas porque no puedes tenerlo. Y te revienta la situación por estar más allá de tu control. Eres una persona demasiado privilegiada y consentida. Y salta a la vista que en tu vida siempre te lo han servido todo en bandeja. Pero en cuanto a lo de mi nombre, es algo personal. Tienes que ganarte este derecho y solo yo puedo decidir cuándo me parecerá adecuado dártelo.

Sentí las vibraciones de su gruñido contra mi pecho, recordándome lo pegados que estábamos. Era obvio que no le había gustado mi respuesta.

—¡Eres mía! ¿Acaso lo has olvidado? Pues ahora te lo recordaré.

Manteniéndome con su cuerpo contra la pared, me subió la falda y luego tiró de la parte delantera de su calzoncillo para liberar a la bestia de su interior.

Entendía perfectamente lo que Noah estaba haciendo. Le había quitado el control que creía tener, haciéndole sentir humillado. Y esta era su forma de recuperarlo. Yo lo esperaba, incluso lo ansiaba. Ambos sabíamos que mi cuerpo reaccionaría. Que a este respecto no tenía nada que hacer. Pero en cambio era dueña de mi mente, de mi alma... y sabía que se las daría solo cuando sintiera que Noah se las merecía. Y esto no iba a suceder nunca. Lo nuestro no era un cuento de hadas, sino que yo pertenecía a un hombre que había pagado un dineral para asegurarse mi sumisión física. Ni más ni menos. Y no pensaba entregarme a él en cuerpo y alma, porque veía que entonces me acabaría enamorando de Noah Crawford y esta situación haría que más tarde se me rompiera el corazón.

—Hazlo. Fóllame —le reté—. Por eso estoy aquí, ¿verdad?

Él se detuvo buscando mi mirada. Después se inclinó hasta rozar apenas sus labios con los míos.

—¿Por qué me vendiste tu cuerpo? —me preguntó presionando su miembro contra mi carnosa hendidura, aunque sin hundírmelo dentro.

—Porque fuiste el que más dinero pagó por mí —le respondí y luego le toqué ligeramente con la lengua el labio inferior y arqueé la espalda para tentarle a que me penetrara.

—No me refería a eso y tú lo sabes. ¿Por qué te presentaste a la subasta? ¿Para qué necesitabas el dinero?

—Vaya, qué preguntón estás hoy —dije pasándole las manos por entre el pelo e intentando mover las caderas para que me penetrara, pero él se apartó de mí frustrando mis intentos.

—Respóndeme a la maldita pregunta y deja de intentar follarme —respondió con energía.

—¿Por qué? ¿Es que no quieres hacerlo?

Agarrándome por detrás de los muslos, me alzó en el aire y luego me hincó la polla dentro. Me la hundió hasta el fondo en una rápida embestida. Di un grito ahogado aferrándome a sus hombros.

—Respóndeme tú. ¿Crees que quiero follarte, Delaine? —me soltó meneando las caderas en potentes acometidas—. Porque es lo único en lo que pienso últimamente. Estoy tan enganchado a tu coño que no puedo pensar con claridad. Y ahora deja de intentar distraerme y responde a mi pregunta.

Dejando de menear las caderas, se negó a seguir moviéndose, aunque yo hiciera lo posible para que continuara con aquel tipo de fricción.

—Noah, por favor —le supliqué como una fresca desvergonzada. Sentía su gruesa polla embutida en mi coño y quería que me siguiera follando.

—Respóndeme y te prometo que te daré lo que tú quieres —me susurró al oído con voz sensual, haciéndome estremecer de deseo—. Porque lo quieres, ¿verdad, Delaine? Estás deseando follarme tanto como yo. Joder, piensa en ello: mi gruesa polla moviéndose en tu apretado chochito en un acompasado vaivén, hasta sentir que estás a punto de derretirte de placer.

Gimiendo de gusto, deslicé las manos por debajo de sus brazos y por su espalda, hasta hundirlas bajo los bóxers y agarrarle las nalgas. Luego

meneé las caderas lo máximo que me permitía el pequeño espacio en el que estaba, desesperada por agonizar de deleite en el orgasmo que sabía que él podía darme.

—Sí, te encantaría, ¿verdad gatita? —me susurró chupándome el lóbulo de la oreja y mordisqueándolo juguetonamente—. Todo cuanto tienes que hacer es responderme.

Cuando yo estaba a punto de perder el control, va y encima me llama «gatita». Últimamente lo había estado haciendo a menudo y cada vez que me llamaba así, me lanzaba a un embriagador abismo de deleite. Deseaba con tanta desesperación correrme que creí que iba a romper a llorar. Y Noah olía tan bien que te juro que podría haberlo hecho solo aspirando su aroma. Protesté frustrada, porque sabía que no podía darle la respuesta que él quería y que tampoco me daría lo que yo deseaba si no se la respondía.

—No me lo vas a decir, ¿verdad?

—No —contesté y él suspiró frustrado—. La razón de mi contrato, al igual que mi nombre, es personal.

Cerró los ojos con fuerza y vi los músculos de sus mandíbulas crisparse al apretar él los dientes. Sacó de mí su miembro con brusquedad y me dejó en el suelo. Luego se lo metió rápidamente dentro del pantalón y se abrochó el cinturón. Le tuvo que doler, porque la seguía teniendo dura como el granito. Siseó incómodo, confirmando mis sospechas. Al terminar, me miró, sacudió la cabeza decepcionado y se fue de la habitación sin decir una palabra.

Yo me desplomé en el suelo. Pegando las rodillas al pecho, enterré la cara en mis brazos. Y entonces fue cuando el mundo se me vino abajo. Por la enfermedad de mi madre, por la desesperación de mi padre, por el estúpido contrato... y por Noah. Había pretendido controlar la situación, fingiendo que la relación que mantenía con él me afectaba mucho menos de lo que quería admitir. Pero al ver que la situación me superaba, me quedé aturdida.

Les estaba mintiendo a mis padres. Le estaba mintiendo a Noah.

Y me estaba mintiendo a mí misma.

¡Oh, qué maraña tan complicada de engaños había urdido!

La situación se me había ido de las manos. Y lo iba a pagar muy caro.

Ya estaba coladita por Noah. Me refiero a que era verdad lo que le había dicho antes, que hoy le había echado de menos. No soportaba estar separada de él. Y de pronto al llegar a casa y ver que me estaba esperando sintiéndose exactamente como yo me sentía —agotando y ansioso por la separación—, vi que le necesitaba. Necesitaba que Noah me necesitara.

Sí, he dicho «necesitaba». No que lo deseaba, sino que lo *necesitaba*.

Me quedé sentada en el suelo durante horas, dándole vueltas al asunto en mi cabeza y compadeciéndome a mí misma. Pero como no me podía quedar en ese lugar para siempre y tendría que acabar enfrentándome a Noah, me levanté y decidí que ir a darme un largo chapuzón en la piscina sería una buena idea. Quizás al salir yo del agua Noah ya se habría ido a dormir. No estaba segura de que él me quisiera en su cama, pero a no ser que me ordenara lo contrario, seguiría durmiendo con él. Estupendo. La Agente Doble Coñocaliente no tendría ninguna objeción al respecto, pensé sarcásticamente. Sí, darme un buen chapuzón en una piscina con agua fría era exactamente lo que necesitaba para que yo, y el Chichi, recuperáramos la calma.

Por suerte la casa era lo bastante grande como para no toparme con Noah mientras me dirigía al dormitorio. Él no estaba allí. Me cambié rápidamente, poniéndome el diminuto biquini que Polly había elegido para mí y me encaminé a la piscina. También recé en silencio agradeciendo al poder supremo que mi padre no tuviera que ver a la niña de sus ojos cubierta con esta ridícula vestimenta. Pero cuando me encontré a Noah haciendo largos en la piscina, vi hasta qué punto Dios me estaba castigando por la pecaminosa vida en la que yo había caído.

Me quedé atónita al ver sus torneados músculos mientras se deslizaba por el agua como un cuchillo caliente cortando mantequilla. Nadaba con soltura y fluidez, como si formara parte del agua. Al llegar al final, se agarró del borde de la piscina y salió fuera. Estaba chorreando, con su reluciente pelo mojado, tan negro como la noche, bañado por la luz de la luna. Le reseguí con los ojos los hombros y la esbelta espalda hasta su... ¡Oh, Dios mío! Incluso nadaba desnudo.

Las nalgas se le marcaron al doblarlas y estaban más esculpidas que las de cualquier otro trasero. Quería morderlas. Ávidamente.

—Me estás mirando el culo otra vez —me dijo con la voz goteándole como sexo líquido, arrancándome de mi embriagante estupor. Sí, estaba

embriagada con su trasero. ¿Es que Noah tenía ojos en el cogote? Tal vez esos hoyuelos de la espalda fueran un par extra.

Al girarse di un grito ahogado y él se cubrió enseguida, encogiéndose de hombros. Parecía sentirse violento, algo muy inusual en él.

—El agua está un poco fría.

¿Ah sí? Me refiero a que no la tenía tan enorme como de costumbre, pero seguro que muchos hombres ya querrían que se les pusiera tan gorda durante un tremendo calentón como la de Noah estando flácida.

—Lo siento, no sabía que estabas aquí. Solo... —dije girándome para volver al interior.

—No te vayas. Quédate.

Al darme la vuelta, él ya se estaba acercando a mí con la toalla ceñida a la cintura y unas gotas de agua pegadas al oscuro vello de su pecho, que trazaba un caminito hacia el objeto de mi deleite. La toalla no me impidió comérmelo con los ojos. El Vergazo Prodigioso le sobresalía de ella y si Noah se hubiera excitado en ese momento, estoy segura de que la gigantesca tienda de campaña que se hubiera alzado sería lo bastante grande como para alojar a toda la familia Von Trapp de la película *Sonrisas y lágrimas*. Al vérselo me entraron ganas de ponerme a cantar, pero desistí por los gallos que soltaba. Tan mal lo hacía que en mi casa lo tenía prohibido. Pero me estoy yendo por las ramas.

Como el Chichi me estaba amenazando con salir a mordiscos del biquini para saltarle encima a Noah, le di un manotazo en la cabeza para que se calmara. Pero por lo visto no fue un manotazo mental porque Noah me miró con una ceja alzada.

—Creí que era un mosquito y bueno, ya sabes, habría sido un engorro si me hubiera picado ahí abajo —le dije. Pero por lo visto no fue una excusa demasiado brillante.

—Ajá. Si quieres puedes meterte en la piscina. Pero si no te importa, me voy a relajar en la tumbona un rato mientras me seco. Me siento un poco tenso y el aire fresco me irá bien.

—Puedo darte un masaje si quieres —le sugerí—. Me refiero a que se me dan muy bien.

Me miró tan sorprendido por mi ofrecimiento como yo yladeó la cabeza

como si se lo estuviera pensando. Luego asintió con la cabeza.

—Vale, me parece una buena idea —dijo con una pícaro sonrisa.

Le seguí a una de las tumbonas y me esperé a que se tendiera boca abajo. Dobló los brazos para apoyar la barbilla en ellos mientras yo me quedaba ahí plantada como una idiota, intentando pensar en la mejor manera de abordarlo.

La culoestra parecía ser el mejor asiento de la casa, por tanto me senté a horcajadas encima de su trasero arrimándole el Chichi. Este, comportándose como la putilla que todos sabíamos que era, se enrolló enseguida con él, flirteando sin cortarse un pelo a espaldas del Vergazo Prodigioso.

—Te daré mejor el masaje con un poco de leche corporal. ¿Quieres que la vaya a buscar? —le pregunté.

—No hace falta —respondió él alzando un poco la cabeza y girándola—. Me siento muy a gusto en esta postura y prefiero que sigas así.

El Chichi y yo estábamos también de acuerdo.

Empecé dándole un masaje en el cuello y los hombros, amasándole la carne con la mayor firmeza posible sin pellizcarle la piel. Noah gimió de gusto mientras le trabajaba los músculos agarrotados hasta sentir que la tensión se deshacía bajo mis dedos. Cerró los ojos y yo seguí descendiendo por sus hombros y su espalda. Sin poder evitarlo, me incliné para besarle con dulzura el cuello. Él volvió a gemir de placer y movió las caderas, causando una deliciosa fricción entre mis piernas. Como vi que le gustaba, lo volví a hacer esperando obtener de él la misma reacción. Noah no me decepcionó.

Me lo comí a besos a lo largo de la espalda al tiempo que le masajeaba los músculos, ansiando sentirle bajo mis dedos y palmas. Él arqueó la espalda, pegando más todavía su culo a mi húmeda hendidura como una ofrenda. Luego deslicé mi cuerpo por sus piernas e hice una parada para acariciarle con la lengua esos hoyuelos en la cima de su trasero, arrastrando a la vez los brazos y las manos por la carne de su espalda. Al llegar a la toalla, Noah levantó las caderas y yo se la saqué lentamente, exponiendo este regalo de Dios a todas las malditas putas de cualquier lugar.

Me lamí los labios para humedecerlos comiéndomelo con los ojos, presa

de una súbita voracidad. Luego le acaricié sus dos exquisitas elevaciones y se las agarré golosamente.

—¡Qué culo más perfecto tienes! —exclamé lamiéndoselo y luego se lo mordí.

Noah se estremeció soltando un siseo de placer y yo le mordí la otra nalga. Estaba deliciosa. Tomé con la boca un cachito de su piel y se lo chupé con todas mis fuerzas. ¡Dios mío!, por fin conseguía lo que más quería en el mundo y la espera había valido la pena. Mis gemidos de gusto se mezclaron con los siseos de Noah y luego ocurrió algo en un abrir y cerrar de ojos.

De algún modo él se dio la vuelta sin tirarme al suelo. De pronto me descubrí sentada a horcajadas sobre su pecho, con las piernas sobre sus hombros, su trasero había desaparecido de mi vista. Me quedé un poco molesta por ello, pero se me pasó enseguida al sentir la boca de Noah dándole un beso con la lengua a mi Chichi.

—¡Mierda...! —exclamé tomando aire al ver que se las había apañado para deshacerme los cordones de la parte de abajo del biquini dejando mis partes femeninas al aire. Cuando Noah Crawford quería algo, no debías bajar la guardia un instante, porque de lo contrario se salía con la suya sin que te dieras cuenta. Aunque en esta ocasión esto no me molestó en absoluto, ni mucho menos.

Me miró alzando los ojos entre mis piernas.

—Quítate la parte de arriba del biquini para mí. Quiero que sientas el aire fresco nocturno en estos bonitos pezoncitos rosados tuyos.

Llevándome las manos a la nuca, me desaté el cordón y dejé que el top me cayera hacia delante. Él sin perderse uno solo de mis movimientos, me besó suavemente el clítoris y me lo chupó. Mis pezones ya estaban erectos y para ponerlo más cachondo, me agarré los pechos e hice rodar sus rosadas puntas entre mis dedos. Él exclamó ¡mmm...! embelesado y yo me desaté el cordón de la espalda y arrojé la parte de arriba del biquini a un lado.

—Estírate nena. Deja que te haga gozar —dijo Noah poniéndome las manos en los costados, y me ayudó a tenderme de espaldas hasta sentir su polla bajo mi hombro. Luego las deslizó por mis flancos y me agarró de las caderas. La luna llena y redonda brillaba en el cielo despejado. Veía cada

estrella con una pasmosa claridad y me sentí como si me encontrara en otro universo. Noah me estaba haciendo esa cosa tan mágica con su boca mientras yo sentía el vientecillo acariciándome la piel y oía el canto de los grillos y de otros bichitos y animalitos nocturnos a nuestro alrededor. Era apacible y exótico.

Sentí su lengua entrando dentro de mí y de pronto quise más, deseé sentirlo dentro de mí en ese preciso lugar y en ese mismo momento. Lo que me estaba haciendo era maravilloso, pero con todo yo deseaba más.

No quería discutir. No quería pensar. No quería más que sentir.

Así que me senté y después de la breve protesta de Noah, interrumpí su pequeña sesión de besuqueos con el Chichi.

—¿He hecho algo mal? —me preguntó confundido.

Sacudí la cabeza y me senté a horcajadas sobre su cintura.

—No hables. Siente solamente —le susurré pegada a sus labios y luego le besé apasionadamente.

Me rodeó el cuello con los brazos y me retuvo contra él, respondiendo a mi beso con el mismo ardor. Esto era lo que yo quería. Nuestros cuerpos dijeron unas cosas que nuestras bocas nunca podrían admitir. Sin competir el uno con el otro, sin retornos, no éramos más que dos personas dando y tomando de la forma más natural, colmando unas necesidades básicas.

Apoyándome con las manos en su pecho, me incorporé. Sus ojos no se despegaron de los míos mientras deslicé mis húmedos repliegues a lo largo de su miembro. No tenía idea de si lo que hacía era correcto, porque yo siempre me había dejado llevar. Solo hacía lo que a mí me gustaba, esperando que él también gozara. Cuando sus labios se separaron de los míos y él entornó los ojos, obtuve mi respuesta.

Deslicé las manos por su pecho y por los definidos músculos de su abdomen hasta encontrar su monstruosa polla. Luego levanté mi cuerpo para pegar mi carnosa grieta a su glande, pero entonces titubeé. Dios mío, no quería estropearlo todo.

Noah debió de notar mi miedo, porque me acarició el muslo.

—Métetela poco a poco, gatita, o te harás daño —me dijo con una gran ternura.

Asentí con la cabeza respirando hondo y luego seguí lentamente sus

instrucciones, sintiendo cada parte de su enorme verga llenándome deliciosamente hasta el último rincón.

—Así me gusta. ¡Madre mía, qué coño más increíble tienes!

—No sé qué hacer —le confesé después de metérmela hasta el fondo. Desde esta postura su miembro me había entrado a una profundidad mucho mayor que ninguna otra vez.

—Mueve las caderas arriba y abajo, adelante y atrás. Cabálgame, nena. Haz lo que más te guste y te prometo que a mí también me gustará. Ven aquí y bésame —añadió lamiéndose seductoramente los labios.

Me incliné y él dobló el cuello para encontrarse conmigo. Agarrándome de las caderas, empezó a moverse lentamente hacia delante y atrás. Luego meneó las caderas a un lado y a otro y noté que me friccionaba el clítoris. Di un grito ahogado al sentirme invadida por una deliciosa sacudida de placer.

Él interrumpió el beso.

—¿Lo ves? Muévete así, nena.

Sin despegar mis ojos de los suyos, apoyándome con las manos en su pecho, me enderecé un poco y meneé las caderas para recrear la misma sensación. Sentí la abombada cabeza de su polla, su palpitante pulso, la presión de sus manos mientras él me movía hacia delante y atrás. Noté sus pulgares clavados en el sensible punto sobre los huesos de mis caderas y gemí de placer echando la cabeza atrás. Las estrellas y la luna me estaban mirando desde lo alto y me sentí más perfecta que nunca. Me sentí viva, ya no estaba como embotada.

—¿En qué piensas, gatita? —me preguntó Noah con una voz rasgada y llena de deseo.

—En lo perfecto que es este momento —le respondí sinceramente y luego le miré de nuevo.

Él se sentó y me rodeó la cara con sus manos, y luego tiró de mí para darme un lánguido beso. Fue profundo, sensual y perfecto para el momento. Ninguno de los dos nos apresuramos. Nos tomamos nuestro tiempo y disfrutamos de las sensaciones que nos producíamos mutuamente sin pensar en contratos, enfermedades ni razones.

Me rodeó la cintura con una mano y me masajeó uno de mis pechos con

la otra. Después, dejando de besarme, me rodeo el otro pecho con la boca para succionármelo suavemente. Le pasé los dedos por entre el cabello y lo estreché contra mí, con los mechones de mi pelo echados hacia delante creando una cortina a su alrededor. Meneé las caderas más deprisa y le cabalgué con más determinación que al principio. Él deslizó la punta de su lengua por mi pezón y yo cerré los ojos mientras me invadía esa sensación tan conocida en mis entrañas. El orgasmo me envolvió como diminutas moléculas estallando en mi sangre. De mis labios brotó su nombre resonando en medio del silencio nocturno, y le oí gruñir de placer.

Cuando pasó el momento, Noah me alzó y me tendió de espalda en la tumbona. Luego apoyando los brazos por encima de mi cabeza, enlazó sus dedos con los míos para sujetarme las manos, y se tumbó sobre mí, ardiendo de deseo. Me penetró con potentes acometidas, intensificando mi orgasmo y revivificándolo de nuevo.

—¡Joder, qué hermosa eres, Delaine! ¿Lo sabías? ¿Sabías que eres muy hermosa?

Agarrándome las manos con más fuerza, aumentó la potencia de sus embestidas hincándomela más a fondo, pero sin aumentar la velocidad. Su mirada estaba cargada de intensidad y entreabrió los labios al contemplarme.

—Lo siento... por todo. Lo siento.

Antes de poder preguntarle a qué se refería, pegó sus labios a los míos. Suspiró, gimió y resopló, comiéndome la boca con una pasión casi feroz. Le respondí lo mejor que pude, pero esta vez él me superó con creces en su ardor. Fue un beso desesperado, como si no le bastara, lo cual a mí ya me parecía bien, porque yo no quería que este momento pasara. Sus movimientos se volvieron más irregulares y oí el familiar gruñido gutural que precedía al orgasmo. Entonces, tal como era de prever, dejó de besarme y se corrió dentro de mí, sin despegar sus ojos de los míos.

—¡Oh, joder, qué gusto! —gruñó con los dientes apretados. Sus embestidas se volvieron más irregulares y espaciadas mientras acababa de arrojar su blanca semilla en potentes sacudidas. Al terminar, se desplomó sobre mí y luego, estrechándome, hizo girar nuestros cuerpos hasta quedamos tendidos de lado.

Noah seguía todavía jadeando cuando me apartó el pelo de la cara y me

miró con adoración. Luego me dio un dulce beso en mis hinchados labios.

—¿Por qué me has dicho que lo sentías? ¿A qué te referías? —le pregunté, porque necesitaba saberlo.

Él suspiró sacudiendo la cabeza.

—Por haberte dado la lata sobre lo del nombre. No tenía ningún derecho. Es lógico que quieras que te llame por tu nombre en lugar de por el diminutivo, que es mucho más íntimo.

—¡Oh, pues te perdono, porque te lo has ganado con creces! —afirmé riéndome un poco.

—No, has sido tú la que has estado increíble.

—Soy una chica espectacular, ¿verdad? —bromeé. Al Chichi se le subieron los humos a la cabeza al oírlo.

Al menos mi inusual arrogancia le sacó unas risas a Noah y fue una escena surrealista, porque se dio un hartón de reír. Luego tiró de mí y yo me acurruqué en su pecho para escuchar los potentes latidos de su corazón mientras contemplaba el cielo. Creo que hice un comentario sobre lo bonitas que eran las estrellas y le oí asentir susurrando, pero la mayor parte del tiempo permanecimos en silencio. Hubiera dado cualquier cosa por oír lo que estaba pensando, pero sabía que si se lo preguntaba nos enzarzaríamos en una de esas estúpidas peleas que solíamos tener. Y no quería estropear el momento. Así que mantuve la boca cerrada y disfruté de la sensación, porque vete a saber lo que les deparaba el futuro a dos personas tan tercas como mulas.

11.

¿Pero qué diablos...?

Lanie

Estaba soñando. Sentía el cuerpo de Noah pegado a mi espalda, rodeándome por la cintura bajo un cielo estrellado, susurrándome cosas dulces al oído mientras me estrechaba contra él.

—Lo siento mucho. No lo sabía —me musitó—. Pero ahora que estás aquí conmigo, ya no dejaré que te vayas nunca. Nunca, Delaine. Ahora eres parte de mí. No permitiré que nos separemos nunca.

—No hay ningún otro lugar en el que más desee vivir, Noah —repuse suspirando y me arrimé más a él—. Quiero estar siempre como estoy ahora contigo. Abrázame y no dejes que me vaya.

—No me separaré nunca de ti. Te quiero, Lanie. Dime tú también... —de pronto su voz ronca desapareció y la escena se volvió borrosa y se esfumó. Desesperada, intenté recuperarla con mi mente, pero era demasiado tarde. Me estaba despertando y el sueño había desaparecido.

—Dime que no te pasas el día durmiendo en la cama.

—¿Qué? —respondí incorporándome, viéndolo todo borroso por estar todavía medio dormida y tener además el pelo echado sobre la cara como el Primo Eso de *La familia Addams*. Me pasé las manos por entre la mata de pelo lo bastante como para apartarme la melena como si fuera una cortina y poder ver a la tocapelotas que me había sacado de mi profundo sueño.

—Lárgate, Polly —le solté enojada, y luego me volví a derrumbar teatralmente sobre la cama—. Estoy durmiendo —añadí pegándome la almohada de Noah al pecho. Inhalé su aroma y suspiré con satisfacción. A lo mejor conseguía seguir soñando con aquella escena si ella se quedaba calladita y se largaba.

—No, ya no estás durmiendo —repuso y luego la oí cruzar la habitación para hacer vete a saber el qué, pero te juro que si se le ocurría saltar sobre mí, pensaba darle un buen manotazo en la frente y luego le metería mi

dedo lleno de babas en la oreja. Polly estaba demasiado animada por las mañanas y probablemente se lo merecía solo por eso, y yo esperaba el momento propicio para saltarle encima cogiéndola desprevenida.

—¿Qué quieres?—le dije medio quejándome cuando descorrió las cortinas para dejar que la intensa luz de la mañana invadiera mi cómodo refugio. De pronto me vinieron a la cabeza imágenes de vampiros y estas a su vez me llevaron a pensar en el sexo vampírico que Noah y yo habíamos tenido en la sala recreativa.

Tendremos que hacerlo otra vez.

El Chichi se asomó entusiasmado como si le hubieran inyectado diez mil miligramos de cafeína. Guarro. Supongo que estaba secundando mi idea.

—Bueno, para empezar me gustaría que hicieras algo con eso tan horrible a lo que llamas pelo —me dijo Polly y noté que me levantaba delicadamente una greña y luego me la volvía a soltar. Se frotó las manos como si yo tuviera piojos o algo por el estilo.

—¿Con qué? —le pregunté con voz soñolienta con la almohada pegada a la cara, y casi vomito al oler mi aliento matutino. Mi pelo podía esperar, lo que de verdad necesitaba era pasta dentífrica y un cepillo de dientes.

—Con eso. Y ahora mueve el culito si no quieres que vaya a buscar un jarrón de agua helada a la cocina y te la eche encima —me soltó dándome un azote en el trasero.

Me senté resoplando y la miré a la cara frunciendo el ceño.

—¿Sabes que no te trago, Polly?

Después de ducharme —dándome dos veces un gustirrinín con la ayuda del pequeño vibrador de Crawford, me depilé y sí, me cepillé los dientes. Luego volví al dormitorio, donde Polly había hecho ya la cama y había elegido la ropa que hoy me pondría. Me vestí, me recogí el pelo revuelto en un moño y bajé a la otra planta.

—¿Polly? —la llamé sin tener idea de dónde se había metido.

—¡Estoy aquí! —gritó desde la cocina.

Al entrar descubrí que ya había preparado el café y me había servido una taza.

—¡Caramba, si pareces casi humana!

—Pues te has librado por los pelos de recibir una patada en el culo —repliqué, porque la mejor parte de despertarte por la mañana era tomarte una taza de café instantáneo. Aunque dudo que el delicioso aroma que flotaba en la cocina fuera de este tipo de producto. Seguro que Noah solo tenía en su casa café de la mejor calidad.

Me senté en la isla de la cocina delante de Polly y me eché azúcar al café.

—Supongo que me has sacado de mi sueño de bella durmiente por algo muy importante. ¿De qué se trata?

—Ya te lo diré luego. Primero quiero saber si has intentado con Noah lo de metértela hasta el fondo de la garganta —me preguntó deseando fisgonear en mis intimidades.

—Sí. Y además creo que el papel de Yoda te iría como anillo al dedo, y no solo por tu corta estatura.

—Ya veo que aprendes rápido, joven Luke Skywalker. ¿O debería llamarte joven Streetwalker?[\[4\]](#) —me dijo haciendo una de sus mejores imitaciones de Yoda. Las dos nos echamos a reír, pero Polly se puso seria de repente y se aclaró la garganta—. ¡Ups, lo siento! —se disculpó con un cierto aire de culpabilidad en la cara.

—¿Por qué? —le pregunté confundida.

—¡Oh, por nada! —repuso tomando un sorbo de café.

—¿Cómo que nada? Pues ahora lo tienes que desembuchar —le dije apuntándole con el dedo.

Polly dejó la taza de café sobre la mesa y lanzó un hondo suspiro.

—¡Dios mío, me va a matar, lo sé! —dijo retorciéndose las manos nerviosamente.

—¿Quién? ¿Noah? —Sabía que se estaba refiriendo a él—. ¿Por qué Polly?

Se estrujó la cara como si fuera a decir algo que no quería soltar. Luego se la cubrió con las manos y me miró por entre los dedos.

—Lo sé, Lanie. Lo sé todo.

—¿A qué te refieres, tía? No me estoy enterando de nada —le dije agitando la mano frustrada, esperando animarla a soltarlo todo.

—Me he enterado de tu contrato con Noah. Sé que pagó dos millones de dólares para que te vinieras a vivir con él durante los dos próximos años. Y que no sois en realidad pareja. Y también sé lo del sexo. Por Dios, Lanie, lo sé todo y ojalá no me hubiera enterado, porque la situación me sobrepasa, me abruma demasiado —me soltó atropelladamente a borbotones.

Las manos se me pusieron a temblar tanto que tuve que dejar la taza de café en la mesa por miedo a derramarlo, a estamparlo contra la pared o a hacer cualquier otra locura.

—¿Te lo ha dicho él? —le pregunté con la voz relativamente serena, lo cual me sorprendió mucho.

—No, no, no, no, nooooo. Por favor, Lanie, él no ha sido —me suplicó desesperadamente como si quisiera arreglarlo todo—. Lo que pasa es que me ocupo de los gastos de la casa y al ver la transferencia, le pregunté acerca de ella. Até cabos y descubrí que el dinero se transfirió el mismo día que tú viniste. Y entonces, bueno, ya sabes cómo, soy. Empecé a hurgar un poco. Pero lo cierto es que si me hubieras dicho la verdad cuando nos conocimos, no habría tenido que hacerlo. Me refiero a que me hablaste de Elvis, Tupac, Michael Jackson, las *drag queens*... y Noah no es que fuera tampoco de gran ayuda. Cuando le pregunté en qué se había gastado el dinero me dijo que tú eras antes un hombre y que lo usaste para una operación de cambio de sexo y...

—¡Alto ahí! —le grité interrumpiéndola—. ¿Qué es lo que acabas! de decir?

Polly respiró hondo.

—¿A qué parte te refieres? ¿O es que quieres que vuelva a repetirlo todo desde el principio?

—¡Por Dios, no! No creo que mi cerebro pueda soportar oírlo por segunda vez —dije pellizcándome el caballete de la nariz por el terrible dolor de cabeza que me estaba dando gracias a sus quejas y revelaciones—. Polly, ¿me acabas de decir que Noah te contó que yo era un hombre y que me hice un cambio de sexo?

—Sí, pero luego me soltó que era una broma —me aclaró encogiéndose de hombros—. Estaba bromeando, ¿verdad? —inquirió con los ojos como platos—. No es cierto que tuvieras una longaniza ¿no?

—Sí —chillé.

—¿Sí que tenías una longaniza? —me preguntó con cara alucinada, y posiblemente incluso de curiosidad.

—No, Polly. Sí, estaba bromeando —le aclaré. A Noah Crawford le esperaba una buena.

Mi venganza sería terrible.

—Qué bien. Me refiero a que... me alegro —dijo suspirando aliviada—. Lanie, cariño —añadió apoyando el codo en la mesa y agarrándose la barbilla—. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué vendiste tu cuerpo a cambio de sexo?

—Es un asunto personal, Polly. Y no quiero que vayas metiendo las narices por ahí para descubrirlo. Si lo haces te prometo que te daré una patada en tu esquelético culito —le advertí. Ella hizo la señal de la cruz sobre el corazón prometiéndome en silencio no hacerlo—. Además, ni siquiera Noah lo sabe.

—Sí, y estoy segura de que no te presionará para que habléis del tema, sobre todo porque entonces te tendría que hablar de Julie. La muy cabrona —murmuró.

—Espera, es la segunda vez que me la nombras. ¿Quién es? ¿Era su novia o algo por el estilo? —si alguien iba a irse de la lengua, seguro que sería Polly. Probablemente ya me había dicho más de lo que debía.

—Te prometo que si algún día Noah se llega a enterar, me despedirá de verdad y probablemente a Mason también. Y entonces ya puedes imaginarte lo que nos pasaría. Nos quedaríamos en la calle sin un hogar, sin dinero para comprar nada...

—¡Qué trágico! —musité con sarcasmo.

—Ya lo sé —respondió como si así fuera—. De acuerdo, te lo diré, pero solo si tú me cuentas antes el trato al que tú y Noah habéis llegado.

Pensé en el sueño que acababa de tener, pero no había sido más que eso. Noah nunca se enamoraría de mí, por más buena que yo fuera metiéndome su monumental polla hasta el fondo de la garganta.

—La verdad es que lo nuestro no es más que una transacción comercial, Polly. Ni más ni menos —le dije con toda naturalidad.

—No me lo trago, Lanie. Puedes mentirle a Noah o incluso a ti misma, pero yo no me lo creo —afirmó—. Te he oído antes de que te despertara.

Estabas hablando en sueños y por los ruidos que hacías, salta a la vista que estás coladita por el jefe, tía.

—¡Por Dios, Polly! ¿Es que siempre tienes que estar fisgoneando? —le pregunté ofendida por la invasión de mi privacidad.

—¡Eh, no digas el nombre de Dios en vano en mi presencia! —me riñó blandiendo el dedo.

Me acodé en la mesa y me pasé las manos por entre el cabello, frustrada.

—Lo siento, Polly. Oye, esta situación no es demasiado agradable para mí. Me estoy enamorando del tipo que pagó una suma tan desorbitada de dinero que serviría para alimentar a un pueblo hambriento durante más tiempo del que yo me pueda imaginar, solo para hacerlo conmigo cuando se le antojara sin compromisos de por medio. Y por más que he intentado odiarle, ¡no puedo! ¿Qué diablos me pasa? No tengo el síndrome de Estocolmo porque no se puede decir que me haya secuestrado, ni tampoco me retiene en contra de mi voluntad. He sido yo la que quiso firmar el contrato, pero mi relación con Noah se está volviendo demasiado real. ¿Lo entiendes?

Polly asintió con la cabeza con una expresión de sinceridad en la cara.

—Y con todos los otros problemas que tengo en mi casa —dije yéndome por las ramas—, lo único que puedo hacer es lanzar los brazos al aire y gritar «Jesús, toma el volante, te lo ruego», lo cual no me hará demasiado bien, porque no se puede decir que esté llevando una vida de santidad... aunque no tengo idea de lo que estoy haciendo aquí. Y por lo que parece, cada vez me estoy echando más tierra encima. Me refiero a que sé que para Noah no soy más que una puta y que nunca llegará a sentir ni una pequeña parte de lo que yo siento por él, pero... ¡uf!

Respiré hondo. La cara me ardía y sentí que estaba a punto de llorar en cualquier momento. Pero no pensaba hacerlo, porque no quería parecer débil e incluso más vulnerable de lo que ya me sentía. Era un alivio poder desahogarme al menos un poco antes de venirme abajo. Porque notaba que estaba a punto de sucederme.

Polly parecía comprenderme y en lugar de hablar como una cotorra como siempre, se limitó a escucharme y a dejar que yo me desahogara, sin intentar forzarme a entrar en más detalles. No puedo describir con palabras mi gratitud.

Alargando el brazo sobre la mesa de la cocina, Polly tomó mi mano entre las suyas y me ofreció una tranquilizadora sonrisa.

—Estás muy agobiada, ¿verdad?

—No quiero hablar de ello.

Las dos nos echamos a reír al mismo tiempo. No por estar partiéndonos de risa, sino por lo ridícula que sonaba mi respuesta después del gran peso que me había sacado de encima al hablar del tema.

—No te preocupes, cariño. Lo superarás. Y vete a saber cómo acabará todo. Me refiero a que Noah no es incapaz de sentir algo por una chica. Al menos yo no lo creo. Estoy segura de que la pequeña y desagradable debacle que tuvo con Julie no fue más que un revés menor y no un trauma que lo vaya a dejar marcado por el resto de su vida.

—Sí, ibas a hablarme de ello. ¿Qué pasó entre él y esa chica?

—¡Menuda cabrona! —afirmó poniendo cara de asco—. Noah estuvo saliendo con ella dos años, más o menos una vida entera. El padre de esa chica, el doctor Everett Frost, es un amigo íntimo de la familia y por eso se acabaron liando.

—Yo, bueno, ya conozco al doctor Frost —dije recordando su nombre de la visita médica.

—Sí, Everett es un buen tipo. Es muy distinto de su hija —afirmó ella—. Pues como te iba diciendo, Noah se fue de viaje de negocios y al volver pensaba proponerle a Julia —cometiendo un gran error— que se casara con él. No estoy segura de si sabía lo que era amar a alguien y todavía no estoy convencida de que lo sepa ni siquiera ahora. Pero de todos modos, cuando volvió a casa descubrió al cabrón de su mejor amigo dándole por el culo a su querida Julie.

Di un grito ahogado, poniéndome la mano en el pecho. No lo hice para echarle salsa al asunto, sino que me salió del alma, me había quedado alucinada.

—¡Oh, no...!

—Sí, «oh, no» es la forma más suave de describirlo —dijo Polly—. Huelga decir que a Noah se le partió el corazón, o tal vez solo el ego, pero de cualquiera de las maneras se quedó destrozado —hizo una pausa y me miró con esa aterradora cara de mamá osa sobreprotectora—. Y no sé

Lanie si lo podría soportar si le volviera a pasar. Por lo que tenlo en cuenta si vuestra relación progresa a otro nivel. ¿Lo has entendido?

¡Qué monada de mujer! Era del tamaño de un mosquito, e incluso tan tocapelotas como uno de ellos, y hela aquí, hablándome con autoridad y amenazándome con esta advertencia. Pero de algún modo no creí que la llevara a cabo. Además, no tenía por qué preocuparse, Noah Crawford no sentía lo mismo por mí y yo pensaba luchar contra cualquier deseo mío para no ponerme tampoco delante de ese tren. Tendría que enterrar en el fondo de mi alma cualquier sentimiento que empezara a sentir por él, a no ser que quisiera ver mi corazón hecho trizas en manos de un hombre que tenía el suficiente poder para hacerlo.

—Me ha quedado claro, Polly. No te preocupes. Aunque no creo que debas preocuparte de que le rompa el corazón a Noah.

—Sí, te entiendo. Sé que por fuera parece un tipo duro, pero cuando te abre su corazón y se muestra tal como es... —dijo suspirando—, tiene todo el potencial para ser una bellísima persona y mucho más. Por eso me preocupo por él.

—¡Venga, no digas eso!, Polly —me quejé llevándome las manos a la cara.

—Lo siento, nena —dijo levantándose y luego me dio unas palmaditas en el hombro—. Mantén la cabeza bien alta y confía en que pasará lo que tenga que pasar —añadió haciéndome un guiño—. Tengo unos encargos que hacer —dijo agarrando su bolso sin asas y metiéndoselo bajo el brazo—. Ya hablaremos más tarde.

Me dio un casto beso en la mejilla y luego oí el repiqueteo de sus tacones mientras se alejaba, dejándome con mis cavilaciones. Pero lo más curioso es que no le di demasiadas vueltas. Estaba más preocupada por Noah y por la terrible situación por la que había pasado.

Sí, mis problemas seguramente eran muchísimo más apremiantes, me refiero a lo de mi madre languideciendo un poco más cada día, pero era mi parte sustentadora —y probablemente el perpetuo estado de negación en el que vivía— lo que me hacía olvidar de ellos por el momento y pensar en Noah. No me podía imaginar encontrar a mi mejor amiga haciéndolo con mi novio.

Al ver desfilar por mi mente la imagen de Dez y Noah juntos, sentí un

estremecimiento y solté una palabrota. Antes se helaría el infierno que suceder tamaño disparate. Lo sabía, pero si con todo llegara a ocurrir, la temperatura de mi corazón helado superaría en crudeza a la del mismísimo infierno.

Pobre Noah. Eso explicaba por qué un millonario tan guapo con un cuerpo de infarto había caído tan bajo como para comprar a una mujer para que no le volviera a pasar nunca más lo mismo.

Si él había caído tan bajo... a mí esto me dejaba a la altura del betún, ¿verdad? ¡Claro que sí! Aunque yo no fuera lo bastante buena para él, me prometí cuidarle tal como él lo necesitaba y deseaba, al menos durante el par de años que estipulaba el contrato.

Noah

Tardé diez minutos en comprarla.

Una hora en lograr que sus labios me rodearan la polla.

Tres días en saborear su jugo.

Cuatro días en desvirgarla.

Dos semanas en perder mi puta cabeza.

Mierda.

En tan solo dos semanas. En quince malditos días.

Eso fue lo que tardó la virgen que compré en tenerme en la deliciosa palma de su mano. En los dos años que Julie y yo habíamos estado juntos, nunca consiguió lo mismo que ella. Pero con Delaine mi vida se había trastocado en tan solo dos malditas semanas.

Las cosas no habían ido como se suponía. ¿Cómo diablos iba a durar yo dos años cuando ya le había dado en bandeja todo cuanto me había pedido? Crawford el Tontaina, así era como debía llamarme.

Maldita sea.

Todo el santo día no había hecho más que pensar en ella en la oficina. Y por eso precisamente tomé la desesperada decisión de pedirle a Samuel que la trajera con él cuando viniera a recogerme. Sí, de haber estado en mis

manos, le habría pedido que rompiera todas las normas de circulación del estado de Illinois con tal de que me llevara más deprisa a ella, e incluso pensé en comprarme un helicóptero para evitar los atascos de la hora punta, pero entonces decidí que pedirle que me la trajera era probablemente la mejor alternativa.

Estaba perdiendo la cabeza. Y probablemente debería haber acudido a algún programa de doce pasos para superar mi nueva obsesión, porque algo así no podía ser saludable.

Samuel aparcó junto al bordillo, donde yo le esperaba con impaciencia, antes de salir y abrir la portezuela de la limusina para mí, pero alcé la mano para detenerle. Iría mucho más rápido si lo hacía yo mismo. La abrí de par en par y ahí estaba ella... mi nena de dos millones de dólares, cubierta solo con mi batín y unos zapatos de tacón de aguja, tal como le había pedido cuando la había llamado antes por la tarde. ¡Y fue la hostia! Me la encontré reclinada en el asiento, cubierta solo con el batín de seda negra abierto y echado sobre los hombros envolviéndole el cuerpo, tal como le había pedido, pero me alegró ver que había tomado una cierta iniciativa.

Toda ella era aterciopelada y sedosa y joder, con una mano se estaba toqueteando los pechos y con la otra se acariciaba su liso vientre.

Solo otra persona había tocado su piel de esa manera —yo—, y casi me pareció que me estuviera haciendo señas para que lo hiciera de nuevo.

Sin darme cuenta mis labios se curvaron soltando un protector gruñido mientras daba un vistazo a mi alrededor para comprobar que nadie pudiera comerse con los ojos a mi chica. Tenía que hacerla mía en ese mismo instante y marcarla como mi jodido territorio, y no podía, ni tampoco quería, esperar a que llegáramos para hacerlo en la privacidad de nuestro hogar.

—Llévanos a casa, Samuel —gruñí—. Y toma el camino más largo o lo que sea. Pero no nos molestes.

—Como desee, señor —repuso asintiendo con la cabeza y luego volvió a ponerse ante el volante.

Entré rápidamente a la limusina y cerré la portezuela para dejar fuera el mundo y gozar yo solo de los tesoros ocultos de Delaine. Porque era un cabrón egoísta y nunca los compartía. Nunca. Ni siquiera quería que nadie

más viera lo que me pertenecía.

Me arrodillé ante ella, arrojé el maletín y la chaqueta que llevaba colgada del brazo, me desabroché rápidamente los pantalones y me los bajé hasta las caderas. La polla me salió bamboleando y yo me la agarré para que dejara de moverse de manera inoportuna.

—Mójamela, gatita —dije colocándome delante de su cara. ¡Dios la bendiga!, se lamió los labios y me miró con avidez antes de abrir la boca para tomarla en su boca.

La detuve.

—Así no. Lámemela, nena. Quiero ver cómo me la trabajas con la lengua.

Delaine me sonrió seductoramente y luego sacó la lengua para lamerme la gota temprana que colgaba del glande. La polla se me movió sola y siseé de gusto. Sin despegar sus ojos de los míos, rodeó con su mano la base de mi verga y me dio un largo lametazo de punta a punta.

—¡Eres la rehostia, nena! —exclamé de placer.

Por el rabillo del ojo vi que Delaine cerraba los muslos y los movía adelante y atrás para crear una fricción. Tenía que verlo, quería ver la prueba de que estaba cachonda.

—Déjame contemplar tu bonito coño, Delaine. Abre las piernas para mí.

Ella emitió ese leve sonido de avidez, deslizando la lengua alrededor de la punta de mi polla y luego puso un pie en el suelo, abriendo las piernas para mí. Joder, qué mojada estaba ya. Le rodeé el coño con mi mano y deslicé mis dedos entre sus sedosos repliegues. Arqueó la espalda y movió las caderas para acercarse más a mí, pero yo me aparté, jugueteando con ella.

—No seas malo —protestó con voz grave y sensual.

Le di un suave azote en la pequeña protuberancia llena de terminaciones nerviosas en la cima de su carnosa hendidura una, dos, tres veces, y luego se la presioné un poco con tres dedos y se la masajeeé lentamente. Delaine movió las caderas trazando círculos y las empujó contra mis dedos. Entonces sentí su boca caliente tragándose mi polla. Contuve el aliento mientras la contemplaba chupándomela. Deslicé los dedos por su chochito y le metí tres dentro. Me costó hincárselos de tan prieto que lo tenía, pero

ella se movió hacia delante para sentirlos más dentro aún. Luego los saqué y le volví a meter dos para poderlos doblar varias veces sobre su mágico puntito G, haciendo que me comiera con voracidad la polla.

Solo dos semanas antes era virgen. Y hoy ya parecía una profesional.

—¡Oh, joder! No seas tan golosa, nena. Vas a hacer que me corra —le advertí.

Por más gusto que me diera soltar la leche en su boca y ver cómo se la tragaba, no era eso lo que yo deseaba esta vez. Quería marcarla por dentro.

Intenté apartarla, pero ella me tenía la polla bien agarrada, con que le saqué los dedos del coño y la empujé por el hombro para que me soltara. Delaine quejándose hizo un mohín tan puñeteramente sexi que tuve que chuparle ese labio inferior suyo tan irresistible. Ella hundió los dedos por entre el pelo de mi nuca y me metió la lengua por la boca buscando la mía. Se la di sin forcejear, pero solo brevemente, porque necesitaba estar dentro de Delaine y no quería perder más tiempo.

De manera que dejé de besarla y la agarré excitado de las corvas, tirando de ella hasta que se quedó con la espalda doblada y el culo medio fuera del asiento. Luego le abrí las piernas y me coloqué entre ellas para penetrarla cuanto antes. Delaine movió el cuerpo intentando acercarse más a mí, pero yo quería jugar un poco.

—Mírala, nena. Mira mi polla mientras te follo.

Posó los ojos en el espacio que quedaba entre nosotros y Delaine se quedó boquiabierta al ver que yo me agarraba el glande y lo deslizaba arriba y abajo por entre sus carnosos repliegues y por encima del clítoris. Su sedoso y ardiente coño estaba de lo más mojado.

Aparté la piel de sus repliegues y contemplé su dulce gruta ensanchándose. Era tan estrecha que no sé cómo mi polla le podía caber. Ni siquiera me la podía rodear con la mano y, sin embargo, se la había metido en el diminuto hueco de sus muslos.

Deslicé la punta de mi polla alrededor de su hendidura y luego la coloqué entre sus carnosos frunces.

—Joder, te necesito. Tengo que penetrarte.

Se la fui metiendo lentamente, contemplando mi polla desaparecer poco a poco dentro de su coño.

Ella soltó un sonido increíblemente sexi.

—Te gusta ver mi polla follándote, ¿verdad, nena? ¡Qué sexi es!

Vi que yo estaba divagando, pero tanto me daba, porque madre mía, era increíblemente erótico contemplarlo.

—¡Por Dios, sí! —exclamó ella, y entonces arqueé una ceja por haber dicho «Dios» en lugar de mi nombre.

Saqué la polla de su coño y se la deslicé de nuevo por encima del clítoris, hasta ponerle la punta entre sus carnosos pliegues. Después sujetándole los labios de los muslos para ver mejor su sexo, empecé a penetrarla con un cadencioso vaivén. Mi polla, impregnada de su jugo, brillaba bajo la poca luz que entraba por las ventanillas. No pude aguantarme más. La saqué un poco y se la hiqué hasta el fondo, y de sus labios color fresa se escapó un grito ahogado.

—¡Oh, joder, Noah! —gimió de placer mientras yo me agarraba a la parte superior de sus muslos y la penetraba con un ritmo turbador encendido de excitación. Advertí que solo usaba la palabra «joder» cuando yo la hacía gozar. Y al descubrirlo el ego me creció un poco.

Los dos contemplamos la escena, jadeando con los labios entreabiertos, fascinados por lo perfectos que se veían nuestros sexos unidos. Notaba mi polla embutida en su estrecho conducto mientras su bonito coño me reclamaba sin querer dejarme ir. Los cojones se me bamboleaban con fuerza contra sus nalgas a cada embestida, creando una sensación doble. Era como estar en el puto paraíso y necesitaba que Delaine se corriera, porque yo quería hacer algo más antes de descargar.

—Tócanos a los dos, gatita. Ponte la mano en el coño y extiende los dedos alrededor de mi polla —le instruí.

Alargando el brazo en el que llevaba mi pulsera, posó tímidamente la mano ahí donde le dije. Excitada en extremo, echó la cabeza atrás, exponiendo la aterciopelada piel de su cuello como una invitación, y yo no pensaba rechazarla. Le deslicé suavemente los dientes por su carne y luego se la chupé. Me la comí a besos hasta llegarle a la oreja al tiempo que le hincaba mi polla enardecida en su adorable cuerpo con un acompasado vaivén.

—¿Me has echado de menos hoy, Delaine? Porque no sabes cuánto te he echado yo en falta. Me la he tenido que cascar tres veces porque no podía

dejar de pensar en la delicia de sentirte envolviendo mi polla —dije con unas acometidas más veloces y ávidas para dárselo a entender—. ¿Lo has hecho tú? ¿Te has tocado mientras pensabas en follarme? A lo mejor incluso has usado el juguetito que te regalé para practicar un poco. ¿Te corriste, gatita?

Ella asintió con la cabeza, pero a mí no me bastó.

—Cuéntamelo. Quiero oírtelo decir.

—Dos veces —admitió ella—. Pero no tiene ni punto de comparación con cuando tú me lo haces.

—A eso... es... a lo que me... refiero —gruñí enfatizando cada palabra hincándole mi polla hasta el fondo.

Ella gimió de gusto como respuesta y enrolló mi corbata alrededor de su mano antes de tirar de ella para atraerme a su boca. Se la devoré con un ávido beso, reclamando lo que sabía que era mío por si acaso Delaine lo había olvidado. Nuestras lenguas se movieron con destreza la una contra la otra al tiempo que yo la agarraba con más fuerza de las caderas y la follaba con unas acometidas más veloces.

Mientras la penetraba sentí las paredes de su coño apretándome la polla a cada embestida. Interrumpí nuestro fogoso beso para atrapar un turgente pezón entre mis labios y mordisqueárselo un poco. Noté las uñas de su mano libre arañándome el cuerpo cabelludo mientras me estrechaba contra ella, y tuve a mi pesar que apartarme un poco para coger impulso y metérsela incluso más a fondo aún. Contemplé mi polla apareciendo y desapareciendo dentro de su coño una y otra vez animado por la excitación en extremo deleitosa de Delaine.

—Méteme tus dedos en la boca, gatita. Deja que te saboree.

La forma en que Delaine jugaba conmigo siguiendo cada una de mis instrucciones era una gozada. Deslizó sus dedos por entre sus repliegues, mojándoselos con su jugo antes de llevarlos a mi boca. Luego recorrió con la punta de los dedos mis labios juguetonamente y yo saqué la lengua para recibir su ofrenda antes de abrir la boca y dejar que me los introdujera. Gemí con fuerza al saborear sus jugos. ¡Qué delicia! Le chupé ávidamente los dedos y luego se los solté.

—¿Te gusta? —me dijo con una mirada libidinosa lamiéndose los labios. ¡Madre mía, cómo me excitaban esas palabras tuyas tan, tan

guarras...!

—Averígualo por ti misma —repuse sacando mi polla de ella. Si quería decir guarrerías, le iba a demostrar lo guarro que yo podía ser.

Me levanté lo máximo posible, teniendo en cuenta lo bajo que era el techo de la limusina, y pegué la cabeza de Delaine a mi entrepierna. Ella captó el mensaje y tomó golosamente mi carnoso miembro en su boca. Te aseguro que mi pequeño y preciado tesoro susurró de placer al saborear ella mi polla. Meneé las caderas un par de veces con deleite y luego le saqué mi verga de la boca.

—Es hora de follar y no de chupar —anuncié hincándosela de nuevo en el coño. Ella susurró y gimió encendida, arqueando la espalda, musitando mi puto nombre, mordiéndose el labio inferior y girando la cabeza de un lado a otro embriagada. Era una imagen maravillosa.

—Mierda. Necesito que te corras —le dije intentando controláis me con todas mis fuerzas para no derramar mi leche a borbotones en sus cálidas entrañas.

—Con más fuerza, Noah. Fóllame con más fuerza —gritó arrobada de excitación.

Lo habría hecho gustoso, pero en la posición en que estábamos era más fácil decirlo que hacerlo. Pero no había ningún problema, tenía la solución.

Saqué la polla.

—Date la vuelta, gatita. Quiero hincártela hasta el fondo.

Ella se quejó, pero como yo sabía lo que era mejor para los dos, no cedí un ápice.

—Gírate, ponte de rodillas, agárrate al respaldo del asiento y separa las piernas —le ordené apresuradamente.

Puso cara de no entender nada, pero con todo hizo lo que le dije. La ayudé a arrodillarse delante de mí, mirando hacia la ventana de atrás. Su culo respingón era perfectamente redondo y al arquear ella la espalda estaba en la postura idónea para permitirme entrar en su delicioso chochito. Pero al descubrir los coches circulando a nuestro alrededor a poca velocidad, Delaine giró la cabeza para que no la vieran.

Le metí la punta de la polla por detrás.

—No te preocupes, Delaine —le susurré sensualmente al oído

arrimándome a su cuerpo—. Nosotros los vemos, pero ellos no nos pueden ver. Es una lástima que no me puedan ver follándote. Me gustaría que la gente viera lo que nunca podrá tener.

Luego me enderecé y se la metí. ¡Y madre mía!, desde ese ángulo se la podía hincar con mucha más profundidad y contemplar además el deleitable agujero de su culito asomando por entre sus nalgas. Delaine se agarró al respaldo del asiento con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos mientras yo la follaba con unas embestidas de lo más potentes, rápidas y profundas. Gotas de sudor se deslizaron por mi frente y me resbalaron por la punta de la nariz, y encima tenía la corbata más ceñida al cuello al haber tirado Delaine de ella para darme un beso. Pero la sensación que predominaba era la de mi polla rodeada por su prieto coño.

A la mierda el mundo de fuera. Tenía todo cuanto necesitaba delante de mí.

Recordando lo mucho que le había gustado la otra vez, le acaricié el centro de su culo con el pulgar y le apliqué una cierta presión con este dedo en el ojete. Ella gimió con fuerza y arqueó la espalda para animarme a seguir. Entonces decidí meterle el pulgar por detrás hasta la altura del nudillo. Ella encendida de excitación, echó la cabeza atrás empujando con su cuerpo hacia mí.

—Sí, nena. Qué gozada, ¿verdad? —le dije sacándole un poco el pulgar antes de volvérselo a hincar—. Te voy a follar ahí detrás. Te voy a meter la polla por el prieto agujero de tu culito y te va a encantar. Pronto. Muy pronto.

Sentí las paredes de su coño contrayéndose alrededor de mi polla en rítmicas sacudidas mientras ella se corría presa del orgasmo.

—¡Oh, Noah! —gritó agonizando de deleite.

Madre mía, sí. Mi nena quería que se la metiera por detrás tanto como yo.

—Míralos, Delaine —le dije hablando mientras la follaba enardecido—. Mira a esa gente de ahí fuera llevando sus insulsas vidas sin tener idea de lo que está sucediendo aquí dentro. Ni siquiera se pueden imaginar lo que estás sintiendo en este momento, y lo que yo estoy a punto de sentir.

»Me cago en... —una sensación indescriptible surgió de mis cojones y se extendió a lo largo de mi polla hasta que finalmente me corrí.

—¡Oh, lo noto! —gimió jadeando—. Noto cómo te estás corriendo dentro de mí, y me siento... me siento...

—Joder, dime, nena. ¿Cómo te sientes? —conseguí preguntarle, porque me encantaba escuchar palabras guarras saliendo de su follable boca.

—Como nunca antes me he... voy a correrme otra vez —gimió.

Y entonces su cuerpo se tensó de golpe, con todos sus músculos y sus fibras nerviosas palpitando mientras ella gritaba mi nombre. Aumenté el ritmo de mis acometidas, rezando para que la erección me durara lo bastante como para verla teniendo otro orgasmo. Y por algún pequeño milagro lo conseguí, y cuando los dos acabamos de corrernos, nos desplomamos en el asiento, con mi cuerpo pegado a su espalda.

—Joder —musité haciéndola girar—. Me vas a matar, nena.

Ella soltó unas risitas y se giró para besarme con dulzura en los labios.

—¿Cuán pronto será ese muy pronto?

—¿Qué? —le pregunté sorprendido subiéndome los pantalones.

—Ya sabes... —dijo apagándosele la voz mientras se miraba su voluptuoso culo—. Me dijiste «muy pronto». ¿Cuán pronto será?

Me quedé alucinado.

—Te quiero... —salió de mi boca no sé cómo y al darme cuenta de la estupidez que le acababa de decir, tuve que solucionarlo de alguna manera—. Bueno, me refiero a que me encanta... el entusiasmo que pones —añadí para arreglarlo.

Antes de cagarla más todavía, la agarré y la besé con ardor, con la suficiente pasión como para que se derritiera en mis brazos, esperando que se olvidara de mi metedura de pata. ¿Y yo en cambio? A mí me dieron ganas de cortarme las pelotas y dárselas a un carnicero para que las trinchara y las arrojara a unos fieros perros. Porque era lo más estúpido que podía haber dicho, pero algo en el fondo de mi desolado corazón me decía que era verdad.

¿Qué diablos me estaba pasando?

Me separé de Delaine y la miré a los ojos —otra estupidez— y sentí que me estaba enamorando. De verdad. Y eso no podía ser. ¡Ni hablar!

Yo era débil y estaba cayendo rendido a sus pies.

Dos semanas. Dos insignificantes semanas que de algún modo se habían vuelto muy importantes, importantísimas.

Maldita sea.

Por fin llegamos a casa, relativamente ilesos a simple vista. Pero por dentro estaba hecho un lío. Y ahora, más que nunca necesitaba saberlo todo de ella. Necesitaba saber sobre todo por qué había decidido ponerse en esa situación. Cuando la conocí me había convencido a mí mismo de no meterme en su vida personal. Pero Polly tenía razón: Lanie era una buena chica, aunque a veces se comportara como una jodida cabrona.

Después de cenar me fui al estudio con la excusa de que tenía trabajo que hacer y una vez en él, caminé de un lado a otro y luego me senté moviendo nerviosamente la pierna mientras cavilaba en lo que debía hacer. Podía decidir esperar a que Sherman me llamara para comunicarme sus hallazgos, pero como me moría de impaciencia, cogí el teléfono y le llamé. Sí, mientras esperaba oír su voz al otro lado de la línea me estuve mordiendo las uñas como un loco.

—¿Diga? Le habla Sherman —respondió a la tercera llamada.

—Soy Crawford. ¿Tienes ya alguna novedad? —le pregunté sin estar seguro de querer saber la respuesta y deseando, al mismo tiempo, conocerla.

—De hecho acabo de enterarme de todo cuanto necesitaba. Le iba a llamar mañana a primera hora porque no le quería molestar —me respondió—. ¿Qué quiere saber?

—Todo.

12.

Tocando el piano

Noah

—De acuerdo, aquí lo tiene —dijo Sherman.

Le oí acomodarse en la silla y hojear unos papeles mientras yo esperaba ansiosamente la información que iba a darme sobre Delaine Talbot, ya que mi nena era un auténtico rompecabezas.

De pronto oí a alguien llamar tímidamente a mi estudio y la puerta se abrió. Era Delaine. Apoyando la espalda contra el marco de la puerta, se quedó en la entrada con los brazos extendidos seductoramente por encima de la cabeza. Iba con la melena húmeda echada sobre la espalda y dobló una de sus largas piernas por la rodilla adoptando una postura sexi. Llevaba sandalias negras de tacón de aguja, el brazalete con el blasón de mi familia, una de mis corbatas negras y nada más.

—Lo siento, ¿estás ocupado? —me susurró con una voz cargada de erótica concupiscencia, jugueteando con la corbata que le colgaba sobre el valle de sus jodidamente imponentes tetas cubriéndoselas apenas—. Si quieres me voy.

El corazón se me puso a martillear en el pecho y estaba seguro de que me había quedado con la boca abierta. Delaine era una zorra, una actriz porno... una diosa.

Noté mi polla comprimida contra la cremallera de mis pantalones caqui, que ahora me oprimían de pronto porque toda mi sangre había ido a parar ahí abajo en un milisegundo. Por un momento pensé que quizá mi soldadito estaba intentando excavar una trinchera para poder echar él también un vistazo, pero era imposible, ¿verdad? Aunque yo estaba aprendiendo rápidamente que con Delaine cualquier cosa era posible.

—¿Crawford? —oí la voz de Sherman llamándome, convertida en un vago eco al fondo. Mi mente se había volcado por completo en mi nena de dos millones de dólares, su cuerpo era la sirena distrayéndome de mi previa obsesión. Ahora no existía nada más que ella. Me había olvidado de

todo lo demás.

—Mientras me duchaba —dijo Delaine—, el agua caliente deslizándose por mi piel me trajo a la memoria tu cuerpo apretado contra el mío y las cosas mágicas que haces con los dedos... y con la lengua —añadió, y luego cerró los ojos y apoyó la cabeza en el marco de la puerta acariciándose el cuello desnudo con una mano y deslizándose la otra por la entrepierna lanzando un suspiro—. Necesito que me toques.

—¿Holaaa? ¿Está todavía ahí, Crawford?

Intenté salir de mi embobamiento lo mejor que pude y me aclaré la garganta, obligándome a despegar los ojos del delicioso cuerpo de Delaine.

—Mm..., sí, es que hay alguien... bueno, es que hay algo que tengo que hacer. Llámame mañana a primera hora.

Colgué el teléfono sin esperar su respuesta. Seguro que me volvería a llamar, porque Sherman deseaba cobrar sus honorarios. Y me dije que si me había pasado dos semanas sin conocer la información que le había encargado, podía esperar diez horas más.

Con una velocidad supersónica, me quedé plantado ante Delaine y me agarré con ambas manos al marco de la puerta. No me atreví a tocarla por miedo a lastimarla o romperla.

—Si dices esta clase de cosas, no me hago responsable de...

Fui incapaz de acabar la frase, porque Delaine estaba ahí de pie, pecaminosamente desnuda y oliendo perversamente a cachondez. Sin poder evitarlo, hiqué una rodilla en el suelo, apoyé uno de sus delicados pies en mi hombro y luego me incliné dispuesto a pegarle un buen vapuleo dándole a la lengua. Naturalmente no era más que un castigo por haber interrumpido una llamada importante. Aunque a mí me iba a resultar mucho más molesto que a ella por lo dura que se me iba a poner.

Sí, aunque en realidad lo estaba deseando.

—Mmm... —dijo empujándome ligeramente por el hombro con su sandalia de tacón de aguja para obligarme a volver a enderezarme—. Me preguntaba... si tocabas el piano. Porque he encontrado esta sexi y elegante corbata negra en la planta baja, en lo que supongo es tu sala de música, y se me ocurrió lo increíblemente erótico que sería... oh, bueno... si yo te lo enseñaba mientras tú tocabas para mí. Me refiero a que, fíjate en esta corbata negra. Después de todo voy vestida de etiqueta.

¡Madre mía, saltaba a la vista que las palabras sobraban!

Sin abrir la boca —porque como acabo de decir, no hacía falta hablar—, me cargué a Delaine sobre el hombro y me dirigí a lo que ella tan acertadamente había llamado la sala de música. La acústica allí era incluso mejor que la del vestíbulo, y me moría de ganas de oír el eco de Delaine gritando mi nombre. Y vaya si ella lo iba a gritar.

Lanie

Qué previsibles son los hombres.

Lo único que tuve que hacer era aparecer semidesnuda e insinuarle que quería que me prestara un poco de atención y ya tenía a Noah comiendo de la palma de mi mano como quien dice. Bueno, tal vez quisiera en realidad comerme otra cosa, pero de cualquier manera yo había conseguido lo que quería.

Había estado pensando en la historia que Polly me había contado por la mañana sobre la furcia de la ex de Noah que le puso los cuernos, y decidí darle la atención que él anhelaba para asegurarme de que supiera que podía contar conmigo. Porque bien pensado, esa era la razón por la que Noah había caído tan bajo como para comprar a una mujer. Yo era una apuesta segura: nuestro contrato le garantizaba que me ocuparía de cada uno de sus caprichos y deseos, que estaría por él y *solo* por él.

Y a mí esto ya me iba bien. Aunque debería haberme sentido asqueada conmigo misma por decidir participar en esa clase de trato, y en cierto modo así me sentía, también era una mujer con unas necesidades que estaban siendo satisfechas por un hombre con el que, en circunstancias normales, me habría acostado sin esperar a que me lo pidiera dos veces. Además, fui yo quien decidió firmar el contrato, ¿verdad? Sabía dónde me metía. Al fin y al cabo «disfrutar» de la «tarea» que debía hacer era una ventaja adicional. Me refiero a que podía haber acabado fácilmente teniendo que pasar dos años con Jabba el cavernícola.

El Chichi estaba asintiendo enfáticamente con la cabeza coincidiendo conmigo, hasta que se me ocurrió nombrar a ese gordo y repugnante cabrón

y entonces se estremeció solo de imaginárselo.

Noah me cargó sobre su hombro como un saco de patatas y soltó unas risitas como una colegiala al girar la cabeza y mordisquearme el culo con esos dientes blancos tan adorables. Por lo visto yo no era la única que tenía la manía de morder culos.

Por fin llegamos a la sala de música. Lo supe porque su runruneo de felino dientes de sable se había convertido en un constante murmullo que además de oírlo se notaba. Con la mayor delicadeza de la que fue capaz, me sentó sobre su piano de media cola y se quedó plantado entre mis piernas abiertas.

—¿Eso es lo que querías? —me preguntó con una voz grave y sensual que le salió del cuerpo y viajó por sus manos, posadas en el piano a uno y otro lado de mí. De hecho hasta noté la vibración que producía en mis partes femeninas, trayéndome a la memoria mi nuevo mejor amigo, el vibrador de Crawford.

—En realidad te imaginé más bien sentado en el banco, toqueteando con tus talentosos dedos las marfileñas teclas —le dije deslizando mis manos por su pecho—. ¿Crees que puedes hacer esto por mí, Noah? ¿Tocar algo inspirado en la imagen de mi... de tu... coño?

Pegué mis labios a los suyos reverentemente, pero él ni se movió. Se había quedado quieto como una estatua, una estatua de Adonis. Cuando empezaba a creer que quizá mi guarra forma de hablar no le había resultado tan sensual como yo esperaba, él arrimó su boca a mi oído.

—¿Delaine? —me susurró.

—¿Mmm?

—Creo que me he corrido un poco.

Antes de poder responderle, se apartó rápidamente de mí y se sentó en la banqueta del piano.

Con la barbilla girada apuntando hacia él, contemplé sus manos deslizándose ágilmente por las teclas sin emitir ningún sonido. Tenía una mirada de pura maravilla y concentración en el rostro, era un hombre que sin duda veneraba su instrumento. Y yo lo entendía, porque a mí su «instrumento» también me embelesaba.

Lamiéndose los labios, adoptó una postura más cómoda y luego me miró

de nuevo expectante.

—Me prometiste inspirarme si tocaba el piano.

Pero había un problema. Si intentaba girar mi culo sobre su reluciente piano, que no era para nada tan deslizante como parecía por más lustroso que estuviera, lo más probable es que me chirriara la piel. Y no sé si mi dignidad podría aguantar un momento tan embarazoso como ese cuando estaba intentando ser sexi y seductora. Por eso hice lo único que podía hacer.

Me bajé dando un brinco del piano y por suerte logré sorprendentemente aterrizar derecha sobre los tacones de vértigo que llevaba (el Chichi los había elegido porque conjuntaban con mi exigua vestimenta), y luego agité ufana mi culo desnudo delante de las narices de Noah imitando a todas las modelos de pasarela que podía recordar de los innumerables programas de moda que mi madre me había obligado a ver.

Creo que mi treta funcionó, porque Noah me miró como uno de esos lobos de los dibujos animados de Walt Disney lamiéndose las pezuñas como si yo fuera un succulento cordero. Sintiéndome probablemente más segura de lo que debería haberme sentido, puse un pie sobre la banqueta junto a él. ¿Conoces la expresión «fulminarte con la mirada»? Bueno, pues si te pudieran magrear con la mirada, te juro que eso fue lo que Noah le hizo a mis piernas, a mi culo, a mis tetas y al Chichi. ¡Caramba!, sus ojos tenían tantos apéndices como los de un pulpo.

Hablando de chochos, el mío ya me estaba goteando. Pero lo curioso es que no era porque a la Agente Doble Coñocaliente se le estuviera haciendo la boca agua, sino por estar la muy retorcida llorando de alegría por lo que le esperaba. Sí, llorando a mares. Así que monté un buen espectáculo plantando mi culo de nuevo sobre el piano y cruzando las piernas para ocultar ese pequeño hecho. Aunque había aprendido que esto le ponía muy cachondo a Noah, quería jugar un poco con él. Después de todo, tenía que incentivarlo para que me diera lo que yo quería antes de darle yo lo que quería él.

Noah despegando los ojos del piano, me miró y me empezó a desabrochar poco a poco la hebilla tachonada de la sandalia sujeta alrededor de mi tobillo. Después me descalzó sin prisas y me dio un largo beso en la punta del pie.

—Ponlos en mis queridas teclas, gatita —me dijo con voz ronca y sensual soltándome el pie para descalzarme el otro—. A propósito recuérdame que le suba el sueldo a Polly.

—Si quieres agradecérselo, cómprale unos zapatos como los míos y verás la alegría que le das.

Dejando él mis zapatos a su lado en el suelo, me dio una retahíla de besos en la espinilla hasta llegar a la rodilla. Luego me puso los pies sobre las teclas del piano con las piernas lo más abiertas posible. El sonido que hice al pisarlas fue bastante horroroso y los dos nos encogimos a la vez haciendo una mueca, pero de pronto vi que tenía los ojos clavados en mi Chichi y que se le había cambiado la cara.

—¡Me encanta lo mojada que te pones por mí!

El Chichi se puso a hidratarse la piel con aceite y a cepillarse la boca con Binaca, preparándose para el gran espectáculo.

—¿Sabías Delaine que hasta ahora nunca había dejado que nadie pusiera un dedo sobre mi piano de media cola y menos todavía los pies?

—Lo siento, si quieres los saco —le dije, pero antes de que me diera tiempo a alzar siquiera el dedo pequeño del pie, me lo impidió.

—No —la voz calmada con la que me lo dijo estaba más cargada de sentimiento que una orden dada a gritos.

Noah no despegó los ojos de mi entrepierna mientras se remangaba la camisa hasta los codos. Luego enderezó la espalda y dobló ligeramente los hombros para colocar los dedos sobre las teclas del piano.

—Mm..., he perdido un poco de práctica porque llevo una buena temporada sin tocarlo —observó nerviosamente, encogiéndose de hombros.

Yo ya lo sabía. Antes de que Noah me llamara para pedirme que le esperara en la limusina cuando Samuel fuera a recogerle al trabajo, Polly me había telefoneado para saber cómo estaba. Charlamos un poco mientras yo vagaba por la casa y descubrí la sala en la que ahora estábamos. Fue entonces cuando ella me contó que Noah antes de sufrir la debacle con Julie tocaba el piano a diario. Pero al decirme que desde entonces había dejado de hacerlo, supe que debía intentar que lo volviera a tocar. Después de todo, la música amansaba a las fieras. No estaba segura de si quería que estuviera manso justo antes de follarme a lo bestia, sobre todo porque creía

que Noah necesitaba sacar su frustración o la rabia acumulada o lo que fuera, pero vete a saber, tal vez le iría bien volver a cogerle el gusto a algo que antes le hacía feliz.

¿Era un plan arriesgado? Sí. Pero pensé que tenía muchas posibilidades de triunfar si lo hacía estimulando su naturaleza sexual. Polly creía que yo podía ser un punto débil para el señor Crawford y aunque yo no tenía ninguna intención de aprovecharme de la información, definitivamente no iba a negarme el placer que podría sentir de paso al ayudarlo a aprender a vivir de nuevo.

En cuanto le oí tocar el primer acorde, ya sentí el coño haciéndome chup-chup. Sus dedos se movían con rapidez y maestría por las teclas, hilvanando una melodía que no creí haber escuchado antes, pero que sin embargo era hermosísima. Temí por el pobre piano, porque si seguía tocando así me iba a correr encima sin que él ni siquiera me tocara. Aunque supongo que en cierto modo ya lo estaba haciendo, porque los dedos que interpretaban esa música tan bella que hacía vibrar el piano y mis partes femeninas eran los de Noah.

—Acódate en el piano, gatita —me dijo sin saltarse una sola nota.

Al menos eso era lo que yo creía. Atraque no fuera una experta en música, la pieza sonaba bien. A decir verdad, hasta sonaba erótica y todo. No se podía decir que fuera exactamente una banda sonora para una película porno, pero teniendo en cuenta que esa música era una prolongación más de Noah —tanto como sus dedos, su lengua y su colosal polla—, era lógico que mi coño también se estremeciera al oírla. Me conmovió, me hizo sentir unas cosas que eran probablemente ilegales en los cuarenta y ocho estados de América. Además, por la forma en que sus dedos se deslizaban por las teclas, era evidente de dónde había adquirido la soltura para otras cosas. De modo que comprendí que el Rey de los Dedos Folladores se había transformado en el Rey del Piano Follador.

Me acodé en el piano de media cola, aunque sin dejar de mirarle. Noah también me miraba. Y no me refiero al Chichi, sino a mis ojos. Me miraba con tanta intensidad que pensé que hasta podría ponerme a arder de pronto.

Y entonces ocurrió.

Sin romper el contacto visual conmigo ni interrumpir la sexi musiquilla que interpretaba, me dio un beso en el clítoris. Me quedé con la boca

abierta mientras cogía aire y lo retenía al tiempo que las piernas se me movieron sin querer. Naturalmente su canción angelical se estropeó al pisar yo con los dedos de los pies las teclas y todo lo demás, pero Noah me ofreció una de esas sonrisas petulantes suyas y siguió tocando. La única diferencia entre lo que tocaba antes y lo que había empezado a tocar ahora era que las notas sonaban más fuertes, más apremiantes.

También siguió haciendo esa cosa que hacía con sus seductores labios y su lengua serpentina. Su boca estaba caliente y húmeda, sus labios se posaron dulcemente en la boca de mis muslos mientras su experta lengua estimulaba cada terminación nerviosa de mi pequeño y delicioso botoncito entre mis piernas.

Yo no tardaría demasiado.

El Chichi se estaba calentando las cuerdas vocales, preparándose para dar el concierto de su vida. Tal vez era capaz de cantar y todo, pero Noah le había hecho susurrar locamente en el breve tiempo que hacía que nos conociáramos. Lo que quiero decir es que era un profesor de canto extraordinario.

Y hablando de susurrar, él estaba haciendo justamente eso contra mi cuerpo, manteniendo una perfecta armonía con la música que tocaba, como si hubiera escrito él mismo la pieza. Y vete a saber, igual lo había hecho.

Los músculos de mis muslos se agitaron incontrolablemente y levanté las caderas intentando arrimarme más a esa deliciosa boca suya. Me moría de ganas de correrme y me descubrí suplicándoselo. La música se detuvo de pronto y Noah se pegó a la hinchada protuberancia llena de terminaciones nerviosas de entre mis piernas, chupándomela con ardor como si su vida dependiera de ello. Enderezándome de golpe, le agarré del pelo para mantenerle la cara aplastada contra mi coño. Al mismo tiempo, presa del orgasmo, doblé el cuello hacia atrás y atrapé la cabeza de Noah entre mis muslos. De mis labios salió una ristra de blasfemias indescifrables en una voz que no sonaba para nada como la mía. Te juro por Dios —¡ups!, por Noah—, que era como si estuviera poseída por uno de esos malvados incubos que te provocan orgasmos o por algo parecido.

No me preocupé por si Noah podía respirar hasta que las sacudidas de placer amainaron y la tensión de mi cuerpo se relajó un poco. No creo que en un certificado de defunción pusieran muerte por coñofixia en lugar de por asfixia, pero yo creo que no estaría mal después de todo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Estás bien? —exclamé asustada, tirándole del pelo para levantarle la cabeza y poder verle la cara.

Me miró con una de esas sonrisitas de «estoy de puta madre» y luego se lamió de los labios los restos de mi orgasmo.

—No, pero estoy seguro de que pronto lo estaré —me respondió.

No sé cómo o cuándo pudo hacerlo, pero al ponerse de pie ya tenía los pantalones bajados hasta los tobillos y su polla colosal se erguía enhiesta delante de mí, saludándome.

Noah me levantó del piano y luego se sentó en la banqueta, conmigo a horcajadas en su regazo. No le llevó más que dos segundos levantar mi culo, pegar su polla a mi golosa abertura y empujarme hacia abajo encima de él. Me empezó a penetrar con un cadencioso vaivén sin perder el ritmo. Una y otra vez alzó mis caderas y volvió a bajarlas con fuerza sobre él. Al estrecharle contra mi cuerpo, me rodeó con la boca un pezón. Aunque yo estuviera encima, era él quien controlaba la situación. No había más que Noah: dentro de mí, a mi alrededor, sobre mí... estaba por todas partes.

Me fue penetrando cada vez con más fuerza y profundidad a cada embestida, hasta cubrirsele la frente de sudor y humedecersele el pelo. Se me empezaron a poner los ojos en blanco y tal vez estuviera en verdad poseída, aunque no lo sabría del todo hasta que la cabeza me empezara a girar o me entraran ganas de vomitar sopa de guisantes verdes dejándolo todo perdido. Pero en el fondo no creí que me fuera a pasar, porque ¿cómo iba a ser malo algo que te producía una sensación tan deliciosa!

Volví a correrme, clavándole las uñas en la espalda, y me importaba un pimiento si le estaba destrozando o no la camisa de diseño exclusivo. Lo único que sabía era que necesitaba agarrarme a él y no volver a soltarlo nunca más. Y eso fue lo que hice, incluso después de dejar él escapar ese gruñido salvaje que debería haberme asustado y de correrse dentro de mí. Al cabo de un par de embestidas más, ya se había quedado al fin relajado y exhausto.

Noah se quedó con la cara pegada de lado a mi pecho, rodeándome por la cintura. Ni siquiera se preocupó de sacar su miembro de mí. Permaneció en silencio. El único sonido que se oía en la habitación era el eco de nuestros jadeos mientras los dos intentábamos recuperar la calma después de nuestro subidón, o tal vez procurando alargarlo.

Yo tampoco le solté. Me pasé un rato acariciándole el pelo y besándole la cima de la cabeza, hasta pegar mi mejilla a ella. No podía separarme de Noah. Maldita sea, no podía. Por primera vez desde que había decidido meterme en esto, es decir, vender mi cuerpo en un trato tan jodido, estaba aterrada.

¿Qué había pasado?

En ese momento vi lo inexperta e insensata que era, una chica pueblerina que se había metido en una situación que le superaba con un hombre que era más grande que la vida misma.

Después de lo que me pareció una eternidad, nos separamos por fin y yo me fui al baño para darme otra ducha. Tal vez la necesitara, pero lo hice sobre todo porque quería estar sola para aclararme un poco. Al sentir el agua deslizándose por mi piel, fue cuando finalmente rompí a llorar en silencio.

Las pretensiones... ¡oh, Dios mío! Las pretensiones que había estado ocultando detrás de aquella fachada de «soy una mujer de armas tomar» se derrumbaron de golpe una detrás de otra. Yo no era más que una chica locamente enamorada de un hombre que solo me veía como su propiedad. Y él me poseía de verdad en todo los sentidos de la palabra.

Me vino a la cabeza aquel momento después de nuestro revolcón en la limusina, cuando yo creí que Noah me había dicho que me quería y el corazón se me paró de golpe, como si se me hubiera caído a los pies y esperara volver a latir y ser entregado a quien yo creía poder dárselo encantada.

Pero entonces él había añadido algo más, ¿verdad? Lo cual demostraba lo inexperta que era. ¡Qué boba e insensata había sido!

Noah Crawford era un hombre que tenía el mundo en la palma de la mano y yo no tenía nada que ofrecerle. Pero, ¡válgame Dios!, me estaba enamorando locamente de él.

Noah apareció de pronto y abrió la puerta de la ducha, cogiéndome desprevenida.

—¡Eh!, voy a ducharme en una de las suites de los invitados. Te lo digo por si acabas antes que yo —de pronto dejó de hablar frunciendo el ceño—. ¿Has estado llorando?

Volví la cabeza hacia otro lado y me sequé los ojos.

—Mm..., no. Claro que no —le mentí—. ¡Qué cosas dices! ¿Por qué iba yo a llorar? Es que me ha entrado jabón en los ojos.

Noah me alzó lentamente la barbilla para mirarme a la cara y entonces vi algo en sus ojos, pero antes de que mi mente se pudiera adentrar en el país de los lelos que se hacen falsas ilusiones, comprendí que no era más que un reflejo de lo que había en los míos. Y este hallazgo me aterrorizó. De nuevo. Porque me estremecí al pensar en las consecuencias si él descubría lo que yo sentía. Probablemente me llevaría de vuelta como un paquete al servicio de atención al cliente de Scott y exigiría que le devolvieran el dinero.

Noah no sentía lo mismo por mí. Ni nunca lo haría. Nunca podría sentirlo.

—Vale, ¿de verdad? Voy a... —me soltó disponiéndose a salir del baño.

—Sí, no me pasa nada —le interrumpí sonriendo para que no me descubriera—. Ve a ducharte y cierra la puerta de la ducha que me estoy helando.

—Sí, aquí no es un buen sitio para hablar de ello, ¿verdad? —dijo y luego se arrimó a mí, con el agua de la ducha salpicándole el pecho, para darle a cada una de sus nenas, y luego a mis labios, un casto beso. Tras guiñarme el ojo y sonreírme pícaramente, desapareció.

Igual como habría también desaparecido de haber descubierto que me estaba enamorando de él. Lo cual no entraba en el contrato, porque iba en contra de la cláusula de mantener una relación sin compromisos. Tenía que recuperar la cordura y superar mi momento de debilidad. Y podía hacerlo. Podía superarlo y centrarme en darle lo que él necesitaba y nada más. Había superado en el pasado situaciones mucho peores.

Yo no era una mujer vulnerable. Era fuerte. Tenía aguante. Había hecho todo cuanto estaba en mis manos para ayudar a mis padres a evitar la muerte inminente de mi madre, el pilar de la familia. Me había vendido ciegamente al postor más alto para asegurarme de que ella, y todos nosotros, pudiéramos al menos intentarlo.

Lo superaría. Tenía que hacerlo.

Noah

A la mañana siguiente me descubrí ante el escritorio tirándome del pelo frustrado. Había dormido fatal. No me había podido sacar de la cabeza esa mirada de Delaine. Me tenía obsesionado. En sus ojos había algo distinto. Había visto antes esta clase de mirada, pero no la sabía interpretar.

Me había mentido. Había estado llorando, pero como no me había querido decir por qué, tuve que sacar mis propias conclusiones.

Y no tardé en hacerlo. Se sentía prisionera en mi propia casa. Aunque le hubiera dicho que podía hacer lo que quisiera dentro de ciertos límites, seguía siendo una prisionera que debía someterse a mis primitivas pulsiones cuando a mí se me antojara. ¿Cómo no se me había ocurrido antes que esta situación tal vez le resultaba denigrante? Había muchas mujeres que se habían arrojado a mis brazos, pero era porque lo deseaban y no por haberles yo pagado y no quedarles más remedio.

Me levanté y me dirigí a mi baño privado. Abrí el grifo del agua fría y la dejé correr en mis manos ahuecadas antes de refrescarme la cara. Lo hice una y otra vez hasta ver que era inútil. Nada me iba a sacar de mi aturdimiento. Cogí una toalla para secarme la cara y al ver de pronto mi reflejo en el espejo, me quedé paralizado. Entonces me di cuenta. Me había convertido en la persona a la que más despreciaba del planeta: David Stone.

Después de todo, yo había hecho algo que él también habría hecho, la única diferencia era que yo había pagado por un contrato a largo plazo en lugar de usar a Delaine para una sola noche. La estaba usando en mi propio beneficio sin importarme cómo le acabaría afectando esto. Y lo había hecho diciéndome que ella lo había elegido, que sabía dónde se metía. Y aunque esto fuera verdad, no significaba que yo pudiera aprovecharme de ello. ¿Y si Delaine no estaba bien de la cabeza? A mí no me lo parecía, pero ¿quién en su sano juicio haría tamaña cosa? Solo alguien que se encontrara en una situación desesperada.

Si me estaba aprovechando de su desesperación, ¿acaso no era como David? Mi ignorancia no era una buena excusa, debería haber sabido que cualquier persona, fuera Delaine o una puta desquiciada, solo haría algo

parecido como último recurso. De forma que pese a todo, el mío era un acto reprobable.

Volví a mi estudio y me quedé mirando el teléfono sobre mi escritorio, esperando a que sonara. Como el masoquista que por lo visto era, quería saber qué había sucedido en su vida para obligarla a tomar ese camino. El sabio que había en mí quería ayudarla. Pero al fin y al cabo yo no era un sabio, sino una persona que se aprovechaba de las desgracias ajenas.

Quizá tuviera una especie de superpoderes paranormales, porque en ese mismo instante el maldito teléfono se puso a sonar. De pronto, no estaba seguro de si quería que fuera Sherman, porque si me decía lo que yo sospechaba, que Delaine había decidido hacer esto por encontrarse en una situación horrible, no sabía cómo me lo iba a tomar.

Respiré hondo para calmarme y controlar mis nervios y luego cogí el auricular.

—¿Diga?, soy Crawford.

—Hola, Crawford, soy Sherman. Tengo la información que quería. Espero haberlo pillado esta vez en mejor momento.

Lancé un suspiro.

—Pues es tan bueno como cualquier otro —le solté sonando abatido incluso a mis propios oídos. Y luego esperé ansioso.

—Sí, bueno, ¿tiene un bolígrafo y un papel a mano? —me respondió Sherman sin inmutarse yendo al grano.

Cogí un bolígrafo de mi bolsillo y deslicé el bloc frente a mí.

—Venga, suéltalo ya.

—Delaine Marie Talbot, alias Lanie Talbot —me dijo. ¡Vaya, solo me faltaba que me lo recordara!—. Tiene veinticuatro años y vive en Hillsboro, Illinois, con Faye y Mack Talbot, sus padres. Tengo su dirección si la quiere —añadió.

—¿No es eso por lo que te pago? —le solté, exasperado.

Sherman me la dio de un tirón y luego volvió a lo suyo.

—En el instituto siempre sacaba sobresalientes, pero no he podido encontrar nada que indique que haya ido a la universidad.

No me sorprendió saber que era una chica inteligente, tal vez no tuviera

dinero para hacer una carrera.

—Además no parece frecuentar el escenario social. Aunque no es de extrañar, porque los estudiantes que sacan tan buenas notas suelen llevar una vida de ermitaño.

Yo había sido uno de ellos y sabía que lo que afirmaba no era para nada verdad.

—Si quiere saber mi opinión, creo que su vida es de lo más normal —me dijo, aunque yo no se la hubiera pedido al muy jodido—. Por eso decidí indagar en la de sus padres. Su padre trabajaba en una fábrica hasta que hace poco lo despidieron por ausentarse demasiado. En su informe laboral pone que se debía a problemas médicos, aunque no era él quien los tenía. Por lo visto cuida de Faye, su mujer enferma. Faye Talbot está muy enferma, es decir, a las puertas de la muerte, y necesita un trasplante de corazón —me dijo y luego hizo una pausa.

Me vino a la memoria el ataúd cerrado de mi madre y se me cayó el bolígrafo de las manos al no poder controlar de pronto mis funciones motoras. Yo había perdido a la vez a las dos únicas personas que de verdad quería y sabía perfectamente cómo se debía sentir Delaine.

Y ella había decidido vivir conmigo en lugar de estar al lado de su madre. ¿Por qué?

Oí a Sherman hojeando papeles en el fondo.

—Hace poco —prosiguió— recibieron una gran suma de dinero de un donante anónimo. Antes de recibirla por lo visto se estaban hundiendo muy deprisa. Debían un montón de facturas médicas y tenían las tarjetas de crédito al límite... Y encima el seguro médico no les cubría ningún gasto por haberse quedado sin trabajo el padre.

¡Joder!

—Delaine no tiene antecedentes. Es toda la información que he conseguido —dijo suspirando, y esperó a que yo le respondiera. El problema era que no sabía qué decirle. Mi cerebro seguía procesando el hecho de que la madre de Delaine se estaba muriendo. Por primera vez desde la muerte de mi madre me entraron ganas de llorar.

—¿Crawford? ¿Crawford, me oye? —dijo él.

Yo era incapaz de hablar. Me estaba ahogando en la oleada de

emociones que de pronto se había precipitado sobre mí, amenazándome con romper la presa que con tanto esmero había construido para mantenerlas a raya, como si estuviera hecha de ramitas en lugar de un muro de 100 metros de espesor de cemento reforzado. El dolor por la pérdida de mis padres había estado a punto de destruirme. De haber sido posible, habría hecho cualquier cosa por salvarles. Cualquier cosa.

Sumido en un estado de choque, colgué el teléfono sin apenas darme cuenta.

Delaine había hecho el acto más altruista que cualquier ser humano sobre la faz de la tierra podría haber realizado. Había dado su propio cuerpo, su vida... para salvar a su madre moribunda.

Era toda una santa y yo la había tratado como a una esclava sexual.

Me empezó a corroer el mayor sentimiento de culpa de mi vida, porque saber lo que ella había hecho y la razón por la que había tomado aquella decisión me rompió el puto corazón.

13.

Me siento aturdido

Noah

Me fui del despacho temprano. No podía hacerlo, no podía seguir sentado ahí fingiendo que no pasaba nada, ocupándome de los negocios como de costumbre cuando me sentía fatal.

—¡Hola, Crawford! —exclamó Mason deteniéndome al salir yo del despacho—. ¿Te vas? ¿Va todo bien?

Sí, probablemente debería haberle dicho algo a mi ayudante, ¿verdad? Estaba hecho un lío en mi puta cabeza y a cada segundo que pasaba me sentía peor. Para variar.

—Activa el contestador por si alguien me llama. Yo ya tengo bastante por hoy. Y si alguien pregunta por mí, dile que no sabes adonde he ido.

—Pero es que de hecho no lo sé.

—Exactamente.

Di media vuelta y seguí andando, ignorando la pregunta de Mason de «¿Va todo bien?» La verdad era que no. Y tampoco pensaba hablar de ello. Lo único que quería era regodearme en mi sentimiento de culpa un rato y encontrar luego la forma de salir de ese atolladero.

Sabía que había solo un lugar donde encontraría la paz y la calma que necesitaba para aclararme un poco y no iba a dejar que ningún empleado cotorra me entretuviera. De modo que tenía que ser antipático y lo fui... con un puñado. Pero ¿sabes qué? Me importaba un pimiento si les sentaba mal, porque no pensaba sonreír amablemente cuando me preguntaran cómo estaba yo, ni responderles tampoco un superficial «Bien, bien. ¿Y tú?» Me daba igual cómo estaban o si el pequeño Johnny tenía la nariz llena de mocos, o si Susie había creado el equipo de animadoras o siquiera si Bob había conseguido el ascenso. ¡Me importaba un cuerno todo!

Salí del edificio y me subí al primer taxi que se paró al alzar yo la mano, porque no pensaba llamar a Samuel para que me llevara. No quería que

nadie supiera dónde estaba. ¿Era un irresponsable por desaparecer sin decir nada? Probablemente, pero a mí me la traía floja.

Hice ondear un billete de cincuenta pavos ante las narices del taxista.

—Llévame al Sunset Memorial.

—De acuerdo. ¿Es usted por casualidad el hijo de Crawford?

—No. Debes de haberme confundido con otra persona —le solté suspirando mientras me reclinaba en el asiento de atrás. El taxista sabía perfectamente que era una mentira como una casa. ¡Por el amor de Dios!, si me acababa de recoger en la puerta del edificio del «hijo de Crawford». Pero se lo merecía por hacerme una pregunta tan estúpida.

Al poco tiempo nos libramos del denso tráfico del centro de Chicago y el sol se asomó por el cielo encapotado. Fue extraño ver los rayos del sol abriéndose paso por un minúsculo claro, sobre todo estando tan rodeado de nubarrones que parecía que fuera a diluviar en cualquier momento, pero me tranquilicé un poco al ver que los rayos caían justamente en el lugar al que me dirigía.

La cripta de los Crawford.

Bueno, supongo que *mausoleo* era la palabra más adecuada, pero *cripta* sonaba mejor. De cualquier manera era el lugar de reposo de las dos únicas personas que me habían comprendido y amado por quién era yo. Y una de ellas iba a levantarse seguramente de la tumba para darme una colleja por el tipo en el que me había convertido.

—¿Quiere que le espere? —me preguntó el taxista al detenerse en el sendero al pie de la colina que llevaba al lugar donde estaba enterrada mi familia.

—No. No hace falta —le respondí.

—¿Está seguro? Por lo nublado que está parece que va a descargar el cielo.

—Pues mucho mejor —musité, y luego me bajé del taxi. Una lluvia torrencial pegaría con cómo me sentía por dentro.

—Si decide quedarse aquí solo, llévase al menos esto para calentarse los huesos —me propuso el taxista alargando la mano por encima del asiento para coger una bolsa de papel marrón con una botella por estrenar de José Cuervo y ofrecérmela. Qué curioso, era la bebida preferida de mi padre.

—Gracias —dije dándole otro billete de cincuenta pavos y cogiendo la botella.

Subí la cuesta para dirigirme a la cripta de mi familia y en cuanto llegué al lugar, me senté en un banco de mármol que había frente a la puerta. Luego saqué la botella de tequila de la bolsa, la abrí y eché un buen chorro al suelo. Después de todo, habría sido una descortesía por mi parte beber ante un anciano sin ofrecerle un poco, ¿verdad?

—¡A tu salud! —exclamé inclinando la botella antes de dar un trago. Sentí una quemazón en la garganta al tomármelo e hice una mueca de dolor, como la primera vez que probé el tequila del mueble-bar de mi padre a los trece años. David me había desafiado a hacerlo y como no quería parecer un debilucho, me contuve el ataque de tos para que no descubriera que yo no era tan fuerte como pretendía. Pero lo más curioso es que cuando le tocó a él, tosió como un condenado sacando tequila hasta por la nariz. Todavía puedo verlo apretándosela y quejándose de la quemazón una hora entera.

No pude evitar soltar unas risitas al recordarlo y luego tomé de nuevo un buen trago antes de dejar la botella en el suelo. Aunque pensándolo bien, David se podía ir al infierno. Y yo, también.

Todavía me acordaba de la noche en que perdí a mis padres. Claro que la recordaba, ¡cómo la iba a olvidar si fui yo quien los asesiné! Si bien no lo hice con mis propias manos, habían muerto por mi culpa y esto me convertía en un asesino.

David y yo habíamos estado follando, como de costumbre. Estábamos borrachos perdidos. Creo que aquella noche el culpable había sido el whisky y lo habíamos estado tomando como si fuera agua. ¿El reto? Ver quién se bebía antes una botella de golpe, a palo seco. Nos importaba un bledo sufrir una intoxicación etílica o que al día siguiente tuviéramos que levantamos al amanecer para asistir a la ceremonia de nuestra graduación. Y ninguno de los dos estaba en condiciones de conducir. Aquella noche cuando yo los llamé, mis padres acababan de salir de la ópera y se dirigían de vuelta a casa. Yo solo quería que me mandaran a nuestro chófer a recogerme, pero mi padre se puso hecho una furia y mi madre se quedó muy preocupada. Por eso insistieron en ir a recogerlos ellos mismos de paso. Pero nunca llegaron. Algún otro hijo de puta borracho que tuvo la gran idea de ponerse al volante en vez de llamar a alguien para que

condujera, chocó de frente contra el coche de mis padres. Los dos murieron en el acto, agarrados de la mano. Lo supe porque fui a pie al lugar del accidente cuando vi las luces parpadeando. Estaban solo a tres manzanas.

Aquella noche le gané a David bebiendo, aunque la victoria me costó muy cara. La muerte de mis padres ocurrió por mi culpa, pero lo de la madre de Delaine no era culpa de nadie, y mucho menos de Delaine. Ella no era una niña mimada que hubiera nacido con un pan bajo el brazo y que no tuviera ninguna idea de lo afortunada que era. Ni un gilipollas agresivo que creyese que emborracharse y follar todo cuanto tuviera un par de tetas macizas y un buen culo era la receta perfecta para pasárselo bien. ¿Por qué ella entonces había tenido tan mala suerte?

Suspiré y alcé la vista hacia el cielo aborascado.

—¡Dime lo que he de hacer! —exclamé alzando las manos en alto desesperado, agitando sin querer el tequila de la botella. En ese instante los nubarrones decidieron soltar la carga que llevaban.

Tuve mi respuesta. Tenía que dejarla ir. Ella debía estar al lado de su madre y de su padre, lo cual era mucho más fácil de decir que de hacer. Incliné la botella de nuevo, pero antes de que el fuego líquido me quemara la lengua, la aparté y la arrojé por encima de la loma cubierta de hierba a la izquierda del mausoleo. La contemplé rodar cuesta abajo hasta detenerse al pie de la colina sin la mayor parte de su contenido, aunque no vacía del todo.

El simbolismo me hizo lanzar una carcajada como la de un loco. Delaine era el jugo del demonio que me quemaba por dentro. Cuando estaba cerca de ella se me nublaba la cabeza y no podía pensar con claridad. Y ahora ella era libre, pero yo llevaría siempre una parte suya conmigo. Porque no te sacabas a Delaine Talbot del organismo tan fácilmente, al menos del mío.

No podía hacerlo. Era incapaz de dejarla ir.

Me quedé en el cementerio hasta llegar la noche. Quizás hasta varias horas después de anochecer, pero no estoy seguro, porque mientras me regodeaba en mi sentimiento de culpa, el tiempo pareció detenerse. Me

estaba quedando helado y tenía el culo y las piernas entumecidos por no haberme movido del banco. Por suerte la lluvia solo duró media hora y la ropa se me secó enseguida.

Ignoré mis tripas rugiendo, mi boca seca y el móvil sonando sin cesar. Me estaban buscando. Lo sabía. Y Polly no tardaría en recurrir a los sabuesos para que me rastrearan. Pero la llamada de Delaine apareciendo en la pantalla fue la única que despertó mi curiosidad.

No voy a mentir, quería hablar con ella más que nada en el mundo. Cogí el móvil a la primera llamada, me lo quedé mirando a la segunda, y lo estrujé con tanta desesperación a la tercera que estaba seguro de haberlo machacado. Pero no me puse al teléfono. ¡Qué diablos le iba a decir!

He contratado a un detective privado para que meta las narices en tu pasado, porque soy un entrometido hijo de puta con una ligera tendencia a ser un puñetero controlador... Joder, se iba a poner hecha una furia cuando descubriera lo que yo había hecho. Te lo putogarantizo. ¿Y a que no adivinas lo que he averiguado? Pues lo has acertado. Sé que vendiste tu cuerpo para pagar el trasplante de corazón de tu madre moribunda, pero voy a seguir follándote pese a todo, porque estoy mal de la cabeza y necesito ayuda, y montones y montones de terapia de choque para mi polla sería justamente lo que el médico me recetaría.

Sí, no pensaba mantener esta clase de conversación.

Oí la conocida señal anunciándome la llegada de un mensaje de texto y cogí el móvil. Al ver que era de Delaine, sentí que el corazón me daba un vuelco y, antes de darme cuenta, ya lo estaba abriendo. El reloj digital me indicaba que eran más de las diez de la noche. ¡Mierda!, ¿cómo podía ser que llevara tanto tiempo en ese lugar?

¿Dnde stás? Esty sola... en sta cama tan gmde... desnda.

La polla se me movió dentro de los pantalones al ver en mi cabeza la imagen que tanto ella como yo conocíamos demasiado bien. «¡Cierra el pico! Tú eres la culpable de metemos en este lío, maldita calenturienta» — le espeté a mi amiga de toda la vida.

Tngo una reunión de trbjo. No me espers.

Mierda.

He hblado con Polly, me algro k stés vivo. Se lo

diré.

¡Qué bien que por el momento se conformara con esta excusa! Sabía que cuando la viera, se daría cuenta de que me pasaba algo. Pero al menos ella avisaría a Polly para que no se preocupara en absoluto por mí.

Me voy a la cma. Desprtme cuand vuelvs. Si kires ;)

Oh, sí que quería. Pero no lo haría.

Me metí el móvil en el bolsillo y volví a quedarme mirando al vacío. El fantasma de mi madre no se había aparecido para darme un manotazo en la cima de la cabeza. El fantasma de mi padre tampoco se había levantado de la tumba para echarme una bronca por desperdiciar un tequila de tan buena calidad o para decirme que me aclarara de una vez y dejara de comportarme como un idiota. No había tenido ninguna gran epifanía ni tampoco había decidido lo que iba a hacer. Por lo visto había desperdiciado el día y la noche.

Me saqué el móvil de nuevo y llamé a mi tío. Daniel era cardiólogo, el mejor de Chicago, y además parecía conocer a todo el mundo. Probablemente porque apoyaba con gran entusiasmo cualquier cosa que tuviera que ver con la medicina. Por eso había comprado el centro médico de Everett. Este edificio apoyaba a los especialistas de prácticamente todos los campos habidos y por haber, y Daniel era como una esponja que intentaba empaparse constantemente de los máximos conocimientos posibles. Sabía que llamarle sería dar palos de ciego, pero tal vez él podría enterarse del estado de Faye Talbot y también ayudarla, porque con esas malditas cláusulas de confidencialidad médica, nadie iba a darme ninguna información sobre ella, y aunque me la dieran no entendería una palabra. Pero Daniel podría conseguir cualquier cosa en este sentido.

Después de hacer la llamada y lograr que mi tío aceptara ayudarme, llamé a Samuel para que me fuera a recoger. Ya iba siendo hora de volver a casa y aunque yo temiera cómo iba a reaccionar mi cuerpo al ver a Delaine, mi corazón necesitaba hacerlo.

De camino de vuelta a casa Samuel no me preguntó nada. Sabía que yo no estaba de humor. Al llegar salí del coche sin decir palabra y me dirigí al dormitorio. Aunque me supiera el camino de memoria, sentí como si una fuerza invisible jalara de mí hacia esa dirección. Delaine estaba ahí, y me

atraía como un imán.

Por primera vez desde hacía mucho tiempo me metí en la cama con toda la ropa puesta, salvo los zapatos, claro está. Delaine dormía tumbada de cara hacia mi lado de la cama, su rostro angelical se veía sereno, aunque yo sabía el infierno que el destino —y yo— le estábamos haciendo pasar.

Cada molécula de mi cuerpo quería alargar la mano y tocarla, pero no podía. Porque yo estaba sucio y ella no. Y no me refería a haberme pasado el día con la ropa empapada y no haberme dado una ducha aún, sino que no quería ensuciar algo tan prístino. Pero mis manchas ya estaban por todo su cuerpo, ¿verdad? La había tocado por todas partes, sin dejarle ni un centímetro de su perfecta piel sin marcar.

Así que hice lo único que podía hacer. Me tumbé en la cama y la contemplé mientras dormía, memorizando cada rasgo suyo, mirándola respirar. Y en ese instante supe que no volvería a tratarla nunca más como a una esclava sexual.

Lanie

—**M**ueve el culo que si no llegaremos tarde —me había estado gritando Polly en la puerta del baño durante casi una hora y ya me estaba irritando de verdad.

Cuando acababa de abrir de un manotazo la puerta del baño para soltarle que se callara, un estrépito horroroso sacudió de pronto la casa desde los cimientos y un meteorito del tamaño del estado de Texas agujereó el techo y le cayó a Polly en la cabeza antes de desplomarse al primer piso e impactar ruidosamente contra el suelo. Los bracitos y las piernecitas de Polly fueron lo único que vi de ella al asomarme por el gigantesco agujero que había abierto el meteorito para mirar abajo, y además no movía ni un solo dedo. Ding, dong, la arpía había muerto...

—¡Venga, que ya es hora de irnos! —gritó Polly arrancándose de mi alucinación. El agujero del techo se esfumó de golpe, al igual que los escombros y el colosal meteorito. Había sido como un colocón de ácido. Tenía que repetirlo otra vez, me lo había pasado en grande.

Polly dio un grito ahogado, por lo visto se había quedado sin habla, algo muy inusual en ella.

—¡Estás guapísima... jolín, qué envidia me das! —exclamó rodeándome para contemplarme desde todos los ángulos—. Si a Noah después de verte con este vestido no le cambia esa cara de estar cabreado con el mundo, ya nada lo hará.

Me dirigí al armario de Noah y me miré en el espejo de cuerpo entero adosado tras la puerta. El vestido era precioso, al menos la exigua tela de la que estaba hecho. Era de satén azul marino, con un gran escote en la espalda que me llegaba hasta la curva del trasero. La pechera se componía tan solo de una banda que se entrecruzaba sobre mis senos y luego el vestido me envolvía las caderas, dejándome el vientre al descubierto hasta la cintura. Y aunque la falda me llegara a los tobillos, era como si no existiera, porque tenía un corte a partir del comienzo de mi muslo. Al menos el material del vestido era holgado y suelto.

Polly me había peinado con el pelo recogido, pero me había dejado varios pequeños y elegantes bucles alrededor de la cara en los lugares más estratégicos. El maquillaje era mucho más atrevido que el que yo solía ponerme, y los ojos ahumados la verdad es que me quedaban de fábula. Si Dez pudiera verme juraría que ahora yo era una persona distinta y quizá no se avergonzaría tanto de que la vieran en público conmigo.

Pero por más guapa que me sintiera, dudaba que Noah se fijara en mí. Polly tenía razón, parecía estar cabreado con el mundo entero y yo no tenía idea de por qué. No me había tocado desde la noche que estuvimos en la sala de música, cuando interpretamos la música más bella que nunca antes había tenido el placer de escuchar, con nuestros cuerpos y el piano como únicos instrumentos de la orquesta. No pude evitar soltar unas risitas, porque la escena parecía de lo más cursi incluso en mi propia cabeza, pero era verdad.

Le echaba de menos.

Cuando Noah volvió de la «reunión de trabajo» no me despertó. Lo cual era muy raro en él, descorazonador para mí y terrible para el Chichi. Polly me había dicho que Mason le había contado que Noah se largó de la oficina como alma que lleva el diablo sin decir siquiera qué le pasaba. No había respondido a las llamadas de Polly, ni siquiera a las mías, hasta que le envié un mensaje.

—¿Me has oído? —me preguntó Polly en ese tono suyo de «hoooolaaaaa». Vaya, se ve que había estado soñando despierta de nuevo.

—¿Mm..., sí? —le respondí en un tono más de pregunta que de afirmación.

—¿Qué te acabo de decir? —me soltó poniéndose en jarras con la cabeza ladeada, con cara de «si no lo sabes vas a ver la que te espera».

—Que Noah después de verme con este vestido tenía esa cara de nada lo hará y que el mundo estaba cabreado —repetí. Vale, tal vez no fuera clavado a lo que ella me había dicho, pero al menos se le parecía, ¿no?

Polly frunció el ceño al oírme.

—Ponte los zapatos. Los chicos nos están esperando.

Me puse los zapatos de tacón, agarré el bolso y seguí al pequeño chihuahua ladrador que era Polly hasta el primer tramo de las escaleras. Cuando llegué al primer rellano, me detuve quedándome sin habla al ver a Noah. Iba perfecto de la cabeza a los pies. Ahí estaba él, con un esmoquin negro, una camisa blanca, zapatos negros y una bonita cara, listo y preparado. Y encima se veía de lo más cómodo con esa ropa.

Alzó la vista mirando el rellano donde yo me había detenido. Casi se dio media vuelta, pero en su lugar volvió la cabeza dos veces para mirarme. Vaya, de modo que después de todo se había fijado en mí. Sonrió de una forma extraña mientras yo bajaba las escaleras y se pasó las manos por entre el pelo antes de tomarme de la mano.

—Estás deslumbrante —me dijo, y luego me besó el dorso de la mano como un auténtico Príncipe Azul. En ese instante vi que yo me parecía en muchos sentidos a la Cenicienta. Al igual que ella, no era más que una chica de la clase obrera viviendo una bella fantasía. Solo que en lugar de un hada madrina tenía un contrato de dos años.

A Noah se le ensanchó la sonrisa al ver en mi muñeca el brazalete Crawford, pero de pronto se le borró de la cara y me soltó de la mano. Aclarándose la garganta, se metió las manos en los bolsillos como si se sintiera incómodo.

—De acuerdo, vamos.

Polly también carraspeó «discretamente» —¡sí hombre, y qué más!—, y cuando Noah la miró, ella ladeó rápidamente la cabeza hacia mí dándose

unas palmaditas en el cuello.

—¡Oh! —exclamó Noah pillando por fin algo que para él era evidente—. Tengo un regalito para ti —me dijo metiéndose la mano en el bolsillo. Se sacó una cadenita de platino. Cuando la sostuvo en alto, vi un diamante azul colgando en medio.

—¡Oh, Noah! No tenías que haberlo hecho —dije, ¡por Dios, si hasta sonaba como la Cenicienta!, pero este era el efecto que él me producía.

Noah se encogió de hombros sin mirarme. En su lugar se centró en el cierre de la cadenita.

—No es nada. Te mereces esto... —respondió suspirando y por fin levantó la cabeza con una firme convicción en la mirada—, y mucho más.

Qué raro estaba. Sobre todo teniendo en cuenta la forma en que me había tratado los dos últimos días, huyendo de mí como de la peste.

Noah se puso detrás de mí y me rozó apenas con el pecho la piel de la espalda mientras me cerraba la cadenita alrededor del cuello. Antes de alejarse, deslizó sus dedos por mis hombros, haciéndome estremecer.

Le puse mi mano en el antebrazo para detenerle.

—Gracias —musité, y luego poniéndome de puntillas le di un tierno beso. Cuando me aparté, noté que él tenía los músculos de la mandíbula tensos como si estuviera apretando los dientes.

No entendía qué le pasaba. Dos días atrás no me lo podía sacar de encima como si no se cansara nunca de estar conmigo y ahora era todo lo contrario. No sabía si de golpe le asqueaba o si se había enojado por algo que yo había hecho o qué. Pero lo que sí sabía es que era yo la que ahora se estaba empezando a enojar. Pero quizá fuera está la cuestión. Desde que había sabido lo de Julie, había intentando dejar mi aspecto de arpía a un lado y ser amable con él. Pero quizá no le gustaba este aspecto mío. Tal vez no era Noah el que había cambiado, sino yo, y a lo mejor no le atraía esta nueva forma de ser mía.

Muy bien.

Sacando la barbilla con actitud decidida, le solté el antebrazo y me dirigí a la puerta. Pero entonces vi que nadie me seguía.

—¿Y? ¿A qué esperáis? Acabemos con esto cuanto antes —les solté girándome.

El viaje en la limusina transcurrió en silencio. Polly y Mason habían ido en su propio coche a la fiesta por si acaso nosotros o ellos queríamos marcharnos más temprano. Noah se sentó a un lado de la limusina, fumándose un cigarrillo mientras miraba por la ventanilla. Traducción: me estaba torturando con esas vibraciones tuyas de «mira cómo hago el amor con el cigarrillo ignorándote».

Y entonces empezó la verdadera tortura.

Gente. Montones y montones de gente. Y cámaras. Por todas partes destellaban los fogonazos de los flashes mientras avanzábamos por la alfombra roja hacia el lujoso edificio que acogía a la élite de Chicago. La gente gritaba y empujaba, intentando conseguir el sitio ideal para sacar la mejor foto. ¿Y cuál era el centro de atención? Noah Crawford... y su pareja. Yo procuré ocultar la cara detrás de sus anchos hombros o simplemente la giré. Noah me rodeó por la cintura mientras sonreía y posaba, saludando y agitando la mano a la multitud, ignorando como si nada la sagaz pregunta de: «¿Quién es esta hermosa joven que va cogida de tu brazo esta noche, Noah?», hasta que por fin entramos al edificio donde estaba teniendo lugar una fiesta por todo lo alto, dejando atrás el caos de la calle.

Sentí un gran alivio.

—¿Estás lista para entrar? —me dijo Polly de pronto colocándose a mi lado.

—¿Es que no lo hemos hecho ya? —pregunté confundida, mirando a mi alrededor.

—¡Qué boba eres! Esto —me dijo abriendo un portón doble— es el baile de gala del Loto Escarlata.

—¡Caray!

El lugar era enorme, aunque no me sorprendió, porque todo cuanto tenía que ver con Noah lo era. Había flores de loto rojas por todas partes: flotando en cuencos de cristal llenos de agua y de velas flotantes, en los ramos, por doquier. Del techo colgaban estandartes rojos de seda, haciendo juego con los manteles y los lazos rojos, parecía como si hubiera tenido

lugar una preciosa masacre en la sala.

Y también había fuentes de champán. Va en serio, además de docenas más o menos de camareros que no paraban de ir de un lado a otro ofreciendo bandejas repletas de copas llenas del líquido dorado. Lo cual explicaba probablemente por qué la gente estaba tan animada. Demasiado animada para mi gusto.

Los asistentes iban de punta en blanco, todos lucían vestidos o esmoquins de lo más elegantes que costaban más de lo que la mayoría de los paisanos de mi ciudad natal ganaban en un mes. Incluso olían a dinero. La jerarquía social tenía su propia forma de recordarte cuál era tu lugar. Noah nunca me había hecho sentir como una pobretona, pero él y yo no nos habíamos dejado ver juntos en público. Hasta esa noche, los dos nos habíamos dedicado a follar como conejos en la privacidad de su enorme mansión. Y ahora, en medio de sus amigos de la vida real, lo vi con una claridad meridiana. Hasta este momento me había sentido como en casa, pero ahora sin duda no era así.

—Bienvenida a mi mundo —me susurró Noah al oído y luego, cogiéndome del codo, me condujo hacia la multitud—. Hay algunas personas que quiero presentarte.

Dios mío. Iba a meter la pata hasta el fondo. Lo sabía.

—¡Noah! Te estaba esperando —gritó una morena menuda y saltarina acudiendo a su lado. Si quieres saber mi opinión, parecía estar ya un poco piripi—. Vaya, ¿has venido con tu pareja? No sabía que salieras con alguien.

—Mandy, que no estemos en la oficina no significa que deje de ser el señor Crawford —le recordó Noah con firmeza. En ese momento llegó un camarero con una bandeja llena de copas de champán. Agarró una y me la ofreció y luego cogió otra para él.

—¡Oh, tienes razón! Lo siento —se disculpó Mandy.

Y luego volvió a mirarme para tasarme. A juzgar por la forma en que arrugó la nariz y sonrió con falsedad, diría que acababa de descubrir que yo no era una prolongación del brazo de Noah.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—No es de tu incumbencia. Y ahora lárgate y ve a buscarte otra copa, señorita Peters —dijo despidiéndola agitando la mano.

Ella me echó la última mirada envidiosa y yo me apoyé en Noah con una adorable sonrisa en la cara para fastidiarla.

—¡Oh, ahí están Lexi y Brad! —gritó Polly señalando con el dedo a una pareja deslumbrante plantada a unos metros de distancia de nosotros. Logré agarrar otra copa de champán antes de que me tirara de la muñeca arrancándome casi el brazo de cuajo para presentarme a la pareja más glamurosa del mundo. Noah se quedó hablando con unas personas que acababan de saludarle en ese momento, pero Polly, decidida a salirse con la suya, siguió tirando de mí.

—¡Lexi! —Gritó Polly soltándome por fin para ir a abrazar a una pelirroja con piernas de vértigo. Este bellezón debía de ser la mujer a la que Jessica Rabbit había copiado. Madre mía, era despampanante: con una tez de porcelana, unas tetas enormes, una cintura de avispa y unos carnosos labios rojos. Casi esperaba oír a los Comodores interrumpiendo de pronto la soporífera música que estaban tocando.

—¡Oh, Brad! —gorjeó con voz femenina el tipo enorme que iba con ella, burlándose de Polly mientras pestañeaba y agitaba las muñecas en el aire—. Te he echado de menos y tú eres mi chica favorita. ¡Ooh! ¡Yo también quiero meterte mano!

Polly se separó del bellezón y se lo quedó mirando mientras la apodada «bellezón» le daba una colleja a su pareja.

—¡No seas imbécil, imbécil, que no estamos solos! —le soltó la pelirroja señalándome con la cabeza con cara de curiosidad.

—¡Oh, sí! Te presento a...

Noah la interrumpió, apareciendo de pronto de la nada.

—Delaine. Mi Delaine —dijo rodeándome la cintura con el brazo y arrimándome a él posesivamente—. Delaine, te presento a Alexis, mi prima preferida, y a Brad Mavis, su marido.

—Puedes llamarme si quieres el Tierno Gigante —dijo Brad.

—Juega en la Liga Nacional de Fútbol Americano como placaje defensivo y es un jugador increíble —aclaró Noah.

—¡Así es! —se jactó Brad sacando pecho.

—Lexi es su implacable agente —prosiguió Noah señalándola con la cabeza—. Creo que Brad la teme más que a cualquiera de esos

chupasangres que negocian los contratos.

—Alguien lo ha de meter en cintura. Además a él le gusta que le den caña —puntualizó Lexi con una sonrisita de complicidad.

—Encantada de conocerte —dije saludando a Lexi ofreciéndole la mano—. Noah no me ha dicho ni pío de ti —añadí soltando una risita violenta.

—Lo mismo te digo —respondió Lexi estrechándome la mano.

Aunque «lo mismo te digo» se refiriera a que también se alegraba de conocerme, a mí me pareció que además me daba a entender que Noah tampoco les había hablado de mí, y aunque yo lo entendiera perfectamente, a ellos les había parecido muy raro.

—Patrick, ¿has visto ya a Mamá y Papá? —le preguntó a Noah.

Miré a Noah con las cejas alzadas.

Él supo al instante por qué yo le miraba así. Puso los ojos en blanco avergonzado.

—Todos los miembros de mi familia me han llamado siempre por mi segundo nombre, así les resultaba más fácil referirse a mí o a mi padre sin tener que llamarnos Noah padre y Noah hijo.

—Claro —repuse. Esta clase de detalles eran el tipo de cosas que debería haberme contado antes de presentarme a su familia como «mi Delaine», pero ¡quién era yo para decírselo! Así que me tragué de golpe media copa de champán para no ponerme de los nervios.

—Y no, Lexi, todavía no les he visto —prosiguió Noah echando un vistazo a los invitados como si intentara arreglarlo.

—Pues están por aquí. Estoy segura de que volverán enseguida —dijo ella agitando la mano para quitarle importancia—. Ya sabes cómo se comporta Papá en estas fiestas.

Brad, Mason y Noah se pusieron a charlar sobre algún equipo deportivo, al que yo no presté ninguna atención porque Noah me estaba trazando círculos con el pulgar en la parte inferior de la espalda mientras me metía el meñique por debajo del vestido hasta pegármelo a la rajita del trasero. Polly y Lexi también estaban charlando animadamente, conversación en la que yo no podía participar porque no tenía idea sobre los cotilleos de su círculo de amistades. De ahí que hice lo único que podía hacer: entretenerme con un juego de «veamos si puedo tomarme todo el champán

antes de que el siguiente camarero pase por aquí con más», y lo estaba ganando. Y que conste que era toda una hazaña, porque había montones y montones de bandejas llenas de copas de champán.

—No bebas tanto, gatita —me susurró Noah al oído, y al escuchar su voz me sentí como si flotara. Qué curioso, me había tomado cuatro, quizá cinco copas de champán y no se me había subido a la cabeza. Pero él me llamaba «gatita» y de golpe y porrazo me sentía ebria.

—Voy a hacer pis —solté.

Las conversaciones que estaban manteniendo cesaron de golpe y me convertí en el centro de las miradas. Supongo que lo que acababa de soltar no era propio de una dama ni la clase de cosas que diría en alto la mujer que saliera con Noah Crawford. Tomé nota.

Lexi se echó a reír.

—Yo también tengo que hacer pis. Ven, Polly. Parece que todas necesitamos ir al baño.

—¡Habrase visto, Lexi! —exclamó Polly arrugando el ceño con una mirada de reproche—. Tal vez parezca una debutante —me señaló—, pero no te lo creas. Pese a todo su encanto y *glamour*, es en realidad una tía grosera y ordinaria.

—¡Esta es mi chica! —alardeó Brad dándole un azote en el culo mientras ella se iba.

—No tardes —me susurró Noah con su voz sensual en la sensible piel de debajo de mi oído—. Quiero que estés a mi lado toda la noche —y luego pegó discretamente sus carnosos labios a mi cuello, y al notar su beso sentí que me derretía como si fuera mantequilla sobre una pila de panqueques calientes.

—Por Dios, Patrick. Solo vamos al maldito lavabo. Te prometo que no la asustaré —le soltó Lexi poniendo los ojos en blanco.

—Pues que tengas mucha suerte —se burló él—, porque verás que Delaine es capaz de aguantar tus grandes encantos.

—Que te jodan —replicó Lexi.

—Yo también te quiero, querida prima —le respondió Noah sonriendo, y luego me hizo un guiño antes de tomar un sorbo de champán y girarse para seguir charlando con los chicos.

Cuando nos abríamos paso entre la abarrotada sala para ir al lavabo de las damas, Lexi se paró de golpe.

—Mirad lo que el perro se ha traído a la fiesta —dijo por lo bajo señalando con la cabeza a nuestra derecha.

Un tipo como una mole con el pelo negro lacio y brillante, un moreno de solárium, patillas de boca de hacha y dientes blanquísimos estaba plantado en el centro de un corrillo, en medio de nuestro camino, rodeado de mujeres adulatoras, y de alguna manera se las apañaba para prestarles atención a todas. Poseía sin duda un gran magnetismo animal.

—Pues no está mal el tipo si lo que te pone es el rollo del Ken hombre lobo —comenté resoplando—. ¿Quién es?

—David —dijo Lexi con desdén.

—¿Y quién es ese David?

Polly se arrimó a mí como si fuera a decirme un secretillo sucio.

—El que antes era el mejor amigo de Noah.

Di un grito ahogado y de pronto sentí que me hervía la sangre, aunque no me refiero *claro está* a la de ahí abajo.

—También es el socio de Patrick —musitó Lexi empujando la puerta del baño de las damas—. El muy cabrón ha estado intentando que Noah le vendiera su parte del Loto Escarlata desde que mis tíos murieron.

Y así fue cómo empezó mi idilio con Lexi Mavis.

—¿Acabas de decir que los padres de Noah murieron? —pregunté antes de darme cuenta de que probablemente también debería haber sabido este detalle, pero me había quedado demasiado anonadada. Él nunca me había hablado de ellos.

—Sí, en un accidente de coche hace seis años —repuso Lexi—. No me sorprende que no lo supieras, porque Noah nunca habla de ello.

Polly se puso seria de golpe.

—Los perdió a los dos al mismo tiempo y desde entonces se ha estado torturando, así que no saques el tema. Cuando se sienta preparado, te lo contará, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo —de pronto eché de menos a mis padres.

Lexi abrió la puerta de un lavabo y me hizo entrar a toda prisa.

—Apresúrate. Necesito tomar una copa. ¡Dios!, me encantan las barras libres.

Me ocupé de mis propios asuntos mientras Lexi y Polly se ponían a charlar animadamente. Eligieron el tema de tener hijos: Polly quería uno, pero Mason no se sentía preparado aún; Brad quería otro, pero Lexi se negaba a quedarse embarazada e ir descalza porque se vería obligada a dejar de lado su carrera.

—¿Y qué me dices de ti y Noah, Delaine? —me preguntó Lexi al salir yo del retrete.

—Mm... —titubeé acercándome a las piletas para lavarme las manos. ¿Qué se suponía que debía responder?

—Lanie —interrumpió Polly—. Le gusta que le llamen, Lanie, ¿no es verdad?

—Sí, simplemente Lanie —dije con una sonrisa de incomodidad—. Y, mm..., Noah y yo no hemos hablado todavía de tener hijos. Me refiero a que en nuestra relación no hemos llegado a este punto... aún.

—Mmm, mmm, ya veo —dijo Lexi y luego lanzó un teatral suspiro—. Bueno, ¿qué os parece si acabamos con el asunto de una vez?

Cerré el grifo y me sequé las manos.

—¿A *qué* te refieres exactamente? —le pregunté.

—Oye, Lanie. Noah no tiene madre, ni padre, ni hermanos. Conque recaer sobre mis hombros el rollo de sobreprotegerle advirtiéndotelo —empezó diciendo—. No te conozco, pero de entrada me has caído bien. Sin embargo, te lo tengo que decir: si le haces daño a mi primo, te daré una patada en el culo. Y «por una patada en el culo» me refiero a que cuando te la haya propinado necesitarás un trasplante. Eso es todo. ¿Te ha quedado claro?

La admiré por su par de ovarios, pero como todos creían que yo era la pareja de Noah, tenía que replicarle algo, de lo contrario pensaría que era una falsa. Arrojé la toalla de papel usada al contenedor y me la quedé mirando con los brazos en jarras. Polly dio un paso atrás porque se la vio venir.

—Pues sí. Pero te voy a decir algo a ti y a cualquier otra persona que quiera meterse en nuestra relación. Quiero a este hombre más de lo que

creí poder amar a nadie, de manera incondicional e irrevocable —en ese momento vi que lo que le decía era verdad—, y si alguien tiene que preocuparse por si le rompen el corazón, soy yo. Dicho esto, si crees que lo mío con Noah no funciona y necesitas darme una patada en el culo, hazlo. No me intimidas. Por lo que si alguna vez te mueres de ganas... adelante.

Polly contuvo el aliento e incluso la oí tragar saliva. Seguí mirando con intensidad a Lexi, sin flaquear. Era una auténtica amazona que podría perfectamente haberme dado una tremenda paliza, pero yo no iba a echarme atrás. Se lo habría tomado como una señal de debilidad, y aunque me sintiera tan vulnerable como un caracol fuera de su caparazón en lo que concierne a Noah, yo no era una persona débil por naturaleza.

A Lexi se le relajó la cara y en la comisura de su boca afloró una sonrisa, era clavada a la de Noah.

—Juro por Dios que si no estuviera casada, esta noche me fugaría contigo —me soltó.

Yo también sonreí y Polly respiró aliviada.

—¡Sois tal para cual! —observó Polly sacudiendo la cabeza. Si ya habéis acabado con vuestro rollo de ver quién tiene los ovarios más grandes, ¿os parece bien si regresamos de una vez con nuestros hombres?

—De acuerdo —repuso Lexi enlazando su brazo al mío—. Pero yo los tengo más gordos.

—Bueno, esto está por ver —le solté mientras salíamos del baño.

Pero la sonrisa se me esfumó de la cara cuando el mar de gente que había frente a nosotras se abrió para dejarnos pasar y entreví a Noah. Estaba sonriendo y asintiendo con la cabeza delante de un hombre muy atractivo de pelo negro de más edad que él. Pero al ver a la mujer agarrada del brazo de Noah, se me hizo un nudo en el estómago. Alta y con un pelo rubio rojizo, estaba pegada a él como si formara parte de su vestuario, me recordó a Ginger de la serie *La isla de Gilligan*. Ella parecía una estrella de cine y, por lo visto, lo sabía.

—Lexi, dime por favor que esa es tu hermana.

—¡Pero qué dices! Ya le gustaría a esa fresca tener mis genes.

—¿Entonces quién es?

—Esa... es Julie —dijo Polly con voz asqueada—. Alias la pulpo. Se

rumorea que se folló a ocho tíos de golpe... después de romper con Noah. No me preguntes cómo lo hizo.

—¿Así que es la pulpo, eh? Supongo que esto explica por qué tiene sus viscosos tentáculos puestos en mi hombre —dije enrojeciendo de rabia y sintiendo también, por más que me fastidie admitirlo, un poco de envidia. Me empezaron a venir a la cabeza toda clase de maniobras letales como las de los gladiadores de *Arena*, estaba tan cabreada que seguro que me saldrían como si nada.

—¿Quieres que me ocupe yo de este honor? Hace mucho que me muero por arrancarle la cabeza a esa cabrona —se ofreció Lexi.

Yo la adoraba. Se estaba convirtiendo rápidamente en mi hermana del alma.

—No gracias. Prefiero hacerlo yo misma —le dije sacando pecho y yendo directa hacia mi hombre.

—¡Formidable, formidable! —la oí decir riendo a mi espalda.

14.

La presa se rompe

Noah

Odio a la maldita Julie. Mientras estaba con mi tío Daniel y mi tía Vanessa no podía hacer nada sobre la no deseada ni solicitada atención de Julie. Salvo beber más a toda caña para embotar mi cuerpo y no sentir sus repulsivas caricias. En cuanto llegara a casa tendría que restregarme el cuerpo con un estropajo o algo parecido.

Poco después de que Delaine —que por cierto estaba encantadora con aquel vestido— desapareciera con Lexi y Polly para ir al lavabo, la traidora arpía fue derechita donde yo me encontraba. Como si creyera que yo estaba deseando volver a verla. Sin embargo yo me había olvidado de que pudiera presentarse a la fiesta, aunque como dije antes desde que Delaine había aparecido en mi vida no había estado demasiado centrado que digamos.

—¡Oh, joder! —exclamó Mason fijándose en algo a mis espaldas.

Naturalmente tuve que girarme para ver qué era lo que le había chocado tanto, pero en cuanto lo hice deseé no haberlo hecho.

—Caramba, qué sorpresa... Noah Crawford —oí que me susurraba la conocida voz de mi antigua novia. Estaba intentando sonar sensual y esto no le iba para nada. Tal vez fuera un bellezón, pero lo único que yo podía ver era a Julie a cuatro patas con la polla de David metida en el culo en plena faena.

—Pues yo no puedo decir lo mismo... Julie Frost —repuse con aire cansino.

—Venga, Noah, si te portas bien tal vez te dé otra oportunidad al final de la noche —me dijo, pero yo no pensaba volver con ella ni loco.

—¡Que te den! —le solté dándole la espalda.

—Esto es exactamente lo que quiero.

Sonaba tan segura de que iba a suceder que lo único que pude hacer fue burlarme de ella y terminarme el champán. Iba a necesitar tomarme algo

más fuerte para pasar la noche.

—¿Quién ha sido lo bastante idiota como para traer a una zorra como tú a una fiesta tan elegante?

—¡Cuidado con lo que dices, Crawford! Estás insultando a mi pareja —dijo David acercándose a nuestro pequeño clan y abrazando a Julie por detrás—. Ya te dije que mi chica era un bombón.

Me apostaba mi cojón izquierdo que lo que David esperaba conseguir con esta treta de zopenco era sacarme de mis casillas para que estallara y quedara mal como dueño de la compañía. Esperaba que perdiera los estribos en medio de una sala repleta no solo de empleados, sino también de clientes —actuales y potenciales— y sobre todo de miembros de la junta directiva. Era un buen plan, pero no tenía la menor posibilidad de funcionar al estar una zorra como Julie Frost implicada en él. No pensaba darle este gusto. Así que apreté los dientes y me obligué a sonreír.

—Esta noche tienes muy buen aspecto, David. ¿Dónde has comprado el esmoquin? ¿En el Emporium de las Puñaladas Traperas? —le pregunté. Hay que decir que Brad y Mason se taparon la boca para ahogar sus risitas.

—Muy gracioso. ¿Se te ha ocurrido a ti o ha sido tu novia la que te lo ha soplado? ¡Oh, me había olvidado! Ahora tu novia sale conmigo —le soltó David con una repelente carcajada que me obligó a tensar todos mis músculos para no partirle la cara—. Voy a la barra a buscar una bebida más potente. ¿Te vienes conmigo, nena?

—No gracias. Creo que me quedaré charlando un poco con Noah de los viejos tiempos —repuso ella sin apartar la vista de mí. Aunque no la mirara, la notaba desnudándose con los ojos. Sí, yo no pensaba tirar por ese camino. Julie había tenido su oportunidad y la había mandado a tomar por el culo, literalmente.

Daniel y Vanesa se unieron a nuestro grupito, poniendo fin a nuestro pequeño *tête-a-tête* y catapultándome a un oscuro pozo sin fondo en el que me sentí atrapado.

—¡Patrick! —canturreó mi tía con su tono maternal. Prácticamente se deslizó junto a mí y me rodeó con los brazos para darme un achuchón—. Da gusto verte.

—Tía Vanessa —le dije con una amplia sonrisa cuando se separó de mí—. Me alegro de que hayáis podido venir.

—¡Qué quieres que haga! Ya sabes cuánto le gustan a tu tío estas fiestas —respondió alzando la vista para mirar a Daniel con adoración.

—Patrick —me saludó él, asintiendo con la cabeza y dándome unas amistosas palmaditas en el hombro antes de echarle una mirada a Julie—. Espero que esta noche te comportes como es debido.

Sí, sabían la mierda que había habido entre los dos, pero manejaron la situación con una gran clase. Asentí con la cabeza sonriendo inocentemente.

—¡Ni lo dudes!

Julie enlazó su brazo al mío arrimándose a mí.

—Patrick y yo estábamos a punto de recordar los buenos tiempos —la muy zorra mentía como una bellaca, incluso me llamó por mi segundo nombre como si fuera de la familia cuando no lo era para nada.

—Me pregunto por qué las chicas estarán tardando tanto —terció Mason intentando a toda costa cambiar de tema.

Mierda.

Si Delaine llegaba y me pillaba con Julie colgada del brazo... me estremecí solo de pensar en lo que podría pasar. Sobre todo después de cómo había reaccionado con Fernanda. Tendría suerte si el edificio no quedaba reducido a un montón de escombros y cenizas después de arrojar Delaine fuego por la boca como Godzilla.

En ese instante salió del lavabo con Lexi y Polly. Y la situación no pintaba demasiado halagüeña para mí, porque sabía que esas dos eran unas liantas de cuidado.

Al principio estaban riendo, hasta que alzaron los ojos. A juzgar por la cara de ferocidad de Delaine, yo tenía todas las razones para ponerme a temblar como un flan. Y lo hice, pero por dentro, porque dar muestras de debilidad solo hubiera empeorado las cosas. No podía hacer más que mirar y esperar mientras Lexi y Polly se separaban de Delaine y seguían andando, echándole a Julie todo el tiempo una mirada asesina, pero mi nena de dos millones de dólares no las siguió. En su lugar...

¡Oh, mierda, no!

Lanie

Clavé mis ojos en el blanco: Noah Patrick. Me fijé un objetivo y decidí alcanzarlo, con mis chicas contemplando la escena animadas a mi lado. Él era mío y no iba a dejar que ella le clavara sus garras. Julie había tenido su oportunidad y la había echado a perder. Ya era hora de que viera lo que se había perdido y esperaba que Noah no fuera lo bastante estúpido como para caer en sus redes de nuevo.

—¡Lanie, espera! —me susurró Polly apresuradamente saliendo corriendo tras de mí para detenerme—. Daniel está aquí.

—¿Y?

—Julie es la hija de Everett, ya sabes, del doctor Everett Frost —dijo cabeceando y retorciéndose las manos para animarme a pillarlo—. El padre de Julie es uno de los colegas más cercanos de Daniel, y encima es un amigo de la familia desde hace muchos años. No puedes presentarte de golpe y porrazo y agarrar a la hija de Everett del pelo para partirle la cara delante de Daniel.

—¡Venga, Polly, no soy tan estúpida! —le solté poniéndome en jarras—. No pienso hacerlo a no ser que no me deje otra salida y me obligue a llegar a las manos. O a los puños.

—Por más que deteste admitirlo, tiene razón —terció Lexi contrariada—. Papá se enojaría mucho. Y además no querrás hacer una escena delante de todos los empleados de Patrick. Por más entretenida que fuera, lo dejaría en muy mal lugar y además le iría de fábula a David Stone. Este cabrón ha estado deseando encontrar la manera de obligar a Patrick a dejar la compañía desde que la heredaron de sus respectivos padres. Aunque todo el mundo sabe que es Patrick quien hace todo el trabajo.

—Además, el vestido es demasiado caro como para estropearlo por culpa de Julie Frost —añadió Polly.

—¿Sabes lo que debes hacer? Matarla a base de amabilidad —me sugirió Lexi—. Y de paso aprovecha para meterle una o dos manos a Patrick —añadió sonriendo con picardía—. Ya sabes, para refrescarle la memoria acerca de a quién le pertenece.

—Ese era mi plan, Lexi. Pero por lo que veo, Noah parece estar

encantado con que ella le meta mano por el momento.

En cuanto resolviera lo de Julie, le iba a arrancar la cabeza. Me refiero a que era una situación muy embarazosa. Yo era su novia y él estaba dejando que ella le magreara como si protagonizaran una escena porno delante de todo el mundo. Era una imagen vergonzosa y era evidente que la tía se moría por echársele encima. Noah estaba haciendo el ridículo al dejarla seguir.

Pero entonces se me ocurrió que aunque Julie se estuviera comportando como una puta, en la vida real era yo la que lo era. Y que no tenía ningún derecho sobre él. Noah no era mío. Solo habíamos estado jugando al papá y a la mamá, o al *Playboy* o a lo que fuera, pero no era una situación real. En cambio lo de Julie sí lo era.

Noah había estado enamorado de ella en el pasado y tal vez lo seguía estando hasta cierto punto. Tal vez Julie era más su tipo. O a lo mejor al ser de una familia adinerada y estar más familiarizada con el estilo de vida de Noah, sabía dar el pego mucho mejor que yo. Mi familia vivía al día y a veces no llegábamos a fin de mes. Noah y yo no estábamos cortados por el mismo patrón y yo siempre lo notaría. Al fin y al cabo yo no era más que una especie de asalariada, o una chica de alquiler en cuanto a mi relación con él. Aunque Noah y yo no mantuviéramos una relación normal en el sentido tradicional, me había presentado de todos modos como su novia y yo era una persona de carne y hueso con sentimientos y me estaba dejando fatal delante de todos.

Polly se plantó ante mí y, agarrándome de los hombros, me zarandeó un poco para que la mirara a ella en lugar del espectáculo porno gratuito que estaba teniendo lugar en la otra punta de la sala. Vale, quizás estaba exagerando, pero así es como yo lo veía.

—Lanie, conozco a Noah. Sé que ahora no está disfrutando en absoluto. Solo está manteniendo las apariencias por guardarlas. Probablemente está haciendo todo lo posible para no vomitar la cena en este momento. Por tanto no seas tan dura con él y dale el beneficio de la duda. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo —mentí.

No le montaría un numerito, pero sin duda iba a hacerme sentir, aunque con clase y dignidad. Y si a Noah no le gustaba, peor para él. Lo único en lo que pensaba era en Julie metiéndole mano a mi hombre y en Noah no

haciendo nada para impedirselo. De hecho, estaba sonriendo con esa cara suya tan jodidamente guapa como si se lo estuviera pasando en grande. Y a mí la escena me repateaba.

Necesitaba una copa para pensar con claridad e idear un plan de acción. Marcar mi territorio era una buena sugerencia, pero como estaba tan furiosa con Noah, seguramente metería la pata y le arrancaría los huevos con mis propias manos. Y eso sería bastante horripilante y entonces acabaría liándola a mi pesar.

Al girarme hacia la barra, vi a David Stone plantado junto a ella. Solo. Se me ocurrió un plan y decidí llevarlo a cabo porque sabía que si Noah seguía sintiendo incluso una pizca de posesividad, lo que yo estaba a punto de hacer le obligaría a fijarse en mí.

—No me esperéis —les dije a Lexi y Polly—. Voy a tomarme una copa y a tranquilizarme un poco antes de levantarme la falda y mearme en la pierna de Noah.

—¿Te he dicho últimamente que te quiero? —me dijo Lexi con una mirada de adoración y luego hizo entrechocar su hombro con el mío—. Pide de paso un vaso de Patrón para mí, ¿de acuerdo?

—Claro, y gracias —repuse sonriéndole y luego me dirigí a la barra. David Stone era el arma que había elegido para que Noah Crawford se sintiera tan insignificante como me estaba haciendo sentir a mí.

—Ponme dos vasos de Patrón con hielo —le pedí al camarero.

—Hola, señorita —me dijo el maldito cerdo acercándose sigilosamente a mi lado, exactamente como yo esperaba. Apestaba a una colonia que habría olido bien de no haberse echado el bote entero. Además rezumaba por los poros una dosis letal de mierdosismo. Reconocí el tufillo porque con Polly también me pasaba un poco. Por suerte ella solo lo soltaba un pelín, en cambio David Stone era la mierda personificada.

—Hola —le respondí zalamera, siguiéndole la corriente.

—Soy David Stone —se presentó ofreciéndome la mano.

—Y yo Delaine Talbot —le contesté estrechándosela.

—¡Caramba! Qué brazalete más bonito. ¿Es un regalo? —me preguntó examinando la pulsera que marcaba el territorio de Noah como un joyero aquilatando su valor—. Es de Crawford, ¿verdad? ¿Estás emparentada con

él?

—Gracias. Y no. Noah es mi novio. ¿Le conoces? —le pregunté fingiendo la mar de bien ignorarlo.

—Sí. Somos muy buenos amigos, casi como de la familia. Es curioso que no me haya hablado de ti. Debe de ser su secretillo sucio —dijo juguetonamente.

—Supongo que es una forma de verlo. Como a Noah no le gusta compartir nada, me tiene escondida.

—¡Qué lástima! Un diamante como tú tendría que exhibirse para que el mundo entero lo pudiera contemplar.

Casi vomito por su estúpido intento de halagarme, pero seguí sonriendo mientras miraba más allá para asegurarme de que Noah nos estuviera observando, y así era. De modo que me acerqué a David y le deslicé los dedos por debajo de la solapa del esmoquin.

—¿Sabes... que lo sé todo de ti? —le dije inclinándome hacia él, siguiendo con mi papel para fastidiar a Noah.

—¡No me digas! —respondió con una voz grave y seductora arrimándose más a mí—. No te creas todo lo que oyes. La gente es muy envidiosa.

—Mmm. Tienes razón —asentí—. Pero en este caso creo que lo que dicen de ti es verdad.

Él se acercó incluso más a mí, poniéndome una mano en la cadera mientras me comía el canalillo con los ojos.

—Pues ahora me has picado la curiosidad. Dime, ¿qué has oído decir de mí?

—Que eras el mejor amigo de Noah hasta que te tiraste a esa golfa a sus espaldas. Supongo que técnicamente sería más bien por atrás —añadí encogiéndome de hombros mientras le deslizaba los dedos por la solapa y alrededor del cuello del esmoquin, hasta llegar a su cuello—. Por eso es lógico que Noah me mantenga como su pequeño secreto. Pero lo que no ve es que no todas las mujeres caemos con una facilidad tan pasmosa en tus garras.

—¿Ah sí? —me preguntó sonriendo con seguridad, dejando ver sus colmillos, lo cual no hizo más que confirmar lo que acababa de decirle.

Asentí con la cabeza, sonriendo coqueta.

—Te veo tal como eres.

—¿Y cómo soy exactamente?

—Eres una sanguijuela, un parásito, una rémora.

Sintiéndose incómodo, transfirió el peso de su cuerpo de un pie a otro. Saltaba a la vista que no le había gustado mi observación.

—¿Qué es una rémora?

—Las rémoras son esos pececillos que se adhieren a los tiburones y a otras especies marinas más fuertes y poderosas. Los utilizan para dejarse transportar por el gran océano y no tener así que ir de arriba para abajo. Se alimentan de las sobras de lo que comen sus anfitriones y a veces incluso de sus heces —le expliqué en una voz que me recordaba la de una maestra de parvulario.

»En esta imagen Noah sería el tiburón, matándose a trabajar, luchando por cada bocado, abriéndose camino. Pero tú... tú eres una rémora parasitaria que te alimentas de su mierda y que haces todo lo posible por recoger sus sobras mientras esperas que te lo den todo hecho —añadí con una amplia sonrisa, expresión que se contradecía con mis palabras.

»Tú te aprovechas de las debilidades ajenas y las manipulas hasta encontrar la manera de sacarles provecho, llenando así el vacío que sientes en tu vida, aunque solo sea momentáneamente. Me das lástima, de verdad. Pero si por un instante me ves como el punto flaco de Noah Crawford para usarlo contra él, piénsatelo mejor. Porque yo, a diferencia de su ex, le seré leal hasta la muerte. Él lo es todo para mí.

David tragó saliva y luego soltó una risita.

—Joder, tía. Me la has puesto tan dura y gorda como el estado de California.

—¡No me digas! Pues no está mal —asentí con la cabeza—. Pero en esto Noah también te gana, porque aunque no sea tejano, su polla es como si lo fuera. Y ya sabes, cariño, lo que dicen: en Texas todo es más grande.

Al entrever por el rabillo del ojo a Noah viniendo directo hacia nosotros, di un paso atrás.

—Me alegro de haberte conocido, David Stone. Ojalá pudiera decir que ha sido un placer, pero entonces estaría mintiendo. ¡Chao! —dije

metiéndome el bolso bajo el brazo y luego agarré mi vaso y el de Lexi y, dando media vuelta, me largué.

Tras dar unos pocos pasos, Noah ya me había alcanzado. Y menudo cabreo llevaba encima. Sus ojos color avellana habían adquirido un tono gris acerado y me echó una mirada furibunda con las ventanas de la nariz ligeramente dilatadas de rabia. Agarrándome del brazo, me arrimó a él para poder hablar conmigo sin que nadie nos oyera. Su cuerpo rezumaba rencor y lanzó una mirada asesina hacia donde estaba David.

—¿Qué coño crees que estás haciendo?

—Tienes dos segundos para soltarme antes de que me ponga a gritar como una loca —le advertí con voz calmada.

Me soltó de golpe y se metió las manos en los bolsillos.

—Respóndeme de una puta vez.

—Estaba sedienta. Fui a la barra a buscar una copa. Y un amable caballero entabló conversación conmigo —dije despreocupadamente—. Y no quise ser antipática con él.

—¿Ah sí? Pues ese amable caballero... —gruñó y luego se detuvo.

—¿Qué?

—Nada —dijo sacudiendo la cabeza. Clavó la vista en el suelo y luego me miró—. Es que... no quiero que hables más con él. A decir verdad, no quiero que hables con ningún hombre. ¿Me has oído? Eres mía.

Vaya, vaya, vaya con los dichosos celos.

Ahora me tocaba a mí.

—Pues no lo parece —le solté arrugando el ceño, y le sorteé para reunirme con Polly y Lexi, que estaban embelesadas con nuestra escenita.

Noah volvió a gruñir y oí sus apresurados pasos intentando darme alcance.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Venga, qué te crees que estoy ciega o qué —dije resoplando—. Sabes perfectamente a lo que me refiero. ¿Quién es ella, eh?

—Quién.

Me giré en redondo, derramando casi el tequila de uno de los vasos que sostenía.

—¿Ah sí, Noah? ¿Crees que no me doy cuenta? Y no intentes decirme que ella es una pariente tuya o alguna socia del trabajo, porque las parientes y las socias no te magrean de esa manera a no ser que pertenezcáis a alguna colonia de especímenes pervertidos e incestuosos.

Él se pasó la mano por entre el pelo, frustrado.

—Ella es... nadie. Oye, hablaremos de ello más tarde —dijo haciendo amago de sortearme, pero yo le bloqueé el paso.

—Quiero hablar de ello ahora.

—No hagas una escena, Delaine. Trabajo con esa gente —me advirtió.

—Oh, de acuerdo, ya que lo pones de esa manera, no te preocupes. No te montaré ningún pollo —respondí haciendo el gesto de cerrar mi boca con una cremallera siguiendo con mi actitud irónica y obediente.

—¡Ya era hora! —exclamó Lexi cuando le entregué su vaso de tequila.

Polly me miró con el ceño arrugado inquisitivamente primero a mí y luego hacia la dirección donde David estaba ahora plantado con Julie — que por lo visto se había largado disparada al aparecer Polly y Lexi—, y después a mí otra vez. Sacudí la cabeza casi imperceptiblemente para darle a entender que no había pasado gran cosa.

—Por fin has vuelto —dijo Noah poniéndome una mano en la parte baja de mi espalda. Ya no tenía el ceño arrugado y ahora lucía una gran sonrisa de orgullo en la cara al presentarme a la hermosa pareja plantada frente a nosotros.

—Delaine, este es mi tío Daniel y su esposa Vanessa.

Por Dios, su familia debía descender directamente de los mismos ángeles de lo guapos que eran. Daniel tenía los mismos ojos risueños color avellana que Noah, solo que las arruguitas de los suyos eran una versión más pronunciada de las que le habían salido a su sobrino con el paso del tiempo. Sus labios, en forma de arco, tenían el mismo color rosa, y su pelo era del mismo color chocolate que el de Noah, solo que el de Daniel estaba salpimentado en las sienes. Sus tíos eran distinguidos y magníficos, aunque yo ya me lo esperaba.

Puse cara de contenta, esbozando una sonrisa tan amplia como las mejillas me permitieron.

—Hola. Me alegro de conocerte —le dije a Vanessa, pasando

olímpicamente de Daniel.

Noah me había dicho que no hablara con ningún hombre y él definitivamente lo era. Y yo me limité a seguir sus órdenes como una buena subordinada.

Daniel se aclaró la garganta, intentando ignorar el hecho de que no le hubiera saludado.

—Así que, ¿está siendo Patrick un buen anfitrión? —me preguntó.

¡Oh, sí! Me desvirgó, se desprendió de toda mi ropa y me compró un nuevo vestuario —salvo bragas, claro está—, y me permitió chuparle la polla en más de una ocasión. Pero a cambio de nuestro pequeño trato he tenido múltiples orgasmos y no me digas que esta no es la definición de un buen anfitrión.

Esto es lo que le podría haber dicho, pero por suerte para Noah, como me había prohibido hablar con los hombres, no lo hice. En su lugar me limité a asentir con la cabeza y a sonreír. Noah me lanzó una mirada de reproche frunciendo el ceño. Polly se me quedó mirando con los ojos desorbitados. Y Lexi hizo como si tosiera para sofocar sus risitas.

—¿Qué te parece Chicago, querida? —me preguntó Vanessa.

—¡Oh, me encanta! —dije animándome de pronto—. Lo poco que he visto de la ciudad, claro está. Porque Noah me mantiene ocupada la mayor parte del tiempo.

—¡No me digas! —repuso Daniel—. ¿Y qué hace exactamente para quitarte tanto tiempo?

Vaya. ¿Cómo iba a responder a eso bamboleando o sacudiendo la cabeza?

¡Ajá! Me encogí de hombros.

Daniel y Vanessa pusieron cara de no entender nada. Brad, Mason, Lexi y Polly se volvieron de espaldas como si de pronto estuvieran interesados en el montón de gente congregada. Pero vi que se les agitaban los hombros, una clara señal de estar partiéndose de risa.

Noah se aclaró la garganta.

—Perdonadnos. Me gustaría ir a bailar al compás de la música con mi pareja.

—Sí, claro, cariño —respondió Vanessa con una violenta sonrisa.

Noah me cogió el vaso de la mano y lo dejó en la mesa que había al lado.

—¿Quieres bailar conmigo? —me preguntó, aunque yo capté por su tono sutil que era más una orden que una pregunta.

—Encantada, señor Crawford, será todo un honor —le repuse intentando hacer mi mejor interpretación de una belleza sureña.

Sin decir nada más, Noah me tomó de la mano y me llevó a la pista de baile. Desaparecimos en medio del montón de invitados y nos pusimos a girar, pegando él su cuerpo al mío antes de sentir yo su cálido aliento al arrimarse Noah a mi oído. Entonces nos pusimos a mover de un lado para otro al ritmo de la música.

—¿Por qué coño te has comportado así?

—¿Qué? —le pregunté con su aroma invadiéndome los sentidos y haciéndome olvidar de lo que me estaba diciendo.

—Has sido muy grosera con mi tío. Si no fuera porque hablaste con su mujer, estoy seguro de que habría creído que eras muda.

Pegó un poco sus labios a la zona de debajo de mi oreja. Por suerte bailábamos pegados, porque de pronto sentí como si mis piernas estuvieran hechas de gelatina y seguro que me habrían flaqueado.

—Me dijiste que no hablara con ningún hombre, y corrígeme si me equivoco, pero creo que tu tío lo es —le respondí entrecortadamente—. Y si no debe ser un travestí muy convincente. ¿O acaso... —dije dando un grito ahogado— es un hermafrodita?

—Muy graciosa —me soltó con sequedad y luego me mordisqueó juguetonamente el lóbulo de la oreja—. Hazme un favor, ¿quieres? Deja de comportarte con una actitud tan sarcástica.

—Sí, señor. Lo que usted diga, señor Crawford.

Noah se apartó para mirarme, era evidente que mi tono no le había hecho ninguna gracia.

—¿Qué te pasa? ¿Es que tienes algún problema?

—¿Problema? No, no tengo ninguno —dije encogiéndome de hombros—. Solo estoy siendo yo misma. El único que tiene un problema eres tú.

Él lanzó un suspiro.

—Lo que tú digas. He cometido un error al traerte a esta fiesta. Debería habérmelo imaginado.

—¿Por qué? —le pregunté intentando separarme de él sin lograrlo—. ¿Porque no soy más que una chica a la que compraste? ¿O porque no encajo con la gente de tu clase social?

Noah me apartó de pronto mirándome a los ojos.

—Estás bromeando, ¿verdad? —me preguntó, pero al ver que mi expresión no cambiaba, se arrimó a mí—. Eres la mujer más bella de la fiesta, Delaine —me susurró al oído.

No era verdad ni por asomo, pero me lo habría creído con más facilidad si no hubiera visto aquella escenita al salir del lavabo. De manera que, fiel a mis principios, se lo hice saber.

—Y sin embargo no dejabas de mirar a esa otra mujer —farfullé—. A Julie Frost, ¿verdad? ¿Es tu ex?

Sentí su cuerpo pegado al mío tensarse de repente, con cada uno de sus músculos enroscándose como una víbora lista para atacar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿Acaso importa? La cuestión es que tú no lo hiciste. Tal vez porque aún la quieres.

De pronto se separó de mí para mirarme. Al mismo tiempo deslizó su mano por mi espalda hasta posarla en mi trasero.

—No puedes estar más equivocada.

—¿Ah, sí? —le pregunté sosteniendo su mirada. Pero al verle la lengua asomando por entre su boca me entraron ganas de lamerle sus carnosos labios, y tuve que hacer un esfuerzo para mantener el hilo de la conversación—. Porque has pasado de estar todo el día encima de mí a no querer ni tocarme. Has estado durmiendo con la ropa puesta y ya no hablas conmigo o ni siquiera me *gritas*. Es evidente que ya no te atraigo. Y sé que no tengo ningún derecho a preguntártelo, pero maldita sea, Noah, no me gusta sentirme como... como si no te importara.

Él se detuvo de pronto y se me quedó mirando, moviendo los ojos de un lugar a otro como si estuviera comprobando algo. Luego, sin decir una palabra, me tomó de la mano y me condujo hacia una de las salidas.

—¿Adónde vamos? —le pregunté apretando el paso para no quedarme

atrás.

—A un lugar más privado —me respondió el abriendo la puerta para salir de la sala.

Giré la cabeza echando un vistazo a la abarrotada sala y vi a Julie y David pegados el uno al otro bajo la araña de luces, que ahora se había puesto a temblar. Y de repente los cables se rompieron y la lámpara se desprendió pesadamente del techo con sus numerosos brazos y caireles de cristal, y Noah me sacudió del brazo, y a mí, en mi mundo imaginario. Al diablo con todo.

Noah miró de izquierda a derecha, y eligió ir por la derecha. Giró por la esquina de otro pasillo y luego por otro hasta que la música de la fiesta se convirtió en un tenue repiqueteo. A la izquierda de donde habíamos ido a parar se encontraba el oscuro hueco de la escalera y Noah abrió la puerta de un manotazo y me hizo entrar dentro.

Me quedé con la espalda pegada a la pared y Noah arrimó su cuerpo al mío. Antes de darme tiempo a decir nada, ya me había puesto las manos en las caderas y sus suaves labios se unían a los míos en un sensual beso que yo le devolví con la misma ternura. Y de pronto, tan rápido como me había besado, dejó de hacerlo y me rodeó la cara con sus manos.

—Lo que haya o no entre Julie Frost y yo no importa. ¿Pero tú? Tú sí que me importas, joder, no lo olvides nunca —me dijo quedamente con una voz ronca y seductoramente erótica. Y además se le había puesto tan dura y gorda como... el estado de Texas.

Empujé las caderas para restregar mi cuerpo contra él.

—¿Es ella la que te la ha puesto así?

Noah lanzó un suspiro poniendo los ojos en blanco.

—Delaine...

—Porque si es así, no pasa nada. Yo ya me ocuparé de ello. Por eso es por lo que me has pagado —dije yéndome por las ramas—. Me refiero a que sé que yo no soy ella, pero...

—Tú nunca podrás ser ella —me soltó enojado, apartándose tanto de mí que la pared opuesta le impidió recular más.

No, yo no podría ser ella, ¿verdad? Él antes la amaba. Y por lo visto todavía la seguía amando. Yo nunca estaría a su altura. Julie estaba forrada

y era prácticamente como de la familia. Y yo era la puta a la que había comprado para superar su desengaño amoroso.

Lentamente crucé el espacio que nos separaba.

—No, ya lo sé. Y nunca intentaría llenar su lugar —le aseguré arrodillándome delante de él.

—Delaine, no —me pidió con voz rasposa, pero no hizo nada para impedírmelo cuando yo le desabroché los pantalones y le saqué la polla.

—Tal vez no sea la mujer que amas, pero soy la que ahora está contigo. Así es que deja que cumpla con mi cometido —le dije arrimándome a su verga y besándosela.

—¡No! —exclamó dándome un empujón, y luego se la enfundó rápidamente dentro de los pantalones.

Nunca me había sentido tan humillada. Me levanté con las manos cerradas con fuerza en mis costados.

—¿Por qué?

—Porque no es eso lo que quiero —me contestó agitando la mano—. No es lo correcto.

—¡Pues que te jodan, Noah! Quizás has olvidado que fuiste tú quien me compraste —le solté furiosa, dolida e... indignada. Sí, al firmar el contrato había hecho algo desesperado en un momento desesperado, pero esto no me convertía en una persona mejor ni peor que Julie. Lo que ella había hecho era muchísimo peor que lo mío. Al menos yo no le había puesto los cuernos—. Tal vez yo no sea Julie, pero estoy segura de que nunca habría dejado que tu mejor amigo ¡me diera por detrás!

Noah alzó la cabeza de golpe y casi me fulmina con la mirada. Supongo que esto equivalió al típico bofetón en la cara. Al instante me arrepentí de las palabras que acababan de salir de mi boca, pero la arpía que había en mí se alegró, porque necesitaba herirle y humillarle, lo mismo que él había hecho conmigo.

Yo le amaba, aunque sabía que él nunca podría corresponderme porque amaba a otra mujer. Y ahí estaba yo, arrodillada ante él con un elegante vestido, deseando que se olvidara de lo que ya no podía tener para que quizá pudiera concentrarse en lo que tenía delante de su estúpida y guapa cara, y Noah me había apartado como si no fuera lo bastante buena para él.

Se sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

—Te esperamos en la zona sur, Samuel. Ya nos vamos de la fiesta — dijo al cabo de un momento.

Cerró el móvil y me agarró de la mano.

—Venga, vamos —me dijo, pero de pronto enmudeció—. ¡Mierda! — exclamó volviendo a abrir el móvil, y luego marcó otro número—. Polly, Delaine y yo nos vamos. Coge su bolso y si alguien pregunta por nosotros, dile que la he llevado a casa porque no se encontraba bien.

—Me encuentro perfectamente —farfullé mientras él tiraba de mí.

—Pues a mí me parece que no estás en tu sano juicio —me espetó.

No discutí con él porque para serte franca lo más probable es que tuviera razón. Pero aún me quedaban cosas por decirle. Él estaba cabreado. Y yo también. Y en esa clase de situaciones era cuando él y yo nos volvíamos más fogosos. Nos enojábamos, follábamos como leones y luego hacíamos las paces. Así era como resolvíamos las cosas.

Recorrimos el laberinto de pasillos sin que ninguno de los invitados se percatara de nosotros, lo cual era todo un milagro, y luego salimos a la calle. Me paré en seco porque se había desatado una tormenta de mil demonios y estaba relampagueando, tronando y lloviendo a cántaros. Samuel ya nos estaba esperando con un paraguas para protegernos de la lluvia y Noah me llevó a rastras a la parte trasera de la limusina. A la misma limusina donde él me había follado mientras yo contemplaba a toda esa otra gente llevando sus insulsas vidas, como si fueran ellos los enjaulados y yo la que estando libre les miraba embobada. A la misma limusina donde me había dicho que estaba ahí para hacerme gozar tanto como yo a él. Y donde me había afirmado que le gustaban las mujeres que sabían lo que querían.

Noah se sentó frente a mí y encendió otro de esos cigarrillos pornográficos, y yo ya no pude contenerme más.

—Mírame —le solté autoritariamente. Pero él me ignoró.

—¡He dicho que me mires! —le exigí. Él soltó una bocanada de humo, aunque sin girarse hacia mí.

Me acerqué de golpe a él, le saqué el cigarrillo de los labios y lo arrojé por la ventanilla. Luego me subí la falda, me senté a horcajadas en su

regazo y, agarrándole con las dos manos del pelo, le obligué a mirarme.

—No me ignores. No me gusta que me ignoren.

—Entonces deja de actuar como una zorra —me dijo sin ninguna emoción. Debería haberlo abofeteado, tendría que haberlo hecho, pero la cuestión era que tenía razón. Estaba actuando como una zorra. Pero así es cómo nosotros arreglábamos nuestros problemas.

—Fóllame.

—No.

—¿Porque yo no soy ella?

—No. Porque no quiero follarte más.

Me sentí como si hubiera perdido de golpe lo único que estaba impidiéndome que me derrumbara y sentí el alma cayéndome a los pies, como un buscador de emociones fuertes lanzándose al vacío por el Puente de la Garganta Real de las Montañas Rocosas de Colorado sin una cuerda elástica atada al tobillo. Lo único que yo no quería hacerlo.

—¡Y qué más! No te creo —le solté, y luego le besé aunque él no quisiera.

Noté el sabor del cigarrillo que se había acabado de fumar hacía pocos segundos y del champán que se había tomado antes de que la situación se nos fuera de las manos. Quería que él me deseara a mí y no a ella. Quería que me follara a mí y no a ella. Quería que me amara a mí y no a ella.

Yo... me estaba haciendo falsas ilusiones. Y él... no me devolvió el beso.

Me aparté para mirarle, estaba hecha un lío, no entendía nada.

—Bájate de encima mío —me soltó con una voz inquietantemente serena y fría, como si se hubiera rendido y ya no tuviera energía para luchar.

El coche se detuvo y yo me quedé mirando a Noah. La portezuela se abrió y Samuel volvía a estar fuera esperándonos con un paraguas, quedándose empapado mientras aguardaba a que saliéramos.

—¿Vas a bajarte o no? —me soltó Noah.

Me acabé bajando de su regazo y salí de la limusina, apartando el jodido paraguas que Samuel sostenía. Quería sentir la lluvia contra mi piel porque

así al menos sentiría algo. Entré indignada al interior de la casa a oscuras, sin decir palabra, con Noah a la zaga.

Me quedaba una carta más por jugar, un auténtico as en la manga, y si no me funcionaba, ya nada lo haría.

—Tú tal vez no quieras follarme —le solté subiendo las escaleras con el vestido empapado por la lluvia—, pero en esa fiesta había al menos media docena de hombres que habrían estado encantados de hacerlo. Sobre todo me viene a la cabeza uno en particular.

Eso fue todo cuanto necesité decirle.

Noah me agarró de golpe por el tobillo, al tiempo que resonaba fuera el estruendo de un trueno en medio del cielo nocturno, haciéndome perder el equilibrio. Me agarró antes de que me golpeará la cabeza, y me quedé tendida en los escalones, con el cerniéndose amenazadoramente sobre mi cuerpo. Su cara estaba oculta en las sombras, la única luz que había en la casa era la que se colaba por los grandes ventanales.

—¿Quieres follar? —me soltó con una voz fría y dura mientras me subía la falda hasta la cintura—. Pues te follaré —añadió tardando solo medio segundo en desabrocharse los pantalones y liberar su polla, pero yo estaba demasiado absorta en la dureza de su expresión como para fijarme en ello. Me penetró con una embestida veloz e implacable.

Lo hizo sin dulzura, sin lentitud, sin sensualidad. Pero era todo cuanto yo quería, porque aunque no me produjera placer al menos él ya no me ignoraba.

Noah me folló con unas acometidas rápidas y furiosas y yo me quedé allí quieta, clavándole las uñas en la espalda y tomando todo cuanto él me ofreciera porque al menos era algo. Enterrando su cara en mi hombro, me penetró sin parar, sin darme la satisfacción de ver su expresión ni permitirme al menos mirarle a los ojos, pero sabía quién no quería que yo fuera en su mente.

—¡No pienses en ella! —le solté, aunque sin despegarme de él—. ¡Ni se te ocurra pensar en ella mientras lo haces conmigo!

Su respuesta no fue más que un ocasional gruñido y jadeo. Me folló a lo bestia, con una rabia salvaje. Vi por la ventana el destello de un relámpago y luego el fuerte estrépito de un trueno hizo vibrar el cristal. El breve destello de luz blanquecina proyectó en las paredes las sombras de nuestros

cuerpos entrelazados y comprendí que nosotros éramos aquellas sombras. Unas sombras tan vacías como la imagen que queríamos dar de una pareja locamente enamorada cuando no había nada más lejos de la realidad.

Eso no era lo que yo quería. Quería que nuestra relación fuera real, algo tangible que pudiera tocar, algo que no desapareciera cuando nos quedábamos envueltos en la oscuridad y dejábamos de ser el centro de las miradas.

Noah se corrió, tensando el cuerpo de golpe mientras derramaba su semilla dentro de mí con un gruñido ahogado. Yo me aferré a él para impedir que se fuera, porque sabía que me había pasado de la raya, obligándole a hacer algo que él no quería. Lo único que en ese momento sentía era el cálido cuerpo de Noah y su peso sobre mí, en lugar de la sangre palpitándome con furia por las venas, o los escalones clavados en mi espalda, o el frío que sin duda sentía ahora en mi corazón y que me estaba amenazando con hacer que se me saltaran las lágrimas.

Él me iba a mandar de vuelta a casa. Estaba segura.

Cuando terminó, se separó de mí y se levantó para abrocharse los pantalones. Sus movimientos eran calculados y mecánicos. Yo me quedé quieta y aturdida en el suelo, pero me negué a despegar mis ojos de él.

—No puedo volverme atrás de lo que acabo de hacer. De nada de ello. Y no sabes cuánto lo siento... —me dijo Noah ahogándosele la voz, hasta que lanzando un suspiro, me miró. Torturado por la angustia, tenía el pelo tan húmedo y revuelto como su ropa, y entonces lo vi con claridad. Estaba tan destrozado como yo.

Se pasó las manos por la cara soltando frustrado un gruñido.

—Lo sé Delaine. Sé lo de tu madre y también que ella fue la razón por la que tú hiciste aquello. No quería follarte porque no estaba bien. No quería *follarte* más porque... de algún modo me ha pasado lo inimaginable —dijo arrojando los brazos al aire con incredulidad—. ¡Dios!, me he enamorado de ti. Hala. ¿Estás ya contenta? Ahora ya lo sabes. Y lo que me pasaba no era por Julie, sino por ti.

No esperó mi respuesta. Aunque para ser franca no habría sabido qué decirle. Ni tampoco importaba que Noah me amara ni que yo le amara a él. Lo nuestro nunca funcionaría. Quizás en otros tiempos, en otra vida en la que fuéramos de la misma clase social, pero ahora no. En esta vida él

siempre sería Noah Crawford el exitoso millonario y yo la puta que había comprado para su placer sexual.

Bajando los brazos exasperado, encorvó la espalda y empezó a subir la escalera sin dejar de soltar palabrotas. En el cielo se oyó el estruendo de un trueno resonando como una solemne ovación a mi gran metedura de pata.

¿Qué diablos había hecho yo? ¿Y ahora cómo lo iba a arreglar?

15.

Haciendo de pronto el amor

Noah

Cuando solté las palabras que cambiarían para siempre la dinámica entre Delaine y yo, oí que se me quebraba la voz, mi conflicto emocional me salió de pronto a borbotones de dentro. Intenté contenerlo, pero al verla en el suelo, con la falda del vestido subida hasta la cintura y su frágil cuerpo tendido sobre los duros escalones, me horroricé por lo que acababa de hacerle. Me había jurado no volver a tratarla nunca más así, pero supongo que rompí mi palabra, decepcionándome incluso a mí mismo.

Me pasé las manos por la cara frustrado, soltando un gruñido. No haberle contado todo cuanto yo sabía fue precisamente lo que la obligó a pasarse de la raya conmigo y lo que nos llevó a ese momento. No pude aguantarme más. Tuve que soltárselo. Tuve que liberarme de ese secreto, porque si no lo hacía iba a cruzar esa fina línea entre la culpabilidad y la locura, y las cosas entre nosotros solo hubieran empeorado.

¡Al cuerno conmigo!, lo había hecho. Se lo había contado todo.

Ella se me quedó mirando, atónita.

Y lo único que yo podía hacer era esperar las consecuencias que esto tendría, pero no quería que fuera en ese mismo instante ni allí. Ella ya me iría a buscar cuando se sintiera preparada y yo me sentiría mucho mejor si lo resolvíamos en nuestra habitación. Al menos entre la seguridad de estas cuatro paredes ella no sentiría el irreprimible deseo de empujarme escaleras abajo.

Dejé caer los brazos derrotado y me dispuse a iniciar lo que me pareció un largo trecho hasta la segunda planta. Las piernas me pesaban, mis pies eran como dos bloques de cemento al subir un escalón tras otro, deseando alejarme de allí. Pero todo en mí me gritaba para que fuera en dirección contraria, alzara a Delaine en mis brazos y echara a correr como un loco, llevándomela lejos de todo para ir a un lugar donde el mundo no pudiera seguir entrometiéndose en nuestra vida.

Esta era mi parte soñadora. Pero mi lado realista sabía que ya no

podíamos seguir ocultándonos de todo.

A cada paso que daba por el pasillo para ir a nuestra habitación, más parecía alejarse la puerta, pero por fin conseguí llegar. Agarré el pomo con mis pesados brazos, lo giré y entré al lugar donde consumamos por primera vez nuestra relación. Incluso tuve que burlarme de eso. La palabra «consumamos» era demasiado pura como para expresar lo que en realidad había pasado allí. Más bien había jodido la relación, la había echado a perder desde el puto comienzo.

Me saqué la chaqueta del esmoquin y la arrojé a un lado como si fuera una toalla sucia en lugar de la carísima obra maestra que era hecha a medida. Me daba igual. En mi vida estaban ocurriendo catástrofes mucho peores que la de si le quedaba una arruga a mi chaqueta. Primera catástrofe: poseía una esclava sexual. Segunda catástrofe: me había enamorado de la susodicha. Tercera catástrofe: la madre de mi esclava sexual se estaba muriendo y Delaine no podía estar a su lado por mi culpa. Cuarta catástrofe: sabía todo esto y aun así la había follado como un maldito animal en la escalera.

Agarrando mi paquete de cigarrillos, me dirigí a paso largo al sofá y me desplomé sobre los cojines. La llama del encendedor proyectó un resplandor anaranjado en la habitación a oscuras mientras encendía el pitillo y exhalaba el humo con dramatismo. La nicotina me calmó un poco y Dios sabe cuánto lo necesitaba. Estaba listo para estallar, listo para destruir la casa de mis padres con mis propias manos hasta dejarla reducida a una pila de escombros. Porque eso es en lo que se había convertido mi vida. En una maldita pila de escombros.

Levanté el culo del sofá y me saqué el resto de la ropa, necesitaba desesperadamente darme una ducha. La ropa fue a parar dondequiera que yo estuviera al arrojarla porque como ya he dicho, me importaba un pimiento. Me dirigí al baño sin preocuparme de encender la luz, no quería verme en el espejo. Ya tenía bastante con las imágenes que me estaban viniendo a mi demasiado lúcida mente, recordándome que era como David Stone por más que me doliera, y no me apetecía verlo reflejado encima en el espejo.

¿Qué me estaba pasando? Cuanto más intentaba no ser como él, más lo era. La había follado en los malditos escalones, ¡por Dios! Sin sentir ninguna emoción, sin darle ningún placer, me la había follado y luego la

había dejado allí tirada, no sin antes admitir que le había jodido la vida.

Me metí bajo la ducha sin dejar antes correr el agua para que se calentara, porque aunque sentir el agua fría en mis pelotas no fuera nada agradable, me lo merecía. Lo único que quería era relajarme hasta el punto de hundirme en un coma para no notar el dolor que se había apoderado de mi corazón. Pero lo que yo quería y lo que debía hacer eran dos cosas totalmente distintas. Afrontaría lo que había hecho. Me plantaría ante Delaine y aceptaría como un hombre su enojo cuando ella me diera por el culo por haber metido las narices en su vida. Le pediría perdón mirándola a los ojos por haberla desvirgado. Le permitiría salir de mi vida sin esperar volverla a ver. Y además necesitaba sentir el dolor de perderla.

Agotado emocional y mentalmente, recliné la cabeza contra la pared y apoyándome en el antebrazo, dejé que el agua se deslizara por mi cuerpo. Esperaba limpiarme de algún modo de la suciedad que se me estaba acumulando por dentro, manchándome el alma, pero era imposible, a no ser que encontrara la forma de darle la vuelta a mi piel. Aun así, el jabón y el agua no habrían bastado. Maldita sea, ni siquiera con lejía lo habría logrado.

Lo único en lo que podía pensar era en la mirada de Delaine al bajar la escalera cuando nos disponíamos a ir a la fiesta. La forma de contonear sus caderas y el corte de su vestido revelando la aterciopelada suavidad de su pierna. Lo suave que era su piel cuando le puse el colgante alrededor del cuello. Su sabor al rozarme ella los labios con los suyos agradecida. Y todavía podía olerla. ¡Dios mío! Se me puso dura de golpe al recordarlo. Ojalá las cosas hubieran sido distintas. Ojalá en lugar de estar ahí plantado, regodeándome en mi culpabilidad, hubiera podido estar abrazándola y Delaine estuviera haciendo lo mismo conmigo.

Pero lo había echado a perder. Le había destrozado el corazón. Y también me había destrozado el mío.

En la oscuridad mi desorientada mente empezó incluso a jugarme malas pasadas. Te juro que sentí a Delaine rodeándome el pecho por detrás y dándome un dulce beso en medio de la espalda. Y encima percibí su aroma de nuevo, con más intensidad y fuerza que antes en medio del vapor. Mi polla reaccionó a la presencia inexistente y me pregunté cuánto tiempo tardaríamos ella y yo en superar lo de Delaine.

—Gírate, por favor —oí decir, y habría creído que era ella de verdad de

no haber sonado su voz tan dócil e insegura. Fue entonces cuando me dije que no podía ser más que una alucinación creada por mi mente—. Noah, te lo ruego, no puedes huir de mí después de haberme estado ignorando durante días, haciéndome creer que había dejado de gustarte y decirme luego algo como esto.

Sí, era sin duda Delaine. La única razón por la que podía estar allí era para arrancarme la polla de cuajo y metérmela por el culo por haber fisgoneado en su vida privada. No podía huir. No me quedaba más remedio que afrontar su ira porque estaba acorralado. Y yo me merecía hasta la última pizca de todo cuanto iba a decirme y hacerme.

Me giré lentamente, mis ojos se habían acostumbrado por fin a la oscuridad, pero aun así no había forma de verla porque en el baño no penetraba ni un rayo de luz.

—Lo sé y siento...

Ni siquiera pude acabar de disculparme, porque sentí de pronto su cuerpo pegándose al mío, estaba desnuda. Tal vez debí de habérmelo imaginado, porque era algo muy propio de ella, pero lo que no me esperaba fue ese beso suyo. Sus labios empezaron a acariciar los míos con una delicadeza y una ternura increíbles, ¡fue la rehostia!

Hundí mis dedos entre su pelo, aumentando mi conexión con Delaine y memorizando su sabor, la suavidad de su piel, su aroma, porque no había forma de saber si tendría la oportunidad de volver a experimentar todo esto de nuevo.

Dios mío, la amaba.

Sentí sus manos por todo mi cuerpo, la yema de sus dedos presionando la piel de mi pecho, de mi espalda, de mis brazos. Era como si me estuviera dejando unas marcas indelebles por dondequiera que me tocara. Y al mismo tiempo estaba intentando acercarse más a mí. Si hubiera sido posible, me habría abierto el maldito pecho en canal para que se metiera en él, encerrándola dentro para llevarla siempre conmigo.

Y lo peor de todo era que no entendía por qué joder Delaine lo estaba haciendo.

Y de pronto dejó de besarme. Noté cómo le subía y bajaba el pecho, la oí jadear, sentí su cálido aliento en mi húmeda piel.

Apoyó la cabeza sobre mi corazón.

—Hazme el amor, Noah. Solo una vez más, quiero ver lo que se siente al ser amada por ti.

Sabía que no debía negárselo, a pesar de parecer un tipo duro, yo era un hombre débil —solo con ella—, y quería que supiera que era verdad lo que le había dicho. Pero no en la puta ducha ni donde no le pudiera ver la cara.

La besé en la cima de la cabeza antes de apartarla un poco para levantarle la barbilla y darle un tierno beso en sus suaves labios. Luego cerré el grifo, deslicé mis manos por la curva de su culo y la levanté para que se agarrara con las piernas a mi cintura. Delaine enlazó los dedos alrededor de mi nuca y pegó su frente a la mía mientras yo salía de la ducha y la llevaba a cuestas a nuestra habitación.

Sus ojos no se despegaron de los míos cuando la llevé a la cama. La habitación estaba envuelta en la oscuridad, pero la tormenta había cesado y las pocas nubes que quedaban dejaban que la luz de la luna que se colaba por las ventanas bañara la piel de melocotón de Delaine. Al tenderla sobre la cama, vi lo mucho que tenía en común con el cuerpo celeste que pendía destacando en medio de un cielo negro como boca de lobo. Se erguía en medio de un mar de estrellas, eclipsando incluso a las más relucientes. Estaba ahí, pero aunque yo lo deseara con toda mi alma, no podía alcanzarla. Me habían dado esta oportunidad, esta nave para ir al espacio sideral, y no iba a desperdiciarla.

El corazón me martilleaba en los oídos con tanta fuerza que sabía que ella lo podía oír. Estaba aterrado, temía que viera lo cobarde que era en lugar del tipo seguro en el que tanto había luchado por convertirme. Para darle lo que quería tendría que desnudarme por completo, despojarme de todo y quedarme en un estado de lo más vulnerable. Y lo haría... por ella. ¡Qué coño! Le había dado todo cuando me había pedido. Si quería mi brazo, me lo podía arrancar. ¿Mi pierna? Se la podía quedar. ¿Mi corazón? ¿Mi alma? Ya eran suyos.

Me metí en la cama y me tendí a su lado, y luego le acaricié la mejilla, dejando que mi dedo descendiera por su cuello. Delaine se estremeció al sentirlo y de pronto me di cuenta de que estaba empapada. ¡Menudo tarado era! No me había preocupado en secarla y ahora ella tenía frío. Cuando me dispuse a cubrirla con las sábanas, me detuvo posando su mano en mi antebrazo.

—No tiemblo de frío —me susurró con una delicada sonrisa. El corazón me dio un vuelco.

Atrapé sus labios con los míos al tiempo que me ponía encima de ella, apoyándome sobre uno de mis codos para amortiguar mi peso. Le deslicé el dorso de mi mano por el hombro y luego por los montículos de sus pechos y por el costado, hasta posarla en su cadera. Cada ondulación, cada curva de su cuerpo me recordaba lo preciosa que era o al menos que debía haber sido. Se merecía que la adorara, que la venerara.

Pegué mi muslo derecho al suyo y metí mi rodilla entre sus piernas mientras ella se colocaba en la postura idónea para que yo la penetrara. Deslicé la palma de mi mano por sus costillas y Delaine tiró de mí para que me pegara más a ella al tiempo que le lamía el labio inferior para que me dejara entrar en su boca. Ella no dudó. Recibió mi lengua con la punta de la suya, como una mujer abrazando a su amado al reencontrarse con él después de haber estado separados por muchos mares y años.

Le rocé con los nudillos la suave piel de su vientre y los deslicé por su cuerpo hasta llegar a la erecta punta de uno de sus turgentes pechos. Ella gimió de placer en mi boca y arqueó la espalda, pidiéndome más.

Dejé de besarla para deslizar mis labios sobre el delicado contorno de su mandíbula hasta llegar a su esbelto cuello y a la clavícula, donde le chupé la piel con suavidad, porque no lo hacía para marcarla. Ya no era mi territorio ni mi juguete, sino que ahora la estaba amando tal como se merecía ser amada.

Delaine agarrándose por el bíceps, deslizó la yema de sus dedos por mi brazo hasta llegar a mi pecho, dejando un reguero de fuego en mí. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo estaba totalmente alerta, cada caricia suya me enviaba oleadas de placer a mis partes. Ella me producía siempre este efecto, tanto si hacíamos el papel de vampiros en la sala recreativa, como si nos exhibíamos en la parte de atrás de la limusina o freíamos panceta en la cocina. Yo me derretía en sus expertas manos y nunca volvería a sentir lo mismo con ninguna otra mujer.

Llevándome su mano a los labios, se la besé con la boca entreabierta antes de ponérmela sobre el corazón para que lo sintiera latir con fuerza *pum, pum, pum* por ella, y se lo transmití también con mis ojos.

Le di un tierno beso en sus succulentos labios y luego arrimando la cara a

uno de sus enhiestos pezones, se lo atrapé con la boca y le deslicé la lengua alrededor del turgente botoncito hasta que ella suspiró de placer pegándose incluso más todavía a mí. Le chupé la sensible piel del pezón y se lo acaricié con la lengua. Delaine me agarró con una mano el pelo y con la otra el hombro para estrecharme contra ella. Mientras me ocupaba de su otro pecho para prestarle la misma atención, ella me soltó arrobada de placer.

Le di a su pezón un dulce beso y luego fui bajando por su cuerpo, cubriéndole cada centímetro de su piel con mi boca y mis manos. No dejé ninguna parte sin tocar. Deslizando mi mano por la corva, le levanté la pierna para ponerla sobre mi cadera y pegué mi entrepierna a su cuerpo. Fue una reacción involuntaria al sentirlo tan cerca de mí. No lo había hecho aposta, pero a juzgar por el gemido que se escapó de sus labios y por el modo en que empujó con las caderas, no le molestó, al contrario. De hecho, deslizó su mano por mi espalda hasta rodearme el culo pegándose a mí. Al sentir en mi polla el calor de su turbadora excitación, estuve a punto de correrme. Por tanto me aparté, acallando su gemido de protesta al bajar a su dulce gruta y separarle las piernas para acomodar mis hombros.

Me encantaba que ella estuviera siempre desnuda para mí: desnuda, caliente y ¡oh!, tan mojada. Sin dejar de mirarla, le di un suave beso en la cima de sus pliegues. Ella cerrando los ojos, se mordió el labio inferior y dejó caer la cabeza contra la almohada. Le produjo un triple efecto: arqueó la espalda, alzó el vientre y movió las caderas para arrimar su sexo incluso más cerca aún de donde yo quería que estuviera. Aceptando su ofrecimiento, hundí la cabeza y me comí su delicioso fruto dejando que los labios, la lengua y la cara se me quedaran cubiertos con sus jugos.

—Noah...

Mi nombre sonó como un ruego desesperado al brotar de sus labios. Alzó las caderas y las bajó mientras hundía sus dedos entre mi pelo, rodeándome con los muslos los hombros no para ahogarme, sino para envolverme y mantenerme donde ella quería. Apoyó uno de sus pequeños pies contra mi hombro y deslizó la suave planta por mi espalda hasta llegar a la curva de mi trasero antes de deshacer el camino y volvérmela a deslizar una y otra vez. Metí dos dedos dentro de sus carnosos frunces, doblándolos varias veces mientras le lamía, le chupaba y le besaba cada centímetro de su precioso cielo. Y entonces ella se estremeció antes de

tiempo con mis toqueteos. Tensó los muslos, dejó de mover las caderas, se agarró de mi pelo y soltó un sonido que nunca, *nunca* olvidaré. No fue ruidoso —Delaine nunca era demasiado escandalosa cuando se corría, pero fue animal, como el ronroneo de una leona bañada por el sol del atardecer después de haberse llenado la barriga.

Sentí mi glande humedecerse, amenazándome con soltar mi semilla prematuramente, algo que yo nunca haría. Ignorando mi deseo de satisfacer mis necesidades, quise llevar a Delaine otra vez hasta el límite para verla caer por el borde del precipicio. Seguí trabajándola con la lengua y los dedos, guiándola al orgasmo hasta estar ella a punto de correrse.

Lentamente los músculos de sus muslos se relajaron, dándome permiso para abandonar mi puesto. No es que quisiera hacerlo, pero tenía que abandonarlo en algún momento o de lo contrario ya nunca lo haría.

Mis ojos se posaron en la figura de Delaine, con su cuerpo estremeciéndose de placer bajo mi mirada. Ella alzó la vista para contemplarme con sus preciosos ojos azules llenos de intensidad.

—Qué hermoso... eres —me susurró ella.

—No tanto como tú —le contesté. Y era verdad. Delaine no necesitaba una casa lujosa, un coche de alta gama o un trabajo prominente. Tenía todo cuanto necesitaba en ese corazón de oro puro. Era tan hermosa por dentro como por fuera, y eso era lo que la diferenciaba de mí.

Lo que la hacía ser perfecta.

Incapaz de seguir mirándola sin tocarla, subí a gatas encima de ella y me coloqué contra su entrepierna. Procurando apoyar el peso de mi cuerpo sobre los antebrazos, me tendí sobre su cuerpo y le aparté de la cara un mechón de pelo poniéndoselo detrás de la oreja.

—Nuestra primera vez debería haber sido como esta —le dije y entonces la penetré lentamente.

Ella soltó un dulce gemido que yo sofoqué al cubrir su boca con la mía. Delaine me rodeó con las piernas la parte baja de la espalda mientras yo la penetraba con un acompasado vaivén de una embriagadora lentitud. A cada acometida de nuestros cuerpos, ella me clavaba las uñas en los omoplatos meneando las caderas. Luego separándome de sus labios, le cubrí el cuello de besos, lametazos y chupetones.

Rodeándole con la palma de la mano sus respingonas nalgas, se la

deslicé después por su muslo. Al llegar a la corva, tiré de ella con ternura manteniendo allí mi mano para abrirle más las piernas y penetrarla incluso más a fondo, movido en cada uno de mis actos por la necesidad de que me sintiera hasta lo más hondo de su alma. Me incliné un poco hacia un lado mientras ella deslizaba ambas manos por mi espalda y me agarraba también del culo. A Delaine le fascinaban sin duda los culos. Me aseguré de contraer los músculos de las nalgas para mayor satisfacción suya, penetrándola más adentro, moviendo a un lado y otro mis caderas para frotarle el clítoris tal como ella anhelaba.

Nuestros cuerpos se movieron hacia delante y atrás como el flujo y reflujo de una corriente marina haciendo batir las olas contra las rocas solo para retroceder y volverlo a hacer una y otra vez. Era una escena mágica, la clase de momento que solo aparece en las novelas románticas cursis. Pero nunca ha habido dos cuerpos que se hayan acoplado con tanta perfección, ya sea en la vida real o en la de ficción.

Era la clase de momento que te hacía creer que habías encontrado a tu media naranja. Qué lástima que solo lo sintiera yo, pero por más que deseara saber si ella también sentía lo mismo, no me importaba. Estaba destinado a amarla, de esto no me cabía la menor duda. Aunque solo fuera para aprender una lección, al menos sabía por una vez qué se sentía al amar a otra persona más que a tu propia vida.

Ya afrontaría las consecuencias de mi decisión más tarde, por el momento ella estaba allí y tenía que enterarse de cómo me sentía yo. No podía dejarla ir sin que supiera con claridad dónde estaba mi mente, mi corazón y mi alma. Estaban con ella, y lo seguirían estando siempre. Y si ella se iba después de haberle dicho y hecho todo esto, al menos se lo llevaría consigo.

Pegué mis labios a su oreja.

—Te quiero, Delaine. Con todo mi puto corazón —le susurré con una voz cargada de pasión y dolor.

—¡Oh, por Dios, Noah! —me contestó ella tan emocionada que no pude evitar mirarla, con el labio inferior temblándole y los ojos llorosos. Me rodeó la cara con una tímida mano—. Llámame por favor Lanie. Simplemente... Lanie —añadió deslizando el pulpejo del pulgar por mi labio inferior.

Busqué con mi mirada su cara y al ver una lágrima surcándole la mejilla, no pude encontrar la menor prueba de que me lo estuviera diciendo solo por darle yo lástima. Si antes creía que el corazón me martilleaba y saltaba en el pecho, no era nada comparado con las acrobacias que estaba haciendo en ese momento. El corazón se me hinchó de alegría, sentí una ráfaga de ternura soplando en mi pecho y emanando de mis poros antes de ir directa a mi cerebro. Estaba extasiado y, sin embargo, no pude evitar la sonrisa que afloró en mis labios.

—Lanie —repetí en un susurró.

Ella se estremeció en mis brazos.

—¡Dios mío, qué sexi suena! Dilo otra vez —me pidió hundiendo los dedos en mi pelo y alzándome la cabeza para verme la cara.

—Lanie... —repetí acercando mis labios a los suyos, rozándoselos apenas.

—Dímelo de nuevo —dijo rodeándome con los dientes el labio inferior una vez, y otra, y chupándomelo luego entre los suyos.

La besé con más ardor aún, diciendo su nombre una y otra vez, porque ahora ya podía hacerlo. Por fin. Mis embestidas se volvieron más insistentes, y sosteniéndola por las corvas, meneé las caderas pegándome a ella con unas acometidas más potentes, profundas y veloces. Agarrándome del borde superior del colchón, cogí impulso para penetrarla con más fuerza aún. Ella se aferró a mí, con el sudor de nuestros cuerpos entremezclándose mientras se deslizaban el uno contra el otro. Los tendones de los brazos y del cuello se me tensaron, los músculos de la espalda, de los abdominales y de las nalgas se contrajeron con fuerza mientras yo se lo daba todo.

Delaine me arañó la espalda y yo le rogué a Dios para que ella me dejara unas heridas, unas heridas que no me cicatrizaran nunca... unas heridas que se parecieran a las que me dejaría en el corazón cuando se fuera.

Me aparté para mirarla, memorizando cada uno de sus rasgos y no pude evitar ver la vena de su cuello palpitando por su respiración jadeante. Otra imagen que me quedaría grabada el resto de mi vida dado lo deliciosa que era.

Una gota de sudor me quedó colgando de la punta de la nariz hasta caer sobre el labio inferior de Delaine, y yo la contemplé mientras sacaba la

lengua para saborearla. Cerró los ojos diciendo ¡mmm...! como si se hubiera metido en la boca un chocolate exquisito acabado de salir al mercado y lo estuviera saboreando.

—Mírame, gatita —le susurré. Y ella lo hizo, conectando al instante con mis ojos al contemplarlos. Era una conexión mucho más profunda que una simple atracción física—. Te quiero, Lanie.

—Noah, yo... —gimió ella y luego se mordió el labio inferior, echando la cabeza atrás. Presa del orgasmo, su cuerpo embargado por las profundas acometidas de placer se tensó bajo el mío.

Qué imagen. ¡Oh, Dios mío!, qué imagen. La mirada que puso cuando le dije que la quería y al correrse... no puedo describir con palabras cómo me hicieron sentir.

Con una última embestida, yo también me corrí. Sentí las paredes de su coño apretándose y acariciándose, muñendo mi palpitante miembro mientras yo derramaba mi semilla dentro de ella en rítmicas sacudidas, hasta quedarme sin una sola gota que darle. Luego me tumbé de lado llevándola conmigo, estrechándola contra mi pecho, sin querer dejarla ir. ¿Y acaso no era este el quid de la cuestión? No podía dejar que se fuera y, sin embargo, debía hacerlo. Porque retenerla conmigo hubiera sido muy cruel.

Nos quedamos tendidos en la cama en nuestro goce postcoital durante lo que me pareció una vida entera, pero aun así no era suficiente. Ninguno de los dos dijo nada, ni tampoco nos separamos, absortos en nuestros propios pensamientos. Las sábanas quedaron empapadas —por nuestros húmedos cuerpos, por el sudor de nuestro retozar, por nuestras corridas. ¡Y oh, qué corridas tan deliciosas!

Y entonces ella rompió el silencio.

—Noah —dijo tan bajo que apenas la oí susurrar mi nombre—. Tenemos que hablar —eso sí que lo oí alto y claro. Y yo no quería, porque esa era la parte en que todo se iría al traste, cuando la maldita realidad me golpease de lleno... y ella me dijera que tenía que irse.

—¡Shh!, aún no —le dije apartándole el pelo y besándola en la frente—. Prefiero que hablemos mañana. Gocemos ahora de este momento en el que estamos juntos.

Delaine... Lanie asintió con la cabeza y pegó su cara a mi pecho de

nuevo sin decir una palabra más, para que pudiera gozar de esta última noche con ella en mis brazos. Era la primera y la única noche en que todo era perfecto en este maldito mundo, porque ella estaba conmigo y sabía que yo la amaba. No pensaba ni por asomo dormir y malgastar un solo segundo del escaso y precioso tiempo que me quedaba para estar con ella.

Me quedé a su lado el resto de la noche. Mientras Delaine dormía apaciblemente, le acaricié el cabello, le froté la espalda, inhalé su aroma. No saqué mi cuerpo de debajo del suyo hasta que el cielo se tiñó con el primer toque anaranjado al romper el alba.

—Te quiero —le susurré dándole un tierno beso en la mejilla y luego me levanté de la cama para ir a ducharme.

Al salir de la habitación, una mano invisible pareció salir de la nada para agarrarme. Tiró de mí llevándome por el pasillo y el estudio, hasta descubrirme plantado delante del cajón abierto de mi escritorio. Con una temblorosa mano saqué la copia del contrato que había dentro, el contrato que obligaba a Delaine a estar conmigo durante los dos próximos años.

Lanie

A la mañana siguiente cuando me desperté, me asusté por un instante (vale, solo por un instante) al no sentir ni ver a Noah en la cama. Pero entonces me incorporé y eché un vistazo alrededor, descubriendo que la puerta del baño estaba cerrada, por lo que deduje que él debía de estar dentro. Me percaté de que aún iba desnuda, lo cual no era extraño, porque Noah siempre había insistido en que durmiera de este modo —y la verdad era que a mí me gustaba—, y el vestido que me había sacado seguía todavía en el suelo donde lo había arrojado el día anterior antes de meterme en la ducha. No había sido otro de mis engañosos sueños. Volví a la cama sintiéndome en las nubes y estreché la almohada de Noah contra mi pecho.

Él me quería. Me quería de verdad.

Y no se había limitado solo a decirlo. Me lo había demostrado con cada caricia, cada beso, cada parte suya hasta que no me quedara la menor duda.

Me vino a la cabeza nuestro encuentro de hacía solo varias horas y sonreí tanto que hasta me dolieron las mejillas. Me sentía extasiada por dentro y vibrante por fuera.

En cuanto me dijo que me amaba con «todo su puto corazón», supe que lo decía de verdad. Pero no me pareció bien que me dijera algo así sin pronunciar el nombre que yo tanto había insistido que no tenía derecho a usar. Pero ahora se había ganado con creces llamarme Lanie. Era lo más justo. Y cuando se lo oí decir, pronunciando la L con su talentosa lengua, ¡uy!, se me puso la carne de gallina y me estremecí por dentro, deseando oírsele decir una y otra vez.

Hasta ese momento había estado segura de que lo nuestro nunca iba a funcionar. Veníamos de dos mundos totalmente distintos y pese a lo que pudiéramos sentir el uno por el otro, esos mundos podían ser implacables. Pero cuando vi, sentí y oí que lo afirmaba con tanta convicción, supe que nos merecíamos la oportunidad de ser felices, y yo no iba a ser la que la echara a perder. Ni hablar, porque yo también le amaba. Podíamos conseguirlo. Tal vez todas esas comedias románticas no fueran meras fantasías. A lo mejor Noah y yo también podíamos obtener un poco de esa magia.

Cuando le iba a decir que yo también le amaba, me pidió que le mirara y en ese instante vi con mis propios ojos lo que hasta entonces solo había podido imaginar que sentía por dentro. Lo vi con tanta claridad como la sexi nariz en su cara, y luego me dijo esas dos palabras otra vez, llamándome por mi diminutivo. No pude contener el orgasmo que me produjeron. Fue una gozada.

Incluso intenté decírselo de nuevo, tras haberse calmado el fuego de nuestros sentidos enardecidos, por decirlo de algún modo. Pero él no tenía ganas de hablar. Solo quería disfrutar del delicioso momento después de llegar a la cumbre del éxtasis, y a mí me parecía bien. Porque todavía nos quedaba ese día, y el otro, y el otro, y todos los otros maravillosos días que les seguirían.

Estábamos enamorados y nadie ni nada se iba a interponer entre nosotros.

Me refiero a que nos había ocurrido algo increíble. Éramos dos desconocidos que mientras tomábamos unas decisiones desesperadas para superar el mal momento por el que estábamos pasando, nos habíamos encontrado en medio de aquel lío. Enamorándonos. De la nada nos habíamos convertido en algo. Esta sería la historia que un día les contaríamos a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos, omitiendo naturalmente la parte en la que su madre y abuela era una puta, porque no me parecía que esta revelación fuera para exclamar maravillados «¡ohhh!»

Era feliz. Me sentía en las nubes. Era un nuevo día. Los nubarrones se habían disipado. Brillaba el sol. Los pájaros piaban alegremente. Me apuesto lo que quieras a que si hubiera abierto la ventana y asomado por ella, un pajarito cantor azul se habría incluso posado en mi dedo gorjeando una melodía. Hablando de momentos de cuentos de hadas, la verdad es que no tenía ninguna intención de hacerlo, porque con lo ceniza que era, seguro que tropezaría o algo por el estilo y me caería por la ventana de la segunda planta, yendo a parar al suelo de cemento sin nada que amortiguara mi caída, salvo aquel minipajarito cantor. Y entonces el pobre se quedaría espachurrado bajo mi cuerpo como un M&M aplastado, y yo no me lo perdonaría nunca.

No, esto no iba a pasar. Nada me iba a estropear ese día tan bonito. Así es que en mi mente le dije al pajarito que se quedara al otro lado de la ventana y que yo me quedaría en el mío. Así nadie sufriría ningún daño.

¡Suspiré a fondo, me estiré a más no poder y bingo! Tuve una idea brillante.

El desayuno. Le iba a preparar el desayuno. Se me dibujó una gran sonrisa de «di patata» en la cara al decidir prepararle huevos fritos con panceta, y una sonrisita maliciosa al pensar en lo que podría pasar mientras se los cocinaba. ¡Vaya, quién iba a decir que la panceta, cargada de colesterol, fuera un afrodisíaco! Sí, sí... era una comida genial para el Chichi y muy, muy, pero que muy mala para las arterias.

El Chichi levantó el pulgar en alto encantado con la idea, el muy guarrón, pero era de esperar.

Sin hacerle caso, alisé la colcha de la cama revuelta y me dispuse a ir a la cocina a prepararle el desayuno —porque después de todo a un hombre se le conquista por el estómago—, pero entonces la puerta del baño se abrió de pronto y Noah salió de él. Iba ya vestido y estaba para comérselo,

pese a las ligeras ojeras que tenía. Supongo que había dormido poco por mi culpa. Mi puta interior soltó unas risitas como una colegiala inocente. ¡Ya sé que es una gran contradicción, pero qué le vamos a hacer!

—Buenos días —le dije sonriendo tímidamente, sin saber de pronto con certeza si él seguía sintiendo por mí lo mismo que la noche anterior.

—Buenos días —contestó en un tono más huraño de lo que me esperaba. Bajó la vista y se puso a toquetearse nerviosamente la corbata, aunque la llevara tan perfecta como siempre. Me dio la impresión de que no me quería mirar a la cara.

¡Oh, mierda! Vale, no me dejaría llevar por el pánico. Quizás él estaba pensando lo mismo que yo y no sabía cuál sería mi reacción por la mañana. Pues yo lo solucionaría enseguida.

—Así que, mm... ¿vas a ir a trabajar? —le pregunté, porque no estaba segura de cómo empezar la conversación.

—Sí. Ayer por la noche me fui precipitadamente sin ocuparme de los posibles clientes ni de los miembros de la junta. De modo que necesito arreglarlo de algún modo —dijo alisándose esta vez las mangas de la chaqueta como si no supiera qué hacer con las manos.

—¡Vaya, lo siento mucho! —le contesté sintiendo una punzada de culpabilidad por mi conducta del día anterior—. ¿Tienes tiempo para hablar un poco?

Noah se encogió de hombros.

—No es necesario. Ya sé lo que me vas a decir y la solución del problema es muy sencilla.

Bueno, esta respuesta me irritó. ¡Cómo se atrevía a afirmar que ya sabía lo que yo le iba a decir! ¿Y de qué solución me estaba hablando? En lo que a mí respecta, todo me parecía perfecto.

Noah rodeó la cama, se sacó un papel doblado del bolsillo interior de la chaqueta, lo desplegó y lo rompió por la mitad. Arrojó las dos mitades en la cama junto a mí.

—Ve con tu madre y tu padre. Te necesitan más que yo. Además, lo nuestro nunca funcionaría. Al menos en el mundo real.

Mientras yo me quedaba atónita mirando el papel, él dándome la espalda, se dirigió a la puerta. No me llevó demasiado tiempo ver que lo

que había roto era el contrato. Lo que antes constituía la cadena que me mantenía atada al hombre al que amaba, se había convertido ahora en una donación insignificante para la causa del Día de la Tierra: en material reciclable.

—Noah, yo... —comencé a decir, pero él me interrumpió.

—Me tengo que ir —dijo deteniéndose en la puerta dándome la espalda—. Y tú también deberías hacer lo mismo.

Sin decir nada más, abrió la puerta y se fue.

Te necesitan más que yo... Lo nuestro nunca funcionaría. Sus palabras me retumbaron en los oídos casi de manera ensordecedora. ¿Y por qué me chocaban tanto si Noah solo me había confirmado lo que yo ya sabía?

Mi corazón, que hacía solo unos instantes estaba loco de alegría, se había quedado ahora como el documento inservible que yacía junto a mí: destrozado, roto, partido por la mitad.

—Pero... yo también te amo —le susurré a la habitación ahora vacía. No podía dejar que se fuera sin que al menos oyera estas palabras.

Salté de la cama y salí corriendo tras él, pero cuando una ráfaga de viento me hizo estremecer, me di cuenta de que iba desnuda. Agarré una de sus camisetas, me la puse a toda prisa para salir volando y crucé el largo pasillo. Casi me caigo de cabeza por las escaleras, pero de algún modo logré mantenerme en pie hasta llegar al vestíbulo. Después abrí la puerta de la casa de par en par para gritarle que le amaba, pero lo único que vi fueron las luces traseras de la limusina alejándose por el camino de la entrada.

Había llegado demasiado tarde. Se había ido. Y yo me había quedado sola.

Continuara...

[1] La «cercita» se refiere en inglés a la expresión «to lose one's cherry», que significa «perder la virginidad». (*N. de la T.*)

[2] Travestidos, reinonas, que se visten con trajes exagerados. (*N. de la T.*)

[3] El matrimonio perfecto de *Leave it to Beaver*, una serie de televisión norteamericana emitida por primera vez en 1957. (*N. de la T.*)

[4] La autora hace un juego de palabras con «Skywalker», el aprendiz del Gran Maestro Yoda en *La guerra de las galaxias*, y «Streetwalker» que en inglés significa prostituta callejera. (*N. de la T.*)

Table of Contents

Portada

Ficha Técnica

Argumento

Agradecimientos

Prólogo.

1.

Los sacrificios que hacemos

Lanie

2.

Mi reflejo nauseoso

Lanie

3.

Una cuestión de cuernamen

Noah

4.

La Agente Doble Coñocaliente

Noah

Lanie

5.

Postre con helado

Lanie

Noah

6.

El dúo perverso

Lanie

Noah

Lanie

7.

Un enfado monumental

Lanie

Noah

8.

Fuego, cachiporras vibrátiles y vampiresas, ¡madre mía!

Lanie

9.

¡Huele a panceta!

Lanie

Noah

10.

No te vengas abajo

Lanie

11.

¿Pero qué diablos...?

Lanie

Noah

12.

Tocando el piano

Noah

Lanie

Noah

13.

Me siento aturdido

Noah

Lanie

14.

La presa se rompe

Noah

Lanie

15.

Haciendo de pronto el amor

Noah

Lanie

Continuara...